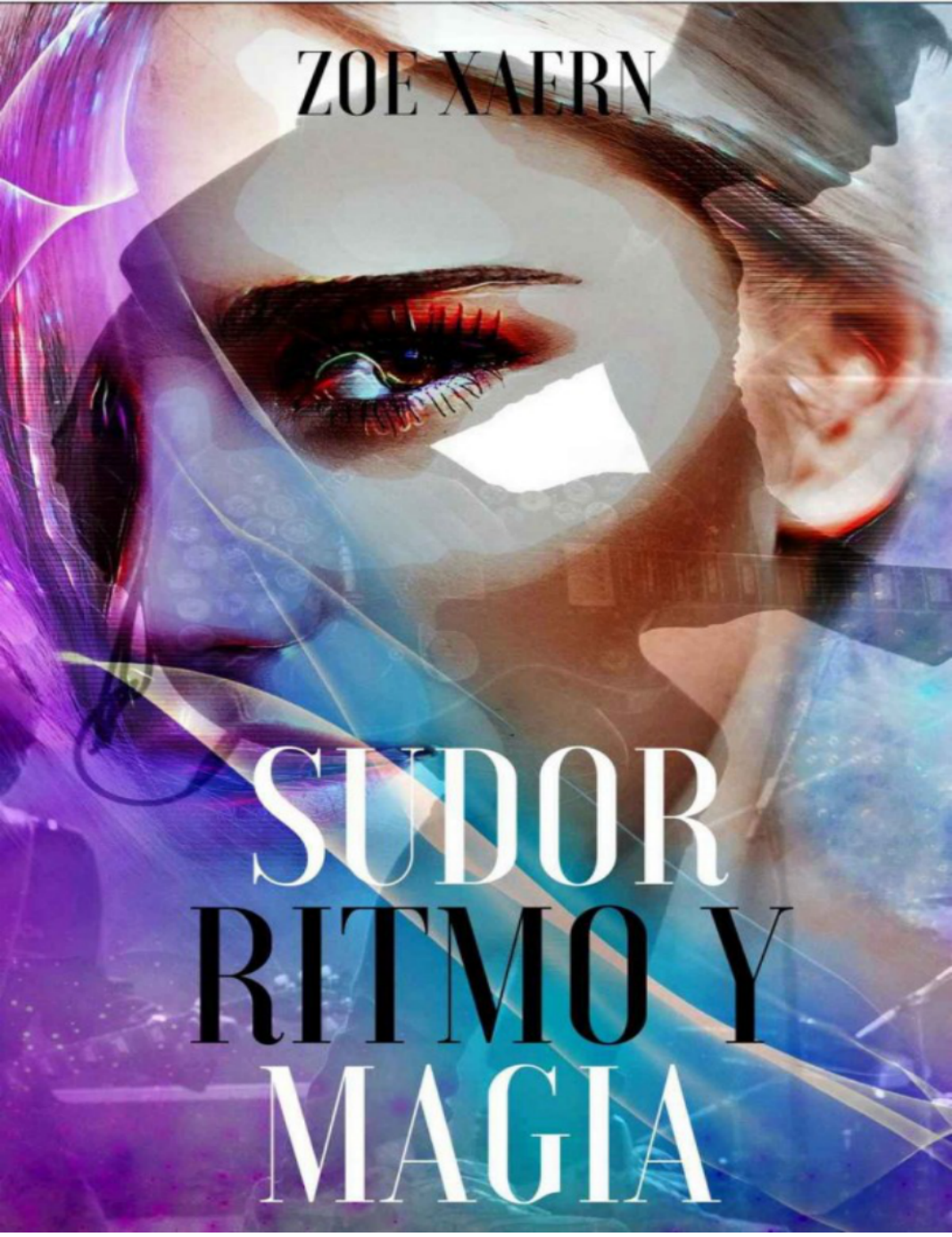
ZOE XAFRN
SUDOR
RITMO Y
MAGIA

SUDOR, RITMO Y MAGIA.

ZOE XAERN.

1
MALAS NOTICIAS

¡Uno! ¡Dos! ¡Un, dos, tres y ...

Así anunciaban las baquetas de Fran el principio del desastre mientras subía al escenario a darlo todo, con el corazón desbocado y el alma en los pies. Llegaba tarde a un concierto por primera vez en mi vida la misma noche que cantar, se convertiría en mi única forma de subsistir.

Mi llegada arrancó los primeros gritos y aplausos del público del *Rocking Machine*, ansioso por que pusiésemos banda sonora a su fin de semana. Los focos se movían frenéticos sobre nosotros y me hacían sentir como la estrella del rock que me habría gustado ser, cuando aún creía que eso era posible.

Con un nudo en la garganta me enfrenté a la multitud que bebía y gritaba buscando un punto fijo al que agarrarme, con tanto tino, que aquel vestido rojo hizo que la primera canción de la noche empezase sin mí.

Pese a estar de espaldas, pude sentir la furia asesina de Fran clavada en mi nuca y un enorme escalofrío me recorrió de norte a sur. Entonces, el sudor comenzó a descender libremente por mi columna haciendo a mi cerebro salir de su letargo.

—Buenas noches a todos! ¡Muchas gracias por venir! —improvisé, aprovechando el martilleo rítmico que el mosqueado batería estiraba hasta el infinito, para arrastrarme a su orilla—. ¡Somos los *Crazy4Rock* y estamos aquí para darle mucha "caña" al viernes! ¡Vamos! —acabé diciendo con un grito espectacular mientras los silbidos y los vítores de los allí presentes, me recordaban que empezábamos con media hora de retraso.

La cosa no iba bien pese a mis esfuerzos por ejecutar cada tema con la precisión de un cirujano. Pasábamos cada vez más desapercibidos para esa audiencia que se centraba en charlar con sus amigos, reír y aprovechar al máximo la barra libre.

—¡Quiero beber hasta perder el control! —grité acabando aquella canción mientras regalaba un guiño a una de las chicas que me aplaudía en la primera fila.

En pocos segundos, el resto de sus amigas bien provistas de tachuelas y artículos de polipiel, se acercaron jaleando hasta arrancarme una sincera sonrisa.

—¡Guapo!—gritaban al unísono levantando los brazos—. ¡"Macizorro"! —decían desgañitándose y aplaudiendo como locas.

Lanzando un beso al aire agradecí aquella bendita excepción que desafiaba el silencio, agarrándome a ella como a una tabla de salvación. Desenredando el cable y dándole varios tirones, conseguí acercarme lo suficiente para cantar con ellas la siguiente versión. ¡Había que estar muerto para no venirse arriba!

—Tocad ese tema vuestro de la otra noche, porfa...— pidió una chica que se acercaba zigzagueando y derramaba su cerveza en aquel tortuoso itinerario.

No ofrecimos resistencia a satisfacer nuestra única petición y, por primera vez en la noche, comencé a fluir con la música, desapareciendo entre el sonido amortiguado de todas esas voces que tarareaban al unísono.

Eufórico, me abandoné a mí mismo, evadiéndome por completo de una realidad que me reclamaba con una poderosa ovación. De vuelta a esa otra dimensión me topé con aquellos preciosos ojos que me estudiaban en mi ausencia y los seguí hasta que la chica de brazos tatuados desapareció de mi campo de visión. La noche prometía después de todo.

Intentando no perder el hilo de aquella última canción seguí todos sus movimientos tras la barra mientras ella, totalmente ajena a mi impresionante interpretación, apuraba su vaso y derramaba alguna que otra lágrima entre bambalinas. El ambiente cambiaba y el silencio a nuestro alrededor ponía énfasis en aquellas cálidas notas que nos acariciaban. En el centro de ese nuevo universo en el que parecíamos flotar, compliqué hasta el infinito un sencillo giro de voz que acabó en tragedia.

Aquel graznido ponía la guinda a un concierto repleto de trompicones. Había arriesgado demasiado para impresionar a una mujer que seguramente, ya me había tomado por un gilipollas egocéntrico que sobreactúa y que no tiene nada interesante que decir.

—¡Cosas del directo, amigos! Esta voz cansada se despide en nombre de toda la banda. Un placer enorme haber compartido con vosotros esta noche de viernes. ¡Gracias por estar ahí! —dije excusándome, mientras mis colegas alargaban el final y se regodeaban en mi última "cagada". Me lo merecía.

—¿Te aclarará la voz una cervecita? —dijo una sugerente voz a mi espalda mientras las chicas de la primera fila, se me agarraban a la cintura para comenzar una obligada ronda de *selfies*.

—¿Por qué no? —contesté aceptando la invitación de aquella escultural mujer vestida de rojo que, cámara en mano, aprovechaba el instante para acercarse e inmortalizarnos en aquel preciso

momento.

—Tal vez porque te doblo la edad y eres tan guapo que puedes tener a la mujer que quieras...

—La diversión no tiene edad, preciosa —contesté, haciendo caso omiso al piropo.

—Vaya, me gusta esta filosofía tuya, "yogurín".

—¿Y a qué estamos esperando? —pregunté retóricamente frente a aquella sirena que despertó mi interés de tal forma, que me olvidé del reciente fracaso con la camarera.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Lo justo para sobrevivir, ¿y tú?

—Cada vez que puedo escaparme de mi pesadilla personal —contestó ella.

—Estás aquí para pasarlo bien, entonces —dije confiando en esquivar aquella penosa historia que estaba a punto de contarme, y terminaría aguándome la fiesta.

—Sin duda. Las penas con sexo son menos pena.

—Eso es ser directa.

—¿Vamos entonces?

Acercando mi boca al lóbulo de su oreja supe que la seguiría hasta el mismo infierno si me lo pidiera y la besé suavemente en la base del cuello mientras mis manos paseaban confiadas por su fibroso y cálido cuerpo. Ella se dejaba llevar por sus sentidos al compás de mis hábiles caricias hasta que, inesperadamente, me detuve frente a la puerta del local. La visión de aquellos hirientes ojos azules que se clavaron en mí, me heló la sangre. Me había olvidado de ella por completo.

—Siento mucho tener que posponerlo, preciosa —acabé diciéndole a la mujer de rojo en un susurro—. Mi cita ha llegado antes de lo previsto —me justifiqué con un evidente tono de fastidio.

—Entiendo. Toma mi número. Soy Esther.

—Te llamaré. Yo soy...

—¡Álex! —dijo acabando la frase por mí, robándome un último beso.

—Hasta pronto —prometí antes de echar a correr tras la chica con la que había quedado—. ¡Ruth!

—¡Eres un mamón, tío! ¡Dijiste que irías a por mí!

—Lo siento, me abordaron al terminar y...

—Ya he visto que te ponen las abuelillas.

—Mujer, le seguía el rollo. Me ofrecía "curro".

—¿Ah sí? ¿Qué tipo de trabajo?

¿De verdad le estaba dando explicaciones a mi polvo de la noche anterior? ¿Por qué habíamos vuelto a quedar si yo no hacía

excepciones nunca? Tener a una chica “pillada” era un dolor de cabeza constante que siempre acababa en problemas.

—Da igual. ¡Vámonos! —insistió ella tirando de mí hacia el callejón. Parecía tener ganas de guerra y estar dispuesta a pasar por alto que me había comportado como un cerdo cabrón. Quizás por eso me gustaba tanto Ruth. Parecía tener muy claro lo que venía a buscar y no daba muchos rodeos para conseguirlo. Aquel descaro me volvía loco. Me sentí afortunado.

Sin más preámbulos la empujé contra la pared sujetándola por las muñecas, como un salvaje, y comencé a besar su cuerpo sin ocultar demasiado mis ansias por poseerla. Sabía que aquel deseo la excitaba y notaba como su respiración se iba acelerando. Sus suspiros empezaban a ponerme cardíaco y con la mano libre, buscaba entre sus piernas sus braguitas mojadas.

Ella se frotaba contra mi cuerpo, despertando mi lado más perverso. Levanté entonces su camiseta y mi boca se precipitó sobre sus desafiantes pezones. Jadeaba sin dejar de pedir más y, sin apenas esfuerzo, llegamos hasta el punto de no retorno.

—¡Fóllame! —decía a voz en grito, en plena calle.

—¿Aquí? —respondí, realmente estupefacto. Nunca había hecho algo así en público, ni siquiera en plena borrachera, pero en aquel momento no tuve calma suficiente como para buscar más opciones. Miré a nuestro alrededor. La calle estaba desierta y su petición me tenía cardíaco.

No lo pensé dos veces. Levantando una de sus piernas aparté de un tirón su ropa interior. La situación apremiaba. Hábilmente saqué del mi bolsillo la llave del placer seguro y me lo coloqué rápidamente. Sin más preámbulos, me hundí en ella delicadamente, haciéndome sitio en aquel maravilloso espacio estrecho y caliente.

—¡Fóllame duro, Raúl!

—¿Raúl? —pregunté contrariado.

—¿Raúl? ¿He dicho Raúl? —disimuló—. ¡Fóllame campeón! —insistió, a sabiendas de que estaba demasiado caliente como para hacerme el ofendido.

Y es que en el fondo la entendía. También a mí me costaba un mundo recordar cómo se llamaba aquella muñequita rubia que conocí la mañana anterior en la cola de la oficina de empleo.

Sin darle mayor importancia, comencé a embestirla como si no hubiese un mañana. La postura se me hacía cada vez más incómoda pero no iba a detenerme, quería arrancar de nuestras sedientas bocas un orgasmo que nos ayudase a olvidar lo vacío de aquel momento en que, aquella mujer a la que deseaba tanto, parecía estar pensando en otra persona.

—Dame la vuelta. Ahí mismo, contra el árbol —propuso.

Pronto encontramos juntos lo que andábamos buscando acompañado de gemidos, gritos, palabrotas y movimientos bruscos que nos hacían clavarnos el uno en el otro. Llegando al clímax nos miramos y se acabó toda la química que parecíamos haber tenido.

—Ha sido divertido —le dije confiando en dejar clara nuestra situación antes de que se me fuese de las manos.

—Dios. Eres lo peor.

—¿Qué dices?

—¿Ahora qué has mojado te largas? ¡Eres el tío más asqueroso que he conocido!

—No parecías pensar eso hace un momento.

—Tan inútil que te vale cualquiera...

—¿Pero qué mosca te ha picado?

—¡Qué te la pique un pollo! ¡Gilipollas!

No había recuperado el aliento todavía y ya se alejaba farfullando y llamándome de todo. La situación era lo más surrealista que había vivido nunca. ¿Qué le había pasado de repente a aquella mujer? ¿De verdad se había enfadado? Si parecía estar claro que el sexo iba a ser la única cosa que tendríamos en común…

Por desgracia, no fue eso lo más embarazoso de la noche. El destino me tenía reservada otra sorpresa, una que miraba atónita desde la esquina del bar, a un hombre con la mirada perdida en la nada y los pantalones bajados hasta los tobillos.

—¿Necesitas ayuda? —rio a mi espalda.

—¿No tienes nada mejor que hacer que mirar como las parejas se divierten? —contesté malhumorado, tratando de adecentarme en la oscuridad, antes de ser visto.

—Lo cierto es que sí, Don Juan, pero me pidieron que saliese a buscarte. El jefe quiere pagarte antes de cerrar.

Era ella. Otra vez el destino había puesto frente a mí a la chica de los *tatoos,* para que fuese testigo del reguero de improperios que me regalaba mi última conquista y de la peineta que me coronaba como el "*homo*" menos "*habilis*" de la historia de la humanidad.

—Cosas que pasan, supongo... —dijo intentando rebajar un poco la tensión del momento.

—¿Trabajas aquí? —acerté a decir mientras me abrochaba el cinturón y obviaba el bochorno que me había provocado todo aquel circo.

—Ahora sí. Voy a encargarme de los eventos.

—Soy Álex, encantado... —dije comprobando que ni mi gesto elegante, ni mi preciosa sonrisa, le quitaban esa cara de asco que parecía gritar que no me tocaría ni con un palo.

—Debo volver adentro. Estamos reorganizando la agenda. Hasta pronto.

—¿Hasta pronto? ¿Cómo que hasta pronto? —le pregunté mientras desaparecía tras la puerta trasera del cutre “bareto” en el que acabábamos de tocar. Los chicos salían con los trastos para cargar la furgoneta.

—“Prinseso”, estás aquí... —saludo bufando Fran—. ¡Échanos una manita! ¿No?

—Claro. ¿Quién es esa tía?

—Parece que es una sobrina del viejo. Está recién llegada y tiene una banda también. Le ha comido el tarro para que traiga a más gente. Diversificar, lo llamó el abuelo. El caso es… que nos ha dicho que ya nos llamarán.

—¿Hablas en serio? ¿Me estás diciendo que acabamos de perder el único local fijo que teníamos para tocar?

—Eso es. Hay que mover el culo o sentarse a esperar. Pensándolo bien, tú que tienes tiempo, podrías hacernos de *road manager* y conseguirnos más “bolos”.

—¡Vaya movida! —protesté.

Definitivamente, el día no me había salido como esperaba. No había conseguido aquel trabajo como "segurata" en el nuevo centro comercial, no había tenido una experiencia sexual grata pese a que prometía lo suyo, había hecho el más grande de los ridículos y como colofón, tenía que despedirme de mis únicos ingresos para patear "antros de mala muerte" en busca de más "pan para hoy y hambre para mañana".

—¡Mierda! —grité tras caer de bruces en un charco, mientras transportaba los hierros de la batería de Fran hasta su “furgo”.

2
SUERTE

Cerdo, cabrón, insensible, inútil, inseguro y egoísta.

Una a una, como un castigo autoimpuesto, se repetían en mi cabeza las duras e inmisericordes palabras de Ruth, hasta clavarse en mi cerebro como dardos envenenados.

—¡He aquí el recuerdo de mi última conquista! ¡Soy un cerdo, cabrón, insensible, inútil, inseguro y egoísta! —dije respirando profundo y preguntándome a mí mismo por qué me molestaban tanto las palabras de la chica rubia que no me conocía de nada.

—Nada de eso es cierto —añadí—. Su despecho es lo único que hay de verdad en sus palabras.

Con un suspiro me llevé las manos a los bolsillos, preguntándome qué había allí dentro, que me sacaba de tan profundas cavilaciones.

Un papel. Un número de teléfono. Aquella mujer… ¿Sería aquello una tabla de salvación? ¿Caería aún más bajo? ¿Estaba el destino reservándome algo aún peor?

Hice de tripas corazón. Tantos años de trabajo duro y esfuerzo no merecían aquel calvario. ¿Sería la mujer del vestido rojo una señal? ¿Evitaría mi mala fortuna?

Marqué su número y esperé paciente, mientras aquellos tonos se me atravesaban en la garganta. Crucé los dedos. Estaba nervioso pero… ¿qué era lo peor que podía pasar? La suerte está echada.

—¿Esther? —pregunté fingiendo aplomo y seguridad.

—Un momento, señor... ¿Quién le digo a la señora que llama?

—Dígale que soy Álex —respondí mientras contenía mi acelerada respiración y sentía los latidos de mi corazón golpear mi pecho con fuerza.

¿Me recordaría aún? ¿Seguiría interesada en quedar conmigo? Los minutos se me hacían eternos mientras aquella desagradable música clásica me parecía, de repente, un buen recurso para librarse de personas indeseables.

—¿Álex? —interrumpió su voz.

—¿Esther? —contesté instintivamente.

—¡Vaya, esto sí que es una sorpresa!

—¿Creías que no te llamaría? ¡No lo dije por decir!

—No conozco a muchos jovencitos guapos que se mueran por

quedar con una cuarentona separada, la verdad— bromeó.

—Pues me hace feliz ser una extraña excepción —le aseguré recuperando la calma.

—Vaya, muchas gracias.

—¿Aún quieres que nos veamos un rato?

—Pues me pillas organizando el cumpleaños de mi hija mayor en la casa del pueblo, así que, estoy bastante liada con los preparativos... —se hizo el silencio unos segundos —¡Espera!

—¿Sí?

—Tú tienes un grupo bastante...

—¿Guay?

—Sí, eso. Se me ocurre que quizás le guste tener música en directo en su fiesta.

—¿Podemos hablarlo tomando un café?

—Lo tengo complicado, lo consultaré con ella y veré si puedo escaparme para que hablemos de negocios.

—No es lo que esperaba, pero suena bien…

—Bueno, "yogurín". He de dejarte. Papá pato se aproxima y no parece muy feliz de verme al teléfono.

—Está bien. ¡Llámame en cuanto...

—Píiiiiii.

—... sepas algo! —acabé de decir, a sabiendas de que ya nadie me escuchaba—. ¡Un bolo es un bolo! —repetí en voz alta.

¿Qué había pasado? ¿Eso era todo lo que quería de mí? ¿Un concierto? ¿En serio? ¡Si me tiró los trastos a lo bestia! ¿Habría cambiado de idea? Decidido a no hacerme más daño del necesario con tanta incertidumbre, salí a hacer la compra. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, me encontré de frente con mi peor pesadilla de fin de mes, Fran, el mismo hombre que normalmente me hacía de mejor amigo.

—¡Estás aquí! Te estaba buscando —dijo sujetándome la puerta.

—Sí —dije levantando las bolsas con cierto desánimo.

—Es día de cobro —afirmó él.

—Ya. Pero aún no tengo toda la pasta, tío —contesté sin poder evitar una sincera vergüenza por mi actual situación.

—Dame lo que tengas. Yo hablo con mi padre.

—Esto es una tortura. No sé cuándo tendré el resto.

—No sufras, tu suerte cambiará pronto. ¡Lo sé!

—Quizás sea mejor que me mude a otra parte...

—Pues ya que lo sugieres... Tenemos una habitación libre en el ático, por menos de la mitad de lo que pagas ahora. Eso sí, tienes que subir el último piso por las escaleras pero a cambio, tendrás una bonita terraza y unos cuantos metros cuadrados menos que limpiar.

—¿El ático dices? ¡Si eso es un trastero!

—Eh, "Prinseso"! Qué el trastero, como tú lo llamas, es una "monada" de cincuenta y cinco metros cuadrados y amueblado con mimo por los famosísimos diseñadores de *Ikea*...

—Joder. Pues si es verdad que va a estar bien.

—¡Claro! Mis padres se lo hicieron a mi hermana para que no se largara con el "soplapollas" con el que salía, pero por desgracia, acabó yéndose con otro peor.

—¡Esto es deprimente! —dije echando un vistazo a "la amplia terraza".

—¡Espera a verlo, joder! ¡Mira cuánta luz tienes!

—Tienes razón. Es acogedor y práctico.

—¡A las "churris" les encantará, ya verás! Tienes un salón-cocina, un sofá cama, una tele de 55 pulgadas y un montón de estantes y puertecitas para esconder los calcetines sucios.

—¿Qué insinúas? ¡Soy un tipo ordenado!

—¿Ves? El dormitorio está pensado para la realeza. ¡Tiene un baño completo!

—¿Y esta puerta?

—Esa da al jardín. Además tienes un patio para tender, fumar y exhibirte. Y lo más importante, ¡un armario para esconder los chismes de la limpieza! —dijo mofándose y abriendo de par en par las minúsculas puertas del escobero.

—Es muy *minimal* pero tienes razón, ¡me encantará!

—Por un poco más, mando a que te lo limpien una vez a la semana —ofreció para asegurarse de que caía en su trampa.

—De momento me ocuparé yo. Tengo que reducir al mínimo los gastos.

—En el precio actual está incluido todo; luz, agua, *wifi*... ¿Tenemos un trato?

—¡Trato hecho!

—Bien tío. Me va a venir de perlas que dejes libre el piso. Tengo posibles inquilinos llamando día sí y día también.

Aquello parecía ventajoso para todos en aquel momento, pero en el fondo, sabía que me arrepentiría pronto de haber dejado que mi colega Fran me vendiese tan bien la moto. ¿Qué más podía hacer si en tiempos de bonanza no me dio por guardar algo de dinero para horas bajas? Al menos viviendo allí solo y con un piso tan *cool* podría seguir disfrutando de mi status de hombre soltero, sin dar explicaciones a nadie.

A pesar de que tenía dinero de sobra para pagarles su caché, el precio le pareció excesivo. Nunca había imaginado que aquel chico le hubiese ganado la mano en su propio terreno y ¡por teléfono!

Esther era tan buena en los negocios que había levantado “de la nada” varias empresas y asesorado a muchas otras. En realidad, no le resultaba un gran sacrificio acceder a las exigencias del muchacho si le tenía contento y esperanzado con más contratos en un futuro próximo. Necesitaba de él que accediese a una extraña propuesta así que con algunas sutilezas y “verdades a medias”, le había hecho creer, que su todavía marido, era propietario de varios clubs en la ciudad.

Como buena estratega y por si algo acababa por no salir conforme a lo planeado, contaba con su atemporal belleza y su habilidad para hacerse la interesante, que habían funcionado a las mil maravillas en su primer encuentro. ¿Podría el atractivo joven resistirse a un montón de dinero fácil?

Desde luego, no le parecía un hombre de principios. Se había enrollado con ella mientras esperaba a su novia… En otras circunstancias, aquello la habría indignado hasta darle arcadas, pero en esta ocasión lo hacían el candidato perfecto y eso le gustaba. Segura de sí misma se preparaba para seducirle frente al espejo.

Se vestía posando, sonriendo, guiñando el ojo sutilmente... Le gustaba salirse con la suya, sobre todo si su oponente era poderoso y atractivo.

Se felicitaba por ser tan hábil y haberlo orquestado todo, hasta crear aquella interesante sinfonía.

Distraída, imaginaba a Álex situado a su espalda, terriblemente seducido por su reflejo mientras ella esparcía con sus sabias manos, aquella loción perfumada sobre su cuerpo desnudo. Deseó sus manos dibujándola con la habilidad del maestro, capaz de resaltar todas sus luces acentuando sus sombras. Deseó los labios de aquel mundano poeta que borrasen de su piel el cruel paso del tiempo. Deseó que sus poderosos brazos volviesen a hacerla tan ligera como la risa…

—Mmmm... —suspiraba mientras el deseo crecía y sus manos se dirigían a apagar el fuego que se avivaba entre sus piernas. Cuánto necesitaba sentirse irracionalmente deseada.

—Mamá... —dijo sacándola de sus ensoñaciones la voz de su hija mejor.

—¿Aurora? ¿Qué necesitas? —respondió cambiando el *chip* a toda velocidad.

—¿Vas a salir?

—Sí. Voy a contratar a un grupo que escuché el otro día para que toque en el cumpleaños de tu hermana —respondió con la voz entrecortada.

—¿Sí? ¿Qué grupo?

—Pues sí te digo la verdad, no recuerdo el nombre. Pero es de esos tan ruidosos que le gustan a ella.

—Estefanía es un bicho raro...

—Es su fiesta. ¿Qué nos cuesta hacerla feliz?

—¡Bah! Nunca está contenta.

—Lo estará, te lo aseguro.

—Conozco esa mirada, mamá, ¡cuéntamelo todo!

— Perdona, ¿eres Álex, de Crazy4Rock? Soy Laura.

—¿Laura?

—Sí, Laura Page, gerente del *Roking Machine*.

—Ah. Laura. Ya te sitúo. Dime.

—Se me ha caído el grupo de esta noche. ¿Podéis cubrirlos? Sé que te aviso con muy poco tiempo de antelación, pero me gustasteis bastante la otra noche —mintió.

—¿Ah sí? —contesté incrédulo, al notar aquel extraño tono de voz—. Déjame consultarlo con los demás y te aviso en unos minutos.

—Por favor, avísame tan pronto como puedas.

—Sin problema —respondí victorioso, mientras la imaginaba maldiciéndome entre dientes al otro lado del auricular. No me cabía la menor duda de que llamaba por que se había quedado sin opciones, así que era el momento perfecto para hacerle pagar caro su jugarreta.

Laura, que ahora ayudaba a su padre en el negocio familiar, había hecho oídos sordos a la advertencia de su padre confiando en que llevar la agenda del local de directos más grande de la ciudad, no era tan difícil como él quería hacerle creer. Ahora, con el peso de aquella enorme responsabilidad no tenía más remedio que aceptar la subida del caché del grupo, sin rechistar. Sabía que la metedura de pata le costaría el sueldo y una bronca memorable, pero ¿qué otra cosa podía hacer? El *show* debe continuar.

—Muy bien, estad aquí a las nueve —contestó aliviada.

—Gracias por pensar en nosotros —dije irónicamente al reconocer su voz al teléfono.

—De nada —respondió con desgana, sintiéndose herida en el orgullo.

—Inesperadamente, has resultado de gran ayuda... —bromeé antes de que colgara bruscamente, sin darme oportunidad de disfrutar con su derrota.

—¿Muñequita? ¿Todo bien? —la interrogó su padre cuando vio su cara de disgusto.

—Resuelto al menos, pero este mes te saldré muchos pavos más barata.

—Te lo advertí —canturreaba mientras la estrechaba entre sus brazos—. Si no fuera porque estoy tan contento de que hayas vuelto, te habría gritado como un energúmeno.

—¡Qué suerte la mía! —respondió ella bastante aliviada.

—De algún modo hay que aprender. A mí me ha pasado ya algunas veces... No lo olvides, siempre hay imprevistos, así que tenlo todo bien atado o se aprovecharán de ti como hoy. Ellos siempre juegan con ventaja, saben que no puedes permitirte el lujo de regatear o tendrás vacío el escenario y el club esa noche.

—Intentaré no olvidarlo.

—Muy bien, peque...

—¡Papá!

—Ahhh… Laurita, eres una aguafiestas.

La nueva gerente del *Rockin'* sonreía. Aquellos apelativos le encantaban aunque, en horario de trabajo, no podía consentirle a su padre un trato tan familiar.

—Has hecho lo mejor, no te preocupes. Verás como el tipo nos llena el local de jovencitas locas por conseguir que les preste un poco de atención.

—Pues vaya una cosa. Se supone que son músicos.

—Aquí, por si aún no te has dado cuenta, lo que importa es hacer caja, cariño. Tenemos un negocio.

Había conseguido que nos viéramos por la mañana en mi casa. La esperaba ansioso y mi cabeza no dejaba de darle vueltas al asunto. No podía parar. ¿Por qué aquella mujer me provocaba tanta incertidumbre? Siempre me había resultado extremadamente fácil llevármelas a mi terreno... ¿Por qué en ese punto de mi vida me sentía arrastrado todo el tiempo e incapaz de hacer nada por recuperar el control?

Esther. Esther era la causa y la imponente imagen que proyectaba me hacía sentirme como el cazador cazado. De repente deseé que mi casa no le pareciese el cuchitril que era, cayendo en la cuenta de que habría sido mucho mejor vernos en otro sitio.

—No —había dicho tajante ella. Quería verme en privado y que pudiésemos hablar tranquilos.

Me duché para ella. Me afeité para ella. Me perfumé para ella. Quería recuperar terreno apelando a mi lado más seductor, era mi turno. Mi turno de hacerme con la partida. Nada más lejos de la realidad…

—Estás impresionante.

—Buenas noches, "yogurín".

—Pasa, estás en tu casa.

—Gracias. Tienes un piso precioso, Álex.

—Bueno, lo justo para alguien que vive solo.

—Claro. La comodidad de tenerlo todo limpio y ordenado en poco tiempo es de un valor inestimable.

Tenía elegancia hasta para alabar aquella caja de zapatos que me había evitado sacrificar mi tan apreciada independencia.

—¿Y bien? ¿Qué era eso tan importante de lo que tenías que hablarme?

—La verdad es que no me apetece entrar en detalles aún, se me hacía difícil pasar otro día sin verte.

—Vaya —dije sonando visiblemente sorprendido—. Nunca habría imaginado que mi llamada te hubiese resultado tan...

—¿Deseable?

—Yo no lo habría dicho así, la verdad.

—Habíamos dejado un tema pendiente, querido.

—Pues sinceramente, no lo recuerdo... Si tienes la amabilidad de refrescarme la memoria...

Esther se acercó peligrosamente al muchachito feroz que jugaba a sobreponerse y la retaba, sin saber exactamente con quién se estaba jugando el tipo. Le hacía cierta gracia ver como él intentaba salvar aquella situación que no sabía, ni de lejos, como manejar. La suerte era que a ella le encantaba jugar con la comida y le divertía ver cómo podía hacer cambiar las tornas con tanta facilidad. Comenzó así a darle la vuelta, despacio, con la mirada fija en sus ojos, acercándose y rozándolo levemente, hasta sentir su cuerpo deseoso y su corazón acelerado.

Así era como le gustaba tener a los hombres, totalmente atrapados, y a la espera de su próximo movimiento. Al fin se daría cuenta de que él era la presa y que poco podía hacer.

3
¿EN SERIO?

— Ibas a enseñarme qué tienes ahí debajo guardado para mí —susurraba aquella imponente mujer mientras le miraba desafiante.

—¿Estás segura de eso? —musitó él, mientras le recorría un escalofrío que le hizo sacudirse visiblemente.

—¡Por supuesto!

—¿Quieres explorarme? —sugirió mientras dirigía con picardía las manos de ella por cada uno de los rincones de su torneado y deseable cuerpo.

—Quiero que te desnudes para mí —pidió con voz firme Esther, respondiendo a su provocación.

Él se lanzó a besarla, pillándola totalmente desprevenida aunque ella sonrío para sí. Había olvidado lo impulsivos e imprevisibles que resultaban los hombres cuando están así de predispuestos.

Tenía que reconocer que le gustaba, aunque tanto ímpetu llegó a incomodarla un poco. A pesar de eso, le dejó abrazarla y adherirse a su cuerpo hasta que acabaron fundidos el uno con el otro.

La lengua de Álex, totalmente enloquecida, campaba a sus anchas por su boca, enredándose y recorriéndola furiosamente hasta que Esther la atrapó con los dientes. Aquella ligera presión hizo que ella se pusiese a la defensiva.

—¿Todo bien, “preciosa”? —preguntó esbozando una encantadora sonrisa.

—Mejor que bien... —respondió mientras se alejaba levemente y le daba un tierno beso en la mejilla—. ¿Tienes algo de beber?

—¡Claro! ¿Qué te apetece? Tengo vino, cerveza, licor, algún refresco...

—Un vinito me irá bien para entrar en calor.

Un trago de aquel caldo de aroma frutal y color intenso bastó para descubrirle. Era sin duda un detalle que revelaba el gran seductor que realmente era. Había escogido con un gusto exquisito aquella botella de gran reserva con la intención de hacerse fácilmente con ella.

El vino era muy suave al paladar y de sabor dulzón. Ideal para hacer caer a cualquiera que lo disfrutase con la guardia baja, pero esa no iba a ser Esther.

Ralentizó el ritmo. No iba a perder los papeles.

Él añadió música a aquella explosiva mezcla y volvió a sorprenderla con un intempestivo baile. Tenía gracia. Llevaba días organizando aquel encuentro con todo lujo de detalle. Había puesto cuidadosamente todas las piezas en el tablero para luego, empujar la primera de ellas y ver como "el efecto dominó" hacía el resto, sin embargo, el muchacho se resistía a ser un agente pasivo en aquella ecuación.

—¿Me concedes este baile?

—Será un placer —asentía mientras comprobaba, escéptica, como aquel gañán comenzaba a despertar en ella cierto respeto y simpatía.

—¿Puedo llevarte yo? —protestó Álex.

—Por supuesto —contestó sin querer asumir aún que su intuición le había fallado y aquel cutre rompecorazones era bastante más avispado de lo que le pareció en un primer momento.

—Me gustaría saber algo más de ti, Esther. Cualquier cosa que quieras contarme.

—Uf, ahí me has pillado, no sé ni por dónde empezar.

—Si me permites la sugerencia. Empieza por la razón que te trajo hasta aquí.

—¿No es evidente? —acertó a decir en un intento desesperado por ganar tiempo, enganchándose a su cuello y deslizando sus labios suavemente desde el lóbulo de su oreja, trazando un camino invisible y descendente al ritmo de aquella sugerente balada de U2.

Después, los rozó contra él sin prisa y abriendo la boca, para dejar sobre su piel el cálido rastro de su aliento. Preocupada por dejarle escuchar su acelerada respiración, sacaba después su lengua, repitiendo el camino en sentido contrario hasta que encontró el lugar preciso donde hundir su boca, aprisionándole de nuevo con los dientes.

—Tú eres el único motivo por el que estoy aquí —susurró entre suspiros.

Le sentía excitarse, agitarse y contraerse con cada una de sus palabras y caricias pero por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, parecía estar reprimiéndose y controlando todo aquel deseo. Tenía que hacer algo. Necesitaba hacerle perder la cabeza para que todo saliese según lo previsto.

Con su temple habitual siguió con su plan, colmándolo de atenciones, deshaciéndose en miradas cómplices mientras bailaban y procurándose el tiempo necesario para lograr ganarse su confianza. Pese a todos sus esfuerzos, nada parecía distraer a un Álex ansioso por jugar a aquello con todas las cartas boca arriba.

Era evidente que se había equivocado con él. Sin duda resultaría un digno rival ya que gozaba de un gran instinto, como ella, y que

había percibido sin dificultad que su encuentro no era casual ni sería un "rollete" al uso.

Laura abandonó sus quehaceres para ir a saludar a George, que ahora se hacía llamar Jorge, en un intento frustrado de hacer ver a todo el mundo que a pesar de su oscura piel, era un español de pura cepa.

Según le había contado en los escasos mails que le mandó durante su destierro, lo suyo no había sido un cambio caprichoso de niño pijo, sino la necesidad de quitarse el estigma del que sus compatriotas no deja desprenderse a los hijos de inmigrantes nacidos en España. Tenía que admitirlo, aunque le parecía un guapo mestizo, ella también había caído en el error de pensar que era extranjero.

—¡Laurita! ¡Pero qué guapa estás!

—Cuánto tiempo, *Georgie*!

—Llámame Jorge, por favor...

—Jorge por favor, ¡dame un beso! O dos... —gritó, saliendo de la barra y abrazándole como cuando salían juntos.

—Graciosilla... —le respondió, haciéndole aquel tierno gesto en la barbilla que tanto le gustaba.

—Madre mía, que cambiada estás.

—Bueno, diez años en el extranjero convierten a cualquier niñata en toda una mujer.

—Tú ya eras toda una mujer cuando te fuiste.

—¡Qué no te oiga mi padre, que nos mata! —bromeó entre susurros.

—¿Crees que no lo sabía? Estoy, cien por cien seguro, de que por eso no puso objeción a que te marchases.

—No creas, los padres son tontos y mi madre lo tenía bien engañado —rio.

—Yo no estaría tan seguro.

—Poco importa ya. ¿Qué haces por aquí?

—Recibí tu mensaje la semana pasada y tenía pendiente pasar a verte. Aproveché que tengo que hacer unas gestiones en el centro para ver si te pillaba aquí.

—Pues de chiripa. Ando un poco liada desde que el viejo gruñón me tiene trabajando para él.

—¿No me digas? ¡Con lo empeñado que estaba en que no acabases así!

—Ahora está contento. Si le ves no le reconoces.

—Si tú lo dices será verdad. Yo es que desde aquello, no tengo muchas ganas de volver a encontrármelo.

—¿Eso quiere decir que no te veré más por aquí? ¿Ni siquiera

para recogerme esta noche después del concierto?

—Arriesgaría la vida de nuevo por pasar un rato contigo, "princesa".

—Pues ven sobre las dos. Me apetece mucho que nos pongamos al día —le dijo ella al oído, con toda la picardía y sensualidad con que fue capaz de hacerlo.

—¿En serio?

—Totalmente. Ya no soy menor de edad...

—Madre mía, Lauri... ¡No sé cómo voy a hacer para esperar tanto tiempo!

—Si has podido esperar diez años, unas pocas horas más ya no son nada.

—Todo ha cambiado mucho, ya te contaré después, pero aquí me tienes para recordarte todo lo que quieras.

—¿Seguro?

—Prometido.

— ¡"Prinseso"! ¿Te parece ya una hora razonable para venir a echarnos una mano? —gruñó el batería al otro lado del teléfono.

—¡Mierda, el concierto! —dije para mis adentros—. Voy de camino, me ha surgido un imprevisto— mentí.

—¡No tardes! Ya están estos preguntando por "la estrella".

—Lo siento mucho, tío. Calma un poco los ánimos que en diez minutos estoy allí.

—Diez minutos, Álex. ¡O despotricaré contra ti, sin piedad!

—Hasta ahora, Fran. Mil gracias, tío —susurré mientras buscaba el botón rojo para cortar la llamada.

A duras penas recordaba qué había pasado un rato antes, cuando me quitaba la ropa con *Joe Cocker* cantando de fondo y Esther me miraba con aquella maravillosa cara de vicio y sorpresa.

—*¡You can leave your hat on, tan, tan, tan, tan, tan, you can leave your hat on!* —canturreé decidido a incluir aquel tema en nuestro habitual repertorio.

—¿Cuándo te has ido fierecilla sinuosa? —dije en voz alta mientras me vestía y descubría con sorpresa, todas aquellas marcas de uñas y dientes sobre mi piel.

—Debí coger una buena "kurda". Hacía años que no me despertaba tan desorientado… A ver, son las nueve y media, en cinco minutos estoy de sobra.

Salí de la habitación sorprendido con aquel desorden. ¿De verdad había hecho yo todo eso? ¿Con aquella seria y comedida señora?

No dí crédito a aquello. Me costaba asimilar que un poco de música y vino me hubiesen llevado hasta semejante punto. Tal y

como estaban las cosas, no era un buen momento para buscarle sentido, no tenía suficiente tiempo. El show no empezaría sin mí y tenía que salir corriendo.

El sonido de mi móvil me sobresaltó.

—¿Se ha despertado el bello durmiente? —inquiría una voz sensual y femenina al otro lado.

—¡"Preciosa"! ¿Cuándo te has ido?

—Bien temprano. En mi casa suelen esperarme para desayunar… Soy madre de familia...

—Mmmmm —gruñí—. Me he levantado destrozado... y ahora tengo que dar el "do de pecho".

—Jajajá, si no jugases a partirte la crisma... —rio.

—Has sido tú, preciosa. Me has hecho enloquecer.

—¡Anda ya! ¡Adulador! Más bien parecía que querías impresionarme.

—Lo tengo difícil eso. Eres una mujer como pocas.

Mi adorada *Wonderwoman* no dijo nada al respecto y, disfrutando de aquel silencio, me regodeé en el hecho de haberla dejado sin habla. Me habría gustado estirar aún más el momento, pero tenía que llegar lo antes posible a mi destino.

—Llego tarde, ¿nos vemos luego?

—Por supuesto.

—¿Traerás a tus hijas contigo?

—Claro. Tienen que darte el visto bueno…

—¡Cierto! Entonces…esta noche no podremos vernos…

—Vernos sí, lo que no podremos es besarnos, mordernos, acariciarnos... —provocaba ella con su sensual vocecita.

—No hagas eso o llegaré malito.

—Por cierto, espero que esta noche me des una respuesta en firme.

—Descuida... y ponte tu mejor vestido.

No pude admitir que no sabía qué había pasado entre nosotros, al igual que tampoco se me ocurrió sugerir que no sabía nada de aquello sobre lo que mi opinión parecía tan importante. Estaba en manos del tiempo y del destino, confiando en que acabaría acordándome de todo. No tenía otra opción.

— ¿No está la música muy alta, mamá? ¿Estos son los antros a los que vienes cuando sales? ¡Si está todo lleno de "puretas"!

—¿Es que no sales nunca de marcha, Steff? Empuja y ve hacia la barra —gritó.

—¿Es ese el chico del que me hablabas? ¿El que canta? ¡Qué pasada!

—Ahí le tienes, ¿qué te parece?

—Es muy joven para ti, mamá.

—No digas tonterías, no nos llevamos tanto.

—Si es de nuestra edad.

—¡Nada de eso! Este chico roza la treintena.

—¡Es tan guapo!

—Está muy vivido para vosotras. ¡Ni se os ocurra!

—¿Aún no le has cazado y ya estás celosa?

—No seas estúpida, Steff.

—¡Mira! ¡Mira! Nos está mirando.

—¿Me sonríe a mí? —preguntó Esther a su hija en tono malicioso.

—Eso creo. ¿Sabes? Parece que te haya dado la misma locura que al tipo que se hace llamar mi padre.

—No le llames así. Queremos a tu padre.

—¡Te puso los cuernos! ¡Ten algo de dignidad!

—No levantes tanto la voz. Debió actuar de otro modo pero que tu padre sea feliz nos hace felices también.

—Yo solo le deseo que le dé un patatús.

—Ni se te ocurra volver a decir cosas como esa. Solo ha decidido hacer cambios en su vida, sin contar con nosotras. Ojalá no se equivoque y acabe echándonos mucho de menos.

—Es eso entonces... que quieres darle en las narices con un nuevo novio más guapo y joven que él.

—Nada de eso. Pero no pienso hundirme. Me toca recuperar el tiempo perdido.

—Los hombres son unos cerdos. A mí me parece muy bien que hagas tu vida, mami, pero un chico así te dejará en la cuneta en cuanto se le cruce alguien como yo —bromeó.

—Déjate de bobadas, hablo muy en serio. Un hombre así es incapaz de enamorarse de nadie. Vosotras sois muy jovencitas para lidiar con eso.

—¿Y tú eres ahora una mujer experimentada?

—Yo ya he vivido muchos tipos de desaires, cariño.

—Papá es un...

—Las cosas siempre cambian...

—¡Viene hacia aquí! ¡Preséntamelo!

—Todo a su tiempo, Steff.

4
PERDIDO

Álex había desaparecido y las chicas que permanecieron allí todo el concierto, esperando aquel momento cámara en mano, resoplaban ansiosas por que al fin "el macizorro" acudiese a hacerse con ellas los *selfies* de costumbre.

Fran le buscaba por todas partes mientras socializaba con aquellas desconocidas que le felicitaban por su fantástica actuación. Sonreía a diestro y siniestro fingiendo disfrutar del momento, pero en realidad ese tipo de cosas le sacaban de quicio. No era de las personas capaces de disfrutar con las alabanzas de desconocidos que no tienen ni idea de lo que están hablando.

En cambio, la chica nueva había llamado poderosamente su atención durante el concierto. Sin poder evitarlo, la había sorprendido reproduciendo complicados ritmos repiqueteando con sus dedos sobre la barra. Juraría, por sus movimientos, que también intentaba tocar el bombo con el pie y hasta que podía hacerlo con una precisión metronómica. Es cierto que le parecía muy atractiva pero, aquellas mangas tatuadas le provocaban cierto rechazo. Le parecía que las mujeres perdían todo su encanto si tenían que llevar, para sentirse realizadas, toda aquella tinta encima.

Fuera como fuese, no tenía ninguna intención de entablar conversación con ella. Sin duda tenía novio y no quería quedar como un capullo.

—¿Qué miras?

—Joder, "Prinseso", ¿dónde te habías metido? Esta gente me tiene hasta los huevos ya...

—¿Te ha gustado la morenita? ¿Es eso?

—Venga, hazte las putas fotos y vamos a desmontar. Estoy agotado.

—Desde luego, eres la alegría de la huerta. ¿Nos tomamos una cerveza y te la presento? —dijo señalándola.

—¡Anda ya! Si no la conoces.

—¿Con quién crees que hablo para organizar los "bolos", eh? —insistió Álex.

—¿Para qué? Tiene de sobra con los babosos de la barra.

—Si te sirve de consuelo, es un cardo. No creo que de mucho palique, es de lo más borde que he conocido.

—Y lo dices tú, que ninguna se te resiste.

—¿Por qué no vas a pedirle unas cervecitas para todos y aprovechas para hablar con ella?

—No tío, paso. Parece una "kinki".

—Jajajá. Estás tú un poco "chapao a la antigua".

—Soy como soy. No tiene nada de extraño. Por cierto… ¿y ese “pivón”?

—¿Quién?

—La del vestido rojo que estuvo en tu ático anoche.

—¿Qué sabes?

—Que algunos vecinos se quejaron del ruido...

—¡Si me dijiste que no nos oiría nadie!

—Eso es que te la has tirado.

—No, no es eso.

—¿Cómo qué no? Has caído en la trampa más vieja de la historia.

—Tío, que de verdad que no.

—Imposible. ¡Ya lo has dicho!

—¡Qué no me acuerdo! ¡Ostia!

Estaba dicho. Lo había reconocido finalmente y en voz alta. Mi amigo me miraba incrédulo y no le faltaba razón. ¿Qué tipo de persona podría olvidarse de algo así?

—Pues vaya movida. ¿Tanto bebiste?

—Ni idea. Me ha despertado tu llamada y mi casa era testigo de una gran actividad, pero no recuerdo nada.

—Pregúntale a ella... —se burló.

—Cómo si me hiciese falta parecer más crápula.

—Vaya. Parece que te preocupa bastante su opinión sobre ti y que le gustas... ¡La he visto en el concierto hoy!

—Ha venido a vernos con su hija, que nos ha dado el visto bueno para tocar en su fiesta de cumpleaños.

—¡Qué honor!

—¡Todo por la música! Igual hasta te encontramos una novia normal.

—Eres un gilipollas.

— Dios, qué ganas. No podía esperar más.

—Vamos, agárrate fuerte.

—Cómo nos pille tu padre me va a matar.

—¿Rápido y mortal o lento y mimosito?

—A tope.

Dicho y hecho. Jorge empujó a Laura contra la puerta del almacén y de un fuerte tirón la colocó sobre sí a horcajadas. En aquella excitante posición apartó de su camino aquellas mojadas braguitas y la penetró suavemente.

Su enorme miembro erecto se coló en su caliente sexo y permanecieron quietos, sintiéndose el uno al otro, el tiempo necesario para besarse y morderse con frenesí, hasta el último centímetro de piel que tenían a su alcance. Después, sus coordinados movimientos dieron paso a una danza ritual, en la que el ritmo lo marcaban sus cuerpos al chocar.

Desabotonaba su camisa blanca, haciendo asomar unos preciosos pechos redondos y firmes que chupó hasta que no pudo más. Con sus manos acompañaba las caderas de su amor de juventud, haciendo que aquellas embestidas fuesen cada vez más enérgicas y sus surcos cada vez más profundos. Laura se mordía el labio para no gemir. Evitaban el ruido a toda costa pero buscaban urgentemente un orgasmo, desesperados, en aquella situación tan poco propicia para ambos.

—¡Fóllame, cabrón!

—¡Córrete, puta!

Y eso fue el detonante de aquellas convulsiones y gestos imposibles de describir, que les llevaron al éxtasis, dominados por esa fuerza que desprenden los cuerpos en el punto exacto en el que el placer se hace visible.

—¿Laura?

—¡Mierda! ¡Es mi padre! Toma mis llaves. Sal en cuanto nos hayamos ido. Daré un golpe en la persiana.

—Vale.

—Llámame luego.

—Prometido, Jorge por favor —bromeó.

Él le sonrió en la oscuridad y le dio un tierno beso en la mejilla, antes de que se les rompiera aquel precioso momento postcoital. Laura, tras el “amorinterruptus”, se apresuró a salir de allí lanzando un beso al aire mientras cerraba cuidadosamente la puerta a su espalda. Allí, en la oscuridad, él esperaba pacientemente la señal de "vía libre".

Todo había sucedido demasiado deprisa pero había sido igual de increíble que hacía unos años. Ya no eran unos niños y debían tener cuidado, cualquier paso en falso sería provocar el más apocalíptico de los desastres.

Se daba cuenta de que aún estaba enamorado de aquella mujer que seguía siendo quien daba luz y alegría a su mundo, ese mundo que hacía tiempo que no le pertenecía en exclusiva. Por supuesto, ella también debía saberlo…

Pronto escuchó el golpe de la persiana y supo que era el momento. No tenía ni idea de cómo le había quitado a su padre de encima, pero agradecía poder volver a casa con tiempo suficiente para que nadie le echase de menos.

Había ido bien y entre las ovaciones de aquel maravilloso público, bajé del escenario y me perdí entre la multitud, buscando a la mujer que me volvía así de loco. Desde lo alto del escenario pude localizarla sin dificultad y mimetizándome con el oscuro entorno, la atraje hacia mí repentinamente y la arrastré hasta un lugar algo más íntimo para besarla apasionadamente. Ella respondió deseosa a aquel beso tan inoportuno y después, me apartó suavemente. Sus preciosos ojos pasearon por el local hasta posarse en su pequeña, explicándome sin palabras, que no debía seguir con mis efusivas muestras de alegría.

—Disculpa, Esther. No he podido evitarlo.

—Me ha encantado, pero comprende que no pueda quedarme mucho más —dijo mirando a su hija, que ya estaba esperándola en la puerta.

—Bien. No te preocupes.

—¿Y bien? ¿Ya lo has decidido? —insistió ella.

—¿El qué?

—Ya sé que parecías muy interesado ayer, pero tal y como estábamos, era mejor darte tiempo.

—¡Ah, te refieres a eso! La verdad es que me gustaría saber un poco más sobre el asunto antes de contestar —dije intentando sonsacar alguna información sobre aquello que me había perdido.

—Bueno, ya te dije que no podría darte muchos detalles más. No tengo demasiada información al respecto.

—¿Y qué esperas qué haga? ¿Confiar en que todo irá bien? —volví a insistir, con la esperanza de encontrar un hilo del cual tirar para comprender de qué iba todo aquello.

—A ver. No tienes que hacer nada que no quieras.

—Sí, eso ya me quedó claro. ¡Faltaría más!

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Es poco dinero?

—¿Dinero? ¿Crees que solo me interesa tu dinero? —contesté sin poder evitar levantar la voz.

—No te enfades conmigo, por favor. Olvídalo, pensé que no te importaría acompañarme a...

—Perdóname tú, no llevo muy bien eso de no saber dónde me meto.

—Y es normal pero solo tienes que venir conmigo nada más. El dinero es solo por las molestias…

—Creía que te gustaba de verdad, no que querías contratarme para ser tu acompañante —le grité mientras me dirigía de nuevo a la sala de conciertos, dejándola sola en el pasillo de los lavabos.

¿Había entendido bien? ¿Iba a pagarme para acompañarla y fingirme enamorado? ¿Por quién me había tomado? ¿Acaso pensaba que tonteaba con ella solo por dinero? ¿Qué tenía en la cabeza esa

mujer?

Estaba verdaderamente cabreado. Me sentí pisoteado. La gente con "pasta" es increíble. ¿De verdad solo quería joder a su ex? ¿Para eso me había seducido? ¡Joder!

Me tomé unas cervezas con los chicos, entre contrariado y enfadado para volver, como de costumbre, con Fran a casa. Al igual que otras veces, él me hablaba del concierto, los fallos, los próximos ensayos... pero me conocía bien y me intuía disgustado.

—¿No ha habido suerte esta noche, "Prinseso"?

—Las tías están chifladas, no hay quién las entienda.

—Y lo dices tú, que tienes el milagroso manual…

—No creas, siempre me descolocan. La cuestión es si puedes verlo desde su óptica y acabas comprendiendo de qué coño van.

—¿Es la "mujer de rojo" la que te tiene así?

—Me ha ofrecido dinero.

—¿Dinero? ¿Por tirártela? ¡Qué surrealista! Tú esas cosas las haces gratis —rio Fran.

—Por lo visto, hablamos largo y tendido de ello y creo, que fue después cuando follamos como bestias. Pero sigo sin acordarme del todo. De hecho, se ha sorprendido bastante de que me enfadase tanto.

—Quizás todo habría sido más sencillo si hubieses dicho, directamente, que no conseguías acordarte.

—Probablemente. Pero una vez cagada...

—Solo puedes decir que sí.

—¿Cómo?

—Que si es cuestión de ver las cosas desde su óptica, quizás lo que debes hacer es ver en qué lío ibas a meterte por ella. Porque, parece que te gusta bastante y además, ya le habías dicho que sí... ¡Encima va a pagarte! Una idea estupenda teniendo en cuenta que, mientras la acompañes, no podrás ir a trabajar y realmente lo necesitas.

—¿Así de claro lo ves?

—No hay por qué verlo de otra forma. No te paga para que figures, ni para que te acuestes con ella, eso no hace falta... Cree que te ayuda haciéndolo, ¡melón!

—No lo sé… Mejor hablemos de la morenaza.

—Bah, no hay nada de qué hablar. La he visto entrar al almacén con el "cubanito".

—¿El grandullón?

—El mismo. El caso es que luego el padre la llamó y salió sola. Después echamos la persiana...

—¿Le dejó allí encerrado? —rio—. Esos tuvieron tema, casi seguro.

—Por eso digo que paso de pillarme con alguien así. Esta tipa podrá estar cañón, pero está demasiado manoseada para mi gusto.

—Fran, no puedes esperar que cerca de los treinta, una mujer sea virgen. Esas cosas ya no pasan en este mundo, amigo.

Esther conducía sin hacer caso de la mocosa que la provocaba insistentemente, cambiando de emisora y distrayéndola con sus tonterías de siempre. En otras circunstancias la habría amenazado con bajarla del coche, pero en aquel preciso momento, Álex estaba instalado en su cabeza. Había quedado claro que entre ellos solo habría un discreto juego de seducción, mientras que ambos estuviesen cómodos con aquello y hasta que lo considerasen oportuno, que serían personas capaces de tener sexo juntas y vidas independientes. No entendía la reacción del músico.

Necesitaba ir acompañada a aquella fiesta. Su ex-marido estaría allí y no quería hundirse y sentirse sola. Le había ofrecido dinero a Álex... ¿acaso era un crimen? Él lo necesitaba y ella, aquella compañía "extra". Todo parecía ir bien, el derroche de ternura y sexo que le sucedió a aquella conversación parecía confirmarlo. ¿Qué había pasado entonces?¿Por qué estaba tan contrariado? ¿A caso pretendía tener una relación seria con una mujer a punto de divorciarse, madre de dos hijas y bastante mayor que él?

Era una locura. Ahora se daba cuenta de que no encontraría en él al típico "guaperas" que dura un rato y luego se marcha sin despedirse. Nada de mucha diversión y cero complicaciones. Nada es nunca tan sencillo.

5
MIENTES

—Lauri, no puedo pasar a dejarte las llaves. Mandaré a alguien con ellas al bar. ¿De acuerdo?

—Vale. Pero nos vemos al cierre, ¿no?

—No puedo, mañana salgo de viaje muy temprano.

—¿Mañana? Y… ¿cuándo vuelves?

—Pues… no lo sé. Quizás en un par de días, o tres.

—¿Dónde vas?

—A un curso… ¡en Harvard!

—¿A Harvard? ¿Y no sabes cuándo vuelves?

—He pedido unos días, me gustaría aprovechar…

—Normal... ¡Lástima que no pueda ir contigo!

—Claro… una pena… Tengo que dejarte, un beso.

—Hasta... luego —dijo, con la extraña sensación de que algo no iba bien. Había aprendido a confiar en su instinto, pero tratándose de Jorge, prefirió hacer oídos sordos y dejarse cegar por el corazón —. No son tantos días. Seguro que también sobrevivo a esto — pensó en voz alta, sorprendida de volver a estar tan ilusionada con él. Aquel mulato de ojos verdes, siempre fue el hombre de su vida.

Le quería. Siempre fue así. Le había buscado inconscientemente todos aquellos años, sin llegar a dar con un hombre capaz de convertirse en ese mago que siempre encontraba cómo lidiar con sus fantasmas. Jorge la había querido como nadie, ayudándola a sobreponerse a sus circunstancias y a conocerse a sí misma, hasta desarrollar una sensibilidad y madurez impensables para su edad. También descubrió con él las maravillas del sexo, aunque de forma algo prematura.

Sus padres nunca vieron con buenos ojos aquello que se manifestaba como una sencilla amistad, pero optaron por fingir que no veían lo que realmente estaba pasando. Evitaron así que ella se empeñase en una relación que, obviamente, entendían como un gran error que pagaría el resto de su vida. Pese a no contar con los recursos económicos necesarios, la enviaron a estudiar al extranjero y truncaron sus planes de adelantada a su tiempo.

No les culpaba. Como padres, habían hecho lo que creían mejor para ella, darle tiempo para madurar y unos estudios con los que ganarse la vida. Se enfrentó así a las dificultades, sola, y creció valorando el esfuerzo y sacrificio que requiere alcanzar los sueños.

Les estaba muy agradecida ahora que confirmaba, a su regreso, que no había perdido al amor de su vida. Al fin había llegado su momento. Ya nadie podría separarles.

—¿Me pones una cervecita?

—Claro. ¿Quieres algo para acompañar?

—Bueno, si puedes quedarte a charlar conmigo...

—Jajajá. ¡Qué ocurrencia! ¡Me encanta! —rio.

Fran arqueó una ceja sin darse cuenta realmente de lo que acababa de decir. No reconocía aquellas palabras como suyas.

—Me refería a unas aceitunillas o patatas fritas...

—Bromeaba, aunque me gusta beber acompañado, si me concedes ese honor —dijo haciendo un barrido visual del local, completamente vacío.

—Vaya, no te hacía tan simpático después de ver como aporreabas así a tu pobre batería —bromeó.

—Si la música te atrapa, eres solo el mensajero.

—¡Qué razón tienes! Yo también pierdo la noción del tiempo y el espacio cuando tocamos —dijo tendiéndole la mano y presentándose. Él la sujetó con firmeza unos segundos, mirándola a los ojos sin poder apartar la vista—. Soy Laura, terminó ella mientras un escalofrío le recorría la espalda.

—Yo soy Fran —contestó esbozando una media sonrisa—. ¿Puedo invitarte a tomar algo?

—Claro que puedes, nadie con dos dedos de frente rechazaría la invitación de un tipo tan ocurrente —respondió retirando los brazos de la barra y escondiéndolos de su escrutadora mirada.

—Bonitos tatuajes —improvisó.

—¡Gracias! Me salvaron la vida —confesó ella.

—¿En serio?

—Totalmente.

—Quién lo diría...

—¿Tú no llevas ninguno? ¡Todos los *rockeros* llevan!

—Yo no, me parecen un exceso de vanidad. Algo que ponerse para sentirse mejor que el resto —rio.

—Eso me parece una opinión muy simplista, colega. ¿Qué te parecen entonces las mujeres que pasan por una mastectomía y se tatúan para no tener que verse mutiladas el resto de sus vidas?

—Uff. No hablo de casos así, mujer. Me refería a la gente que se tatúa para estar a la moda o parecer guay.

—Te sorprendería la cantidad de gente que no hace estas cosas por que sí.

—Sorpréndeme entonces, ¿cuál es tu historia?

—Creo que no he bebido lo suficiente para contártela —sonrió con un leve gesto de amargura.

—Bueno, si no puedes contarla sin estar bebida…

—¿Tampoco te gustan las chicas que beben? —preguntó ella dando, a propósito, un buen trago de su botellín mientras lo miraba.

—No soy un hombre de excesos. Pienso que no es necesario beber para divertirse, olvidar o perder la timidez...

—Creía que esto era una cuestión de género…

—¡Dios me libre!

—¡Ay madre! ¡Con la iglesia hemos "topao"! —exclamó ella y ambos rieron inevitablemente manoteando en la barra, llegando a agarrarse de nuevo. Él volvió a tocarla y sus miradas, absortas, se disfrutaron unos segundos.

—Ah. Perdona. Espero no confundirte con estas confianzas. Estoy saliendo con alguien. Bueno, la verdad es que hemos pasado muchos años lejos pero, nos acabamos de reencontrar y bueno... Joder, perdóname...no sé por qué te cuento este rollo...Eso solo que, no me malentiendas, me caes muy bien...

—No, no sigas. De verdad que no intentaba... Jajajá. ¿Te ha parecido que intentaba...? Oh, no, de ninguna manera. A ver, eres muy guapa y simpática, pero no... Solo buscaba un buena conversación —se excusó él.

El distendido ambiente que habían conseguido empezó a enrarecerse y Fran, entendió que era el momento de marcharse—. Lo estoy pasando muy bien. Espero que podamos repetir en otra ocasión. Cóbrame.

—Déjalo, así me debes una...

— *Saionara, baby*... —dijo haciéndole un exagerado guiño y retirándose a sus quehaceres.

Bajamos del coche y Esther se aferró a mi mano, apretándola con fuerza. Agarrados, corrimos hasta las gigantescas columnas de piedra que flanqueaban la puerta de hierro de aquel edificio histórico tan sobrio y mal iluminado. El trayecto era corto, pero suficiente para que llegásemos agitados al pie de la regia escalinata de mármol.

Ella me sonreía tratando de recuperar el aliento y yo, haciendo alarde de galantería, la dejé pasar delante para poder deleitarme observándola mientras subía.

Mis ojos seguían embelesados aquel vestido rojo y comprobaba, fascinado, que no era el único que no dejaba de mirarla. Entonces se giró bruscamente, buscándome, y sentí aquella enorme inquietud escondida en sus preciosos y expresivos ojos. Incluso en aquel momento, sin su natural aplomo, me pareció una mujer excepcional y me sentí inevitablemente atraído por su embrujo.

La alcancé y le ofrecí mi brazo, orgulloso de haber tomado la decisión correcta, y ella, cómplice, se comportaba como si mi torpe disculpa hubiese sido suficiente para restablecer nuestra confianza.

—¿Estás listo? —me preguntó, obligándome a salir de mis pensamientos.

—Por supuesto.

—Recuerda, solo tienes que estar conmigo hasta que me vaya. No digas ni hagas nada que no quieras.

—Captado.

—Después te daré tu dinero y serás libre de volver a llamarme o de no hacerlo.

—¿Por qué no iba a querer volver a verte?

—No olvides nada de lo que te digo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Entró con paso firme y decidido al impresionante salón. Los allí presentes la recibieron apartándose e inclinando levemente la cabeza a su paso.

Yo no salía de mi asombro y por más que lo intentaba, no conseguía entender qué estaba pasando allí. En mi cómoda posición de "segunda fila" aproveché para observar atentamente todo lo que nos rodeaba.

El lujo lo invadía todo. El olor a jazmín a flores frescas flotaba en el ambiente y la cálida luz de antorchas y velas, nos envolvía en una atmósfera casi mágica. Entendí entonces que Esther insistiera en comprarme un traje a medida para la ocasión pero, ni aquellos zapatos tan caros ni aquella mullida alfombra negra regada de pétalos de rosa, me evitaron las rozaduras.

Ya en el jardín trasero alguien se llevó a mi adorada dama y un séquito de mujeres y hombres semidesnudos se apresuraron a tirarse al césped para que les pasase por encima. Discretamente, me apartaron de aquella escena.

No daba crédito a lo que estaba viendo. Esther, con la habilidad de alguien acostumbrado a hacer ese tipo de cosas, caminó sobre ellos sin pestañear y un hombrecillo que caminaba dando saltitos, la besó en la mano y le hizo una reverencia antes de acompañarla.

Finalizado el paseo, puso un cojín bajo sus pies y le ofreció asiento en algo que parecía un trono. Después, "los pisoteados" hicieron cola para ser besados en la frente por ella, que derrochaba ternura y les susurraba "no se sabe qué" entre sonrisas y reverencias.

Los gestos de aquel personaje masculino del peluquín blanco que iba envuelto en damasco y blondas, me tenían bastante intrigado.

—Desea ponerse cómodo, ¿señor? —inquirió cortésmente un sujeto desnudo que portaba una bandeja con algunas prendas de

vestir.

—Por supuesto —respondí, sin saber muy bien que hacer y dejando, acto seguido, aquellos molestos zapatos junto al resto de ropa que portaba.

—Muchas gracias, señor. ¿Desea algo más?

—Quisiera sentarme al lado de la señora —dije señalando a Esther con la mirada.

—No…no…no puede hacer eso, señor —respondió el esclavo, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—Claro que puedo. Ella misma me lo ha pedido —respondí, levantando orgulloso la cabeza.

—Disculpe mi atrevimiento, señor. Déjeme hacer una pequeña consulta —musitó dándose la vuelta, mostrando un enorme dilatador insertado en su musculado y bronceado culo.

El tipo desapareció entre la multitud y yo empecé a impacientarme. Me temía lo peor. Aquel sitio era raro de cojones y toda aquella gente me parecía muy pirada. ¿Qué esperaba Esther que hiciese allí? ¿Quedarme como un pasmarote? ¿Comportarme como uno de ellos?

No, no, no y mil veces no. Aquello no estaba bien. Fran no daba crédito a lo que estaba viendo. El morenazo gigante paseaba de la mano de una preciosa mujer a la que agarraba y besaba sin cortarse un pelo. Habían cruzado juntos el paso de peatones, sin reconocerle, mientras él esperaba a que el semáforo se pusiese verde. La ira que lo invadió le obligó a parar de inmediato y comprobar que no se estaba equivocando de persona.

Aparcó inmediatamente la moto, en un espacio habilitado para ello, y corrió hasta la esquina por la que ambos habían desaparecido de su campo de visión. Deseaba, de corazón, que no fuese el morenito con el que su ahora amiga Laura, se encerraba en el almacén.

La pareja caminaba tranquilamente, charlando. Al llegar a la puerta del colegio se detuvieron hasta que dos preciosos niños de entre seis y ocho años salieron dándoles besos y el parte de su día. Se armó de valor y los siguió discretamente hasta el coche, confiando en encontrar el momento oportuno para hablar con él. Una vez subieron todos, y temiéndose perder la oportunidad, le abordó ofreciéndole su mano, saludándolo como si se conociesen de toda la vida.

Jorge le reconoció enseguida y, alejándose de su familia un par de metros respondió al saludo de aquel tipo, esbozando una cordial sonrisa. Ambos hablaron del fantástico concierto en el que coincidieron en el *Rocking* y la conversación acabó con un abrazo,

de esos de machotes, en el que el batería aprovechó para increparle.

—Ahora veo de qué vas. No jodas así a Laura y dile la verdad o seré yo quien tome cartas en el asunto, sinvergüenza. ¡Eso no se hace! —le susurró acercándose y fingiendo gran camaradería.

Cuando se alejó pudo comprobar en su cara que sus palabras no habían caído en saco roto. Le tenía por los huevos.

—¡Hasta pronto colega! —dijo en voz alta retirándose y despidiéndose con un gracioso gesto, de los chicos y la señora del coche.

—Adiós —resopló aliviado Jorge, agradecido de que el músico le hubiese abordado discretamente y le permitiese solucionar aquello sin daños colaterales.

Arrancando la moto, Fran respiró profundo y suspiró. Se sentía bien. Había hecho lo correcto.

6
LO QUE AÚN NO SABÍAS

Adornaron con flores la plataforma del jardín en la que se erigía, triunfal. Pronto vinieron a por mí, que estaba pasmado con aquella imagen en la que Esther era la más importante de las figuras. Me pidieron que me sentase a sus pies. Por lo visto, yo también sería un complemento crucial en aquella extraña escena.

Totalmente perdido la miré a los ojos y todo mi nerviosismo se esfumó, dándome cuenta de que confiaba plenamente en ella y que, teniéndola cerca, estaría cómodo en cualquier lugar y circunstancia. Ella me sonreía, aliviada y feliz de tenerme allí. Repentinamente se inclinó para besarme, a pesar del incómodo desnivel que nos separaba, provocando algunas caras de sorpresa entre los asistentes.

—Esto está mejor. Menuda movida. ¿Qué está pasando aquí? Mire donde mire me encuentro fuera de sitio, "preciosa".

—No sé cuánto estás preparado para asimilar, pero esta noche verás cosas bastante distintas. Te agradezco muchísimo el esfuerzo, pero entenderé que no quieras que volvamos a vernos.

—No creas que te será tan fácil deshacerte de mí.

Nos echamos a reír hasta que se dio cuenta de que alguien se nos aproximaba demasiado. Entonces volvió a su personaje serio y frío, separándose de mí por completo.

—Recuerda bien lo que te dije. Ver, oír y callar. En pocas horas estaremos en casa, te lo prometo.

—Vale —dije inclinando la cabeza.

Con esa complicidad que parecíamos tener me enfrenté con ella al resto de retos que nos deparaban aquella noche. El tipo del pantalón apretado y las puntillas se acercó hasta nosotros y, apartándome con el pie, me hizo colocarme al lado derecho del aquel trono, hecho a medida de una deidad de época clásica.

—¿No va a desnudarse, Mut?

—No es mío. Hará lo que quiera hacer.

—Está bien, disculpa. ¿Estás lista? ¿Empezamos?

—Sí, por favor. Acabemos cuanto antes.

Con una señal, un centenar de personas vestidas y sin vestir, se congregó a nuestro alrededor. Los ojos se me salían de las órbitas. No salía de mi asombro viendo cómo se me acercaba una bellísima

mujer desnuda, caminando a cuatro patas como si fuese un perro. El destino quiso ponérmelo difícil colocándola a mi lado.

Obviamente, tuve que hacer un gran esfuerzo para no mirarla en exceso. Permanecía junto a mí inmóvil, sentada como si de verdad fuese un can. No quise imaginarme lo que le picaría toda aquella hierba entre las piernas. El hombre que la acompañaba, mantenía firme la cadena que la sujetaba por el cuello. Tirando de ella la obligaba a sacar pecho, mostrándolo descaradamente a los asistentes. Contra todo pronóstico, ella sonreía y yo, me sentía cada vez más incómodo. Tenía aquellas preciosas tetas tan cerca que atrapaban totalmente mi atención.

Agradecí entonces no haber tenido que desnudarme aunque, seguramente, no habría llamado la atención de nadie ni estando empalmado.

Como si adivinara mis pensamientos, aquel capullo la obligaba a rozar la cara por su entrepierna. La sujetaba haciéndola moverse obscenamente contra él ante mi expresión de incredulidad. Después me dirigió una simpática sonrisa y sujetándola por el pelo, la aproximó a mí, ofreciéndomela, en un gesto amable que rechacé educadamente. ¿Qué coño era eso?

Silencio. Lo que fuese aquello iba a comenzar.

—Amigos, como es costumbre, nos reunimos para disfrutar juntos de todas nuestras fantasías y perversiones. Hoy os tengo que anunciar que nuestros fundadores, Mut y perro han decidido seguir sus caminos por separado.

El orador de peluca empolvada hizo un silencio y los asistentes aplaudieron. Con el corazón encogido miré a Esther comprendiendo que era ella la Mut de la que hablaban y el porqué de mi presencia allí.

—Como muchos sabéis, perro abandona su antiguo nombre y rol para ser llamado B. Su nueva Ama Lilith le acompañará en esta nueva aventura.

Un nuevo aplauso volvió a lanzar dardos sobre mi querida dama, que como podía, fingía felicidad y se erguía para aparentar que seguía de una pieza. En pocos segundos el tal perro se postró a los pies de ella y le entregó, lo que yo entendí como un símbolo de su unión. Ella lo hizo añicos inmediatamente. El público volvió a aplaudir y Lilith, con un gesto de profundo respeto hacia Esther, “collarizó” bruscamente a su ex.

Las palmas y los vítores me hicieron salir bruscamente de aquel estado de shock. Aquello me parecía un espectáculo de lo más cruel. Los invitados empezaban a retirarse, creyendo que todo había acabado y en ese imprudente instante me desnudé ante Esther, adoptando aquella ritual postura de ofrecimiento.

Mi osadía arrancó de aquel centenar de bocas, sonidos que iban desde el más absoluto asombro a la peor fingida indiferencia. Volvieron a formar el círculo y Esther se sentó frente a mí. A mí misma altura. Con la frente pegada al suelo, pude ver como el señor pimpollo se acercaba a ella y le preguntaba algo al oído.

Ella asintió y él, muy diligentemente, se encargó de que todo el mundo se largase de allí.

—¿Qué ha sido del ver, oír y callar? —rio mientras hacía que me incorporara y me daba mi ropa.

—Me he dejado llevar por el eso de: "haz lo que quieras hacer".

—Ahí me dejas sin argumentos, tramposo —volvió a reír—. Pero no sé si tienes idea de lo que hacías.

—No hace falta ser muy listo para ver qué pasa...

—Nos has dejado con la boca abierta, Álex.

—No hay de qué, Mut.

Volvió a reír y me sentí el hombre más dichoso del mundo. De verdad había empatizado con ella hasta el punto de estar sintiendo aquel dolor, aquella burla, aquella pérdida... El mismo que viví en su día, aderezado de hostilidad, soledad e incomprensión. No podía permitir que aquella ceremonia, en la que los nuevos amantes parecían humillarla públicamente, acabase así para ella.

—Me estabas ofreciendo todo lo que eres.

—Pues no me suena tan mal, ¿me has rechazado?

—No exactamente.

—¿Entonces? ¿Qué le has dicho al *Ferrero Rocher*?

—Le dije que no sabías lo que hacías.

—Y te ha creído...

—No hace falta. Mi palabra es ley aquí.

La besaba como un poseso mientras entraban en su particular cuarto de juegos. En aquellas horas bajas no solía haber nadie en el local, así que aprovechaban para disfrutarse y recuperar el tiempo perdido. Sentado sobre las cajas de los refrescos, Laura lo deshacía con aquella boca que recorría enloquecida todo su cuerpo. Tras aquel fingido viaje, en el que se debatía entre desaparecer o volver a verla, la encontraba excepcionalmente receptiva.

—Voy a comértelo todo, negrito —le decía al oído mientras sus labios besaban su boca y se perdían en su cuello. Sus manos, hábiles y deseosas, desabrochaban su camisa y se colaban en su pantalón rozándole y sacando de allí su enorme miembro, siempre dispuesto a dárselo todo.

—Eres un amor, fierecilla —contestaba mientras se dejaba hacer y disfrutaba de aquellas excitantes palabras y caricias "con uñas y

dientes".

Mirándole con expresión de niña traviesa, descendió por el cuerpo de Jorge. Usando la boca mordisqueó el lóbulo de su oreja, le clavó los dientes en el hombro y llegó a sus pezones en una vorágine de lametones, chupetones y mordiscos. Simultáneamente, usaba las manos para juguetear con su sexo. Con una le mantenía agarrado por los huevos, hinchados y calientes, y los movía graciosamente de acuerdo a sus fines. Con la otra, movía su polla arriba y abajo con una cadencia rítmica mortalmente lenta en ocasiones y brutalmente deliciosa el resto del tiempo. Le sentía a su merced y eso le gustaba.

—¿Todo esto es para mí? —preguntaba mientras descendía arrastrando los labios desde su barbilla hasta su precioso ombligo, sin apartar su mirada viciosa de él.

El enorme Jorge suspiraba, gemía, y se deshacía extasiado con aquellos comentarios y movimientos que le llevaban a perder del todo el norte. Acto seguido, ella se metía la punta de su polla en la boca chupándola como a una bolita de caramelo, con movimientos circulares y pasando su lengua lentamente sobre ella.

—Mmmm. ¡Qué rico! No me voy a dejar nada...

Y después de provocarle con sus palabras, se lo metía todo en la boca y comenzaba a chupar con ganas y ritmo, agarrándose en sus piernas, y pellizcándole y azotando ese maravilloso culo. En apenas unos minutos él, presa del placer más absoluto, se vaciaba en su boca.

Fran llegaba como cada tarde, para tomarse con ella una cervecita y charlar un rato como ya era costumbre. Aquello le hacía tan feliz que cuando les vio salir de nuevo juntos de aquella habitación, con signos inequívocos de haber hecho de las suyas otra vez, no pudo evitar que le hirviera la sangre. Era cierto que le gustaría estar en la piel de aquel tipo, pero lo que más le cabreaba era que se la estuviese jugando y tuviese a aquella fantástica mujer, tan engañada.

Los tortolitos se besaban tiernamente mientras se abrazaban y se decían "te quiero" como si no hubiese mañana y sin poder evitarlo, aquel pacífico y noble hombre se lanzó sobre el mulato dándole varios puñetazos por sorpresa. Por supuesto, el tipo se defendió pero ella, malinterpretando del todo las razones de Fran, intentó detenerlos y golpeó a éste en el costado con un taburete.

—Te lo advierto Fran, ¡para o llamo a la policía!

—De aquí no me voy hasta que le dé su merecido a este cabrón. ¡Dile que te lo diga! —gritaba él, encabronado.

—Ya te lo dejé bien claro, no voy a tolerar que me montes una escenita, Fran. Te he dicho que te largues.

—¡Qué no me voy de aquí hasta que este sinvergüenza se comporte como un hombre!

La sangre empezaba a cobrar protagonismo en las caras de ambos, que se zurraban con bastante saña y con toda la fuerza que tenían.

—¡Parad ya! ¡Por favor! —gritaba Laura mientras hacía el ademán de llamar a la policía.

—¡Se acabó, muchachos! — les advirtió el padre de ella, que acudió en su auxilio al presenciar la escena en las cámaras con las que vigilaba el local—. No sé qué creéis que estáis haciendo pero vais a parar ya, si no queréis hacerle daño a un viejo como yo.

El respeto que le tenían encendió sus caras. Estaban profundamente avergonzados.

—Ahora, fuera de aquí los dos o pasaréis la noche en el cuartelillo.

—Con todos mis respetos, señor, solo saldré si es detrás de él —insistió Fran.

—Hijo, como podrás imaginarte, a mí el orden "me la pela". ¡Largaos de aquí!

—Jorge... —sollozó Laura sujetada por su padre, que parecía intuir el motivo de aquella brutal pelea.

—No tolero violencia en mi local. Haceos un favor y no volváis por aquí ninguno de los dos.

—¡Dile que te cuente lo que no te ha dicho, Laura, o te lo diré yo! —amenazó Fran.

—Ya hablaremos todos cuando estéis más calmados, chico. Ahora, ¡fuera! —gritó el dueño.

Los dos salieron cabizbajos de allí y Jorge no dijo ni una palabra. Se limitó a caminar delante de Fran y a correr hasta su coche para evitar males mayores.

—Laurita, hija. ¿No puedes tener cuidado de dónde haces las cositas? Fíjate la que has liado.

—Pero, papá...

—No soy tonto. Andáis bobeando a escondidas y no sois unos críos. ¿Estás segura de que estás haciendo bien?

—¿También tengo la culpa de que los tíos se pongan celosos de mi novio? Debería poder elegir a quien me tiro…

—¿Estás segura de que es la elección correcta? ¿Eres consciente de la cantidad de tiempo que ha pasado?

—De los años, los meses, las semanas y los días, papá.

—¿Y sabes que ha pasado en todo ese tiempo? ¿Le has preguntado siquiera?

7
AL FINAL DE LAS ESCALERAS

— ¿No ha llegado Fran? —le pregunté a la arpía de los tatuajes, con la mejor de mis sonrisas.

—¿Tengo yo pinta de ser tu secretaria? —contestó Laura, muy antipática—. Y para que lo sepas, tu amigo es persona "non grata" en mi local.

—¿Cómo? ¡Si llevamos viniendo aquí más tiempo que tú! —repliqué sin poder evitar que se me hinchase la vena mientras hablaba. Le había tomado mucho cariño al viejo y al garito que regentaba. No podía permitir que esa tipeja que acababa de llegar, nos tratase así.

—Supongo que son las desventajas de pegarle a mi novio sin tener en cuenta que soy la hija del dueño —respondió poniéndose chula, con ambas manos en la barra.

—¿Quién ha pegado a quién? —quise saber.

—Tu amiguito… —me respondió con mala leche.

—¡Pero si en los años que lo conozco nunca le he visto enfadado! —gruñí extrañado.

—Pues ya ves...

—Si es que tiran más dos tetas que dos carretas…

—¿Cómo dices?

—Nada, cosas mías.

—Como quieras —respondió tajante.

—Pues ahí te quedas entonces. Donde no entra mi amigo, yo tampoco —resolví dirigiéndome hacia la puerta.

—¡César, espera! —dijo saliendo de la barra y corriendo detrás de mí.

—Me llamo Álex, deberías saberlo. Hemos hablado ya algunas veces… —gruñí, molesto.

—¿Eso significa que no tocaréis más aquí?

—Pues según dices, no podemos entrar en tu local, así que no veo una forma sencilla de dar nuestros conciertos así. ¡Adiós, bonita! ¡Un placer conocerte! —acabé, con ironía y esbozando una sonrisa triunfal.

—Álex... necesito... —musitó Laura, dándose cuenta de cuánto había metido la pata.

Me fui alejando despacio, escuchándola como un eco lejano en

mi cabeza. Estaba diciendo adiós a la única forma de sobrevivir que me quedaba, convencido y orgulloso de que realizaba una heroica acción. Ya era hora de que alguien le enseñase a "la niñata", que no podía tratar así a quienes habían estado siempre al lado de su padre, en sus muchos años de ausencia.

Ya llegando al portal, un poco más calmado, pensé que quizás me había precipitado. No conocía los hechos, si era cierto que mi querido amigo había perdido los papeles sin motivo, me tocaría recular y darle a Laura la satisfacción de volver a disculparme con el rabo entre las piernas.

Me intrigaba muchísimo aquella historia tan chunga en la que el pacífico Fran se había liado a ostias con el negrito. Con o sin razón, iba a apoyarle siempre, después de todo siempre estaba ahí cuando yo le necesitaba, pero no podía creerme que el Señor Sensatez hubiese perdido los papeles por una tía como ella.

—¿No toma café hoy Don Guaperas? —preguntó el *boss* a su hija, mientras se cerraba la puerta a su espalda. Al no obtener respuesta, supo enseguida que algo iba mal y preguntó sin rodeos—. Laurita, ¿qué está pasando aquí?

—Papá, estos chicos no van a tocar más en tu local.

—¿Cómo qué no?

—He decidido que...

—¿Qué has decidido qué? ¿Qué cada incidente que tenga tu ligue con un cliente lo vas a saldar echando al cliente? ¡Tú eres imbécil! ¿Qué parte de "esto es un negocio" no entiendes?

—¡Pero papá!

—¡Para colmo son los músicos que más caja hacen! ¡Eres una idiota!

—Pero dan problemas...

—Toda la vida han trabajado para mí y nunca me han dado problemas.

—¿Entonces la culpable soy yo?

—¡Probablemente sí!— gritó.

—Pues si piensas eso, ¡ocúpate tú de tu local de mierda!

—No señorita, no vas a dejarme con el marrón. En la vida real, las cagadas tienen consecuencias así que apáñatelas como quieras, pero arréglalo.

—Papá...

—Déjate de tanto papá y tanto lloriqueo. Si eres tan mujer para ciertas cosas, ¡ten un par de ovarios para lo demás! —dijo saliendo de la barra y tirando, enfadado, el trapo de cocina que llevaba en las manos—. ¡Soluciónalo! Después, si quieres, te vas y buscas un trabajo mejor.

Laura estaba cabreada. Muy cabreada. ¿Cuándo se había vuelto

todo aquello contra ella? ¿Por qué era culpable de querer a aquel tipo? ¿Por qué todo el mundo se creía con derecho a opinar sobre eso? ¿En qué coño pensaban todos aquellos hombres?

Quizás era eso todo el problema, que eran todo hombres y por supuesto, la culpable siempre resulta ser la mujer. Típico. ¿Y encima tenía que ser ella quién se disculpase e hiciera que volviesen? ¡Era el colmo!

Cogió de mala gana el teléfono que no dejaba de sonar insistentemente.

—¿Cómo está mi chica? —sonó la dulce voz de Jorge al otro lado.

—Mira, mejor hablamos en otro momento... —respondió tajante.

—¿Va todo bien? —insistió él.

—En serio, tengo que resolver algo.

—¿Pero nos vemos al cierre hoy? Te estoy echando mucho de menos —dijo intentando sacarle algo de conversación.

—Estuve de bronca con mi padre. Tengo que solucionar algo lo antes posible. Luego te llamo.

—Siento mucho lo que ha pasado… —se disculpó, tratando de suavizar la tensión con aquella desconocida Laura.

—No es culpa tuya, no te preocupes —respondió interrumpiéndole.

Un silencio al otro lado hizo que colgase sin más. Quizás sí tuviera algo de culpa. ¿Por qué no quería nunca que se viesen en otra parte? ¿Por qué siempre insistía en ir allí arriesgándose a toparse con su padre? ¿A qué se refería Fran, colérico, con aquello que debía contarle? ¿Por qué él no se defendió ni dijo una palabra durante el incidente?

—¡Porque es un cabrón y ya está! —gritaba Fran como un energúmeno.

—Pero tío. A mí me lo puedes contar —insistía yo, intentando apaciguarle.

—Se lo merecía. No tienes que saber más.

—¿Sabes que no podemos volver allí?

—¿Cómo? Si el viejo nos trata como familia...

—Me temo que su hija no nos tienen en tan alta estima, colega. Lo siento. Me dijo que allí no serías bien recibido y le dije que donde no cabías tú, yo tampoco.

—¿Eso le dijiste? ¡Qué huevos tienes! ¿Cómo piensas pagar el alquiler?

—Paso de tontas del culo, ya me las arreglaré. Pero tú vete mirándotelo. ¡Vaya puntería tienes, joder!

—No, si ahora voy a tener la culpa yo de que tenga un desgraciado por novio.

—¿Y qué te importa eso a ti? ¿Es que no puede salir con quien quiera? Ya es mayorcita...

—Tú no lo entiendes.

—¡Claro que no! ¿Cómo voy a entender que mi colega, que tiene los cojones del Santo Job, sin motivo aparente, le ha partido la cara al novio de la hija del dueño de la sala de conciertos que nos tiene allí tocando todas las semanas? ¿En qué pensabas? —le dije a voz en grito.

—Es un cabrón. ¡Está casado! —bufó justificándose—. ¡Va allí solo a tirársela, Álex! ¿Cómo iba a permitir eso? —contestó visiblemente alterado—.

—¿Y no has pensado que igual ella está al tanto?

—He pensado de todo, la verdad, pero cuando vi la marca de su anillo al salir del cuartucho donde se restriegan, me pudo la rabia.

—¡Joder! Esa tía te mola de verdad. Pues ya tienes estómago, eh, es un auténtico cardo —me atreví a decirle pese a que estaba fuera de sí—. Pero si es necesario, tío, me disculparé con ella —añadí.

—¡Anda y que les den! Tú por mí no vas a arrastrarte.

Inesperadamente sonó el timbre de la puerta. Ambos nos miramos sorprendidos pues, salvo Esther, nadie más sabía que me había mudado allí, todavía.

—¿Has invitado a alguien? —dijo haciendo un gesto de fastidio y tocándose el ojo que se le había puesto morado.

—Pues no, pero me da en la nariz que sé quién puede ser... —respondí sin poder evitar que asomase en mi cara una sonrisa de satisfacción.

Deseando que fuese la nueva "niña" de mis ojos abrí rápidamente la puerta para comprobar, decepcionado, que quién venía a visitarme era la hermana chunga de mi compañero de tropelías.

—¡Hola guaperas! —gritó Inma mientras me daba dos sonoros besos—. Vengo buscando al loco que le ha destrozado la cara a un tipo en el bar... ¡No lo escondas! ¡Sé que se ha atrincherado aquí!

—¡Qué sorpresa! —contesté yo fingiendo normalidad, mientras me apostaba entre ella y la puerta, impidiéndole la entrada.

—¡Anda! ¡Quítate! Los dos sabemos que es mejor que me dejes entrar.

—Joder. ¿Es que estoy en busca y captura o qué? —renegaba Fran desde mi nuevo y minúsculo salón-comedor.

—Recordaba esto más grande, Álex. A ver si ordenas este cuchitril…

—No he tenido tiempo de acomodarlo todo... Antes tenía mucho más espacio... —repliqué.

—¡"Mecagüen"! ¡Te han puesto hecho un cromo! No se te ocurra dejar que te vea mamá, le daría algo —decía en voz baja mientras le toqueteaba por todas partes. —Suerte que no tengas nada roto, capullo. ¿Pero qué te ha dado? —le increpaba a su hermano.

—Una chica —me burlé.

—¡No me jodas! ¿Por una tía? ¡Esto es nuevo!

—Una tía que conoció hace una semana y que tiene novio —apostillé.

—¡Esto no suena bien, *bro*! ¿Ha sido el tipo en un ataque de celos, no?

—He sido yo. Ese cerdo no trata bien a las mujeres —se apresuró a decir Fran, quitándose la bolsa de guisantes congelados de la cara.

—Pero que noble hermano tengo... —ironizaba Inma—. ¿Tú eres idiota? ¿Y te dejas partir la cara por una tipa que acabas de conocer? —gritó montando en cólera.

—Es aún peor. Ha sido él quien le ha pegado al tipo como a un saco de boxeo —aclaré.

—Sinceramente hermanito, eres medio tonto. ¿Y tú? ¿Qué coño hacías que no le ayudaste? Ah, no me lo digas. ¿Te estabas cepillando a alguna en el baño? —gruñó como solo ella sabía hacerlo.

—¿No te lo ha contado? ¡Se ha liado con una ricachona! —dijo en venganza mi queridísimo amigo Fran.

—Ricachona suena a "viejorra", Álex, ¿ahora te gustan las *Milf*?

—No la llames así. Esther es una...

—Solo una mujer estúpida se enchocharía con un tipo sin corazón como tú —me contestó en tono agrio Inma—. Bueno, aquí os dejo. ¡Que os divirtáis! Ahí tienes ropa para un par de días. ¡No se te ocurra ir a casa hasta que tengas mejor pinta! — dijo Inma, que salía aún más cabreada de lo que había llegado.

—¿Te encuentras bien? ¿Nos vamos ya? —pregunté preocupado a Esther tras la escena de tortura psicológica.

—Perfectamente. Tenía que cerrar este capítulo, Álex. Muchas gracias por tu ayuda —dijo sonriéndome—. Ahora ve y diviértete. ¡La noche es joven!

—¿Y cómo sugieres que me divierta, exactamente? —quise saber de primera mano.

—Esto es una experiencia única así que toca y coge todo lo que te permitan, u ofrécete si eso te gusta más. Recuerda que eres libre y que no me debes nada —dijo sin pelos en la lengua.

—¿Lo dices en serio? ¡No puedo hacerte eso!

—¿Tú me escuchas alguna vez? —bromeó Esther.

—Déjame enseñártelo desde mi óptica. Vengo aquí contigo, a apoyarte moralmente y tu “ex” y su actual “zorrón” te han toreado y humillado delante de todo el mundo. ¿Te parece normal que me apetezca siquiera pensar en tirarme a alguien? ¿Qué tipo de persona crees que soy?

—El tipo de persona que entendería que esto es un juego entre adultos y que nuestro "contrato" no es vinculante.

—Se más de eso de lo que te piensas, pero en éste juego te ha tocado ser la víctima hoy y a mí solo me apetece besarte y abrazarte hasta que se te olvide.

—Sin duda, hice la peor elección de mi vida cuando te elegí —rio ella.

— Si me lo permites, haré como si no te hubiese oído en esta ocasión, graciosilla —repliqué yo.

—Mejor. No sé si podrías tomártelo como un cumplido. Pero dejémonos de bromas, ya que estás empeñado en que hagamos algo juntos, será mejor que veas qué tipo de cosas me gusta hacer a mí. Sígueme.

—¿Dónde vamos?

—Al infierno. Pero podemos volver cuando quieras, si lo prefieres —dijo haciéndome un guiño.

—Contigo al fin del mundo —respondí, totalmente convencido de lo que decía.

— ¡Qué tierno! — se burló.

Atravesamos el patio y llegamos a una trampilla camuflada en el suelo. Muy hábilmente, mi anfitriona se agachó pese a sus increíbles zapatos de tacón y dio con la cerradura. Poco después se oyó un discreto *click* y las puertas de algo parecido a un zulo se abrieron ante nosotros. Cuando llegué a ver qué había dentro, descubrí unas peligrosas escaleras de madera que parecían llevar milenios allí colocadas. El espacio estaba oscuro y desprendía un fuerte olor a tierra mojada y abandono. No tenía muy claro qué coño íbamos a hacer allí, pero apretó mi mano y me sentí el tipo más afortunado del mundo.

Impresionado por el poder que me transmitía aquella mujer e intrigado por ese misterioso lugar, la seguí a oscuras peldaño a peldaño, temiendo caerme en aquel lúgubre agujero y partirme la crisma. La luz desapareció instantes después, cuando alguien desde fuera cerró inesperadamente las puertas. El sonido metálico de la cerradura al bloquearse hizo que mis sentidos se pusieran alerta y un horrible escalofrío me recorriese el cuerpo.

—¿Esther?

Me había soltado y la había perdido de vista. Apresurándome por aquella escalera hacia el inframundo, llegué por fin a "tierra firme" y la busqué tanteando en la oscuridad. En breve, una linterna me sacó de aquella pesadilla y ella, agarrándome firmemente, me guio por un de aquellos tortuosos pasillos hasta un saliente irregular. Con unos golpecitos secos, en una secuencia que no pude seguir, aquella fascinante mujer consiguió abrir esa nueva puerta, también camuflada en la roca. Tras unos inquietantes segundos alguien nos abrió desde dentro.

El interior me dejó sin habla.

8
HASTA NUNCA

Su vaso se rompió en mil pedazos contra el suelo mientras Laura fingía estar escuchándole serenamente. Al principio no hizo ningún movimiento, como si no se hubiese dado ni cuenta, pero después el temblor que recorrió todo su cuerpo la delató. Un brutal terremoto emocional se desataba en su interior y la sacudía sin piedad mientras Fran, sentado al otro lado de la barra, la observaba a una distancia prudencial.

Ya contaba con que ella necesitaría algún tiempo para asimilar toda aquella información pero no estaba preparado para ver como la decepción y la tristeza la convertían en otra persona. A medio camino entre correr a abrazarla o salir de allí, presenciaba aquel desastre arrepintiéndose de haber hecho lo correcto.

—¿Cómo he podido estar tan ciega? Le he visto a diario, hemos hecho de todo, le he contado mis miserias una a una… ¿Por qué no me dijo nada? —gritaba sin ocultar las lágrimas, moviéndose errática de un lado para otro y arrollándolo todo a su paso, totalmente fuera de control—. ¡Son su presente! —repetía mirándole —¡Un presente que nos deja sin futuro!

Laura suspiró volviendo inesperadamente a la calma y el silencio entre ambos, se convirtió de repente, en un humo denso y pesado. Fran la observaba sin mover ni un músculo. Cualquier paso en falso volvería a romper aquel delicado equilibrio.

—Lo siento… Tenías que saberlo…Siento mucho… —respondió armándose de valor, obligado por el peso de la culpa.

—La culpa es mía —le interrumpió—. Me he querido creer que nada había cambiado y no he visto más allá. Soy una imbécil —afirmó—. ¡Pero esto se acabó! —decía borrando su número y sintiendo como los últimos pedazos de su corazón roto crujían bajo sus pies, con el resto de cristales. Con la mirada perdida y del todo ausente, echaba un último vistazo hacia el almacén.

Juntos recogieron los vestigios de aquel desastre mientras ella, apretaba los puños y se tragaba el orgullo.

—¿Puedes enviarme la foto que me has enseñado, por favor? Creo que me ayudará a asimilar mejor todo esto —explicó.

—Claro —contestó Fran, reprimiendo nuevamente las ganas de ofrecerle un hombro en el que llorar y dándole su móvil.

—Gracias —susurró Laura, sin saber muy bien que decir, pasando las yemas de los dedos por la cara de él como pudiese hacer desaparecer los rastros visibles de su profunda estupidez—. Siento mucho el malentendido. No tenías que...

—Le abordé en la calle en cuanto lo descubrí y le pedí amablemente que aclarase las cosas, pero el muy cobarde no movía ficha y perdí la paciencia. Me daba mucha vergüenza volver por aquí, pero Álex… Tenías más derecho que nadie a saberlo —explicó bajando la cabeza y escapando de sus tiernas caricias.

—No hice caso de lo que decías. Era más sencillo creer que estabas celoso —musitó mientras su voz se volvía a quebrar y las lágrimas volvían a escena.

Fran la sujetó firmemente por las manos y la miró con dulzura, intentando darle consuelo. Pero acababa de romperse y recomponer todos esos pedazos no iba a ser tarea fácil. Finalmente saltó a las barricadas y la abrazó contra su pecho. No sabía que era tan menuda hasta que la tuvo entre sus brazos y aquel contacto, hizo que se sintiese en paz consigo mismo.

—Gracias, de verdad. Siento darte este mal rato.

—Créeme, era mucho peor verte con él sabiendo lo que sabía. No podía dejarlo estar…

—Ya no quedan hombres como tú, Fran.

—Sí, sí que los hay.

Fran se sentía liberado y silbaba de camino a casa. Había dejado de ser un monstruo para ella pero no podía soportar la idea de haberle causado tanto dolor. Laura, la mujer que había conocido días atrás, tan espontánea, alegre y vital, había desaparecido. Ya no le parecía una inexpugnable torre de difícil acceso, sino un montón de ruinas que había que sortear para conseguir acercarse.

—El coste de ser sincero es siempre excesivamente alto — pensaba.

La habitación que apareció tras esa última puerta no tenía nada que ver con lo descuidado y aterrador del recorrido que hicimos casi a oscuras, desde el exterior. Tuve la impresión de que íbamos sin rumbo, como los primeros en morir de las pelis de miedo.

Nos recibió una impresionante lámpara de araña de color negro y me quedé boquiabierto. No esperaba ver allí abajo, organizados en torno a un pequeño escenario redondo, tal cantidad de rincones más o menos íntimos, decorados con tan maravilloso y ecléctico gusto.

Allí podías ver desde una zona donde se recreaba una oficina, con fotocopiadora y todo, a los típicos baños de instituto, con pintadas incluidas. Camas, sillas, sofás y sillones de todos los

tamaños y colores se repartían por el habitáculo, más o menos expuestos, para hacer las delicias de los visitantes. Estaba seguro de que todo aquello no estaba allí dispuesto de manera inocente y me preguntaba a qué tipo de cosas se refería Esther exactamente, cuando dijo que me iba a enseñar lo que le gustaba hacer para divertirse.

—¿Quieres sentarte o prefieres la acción?

—Creo que prefiero echar un vistazo, de momento.

—Entonces sígueme. ¡Verás que divertido!

Cogido de la mano, como un colegial, la seguía algo confuso. No entendía qué habíamos ido a hacer allí y aquello me ponía francamente nervioso. Más raro aun, fue cuando hizo que acercase la oreja a la pared, para escuchar lo que hacían otras personas al otro lado.

El vello se me puso de punta. El sonido metálico de unas cadenas chocando contra la pared, y el cortante ruido de un látigo golpeando el suelo, me dejaron sin respiración. Atento a lo que sonaría poco después, mi cuerpo se tensaba y mi desconcierto crecía. ¿De verdad estaba ocurriendo lo que me parecía?

Las evidencias no tardaron en mostrarse. Una voz femenina gemía y sollozaba primero y pedía más poco después. ¿Estaba preparado para comprenderlo? Como adivinando lo que me pasaba por la cabeza en aquel momento, mi anfitriona tiró de mí y me dio una fuerte palmada en el culo.

No pude evitar un gesto de sorpresa y un "¡ay!" que la hizo sonreír. Su expresión pícara y su gesto de satisfacción hicieron que me lo tomase como un juego inocente, sin darle demasiadas vueltas. Poco después me besó y enredando su lengua con la mía sin descanso, me acarició todo el cuerpo con deseo y malicia.

—Ahora mira por aquí —me susurró, pícara, mientras señalaba un pequeño agujero, hecho a propósito en aquella misma pared. Nunca habría imaginado lo que pude ver a través de aquel portal a ese otro mundo paralelo, separado del mío por un poco de yeso y cemento.

Allí había dos mujeres. Una de ellas estaba sujeta por las muñecas a una especie de potro, de esos que saltábamos en gimnasia cuando íbamos al instituto, boca abajo y con parte del torso semidesnudo apoyado en él. Sus piernas estaban separadas y la falda, bajada hasta los tobillos. Sus braguitas marcaban la mitad justa de sus muslos enrojecidos por los latigazos que había escuchado antes. Su culo tenía otro tipo de marcas, parecían manotazos. No pude ver bien su cara pero sí, que le estaban abriendo la camisa lo suficiente para dejar a la vista sus pechos.

—Así aprenderás a no confiar en nadie, jovencita.

—Me engañó, Miss. Me dijo que venía de su parte...

—¿Y cuándo te he dicho yo que iba a mandar a alguien a por ti? ¡Tú lo que querías era un buen rabo! ¡Admítelo!

—No Miss. Creí que era uno de sus juegos, por eso…

—Te fuiste con él porque creías que no me iba a enterar. Pensaba que eras una perrita fiel y resultaste ser un zorrón. Pero si querías polla, polla tendrás.

—No Miss, de verdad fue un error.

No podía creer lo que estaba sucediendo allí ante mis ojos y retiré, escandalizado, la vista de aquel agujero. Cuando miré de nuevo a Esther, pude darme cuenta de que no éramos los únicos que observaban aquella escena a través de la pared.

—¿Es un espectáculo? —pregunté alucinando.

—Solo si eres un voyeur...

—¿Qué quieres decir?

—Que todo lo que ocurre al otro lado es un juego para quienes están ahí. Estoy segura de que la idea es que alguien se anime a participar.

—¿En serio?

—Totalmente. No pongas esa cara, son personas adultas y libres que se atreven a vivir sus fantasías más perversas.

—Ya lo veo.

—Y parece que te está gustando... —dijo mientras usaba su mano para comprobar en qué estado físico me encontraba.

—No lo controlo. Pero...

—¿Quieres que nos vayamos? ¿Quieres participar?

—¿Lo estás diciendo en serio?— pregunté incrédulo.

—Claro —respondía sin ningún pudor.

—No puedo. Lo siento. Esto es demasiado para mí.

—Vámonos entonces. Yo ya he cumplido con mis compromisos aquí —dijo sonriéndome.

Esther volvió a besarme pero yo me había puesto muy tenso. No comprendía que a aquella preciosa y tierna mujer le pudiese gustar hacer ese tipo de cosas. Sin decir ni una palabra más, salimos a la calle por una puerta trasera que facilitaba muchísimo la visita y allí, llamó un taxi y me pagó lo acordado. Encerrado en mí mismo y olvidándome de los sentimientos de Esther, subí al coche y me marché sin despedirme. Aquella extraña situación me había superado por completo. En mi cabeza todo daba vueltas.

Tenía que admitir que mirar y escuchar a través de la pared me resultó morboso, pero de ahí a participar en aquel porno espectáculo iba un trecho. ¿Dónde acababa el morbo y empezaba el vicio? Esther me gustaba muchísimo pero... ¿hasta dónde llegaban sus fantasías? ¿Estaba yo preparado para protagonizarlas?

Subí mi último tramo de escaleras admitiendo que sus palabras tenían mucho sentido… "Entenderé que no quieras que nos veamos más" había dicho, y visto lo visto, quizás era lo mejor.

—Qué bien que llegas, Álex.

—¡Ostia tío! Me habías asustado —exclamé. No me acababa de acostumbrar a encontrarme con Fran en mi casa, de forma tan inesperada.

—No podía dormir —confesó.

—¿Y eso?

—Laura.

—¿Laura? Si es una...

—He bajado a hablar con ella.

—Y te ha mandado a la mierda... ¿no?

—¡Qué va! ¡Hasta la he abrazado, tío!

—Vaya. ¿Y estás contento? ¿No te ha manchado de tinta o contagiado la sífilis?

—¡Capullo!

—No te gustan "ese tipo de mujeres" —dije burlándome.

—¡Déjate de memeces, anda! Escucha...Le conté lo que vi. Lo que hice para que él arreglase la situación y por qué le pegué.

—Ya es más de lo que me contaste a mí.

—No te pongas “celosona”— rio —¡Tengo un corazón que no me cabe en el pecho! Siempre guardaré un huequecito para ti.

—Sí que estás de buen humor, sí. Yo en cambio vengo hecho polvo...

—Ya decía yo que era raro que llegases a estas horas… solo.

— Mi chica... digo, Esther, tiene unos gustos bastante raros.

—¿Y lo dices tú?

—Me ha llevado a un sitio súper chungo y hemos estado mirando a dos tías montárselo a través de una pared, al lado de otra gente igual de salida.

—Jajajá. ¿Látigos y cadenas?

—Sí, joder. Una pegaba a la otra diciéndole de todo.

—Jajajá.

—¿De qué coño te ríes tanto, cabrón?

—Y luego el “carca” soy yo. ¿No has leído las sombras de Grey?

—¿Qué coño es eso? ¡No te burles de mí, ostia!

—Supongo que todo eso estaría acordado.

—Eso dijo ella.

—¿Y qué hay de malo? Es decir... Si tú tienes una pareja y os apetece montároslo en un coche, y no os preocupa que alguien os vea, por ejemplo...

—Sí. ¿Qué?

—Pues sería lo mismo. Una señora mayor que pasara por la calle

se escandalizaría igual que tú.

—¿Me estás comparando con una abuelita, Fran?

—¡No te enfades, "Prinseso"! Solo intento hacerte ver que no es ninguna aberración. ¿Tú no tienes fantasías?

—Sí, pero ninguna incluye darle una paliza a nadie.

—Quizás les gusta hacer eso, quizás es el rol del juego al que querían jugar, a lo mejor querían ser vistas...

—Pero eso ya da igual —prosiguió —con tu actitud has dejado claro que a ti disfrutar plenamente del sexo no te va así que...

—¿Así que qué?

—Pues que buscará a otro que sí la acepte tal y como es. Tan estupenda, tan inteligente, tan liberada...

—¡Mierda!

9
RUINAS

—¿Qué ha pasado con tu novio? Hace días que no lo veo por aquí —dijo el viejo acercándose a traición, mientras Laura terminaba de abrillantar las copas que acababa de comprar.

—No te oí llegar, papá. ¡Casi se me cae! —protestó.

—Seguro que no es lo más importante que has roto en estos días, ¿no? —insistió.

—Ya... oye, siento mucho lo que te dije y...

—Vengo a ver cómo estás, no a que te disculpes conmigo —respondió manoteando, como si aquello no tuviese ninguna importancia—. En cuanto a eso otro, comprende que si no te malcrié en su día, no vaya a hacerlo ahora que eres una mujer "hecha y derecha" —dijo interrumpiéndose, como si no estuviese del todo conforme con las palabras que acababa de usar—. Esos chicos han sido mi familia en vuestra ausencia...

—Ahora lo sé, papá. Me precipité —se disculpó—. Álex me echó en cara que habían pasado más tiempo contigo que yo… Eso me dolió bastante, seguramente porque es la verdad.

—Todos cometemos errores, “peque”.

—Sí. Pero yo he ido de uno a otro sin pararme a tomar aire —gimoteó.

—¡Ven aquí, anda! —dijo abrazándola para consolarla—. Eres lo que más quiero en este mundo y lo sabes —sonrió—. Casi había olvidado que tener a un hijo cerca, era estar en constante conflicto con uno mismo —confesó volviendo a hacer una pausa dramática —. Esos chicos han sido lo más parecido a tenerte por aquí...

Su padre la enternecía. Pese al paso de los años, seguía conservando esa dulzura y sensatez que cualquiera agradecería a sus veintiocho, después de meter la pata hasta el fondo. Laura lloraba. Caía en la cuenta de lo egoísta que había sido toda su vida, al no preocuparse nunca de que estuviese tan solo.

—Hemos pasado solos mucho tiempo. Eso tiene que cambiar —susurró feliz de volver a tenerle tan cerca como cuando aún era una niña.

—Estoy totalmente de acuerdo. Tenemos mucho de qué hablar... —contestó conteniéndose torpemente y dejando ver que, a pesar de su aparente fortaleza, estaba tan maltrecho como ella.

—¿Sabes algo de tu hermana? —dijo de repente.

—Nada desde que nació su pequeña.

—¿Ha tenido una niña? —preguntó con voz trémula, visiblemente ilusionado.

—El mes pasado… Ya tienen tres, papá… —le respondió con una dulce sonrisa, secándole los lagrimones con una servilleta. Se daba cuenta de que aquello estaba siendo demasiado para él –. Esta noche, en un huequito, hacemos una videollamada y los ves a todos —susurró besándole y tratando de recomponerlo. Sabía de sobra que acabaron muy mal tras la muerte de su madre, pero tenía que intentarlo.

—Ella nunca me perdonará que tu madre y yo...

—Ella ahora es madre. Está más que preparada para entender lo que no entendió en su momento.

—¡Qué cosas! —dijo intentando cambiar de tema.

—¿El qué?

—Venía a ver cómo le iba a la chica del corazón roto y me he dado cuenta de que el que está hecho polvo soy yo —explicó mientras sonreía con amargura.

—Quizás hayas estado ciego demasiado tiempo, por voluntad propia —se aventuró a decir Laura—. En cuanto a Jorge, tenías razón. Ahora tiene una familia y he decidido alejarme de él.

—Él debería pensar muy bien lo que hace pero, me parece muy sensato e inteligente que te apartes de algo así. Eres joven. Tienes derecho a vivir plenamente una relación, ¿qué pretende? ¿Tenerte escondida siempre?

—¿Interrumpo algo? —preguntaba Álex, acercándose inesperadamente.

—Álex… Qué... alegría verte por aquí... —intentó decir, convencida de que les había destrozado un momento precioso.

—Sí, estoy seguro de que te alegras, Laura —ironizó él—. Venía a hablar con El Boss.

—Entonces os dejo solos, pero antes... —dijo tendiéndome la mano —te debo una disculpa por lo del otro día. No tenía ni idea de por dónde iban los tiros y no fui justa con vosotros.

—No te preocupes —contesté sorprendido, estrechándole la mano—. Esto tenía que aclararse antes o después. Aquí nos hemos sentido siempre como en casa, no estábamos dispuestos a renunciar a estos ratitos con "el viejo" porque de repente llegara la hija titular, desde no sabemos dónde —expliqué, sin ánimo de ofender.

Laura rio con desgana.

—Os dejo entonces con vuestras cosas.

—Gracias, Laura. De verdad —insistí mirándola a los ojos y regalándole una sincera sonrisa—. ¡Nos haremos a la idea de que le

tenemos que compartir! —bromeé.

Laura se fue riéndose de mis ocurrencias.

Esther se preguntaba por qué estaba tan irritable. Llevaba días de mal humor y se enfadaba por cualquier cosa. Sabía que eso no era algo normal en alguien con tanto temple como ella y trataba de evitar aquel malestar ocupándose, personalmente, de los pormenores de la fiesta de Steff. Llamadas, presupuestos, catálogos, invitaciones… ¡todo la sacaba de quicio! ¿Cómo era aquello posible? ¡Solía disfrutar con esas cosas!

Quizás fuera más fácil reconocer que le echaba de menos… Era un fastidio, sí, pero era evidente que había acabado atrapada en su propia red y que ahora Álex campaba a sus anchas por sus pensamientos. Se sentía una imbécil, acababa de separarse y estaba deseando volver a disfrutar de aquella placentera sensación con fecha de caducidad.

"Nada es nunca tan fácil como parece" se decía a sí misma. Lo que empezó siendo un divertimento, iba camino de convertirse en un gran dolor de cabeza.

Un nefasto pensamiento la asaltó repentinamente, mientras supervisaba al personal trabajando en su fantástica casa. Era lo único que merecía, después de tantos años de trabajo y sacrificio, a ojos de su marido. Le maldijo en silencio. En el fondo, siempre supo que nunca la valoraría como se merecía.

—El escenario irá aquí— se interrumpió a sí misma— en esta pared ponéis la lona con la foto de Steff y el neón de feliz cumpleaños— dijo a uno de sus empleados.

—Como usted diga, señora Durán —respondió el joven que solía ayudar en el mantenimiento de la finca a su padre.

—Ahora soy la señora Ferranz, Arturo —aclaró ella.

—Lo siento mucho señora Ferranz. No sabía que… —contestó visiblemente consternado.

—Ah, no. ¡No se ha muerto! —le explicó Esther, echándose a reír –. ¡Solo nos hemos divorciado! —le dijo en tono desenfadado—. Espero que sigas trabajando para mí como hasta ahora, Arturo.

—Por supuesto, señora. Disculpe mi torpeza.

—Nada que perdonar. Cuándo acabéis con eso ven a buscarme. Quiero que pongáis una superficie en esta zona para poner unas mesas y una barra. He comprado unas losetas de madera que se encajan unas con otras…

—Ah, ¡ya sé a qué se refiere! Se lo diré a mi padre.

—Gracias.

Se sorprendió a sí misma mirándole el culo al chico mientras se alejaba. ¿Se estaría volviendo una pervertida a los cuarenta? Arturo

había crecido allí, ayudando a su padre, un hombre muy exigente que a menudo perdía la paciencia con él.

¿Cómo podía mirarle así? Del niño que fue, no quedaba ni rastro. Ahora un torneado cuerpo le asemejaba más a un dios clásico que a un hombre como Álex, que volvía una y otra vez a sus pensamientos con cualquier pretexto. Tenía que hablar con él.

—¿Y por qué no? —se dijo a sí misma. —He pasado toda mi vida esperando el momento perfecto para hacerlo todo y ¿de qué ha servido? La vida cambia de un día para otro sin pedirte permiso...

Ya no estaba dispuesta a perder ni un segundo innecesariamente. Marcó su número…

—Álex... —dijo con decisión.

—¿Esther? —respondió él, extrañado.

—Sí, soy yo. Mira te llamaba porque...

—Antes de que digas nada —la interrumpió —quiero disculparme por lo del otro día. No fui lo que se dice...

—No te preocupes. Llamaba para saber si usaréis nuestro equipo de sonido —mintió triunfal.

—Pues estaría bien. Ahorra bastante trabajo… Podría descontarte...

—No es por el dinero, es una cuestión práctica más bien… ¿A qué hora podéis venir a montar? Steff llegará con sus amigas a las ocho. Me gustaría que estuviese todo para esa hora…

—No será problema.

—Muy bien.

—Esther...

—¿Si?

—Podemos...

—Dime.

—¿Quieres que nos veamos un rato?

—Me encantaría, pero no estoy en la ciudad. He dejado a las chicas con una amiga y me he venido a preparar la fiesta. La casa lleva vacía algunos meses y tengo que ponerla a punto.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció Álex al instante.

—¡Claro! Pero tengo suficiente personal, me limito a dar órdenes a todo el mundo…

—Entonces nos vemos el domingo... ¿Me dijiste que eran unos cuarenta y cinco minutos en coche?

—Aproximadamente, sí.

—Entonces será mejor que lo dejemos todo puesto el sábado… ¿te parece bien?

—No es mala idea. Si no estoy por aquí, dejo aviso para que os abran.

—Vale. Haremos eso entonces. Hasta pronto, “preciosa”.

El apelativo cariñoso le erizó la piel. No podía quitar la cara de tonta. Se había disculpado, quería volver a verla... ¡Debería haberle invitado sin más!

—Señora Ferranz, la piscina está lista. Mi padre pregunta si la cubrimos —interrumpió el pelirrojo.

—Dejadla abierta. Aprovecharé para usarla estos días —contestó mientras imaginaba el placer de hacer unos largos tranquila, sin las niñas aburridas y dando la tabarra.

—Bien.

—Toma las llaves. En el maletero llevo lo que quiero que coloquéis en el jardín. Por cierto, estáis todos invitados, a Steff le encantará que nos acompañéis.

—Claro. Aquí estaremos.

Los Gutiérrez vivían en el pueblo. Eran una pareja encantadora que había criado allí a sus dos hijos. El mayor se casó y se fue a vivir a Alemania y el pequeño, Arturo, hacía turnos con su padre para hacer el mantenimiento y cuidar de la casa. La madre, hacía una limpieza semanal y cocinaba para todos cuando la familia estaba por allí.

—Señora.

—¡Diego! ¡Cuánto me alegra volver a verte!

—Lo mismo digo. No la esperábamos tan pronto.

—Cosas que pasan… Espero no llegar en mal momento…

—Para nada, solo que nos extrañó su regreso… Por lo visto, el señor no volverá…

—Parece que no le gusta mucho el campo —bromeó. —Pero estaremos bien. Me gusta esto así que, quizás pasemos aquí una buena temporada.

—Cuente con nosotros pa' lo que necesite.

—Muchas gracias. Tengo intención de hacer algunos cambios pero ya lo veremos más adelante —dijo suspirando y abrazándolo cariñosamente.

—Ya sabe que las consideramos familia. No dude en acudir a nosotros si nos necesita. Por cierto… ¡tiene usted visita!

10
¿CÓMO LE PONEMOS A ESTO?

Hacía tanto tiempo que nadie me ilusionaba que aún no me lo podía creer. Después de dos días arrastrándome por los rincones de mi vida como un moribundo, sonreía como un bobo y sin motivo aparente. ¡Solo me había llamado! ¿Qué me estaba pasando?

Esther no parecía de las personas que buscan amor eterno en antros de mala muerte. Me abordaba con la intención de encontrar una forma fácil de divertirse y yo, eterno jugador, me había entregado de forma voluntaria. Pero, si todo estaba claro, ¿por qué sentía aquel vértigo? Estaba más que acostumbrado a los amores de barra. ¿Había cruzado el límite? ¿Me había dejado arrastrar?

Empezaba a asaltarme el miedo. Aquella mujer me gustaba hasta el punto de no importarme las consecuencias de seguir adelante y a por todas. No quería perderla.

—En la cuerda floja, el miedo a las alturas puede salvarte el pellejo —pensé en voz alta.

No quería equivocarme, ni sufrir las consecuencias de enamorarme y no ser correspondido pero estaba seguro de que quería vivir lo que quiera que fuese, con ella.

—¿Cómo les va a los compañeros de piso?

—¿Ya estás aquí otra vez, Inma? Eres tan cansina que no me había dado cuenta de que te habías ido...

—A mí en cambio se me olvida rápido lo capullo que eres, Alejandrito...

—¿Vais a pasaros toda la vida como el perro y el gato? —gruñó Fran, un poco cansado del ácido trato que nos dábamos siempre su hermana y yo.

—¿Tú también estás aún por aquí? Esto ha estado abandonado durante años y es venirme yo...y os mudáis también —farfullé.

—Alguien tiene que cuidar de vosotros —contestó ella, airada.

—¡Qué madraza eres, Inma! —bromeé—. Ha llegado esto para ti —le dije a Fran acercándole un sobre blanco, sin poder contener una simpática sonrisa.

—¿Para mí? —dudaba y me miraba sorprendido.

—¡Sí! —respondí poniendo cara de fastidio.

—¡Ostia! Son dos entradas para el *Resurrection*...

—¿Quién las manda?

—¡Lee la nota! —insistí yo, aunque sabía perfectamente de dónde procedía aquel sobre.

—Chicos. Esto es personal —dijo solemne, Fran.

—¿Cuándo ha habido secretos entre nosotros? —exclamó Inma, indignada.

—Anda léelo ya, ¡si nos lo vas a contar igual!

—*"Te debo una disculpa. Espero que me perdones... pronto." "Pd.: Deseo de corazón no haberte roto ninguna costilla y que no sea ese amigo tuyo, tan antipático, quien venga con nosotros. Un beso."*

—¡Hey! ¿El amigo antipático soy yo? —protesté—. ¡Devuélveselas!

—Ha dicho con nosotros... y que no invite al amigo antipático. Sí, estoy seguro de que se refiere a ti —reía.

—¿Te parece gracioso? ¿No pensarás dejarme tirado por una tía, hermano?

—¿Qué me he perdido? —inquirió Inma.

—¡Laura! —susurró mi amigo, poniendo cara de estar flotando en alguna luna de Saturno.

—Bah. Os dejo con vuestras chiquilladas. Tenía asumido que los hombres no maduráis pero esto es de preadolescentes. ¡Me largo!

—Estoy de acuerdo, habría sido mucho mejor que le invitase a ver el almacén de bebidas... —ironicé mirándole, para provocar a mi amigo pero él no contestó.

— Laurent... ¿Qué haces tú aquí?

—¡Vaya! Creía que te ibas a alegrar de verme...

—Sabes que no me van las sorpresas. ¡Desembucha!

—Tu marido...perdón, tu ex, anda preocupado por ti. Por lo visto tus hijas le han contado que te has venido sola y se me ha ocurrido que tal vez necesitases compañía.

—¿Se te ha ocurrido a ti solito? ¿De verdad? Ese mamón no puede soportar que haga mi vida sin que sus narices estén por medio...

—Lo cierto es que, acabo de enterarme de lo vuestro y... —dijo mientras alargaba la mano ofreciéndole su cartera, sus llaves y sus zapatos a Esther.

—Mira, no estoy para jueguecitos ahora mismo. Me pillas ocupada preparando la fiesta de mi hija y no estoy para hacerme cargo de nadie, lo siento.

—Suplicaré si hace falta...

—Laurent, Sabes que no me gusta que las cosas pasen así…

—Ya lo sé, pero entiende que quiera tomar ventaja, sabes que no soy el único al que le gustaría lamer el suelo por el que pisas, ¿verdad?

—Te agradezco la sinceridad pero...

—¡Divirtámonos un poco! Luego te lo piensas detenidamente. Seguro que has pasado mucho tiempo sin dejar salir a esa bestia que llevas dentro. ¿De verdad que no te apetece?

—Me reitero. Esto no ocurre en la forma que me gustaría, mis hijas vendrán mañana y, sinceramente, no tengo ganas de ocuparme de nadie ahora —contestó manteniéndose firme.

Laurent era la tentación personificada. De una belleza exótica y un físico imponente que no destacaba precisamente por su musculatura, era uno de los hombres más atractivos que había conocido en su vida. Era toda una sorpresa que se hubiese presentado en su puerta, ya que no era un hombre al que faltasen los compromisos.

—De acuerdo. No soy bienvenido pero... ¿me invitarías a un vaso de agua antes de que me vaya?

La hizo sonreír. Se daba cuenta de lo que pretendía aquel atractivo ser de ojos grises. En cuanto viese un resquicio aprovecharía la oportunidad de intentarlo y sabía, a ciencia cierta, que ella no podría resistirse a jugar un rato al gato y al ratón.

Esther abrió la puerta del jardín y pasaron a la cocina. Allí, el inesperado invitado se desabrochó la chaqueta y la acomodó en el respaldo de una de las sillas, cuidadosamente. La camisa, que le quedaba perfecta, estaba ligeramente desabotonada. Acercándose a ella, que abría la puerta del frigorífico, tuvo que sujetar la pesada jarra que le puso en las manos, evitando que sus cuerpos entrasen en contacto.

—Danila ha hecho limonada. La han traído los chicos esta mañana. Tiene el toque perfecto de hierbabuena.

—¿A eso que flota por todas partes lo llamas tu "el toque perfecto"? —dijo ladeando la cabeza y frunciendo un poco el ceño en un gesto muy simpático.

—¿Te has vuelto delicado a estas alturas de la vida?

—Sabes que no me importa hacer lo que sea para llegar a encontrar el sabor que busco —sonrió poniendo una de sus manos sobre las de ella y mirándola con determinación.

Con su gracia natural y unos movimientos exquisitos, dejó la jarra en la mesa y buscó en los muebles dos copas de balón. Hábilmente humedeció los bordes y los cubrió de azúcar, dándole un toque muy sofisticado al conjunto. Después se sentó al lado de Esther, que servía la limonada sin poder evitar que su olor la sedujera y su aliento le erizara la piel.

Contento al observar que ella tenía que respirar profundo para no revelar su estado emocional, aprovechó lo concentrada que estaba en que no le fallara el pulso que movió su copa, sin querer

evitarlo, y el líquido se derramó en sus pantalones.

—¡Está helada! —gruñó.

—¿Y qué esperabas? Acabo de sacarla de la nevera —bromeó divertida al tiempo que se apartaba de su lado y buscaba un trapo que ofrecerle—. Toma. Confío en que ya no tengas tanto calor.

—Fría, fría. ¡Está fría!

—Quizás sea hora de que te rindas.

—Esa hora no está en mi reloj —bromeó.

—Eres incorregible, Lau.

—He esperado mucho tiempo este momento, lo sabes muy bien.

—¿Qué momento?

—Ese en el que al fin te das cuenta del patán que tienes como marido.

—Ha sido él. Me ha… sustituido.

—Y según dicen, ya le has buscado un sustituto. Tendrás que perdonarme que no acudiese a la "ceremonia". Me habéis pillado en otro hemisferio —dijo lastimosamente el abogado.

—Yo no diría que tengo nada… aún —contestó mirándole a los ojos y esbozando media sonrisa perversa.

Él alargó los brazos y esperó a que ella se enredase en ellos, como aquella única vez en la que abandonó la imagen de mujer perfecta y se dejó llevar por sus caricias.

—*Si tienes que pensártelo, no lo hagas* —se decía a sí misma.

Sin rechazar del todo aquel gesto, le cogió de las manos y tiró de él, que la agarró por la cintura y en un momento de locura infantil la levantó en el aire hasta que, tras dar varias vueltas, la bajó haciendo que sus cuerpos hicieran el máximo de fricción. Ella descendió sin dejar de mirarle, esperando una reacción que no se hizo esperar.

La besó apasionadamente y le hizo recordar que no solo era deseo todo aquello que le tenía guardado dentro. Sus bocas se rozaban, chocaban, se buscaban, se bebían, se respiraban, se lamían y se recorrían la una a la otra ayudadas por sus lenguas, que se enredaban felices en aquel desesperado encuentro. En aquel preciso momento, no encontró argumentos para no disfrutar de aquellas fantásticas sensaciones.

Laurent no era solo alguien conocido, era un alma gemela y supo, desde el día en que se vieron por primera vez, que era un enorme peligro que acechaba en la sombras a su apreciada independencia emocional.

Laura se mordía las uñas. No había sabido de ellos en todo el día y no estaba segura de que pudiese confiar en Álex para aquella

delicada tarea. ¿La estaría castigando, aquel pedazo de cabrón, haciéndola esperar? ¿Se lo habría dado ya? ¿Cómo habría reaccionado? ¿Por qué no había mandado un mensaje o la habría llamado?

Esperaba ansiosa a que pasase por allí a tomarse algo con ella, como habían hecho como una sana costumbre hasta entonces.

—Laurita...

—¿Papá? —preguntó sobresaltada.

—¿Has hecho ya el pedido? Tenemos el fin de semana encima y el repartidor me ha llamado, extrañado.

—Dile que lo envié por mail esta mañana. Que revise la carpeta del *spam*.

—¿Carpeta de qué?

—Del *spam*. Díselo así que lo entenderá perfectamente.

—Está bien... ¿se puede saber qué te pasa? —preguntó mientras cogía el teléfono fijo.

La puerta del local se abrió y Laura, deseosa de recibir aquella visita centró en ella su mirada manteniéndose a la expectativa. Contra todo pronóstico, la imagen de una enorme figura de piel oscura la sacudió desde dentro. Aquella visita iba a ser totalmente distinta a lo que esperaba ya que Jorge, desterrado de su corazón pese al amor que le retenía allí irremediablemente, se dirigía a ellos con paso firme y sin dirigirles la mirada.

Haciendo de tripas corazón, sentía como se le aceleraba el pulso mientras se acercaba, y su olor, su imponente físico y el martilleo de sus pisadas la transportaban a otro momento, uno en el que esas sensaciones colmaban de felicidad todos sus sentidos.

—¿Puedo hablar un momento con Laura, a solas? —musitó él, dirigiéndose a su padre y buscando la mirada cómplice de la mujer que le tenía partida el alma.

Ella también buscó la aprobación de su padre, que sabiamente, asintió silenciosamente y se dio la vuelta para subir a la casa.

—Tienes dos minutos. Después no quiero volver a verte aquí nunca más, Jorge —sentenció mirándole fijamente a los ojos y apreciando que no había ni rastro de su encontronazo con Fran la última vez que se vieron—. Dos minutos —insistió.

—Amor...

— Ahórrate los cuentos y ve al grano.

— Te quiero.

—No me hagas esto. Me has engañado, me has utilizado, me has... —intentó decir sin levantar la voz.

—Solo te he querido de la única forma en que podía.

Laura se quedó sin palabras. Esa frase se quedó rebotando en su cabeza, repitiéndose como un eco interminable.

—No merecía algo así.

—Han pasado muchas cosas que no merecíamos — susurró amargamente mientras recordaba lo difícil que les había sido siempre estar juntos y lo cruelmente que fueron separados—. En el pasado y en el presente, amor.

—Siempre lo tuvimos todo en contra, sí. Pero no debiste mentirme. De haberlo sabido...

—Lo sé. Por eso no te lo dije y me la jugué. ¡Quería volver a vivirlo!

—No debiste. Debiste pensar que no nos llevaría muy lejos… —dijo ella apretando los dientes. Aquello le dolía más de lo que cabría esperar. La frustración que sentía y la incomprensión la estaban destrozando.

—Lamento que no lo comprendas. Para mí era urgente volver a tenerte.

—¿Y prescindible todo lo demás?

—Bueno, solo vine a explicarme. Está claro que ya decidiste tu postura en este asunto así que, me voy. No olvides nunca que te quiero. Se muy feliz —murmuraba mientras se dirigía a la puerta y la cerraba sosteniéndole la mirada.

—Adiós —le contestó ella, reprimiendo aquella tristeza y unos lagrimones como puños que luchaban por salir a la superficie—. No debió pasar —concluyó.

11
¿Y AHORA QUÉ?

Loco de la emoción se preguntó si debía bajar a darle las gracias a Laura inmediatamente o acicalarse y hacer las cosas como es debido. Optó por lo segundo y se dio una buena ducha. Después se perfumó, se arregló la barba y se peinó como si fuese de boda. Como para él era una ocasión muy especial, estiró su rizado pelo y lo sujetó en una vikinga coleta que le daba un aire súper sexy.

—Muy importante el perfume, para ganar en las distancias cortas —se decía a sí mismo, bañándose en colonia.

Frente al armario sonreía nervioso y revisaba, una a una, todas sus perchas. Trataba de elegir la camiseta adecuada y descubría, como si no se hubiese dado cuenta nunca, que su ropa tenía un punto muy siniestro, oscuro y friki. ¿Camiseta negra o camiseta negra? ¿Pantalón vaquero o jeans? ¿Metallica o ACDC?

Estaba frustrado. Su vestuario no le ofrecía posibilidad alguna de impresionarla y resoplaba contrariado.

—¿Qué te pasa? ¿Buscas algo? —le preguntó Inma mientras hacía su aparición del día.

—Algo de estilo y estar como un queso —confesó—. Pero creo que no tengo nada con lo que triunfar aquí.

—Y será verdad que has perdido la cabeza por esa chica, Fran.

—Tengo que aprovechar que está arrepentida —bromeó amargamente—. Quizás sea mi única oportunidad de acercame a ella.

—No quiero aguarte la fiesta "*bro*" pero solo te ha enviado una disculpa. No te emociones demasiado. Quizás solo pretenda que no la denuncies por agresión…

—¡Cómo eres! ¡Siempre pensando lo peor!

—Es una posibilidad…dime, ¿por qué todo lo que decimos las tías os parece una invitación al cortejo?

—Ahora sabe que existo, algo que no parecía haber notado antes, así que no me culpes por pensar que quizás esté interesada en mí.

—¡Ay, hermanito! Si yo te deseo lo mejor pero, como hermana mayor, me siento en la obligación de prevenirte contra el batacazo —le dijo mientras le abrazaba cariñosamente.

—Siempre tan protectora... —contestó él, dándole un casto beso

en la mejilla.

—Mira, ponte esa otra. Así le parecerás un poco menos pirado —le aconsejó, sabiamente, con la intención de que sustituyese aquella horrenda camiseta de *Nightwish* con una lápida serigrafiada, por cualquier otra que no se cargase su cita con la tal Laura antes de que empezara.

—¿Estoy guapo?

—¡Eres guapo! ¡A por ella, tigre!

Bajaba canturreando por las escaleras a una velocidad de vértigo, como si volviese a tener quince años. Estaba deseoso de verla. Su nota manuscrita había despertado en él la esperanza de ser algo más que un amigo y reforzado, de forma importante, la seguridad que tenía en sí mismo.

Por desgracia, la diosa fortuna estaba entretenida en otros menesteres y el dios de guardia, tuvo la feliz idea de hacer que coincidiera en tiempo y espacio, con aquel que había tendido el puente entre él y su sueño envuelto en tatuajes, el gigantón moreno.

El mundo se le cayó encima nada más verlo entrar al *RockingMachine* como si nada. Fran apretó los dientes y sintió de nuevo como le invadía la rabia. ¡Aquel desgraciado había vuelto!

Se acercó despacio al cristal de la puerta frotándose los ojos y cruzando los dedos, tenía que asegurarse de que aquello no era un mal sueño. Cuando por fin los abrió el corazón se le paró unos segundos. Era él, estaba allí. Preguntándose por qué y si nunca iba a acabarse aquella pesadilla, vio como el padre de ella se retiraba y los dejaba solos. El corazón le bombeaba aún más deprisa. ¿Es que se habían olvidado ya de lo que había hecho aquel tío?

No entendía como tenía cara para volver. Se sentía a punto de volver a perder el control y la situación se le hacía insoportable. Por suerte, esta vez, intercedieron por él su enorme sensatez y su afamada templanza.

—No voy a cometer el mismo error dos veces —susurró. Y desilusionado se batió en retirada.

Esther se moría por disfrutar de nuevo de aquellas sensaciones que recordaba vagamente, sin saber a ciencia cierta si las encontraría de manos de aquel Laurent que tenía tan idealizado. Se habían conocido en plena mayoría de edad y siempre sintió por él una gran atracción. Con el paso del tiempo, como él no mostraba demasiado interés en tener una relación con ella, acabó por creer que se lo había imaginado todo y cedió ante el insistente Pedro, que acabó convirtiéndose en su marido.

Laurent se fue distanciando y se convirtió entonces en un codiciado soltero que levantaba pasiones allá donde iba. Los

hombres que no lo envidiaban, lo deseaban tanto como las féminas. Fueron años en los que tuvo que convivir con la culpa de desearle en silencio y sufrir con cada una de sus conquistas.

Ahora que era libre, se daba cuenta de cuánto había cambiado... De la mujer que fue, apenas quedaba la fachada, y se encontraba al fin con la oportunidad con la que tantas veces había soñado. Sabía que si no subía al tren cuando lo tenía parado enfrente, se perdería un maravilloso viaje que sus divagaciones y conflictos morales no iban a devolverle nunca. La máquina silbaba y ya subida, sentía como las manos del hombre de sus desvelos recorrían sus costados y se asían fuertemente a sus caderas.

—¿Te acuerdas de aquella vez?

—Sí.

—¿Has pensado en ello tantas veces como yo?

—Todas las noches —bromeó ella mientras se acomodaba contra su cuerpo.

—¿Qué habría pasado si no nos hubiesen sorprendido, eh? Siempre me lo he preguntado.

—Nunca lo sabremos —rio, divertida con aquella confesión—. Estábamos tan borrachos…

—Y ahora que no tendremos interrupciones… ¿sigues queriendo que me vaya? —susurró mientras se inclinaba sobre ella besándola tiernamente sin apartar su dulce mirada de sus ojos.

—No —contestó decidida mientras se fundía en aquellos labios que la arrancaban de la realidad sin apenas esfuerzo.

—¿Y tú? ¿Estás seguro de que quieres quedarte?

—Segurísimo, pero aclárame algo... ¿vamos a improvisar o quieres redactar un contrato?

Ambos rieron. Sabían perfectamente cómo les gustaba divertirse y eran conscientes de que se habían perdido el uno al otro, en un momento en el que de alguna forma se querían.

—No me perteneces, si es eso a lo que te refieres.

—Nunca he sido de nadie más, Esther —confesó en susurros mientras se deshacía besando su cuello.

El corazón le dio un vuelco y no supo que decir. Aquella revelación puso a revolotear todas las mariposillas que tenía en el estómago y darse cuenta de que no había sentido nada parecido antes. ¿Qué le estaba pasando? Se sentía flotando en un momento precioso que no acababa de creerse. En el punto exacto en el que se quedó aquel día.

Contra la encimera de la cocina la situación comenzaba a subir de tono. Esther apoyaba las manos a su espalda y él se le echaba encima como si necesitase saciar un apetito voraz. Con besos y mordiscos la hacía rendirse hasta quedarse allí tumbada y expuesta,

lista para ser devorada y dar rienda suelta a aquel incipiente deseo.

Él no quería soltarla y desabrochaba su transparente y sedosa camisa con los dientes. Su piel se erizaba con el roce de sus labios, que seguían suavemente los contornos de aquel encaje negro que marcaba el límite entre la sensualidad y sus apetecibles senos.

Sin descuidar ni un milímetro de piel, su cálida y rugosa lengua la recorría dejando un rastro visible de saliva y excitación. Su amenazante deseo la mantenía inmóvil contra la dura piedra y unas suaves y cálidas manos se iban colando bajo su falda, agarrándola por los muslos y tirando de ella hacia arriba, hasta sentarla sobre el granito. Arrugándola por completo en su cintura, separó inesperadamente sus piernas.

Ante aquel espectáculo, Laurent esbozó una perversa sonrisa y le lanzó una encendida y sucia mirada. Por respuesta obtuvo un gesto de desaire y un movimiento obsceno que se refería a aquella parte de su cuerpo que aún se hallaba escondida y deseosa de sus cuidados. La partida se empezaba a poner interesante.

Su irritante y traviesa respuesta le retaba a probar de aquel sexto sentido, insaciable, que había despertado con sus inesperadas caricias.

Él, con más ganas de jugar que de saciarla, se agarró a sus muslos haciendo la presión necesaria para tenerlos totalmente a su merced. Separando bien sus piernas lanzó una pícara mirada antes de ocultarse entre ellas y comenzar con aquella deliciosa tortura.

Despertaba su deseo acariciándola con los labios suavemente, ascendiendo por sus muslos entre besos y mordiscos, provocando en ella infinidad de sonidos de placer que ahogaba entre movimientos espasmódicos.

—No quiero que me dejes marcas.

—Tú mandas, siempre.

La miraba desafiante mientras se acercaba peligrosamente a su sexo. Se sentía poderoso y rozaba su nariz y sus labios sobre la húmeda lencería. Le gustaba sentirla al límite y reprimida por no darle el gusto de pedirle más, mientras se preguntaba cuánto más hacía falta para hacerla claudicar.

Inesperadamente Esther, abandonó su pose dócil y colocó sus zapatos de tacón sobre el borde de aquella fría superficie. Él, instintivamente, la sujetó por los tobillos. La excitación le invadía con la morbosa imagen de aquella mujer tan elegante, sentada en una posición tan extremadamente vulgar. Estaba tan abierta y expuesta que iba a darse un buen festín con su sexo. Sin poder reprimirse más, apartó con los dientes sus bragas y disfrutó por fin de tan ansiado manjar.

— Enséñame las ganas que me tienes —le ordenó ella casi sin

querer, sujetándose con ambas manos de su pelo, aprisionando su cuello con sus sofisticados zapatos.

—Nada de romanticismos. Me lo voy a comer todo.

Y sin hacerla esperar más, hundió la cabeza en su sexo y recorrió con su hábil lengua todos sus recovecos. Con mimo, se clavó entre sus pliegues acariciándolos meticulosamente, rozando con los labios su hinchado botón mágico, que palpitaba ansioso.

Arrancarle aquellos gemidos le ponía cardíaco y mirarla de tanto en tanto, con aquella cara que se transformaba con el placer, era ya recompensa suficiente a todo aquel tiempo de paciente espera. Quería llevarla al límite, sin más preámbulos.

Nunca se había sentido más satisfecho de lo que hacía, que en aquel momento. Tras beber a placer de aquel afrodisíaco licor, succionaba con ansias su clítoris, sus labios y su vulva indiscriminadamente, rápido, voraz e intensamente. Su apetito se alimentaba de todo lo que encontraba a su paso y provocaba una cadencia de sonidos cuya intensidad iba *in crescendo* exponencialmente. Se sentía fuera de sí.

—Fóllame —dijo interrumpiendo aquella vorágine de sensaciones que estaban haciendo que perdiera totalmente el control de sí misma.

—Si, Ama —respondió Laurent instintivamente, consiguiendo que la cara de Esther mutase por completo hasta mostrarse contrariada.

— ¿No quieres? —preguntó.

— Creía que no ibas a darme órdenes.

—He pedido un deseo en voz alta —respondió intentando devolver la normalidad a aquel momento tan intenso, levantándose de la encimera y echándole mano al paquete.

—Se me olvida que eres una fierecilla en todas las facetas de tu vida.

—¿Y no era por eso que te atraía tanto?

—Pide por esa boquita…

—Fóllame, Lau.

—Uff. ¡Cuánto hacía que no me llamabas así!

Bruscamente le dio la vuelta y la tiró sobre la mesa. Sujetándose de la falda, comenzó a restregarle su excitada polla por aquel precioso culo, que aún conservaba las braguitas decorándolo. Preparándose para clavársela sin contemplaciones se tumbaba sobre ella y le susurraba improperios en un tono más que sugerente.

—¿Te gusta por detrás, zorrita? ¡Vas a ver lo bien que se me da montar!

—Déjate de anuncios y dame fuerte, no tengo todo el día.

Su tono autoritario y juguetón le gustaba más de lo que

esperaba. Aquella mujer era sin duda mucho más excitante de lo que había imaginado nunca. Apartó entonces con la mano libre su ropa interior y colocó su hinchado pene en la mojada abertura. Después se sujetó con fuerza a la falda y cuando estaba preparado para dar el pistoletazo de salida...

—Bájame las bragas. Déjalas a medio muslo.

Esbozó media sonrisa. La visión de aquellas preciosas piernas con la prenda íntima clavada le ponía aún más burro.

—Pero que chica más mala... Voy a tener que castigarla por ser tan confiada y dejarse seducir por hombres como yo...

Y dicho esto comenzó a penetrarla mientras se tumbaba sobre ella, inmovilizándola contra el tablero de la mesa, susurrando, lamiéndo y tirándole del pelo. Cuánto le gustaban las chicas que se lo ponían así de fácil.

Ella se sentía renacer. Después de mucho tiempo despertaba en un hombre esas ansias incontrolables de poseerla que la hacían sentir tan poderosa, tan mujer, tan feliz, tan completa.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? Creía que ya habías follado antes con mujeres de verdad…

Él se reía y se clavaba en ella mucho más fuerte y profundo desatando a la bestia que reprimía, ese cerdo cabrón que escondía tras su máscara cordial y elegante.

Llegando a los gestos más obscenos y las palabras más sucias, se desató una debacle de sensaciones simultáneas que desataron un orgasmo intenso e imparable que los hizo contraerse, correrse y gritar como pocas veces lo habían hecho. Dejándola darse la vuelta, volvió a ensartarla y a besarla como si no hubiese mañana.

—Han merecido la pena todos estos años de espera, “amor”.

—Yo aún no he tenido suficiente, “putero”.

Riendo, besándose, ensartados y a medio vestir les sorprendió Álex que guiado por el señor de mantenimiento, abría la puerta del jardín y pasaba como si tal cosa al interior de la casa, encontrándoles en tan inexplicable situación. Para sorpresa del recién llegado nadie se apresuró a fingir que aquello no estaba pasando y atónito, contemplaba como terminaban de follar como si ellos no estuviesen allí.

El tipo alto salió de ella y la ayudó a levantarse, después la abrazó y la besó como si se acabasen de encontrar. Esther, dirigió sonriente la mirada a su inesperada visita y les invitó a esperarla en la sala. Álex, que aún no podía creerse lo que estaba viendo, tardó unos segundos en reaccionar. ¿Aquello estaba pasando de verdad?

El paciente empleado, que parecía leer en la desencajada cara del chico los pensamientos que le debían estar asaltando, tiró de él hasta el salón y le ofreció amablemente un vaso de limonada.

—Después seguimos, si no te importa —sugirió ella dándole un sonoro beso en la mejilla a su compañero de travesuras.

—Será un placer, amor —contestó él volviendo a abrazarla y apretando con ambas manos su firme culo.

—Ve a ponerte un bañador y espérame en la piscina.

—Cómo desees, amor... ¿Quién es el chico?

—El cantante del grupo que tocará el domingo en la fiesta de Steff. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque por la cara que ha puesto se parecía más a un marido cornudo —bromeó.

Esther rio la broma subiéndose las bragas y estirando su falda. Él le abrochaba la camisa y aspiraba su aroma jugando con la nariz en su cuello.

12

NO SIEMPRE SE GANA.

Gracias a la limonada, tuve algunos minutos para analizar las crueles imágenes que se sucedían en mi cabeza a toda velocidad. En ellas, la mujer que me gustaba se lo montaba en mi "puta cara" con un tipo muy guapo, sin molestarse en disimularlo. Un cúmulo de brutales sensaciones me sacudían, desde la ira más salvaje al más crudo desconcierto, destrozándome completamente.

—¡Me dueles, maldita! —logré decir entre dientes intentando desahogarme.

En breves instantes tendría que enfrentarme a ella y era incapaz de gestionar coherentemente aquel irracional torbellino de sentimientos. No tenía ni idea de lo que iba a decir, pero lo sucedido no debió pasar y lo sentía como una afrenta directa hacia mi persona. Me sentía pisoteado, herido, ultrajado...

—Álex...

—Siento mucho haberte fastidiado el momento, Esther —dije en un tono un poco hiriente.

—Has llegado de una forma un tanto inesperada, pero no has estropeado nada, no te preocupes —respondió sin manifestar emoción alguna.

—Y para colmo, si no era suficiente sorprenderos follando, parece que no te preocupa lo más mínimo. ¡Es alucinante! —hablaba mientras iba levantando la voz sin darme cuenta, dejando patente mi estado de ánimo y mi angustia.

—¿El qué exactamente? Soy una mujer divorciada, de cuarenta años y madre de dos niñas. Comprenderás que no entienda por qué tengo que darte explicaciones a ti de lo que hago en mi casa, con mi cuerpo y con mi vida —respondió sin alterarse mínimamente.

—Joder, tía. Encima me hablas así...

—¿Se supone que me tiene que parecer bien que te plantes en mi casa y me abronques por lo que estaba haciendo? Creo recordar que te largaste sin más y que no he sabido de ti hasta que te llamé para confirmarte lo del concierto.

—He venido para disculparme, necesitaba hablar contigo de lo de la otra noche y me encuentro con que ya me has sustituido. ¡Ponte en mi lugar! —imploré, dándome cuenta de que me estaba columpiando.

—Que me ponga en tu lugar dices... ¡Lo que hay que oír! Y yo que pensaba que eras un hombre hecho y derecho que no me iba a complicar la vida…

—Y yo que pensaba que eras una mujer de verdad y no te comportabas como una...

—¡Está bien mocoso inmaduro! No debiste llegar sin avisar y tampoco descuidar algo que pretendías conservar. Espero que aprendas bien la lección de hoy. ¡Ahora sal ahí y monta tus cosas! Quizás, cuando crezcas, podamos hablar como adultos —me reprochó sin perder ni un poco la compostura.

Permanecí callado un rato mientras me ponía colorado y sentía que había hecho el ridículo más espantoso de mi vida. Aquellas duras palabras me habían calado hondo y, de repente, me vi asaltado por una vergüenza infinita. ¿De verdad tenía derecho a enfadarme con ella? Lo cierto es que había sido yo quien me había colado sin avisar en la vida de aquella adorable mujer, que confió en mí y me mostró su lado más vulnerable y oscuro, la misma mujer a la que dejé tirada en la puerta de la fiesta donde le habían pisoteado el corazón.

—El escenario está por ahí —concluyó ella.

—Gracias... —respondí antes de seguir la dirección que señalaba su tembloroso dedo índice —Siento mucho... —balbuceé mientras veía como desaparecía por la puerta contigua.

—Vaya cara de cordero degollao, ¡se nos ha enamorao el rompecorazones! —bromeó Curro, el bajista, cuando me vio aparecer sin que diera muestra alguna de estar escuchándole.

—¡Arrima el hombro tío, que el sol pica que no veas! ¡Cuanto antes terminemos, mejor! —le espetó Fran sin reparar en que a su amigo le habían dado un buen escarmiento.

Esther los miraba trabajar por la ventana de su dormitorio. No pudo evitar sentirse mal después de aquella discusión, pero estaba decidida a disfrutar de su fin de semana contra viento y marea. Era cierto que las cosas no estaban saliendo como ella tenía previsto, pero visto lo visto, el chico de labios irresistibles no era la mejor opción para pasar el rato. Demasiado joven y visceral.

Ahora las palabras de Tab resonaban en su cabeza como un castigo. “¡Es imposible!“ Le había dicho en más de una ocasión, retándola indirectamente a empeñarse en conseguirlo.

—Imposible es solo lo que no se intenta hacer —repetía ahora.

Su reciente divorcio no la había hecho más insegura, al contrario, le había dado alas. Por eso no se lo pensó dos veces y sedujo al chico más guapo que había visto hasta la fecha, sin importarle una mierda ni su edad ni los inconvenientes derivados de esta "insignificante" diferencia. Muy a su pesar, estaba

descubriendo que eran muchos. Tantos que se había visto en la necesidad de reprimirse para no darle un bofetón, como habría hecho con sus propias hijas. No, definitivamente no era la compañía que buscaba.

Sonreía mientras se ponía el bikini mirándose al espejo y asegurándose de que todo quedaba como tenía que quedar. Podía gustarle mucho aquel chico, pero no había color entre Laurent y él, que la juzgaba y se atrevía a insultarla en su propia casa. No estaba dispuesta a soportar comportamientos así de infantiles.

—Pero qué bien te sienta ese traje de baño, amor.

—¿De verdad?

—Sí. Recuerdo perfectamente que ayudé a Pedro a elegirlo cuando viajamos por negocios a Saint-Tropez.

—No tenía ni idea... —mintió guiñándole el ojo y agradeciéndole el cumplido con una amplia sonrisa.

Aquel hombre tan gentil se acercó a las escaleras y le tendió la mano para ayudarla a bajar sin que resbalase. Feliz y complacida con aquel elegante gesto, aceptó su ayuda y bajó despacio conteniendo la respiración.

—¡Está helada! —dijo tiritando e intentando sobreponerse a aquel pequeño inconveniente.

—Ven aquí, anda —respondió, apresurándose a abrazarla en cuanto se atrevió a sumergirse. —¿Mejor así? —susurraba mientras la besaba intensamente y se aseguraba de que cubría la mayor parte de su cuerpo con el suyo.

—Mucho mejor —decía ella, al tiempo que se subía a horcajadas sobre él y sentía contra su sexo aquella injustificable erección que la hacía olvidarse de todo lo demás.

La pillaba de sorpresa pero descubría que sentirse deseada la ponía extremadamente cachonda y comenzó a moverse sutilmente sobre él, con la intención de provocar un nuevo encuentro sexual. Por fortuna, él siempre respondía activamente a las sensaciones que le causaban aquellos leves roces.

—Amor. Antes de que me ilusione más de lo recomendable contigo...

—¿Sí?

—¿Tendrías la amabilidad de decirme qué es lo que quieres de mí?

—Si no me equivoco, has sido tu quién ha aparecido esta mañana en la puerta de mi casa. Yo diría que si alguien tiene un plan, ese eres tú.

—Es evidente que venía a buscarte a ti. La cuestión es, ¿cuánto de ti estás dispuesta a compartir conmigo?

Llevaba un rato mirando al techo de su cuarto sin saber muy bien qué hacer. Había tocado un rato la guitarra, el piano, pero ninguna cosa parecía entretenerla demasiado y lo necesitaba urgentemente. No quería pensar. Desde que había vuelto a casa todo parecía salirle mal y descubrir que Jorge estaba casado la tenía destrozada.

—Se tarda un instante en tomar una decisión y media vida en asumir las consecuencias —se decía Laura.

Sabía que la música no iba a ayudarla, al menos no directamente. Tenía que salir de casa y hacer cualquier cosa que no tuviese nada que ver con darle más vueltas a aquel asunto que tanto le dolía. Por desgracia, llevaba tanto tiempo "desconectada" de todo y de todos, que no sabía ni por dónde empezar. Entendía ahora el error de distanciarse tanto de sus amigas de entonces, dedicándole a aquel morenito toda su atención. Ahora no tenía a quien recurrir para cambiar sus nuevas rutinas.

— Tal vez el "batera" quiera ir conmigo a tomar un café... —pensó en voz alta—. ¿Cómo va a querer ir conmigo a algún sitio si casi le parto en dos? —se preguntó. —Ya me disculpé, además, sé que le gusto un poquito... —argumentaba a favor—. Pero no ha vuelto a pasar por el bar, ni a darme las gracias. Eso no quiere decir nada bueno, seguro —dijo Laura algo apesadumbrada—. Tampoco me ha devuelto las entradas, quizás solo se lo esté pensando...

En este debate consigo misma se encontraba cuando recordó que tenía su número de teléfono y el conflicto se convirtió en otro.

—Llamo o no llamo, esa es la cuestión —dijo en voz alta, versionando al mismísimo Hamlet y se quedó pensando un momento al borde de la cama, hasta decidir que no había nada de malo en hacer una llamada y salir de dudas de una vez por todas —. A ver, tranquilízate, respira —murmuraba al auricular mientras oía sonar los tonos—. Venga, cógelo...

—¿Si? —respondió una voz jadeante al otro lado.

—¿Fran? ¿Eres tú?

—¿Laura? —preguntaba él manifestando una gran incredulidad, mientras se esforzaba por sonar más relajado.

—¿Te pillo en mal momento? Quería...

—La verdad es que sí —dijo tajante.

—Bueno, te llamo después —insistió.

—Sí, mejor —acertó a responder mientras discutía consigo mismo si aquello era una buena idea.

—Hasta luego —se despidió mientras oía el pitido de fin de llamada al otro lado.

Volvió a sentirse decepcionada con los hombres por enésima vez aquel día. Esta vez, con el que se la había jugado por ella y le daba

coba a diario en el bar, que sorprendentemente reculaba cuando más lo necesitaba.

—¡No hay quien los entienda! —gruñó estampando el teléfono contra la pared.

Fran buscó entonces una sombra a bastantes metros de los chicos, alejándose lo suficiente de su vista y sus indiscretos comentarios. Había decidido llamarla y no quería que ninguno le fastidiase la charla, soltando alguna de sus típicas tonterías. Seguía sorprendido con la llamada de Laura y le costaba tanto creérselo que estaba decidido a averiguar el motivo.

¿Querría desahogarse? ¿Saber si Álex le había dado sobre? ¿Si aceptaba su invitación? ¿Confirmar que no iba a denunciarla por golpearle con un taburete? ¿Entender por qué no había vuelto por el *Roking*? La incertidumbre lo estaba matando y no podía esperar ni un minuto más.

Lo más seguro es que ella no supiera que había vuelto a verles juntos en el bar, así que, hasta era probable que fuese a contarle que habían vuelto…

—¡Imposible! —dijo en voz alta, echando inmediatamente un vistazo para comprobar que nadie le había oído.

Cruzó los dedos y se armó de valor para devolver esa llamada y averiguar qué era aquello tan importante que tenía que decirle. Tenía que tranquilizarse y decidir qué es lo que le iba a decir. Después de unos minutos marcó su número.

—Laura. Perdona. Nos pillaste montando para un bolo. ¿Qué querías? —dijo atropelladamente sin dejarle decir ni una palabra.

—Nada que perdonar. Te llamaba para tomar un café, pero si estáis currando va a ser difícil.

—Al café ya no llego, ¿estás libre más tarde y cenamos por ahí?

—Creo que sí, al viejo le caes bien —rio.

—¿Nos vemos a las ocho u ocho y media entonces? —improvisó.

—¡Perfecto! Te espero en el bar —concluyó feliz mientras escuchaba a los muchachos jalear a Fran.

Esther les observaba atentamente. Eran muy divertidos. Las chicas lo iban a pasar fenomenal con aquellos tipos que en aquel preciso instante, se disponían a hacer la prueba de sonido.

Estaba cansada, ella y Laurent llevaban todo el día retozando como colegiales pero a pesar de que disfrutaba como una posesa, no estaba acostumbrada a aquel ritmo. Ahora se hacían carantoñas sobre el césped de la piscina y él se había empeñado en ponerle crema solar. Intentaba disfrutar de aquel masaje pseudo-relajante pero cualquier contacto con aquel genio le resultaba de lo más

estimulante.

Inesperadamente, Arturo se cruzó en su particular panorámica. Iba de un lado a otro, sin camiseta, mostrando una capacidad de organización y liderazgo fuera de lo común. Acostumbrada a descubrir nuevos talentos en las tareas más mundanas y tediosas, apreció en el chico una resolución digna de admiración. Seguramente sería un interesante activo para su empresa con la formación adecuada.

Al girarse, la sorprendió observándole. Sus miradas se encontraron y él, sonrió abiertamente sin apartar la vista. Aquella seguridad confirmaba que estaba en lo cierto y que debía informarse de su nivel de estudios y sus intereses profesionales, por si encajaba con sus planes. Instantes después se dejaba llevar por la música de testeo, que acabó convirtiéndose en un ensayo improvisado.

—¿Música rock? ¿Tú? Si siempre te quejabas de los *CDs* que poníamos en tu coche cuando viajábamos juntos... —siguió diciendo el amante perfecto, mientras ella volvía a aquel plano físico que compartían.

—El gutural nunca me ha hecho tilín, ¡qué le vamos a hacer! Pero el cantante de este grupo es impresionante.

—¿Y tú? ¿Definitivamente lo dejaste?

—El trabajo y criar a dos mocosas no deja mucho tiempo libre, como podrás imaginar.

La alusión al cantante le hizo darse cuenta de que llevaba un rato sin ver a Álex por allí. ¿Dónde se había metido?

13
¿Y ESTO QUE ES?

Cuando el empleado de Esther llegó con cerveza y aperitivos para todos supe que era el momento perfecto. Hacía ya un rato que una loca idea me rondaba por la cabeza, así que, con la excusa de ir a echar una meada, me desmarqué sutilmente del resto. Con suerte, no me echarían de menos mientras les durase la birra. Era ahora o nunca.

Tras un rápido vistazo, todos mis sentidos se pusieron alerta. Sabía que lo que me proponía a hacer era jodidamente osado y peligroso, pero totalmente necesario en aquel momento tan crítico. Ya había conseguido que Esther me considerase el tío más capullo de todo el Universo así que, tenía que jugármela y hacer caso omiso de las advertencias de mi deficiente sentido común.

—Quién no arriesga, no gana —me repetía a mí mismo como si necesitase auto-convencerme de que merecía la pena el riesgo. En el peor de los casos, seguiría pareciéndole un crío inmaduro e inconsciente, pero si la jugada me salía bien, la sorprendería tanto que se olvidaría de todas mis cagadas. Era el plan perfecto y estaba tan convencido de ello que ni siquiera Fran, de haberlo sabido, podría haberme disuadido.

Aprovechando el paseo hacia el lavabo llegué a la parte trasera de la casa y trepé hasta el balcón de la segunda planta, aprovechando los salientes y las cornisas cercanas. La fortuna me sonreía. La ventana estaba abierta y me colé, con gran facilidad y sin ser visto, en lo que parecía ser un dormitorio de invitados. Todo estaba en calma.

Aun así, eché un rápido vistazo para asegurarme de que no había nadie más. Después coloqué mi móvil sobre la cómoda, buscando con tranquilidad el encuadre perfecto para grabarme de frente y que aquel bonito espejo de pared, reflejase el resto. Después todo fue coser y cantar.

Tengo que admitir que la situación me resultaba muy morbosa y que tenía el corazón en la garganta. Sabía que todo el mundo estaba allí fuera a sus cosas, pero el riesgo y la emoción, consiguieron excitarme. Respiré profundo.

No tuve tiempo de hacer otra toma. Los ruidos de la planta baja pronto se convirtieron en pasos subiendo las escaleras y sus voces

acabaron confirmando mis peores temores. Eran ellos.

—Demasiado bien estaban saliendo las cosas… — pensé cogiendo mi ropa y metiéndome bajo la cama lo más rápido que pude.

Tenía que actuar deprisa o los tortolitos me pillarían allí en medio, desnudo e in fraganti. ¿Cómo coño acababa siempre metido en esos líos? ¿Sería verdad que era un crío inmaduro y descerebrado?

Entre besos y arrumacos Esther y Laurent llegaron al piso de arriba. Parecían estar muy cachondos pues se besaban y mordían con un frenesí, que me excitaba incluso a mí que los habría matado de haber podido. Allí mismo se abrazaban y se lamían, arrancándose sin contemplaciones los trajes de baño, quedando totalmente desnudos. Ella le dijo algo que no entendí y le empujó hasta tirarlo al suelo y sentarse sobre él. Le sujetaba por las muñecas, impidiéndole tocarla, y se subía a horcajadas sobre su enorme polla, despacio y gimiendo exageradamente, hasta que le tuvo totalmente clavado.

Después hizo buen uso de él, moviéndose como una amazona furiosa.

—Te tengo —decía ella con un imposte de voz que la hacía parecer el mismo diablo recién llegado del averno—. Eres mío y voy a hacer contigo lo que quiera.

El escultural personaje jugaba con ella y parecía intentar zafarse de aquella fiera que le sujetaba por el cuello, privándole de oxígeno durante algunos segundos. Era su presa y aquel ímpetu le llevaría en breve a un orgasmo muy intenso. Sus movimientos se convertían en saltos, cada vez le embestía con más intensidad y en uno de aquellos bruscos movimientos le agarró del pelo haciendo girar la cabeza. Sus ojos llegaron a clavarse en los míos.

Era mi fin. Me había visto.

Con la cara enrojecida, convulsionaba y se tensaba bajo aquellas poderosas piernas, sin dejar de mirarme. Segundos después me pareció que sonreía. Pude adivinar entonces que ser observado aumentaba exponencialmente su placer y que la imprevista situación le gustaba.

—Ahora vas a correrte para mí, cerdo —gritaba ella mientras se levantaba y le dirigía una mirada fría y distante —¡Dámelo! ¡Ahora!

Y sin mediar palabra, regalándole una excitante serie de gemidos y balbuceos que ponía la piel de gallina, hizo lo que decía. Se derramó sobre sí mismo, dejando un enorme reguero de semen en su torneado torso y el suelo. Aquello era difícil de creer, pero no podía hacer nada más que rezar para que aquel hombre no me

delatase.

—Limpia todo esto, zorrita —le ordenó ella en un tono de voz que me costaba reconocer.

Aquella autoritaria y dura Esther me daba mucho miedo, pero su juguete sexual era aún peor, lamía su propio semen mirándome como si quisiese provocarme algo que no fuese ese enorme asco que me estaba revolviendo las tripas.

Estaba acabado. Habían terminado y se dirigían al dormitorio principal. Estaba seguro de que iba a chivarse cuando, con un rápido gesto, me indicó que me largara y cerró la puerta a su espalda. Más ruidos dentro de aquella habitación me hicieron sospechar que aquello aún no había terminado para ellos.

Me vestí como pude y salí de allí cagando leches, por la puerta principal. Ya no estaba seguro de que mi intempestiva visita hubiese sido tan buena idea, pero no era momento para echarse atrás, ya no podía deshacer lo que había ido a hacer allí.

—¿Estás bien? —preguntó mi gran amigo Fran cuando me vio aparecer.

—La verdad es que no...

—¡Tómate una birra! Está helada y entra súper bien, lo cura todo. Joder, cambia esa cara. Es por que no te hace ni puto caso, ¿no?

—Ya lo has visto. Parece que lo pasa muy bien con su nuevo amiguito.

—Está lleno de flores el jardín, tío. Sinceramente no entiendo qué te ha dado con ella. Está buena sí, tiene pasta, ¡vale!, pero no te pega nada.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque es verdad, tú no tienes que ir detrás de ninguna mujer, ellas solitas corren a tus brazos...

—Ella no —dije apenado, dirigiendo la vista hacia la puerta de la casa.

—Olvídalo, será mejor. Vamos, tapémoslo todo y larguémonos de aquí. Arturo nos dejará unas lonas, ven y me ayudas a traerlas...

— Daos un baño antes de marcharos, Álex —gritaba mi perdición acercándose a nosotros, que sudábamos como cerdos en aquel preciso instante—. Podéis cenar algo antes de iros, si os apetece.

La oferta me pilló totalmente desprevenido y mi amigo, que no se perdía nunca un detalle, acabó contestando por mí.

—Yo he quedado esta noche y estos tienen ensayo con su otra banda, pero gracias de todas formas. —Quédate tú un rato si te apetece y vengo a buscarte más tarde... —decía Fran dirigiéndose a

mí, intuyendo que a pesar de todo lo que habíamos estado hablando, la idea me parecería maravillosa.

—Laurent puede llevarte a casa después, si quieres quedarte —ofreció ella.

—No quiero ser una molestia, mejor en otra ocasión —contesté con la esperanza de averiguar si realmente quería pasar un rato conmigo o solo intentaba ser amable con nosotros.

—Como quieras... —dijo confirmando que mi presencia allí no era tan deseada como me habría gustado.

—¿De verdad no te apetece cenar con nosotros, Álex? —insistió, mirándome a los ojos, el ahora vestido y guapo amigo de Esther.

Su pregunta me parecía más una imposición que una invitación y el tono de su voz sonaba a advertencia. Si no estaba con él, estaría contra él.

Inma se asomó a la ventana.

No lo confesaría ni a martillazos, pero su gusto por la vecina de al lado, era ya un secreto a voces que le costaba disimular. Aquello no era algo que hubiese descubierto de la noche a la mañana.

Llevaba media vida intentando ser quien no era con un hombre que conoció en el instituto, pero, cuando finalmente él quiso formalizar su relación, no le quedó más remedio que romper la baraja. Tomó entonces la decisión más dura de su vida. No se condenaría de esa forma, aunque no sabía entonces que esa otra condena no era más llevadera. Los días se le iban en trabajar, observarla y morirse de deseo al otro lado del frío cristal.

—¿Cuándo piensas hablar con ella?

—¿Cómo?

—¿Cuándo piensas decirle a Lourdes que te gusta?

—¡No seas imbécil! ¡A mí no me gustan las tías!

—Ya... Estás enamorada de Álex de toda la vida y le odias porque no te hace caso... ¡no te jode! —ironizaba su hermano Fran.

—¡Vete al cuerno! —le dijo gritando y saliendo a toda prisa de la habitación.

No era ninguna tonta y sabía que su coartada era cada vez más débil. Los chicos hacía tiempo que se habían dado cuenta, pero parecían querer disimularlo para hacerla sentir mejor.

Álex había sido el primero en descubrirla. El muy cabrón tenía un sexto sentido para adivinar si atraía o no a las mujeres y en su caso, había tenido siempre claro que lo suyo no tenía nada que ver con el deseo. No obstante siempre fue con ella un caballero y le había seguido el juego durante años. Cada vez que se encontraban fingía sentir un gran fastidio y se inventaba cualquier pretexto para comenzar una tonta disputa que le permitiese hacer su papel de

mujer despechada. Y así pasaban el rato, jugando a ser como el perro y el gato.

—Por cierto —le gritó Fran desde la cocina—. Voy a salir con Laura esta noche, por si te interesa saberlo.

—¿Es para que no te espere despierta? —gruñó.

—Para que te alegres por mí, solamente... y que me ayudes a elegir la ropa perfecta también —confesó.

—¿Qué no haría yo por mi hermanito *friki*?

—Podrías salir del armario y dejarte ya de bobadas.

Se hizo el silencio entre los dos. Ella buscaba entre su ropa algo que no fuese de color negro y él la miraba, intentando adivinar si había herido sus sentimientos y podía ayudarla de algún modo.

—Ponte esto. Seguro que le encantará —refunfuñó, poniéndose de mal humor por haberse quedado sin plan para ver la peli de serie B que habían elegido para aquella noche.

—Álex está arriba, si no quieres estar sola... —dijo él, adivinando aquel cambio de humor en su tono de voz.

—Es una noche cualquiera, *bro*…

Fran bajó las escaleras a toda prisa, como ya era costumbre, cuando se trataba de Laura. Tenía que recogerla en el pub y no quería llegar tarde por nada en el mundo. Inma se lo pensó mejor y se dirigió al "ático" en busca de Álex, que era más que probable que en lugar de consuelo, le diese algo de guerra.

—¿Se puede? —preguntó retóricamente, ella.

—¡Pasa! Aunque no sé por qué no llamas al timbre, como todo el mundo.

—La costumbre...

—Da igual, no tengo nada mejor que hacer...

—¡Qué si te molesto me voy!

—Los dos sabemos que tampoco tienes nada mejor que hacer y que por eso estás aquí.

—Fran me dijo que andabas jodido. ¿No has pescado nada hoy? Tú no duermes nunca solo.

—¿Es una invitación?

—Serás cabrón...

—¿No quieres que te de un revolcón, Inma? ¿No has venido por eso? Tú estás sola, yo también... ¿no te apetece?

La provocaba acercándose y agarrándola por los antebrazos, sonriendo descaradamente...

—Sabes de sobra que no —dijo tajante.

—Hasta hace unos días, no había tenido delante ni a una sola mujer que me rechazase... Ahora eres la segunda en la lista... ¡estoy acabado! —exageró.

—Oh, ¡qué fatalidad!, ¿lo dices en serio? ¿Estás perdiendo tu *sex appeal*? —se burló ella.

—No sé qué es, pero para una vez que una mujer me interesa, pasa totalmente de mí...

—A mí me pasa exactamente igual —rio amargamente.

—Pues vamos a tener que ponerle alguna solución.

—A lo mejor tiene que ser así. ¿No lo habías pensado?

—No, la verdad. En materia de mujeres siempre consigo lo que me propongo...

—En mi caso, el coste es demasiado alto.

—¿Estás segura? ¿Qué tienes que perder? Si no sabe ni que existes...

—Déjalo. No quiero que piense que soy una pirada lesbiana que la acosa... ¿Te gustan las pelis de *zombies*? —dijo repentinamente, para cambiar de tema.

—¡Mucho! —contestó, agradeciendo no tener que darle consejos en el estado de ánimo en que se encontraba.

—Pues trae unas gominolas, de esas que escondes por ahí, y estrújame un rato mientras vemos ésta que he traído. ¡Vas a flipar!

—Que yo en cuanto toco a una tía me empalmo, haya quién haya delante... —rio.

—¡Putero! —gruñó ella.

—¡Bollera! —bromeó él.

Álex le guiñó un ojo y le lanzó un beso simpático mientras se dirigía a la cocina y buscaba en el armario su arsenal de chucherías. Ella, mientras tanto, se peleaba con aquel viejo reproductor de DVD que había desempolvado para la ocasión. En escasos minutos ya lo tenían todo listo para engullir golosinas y aquel "truño" de peli, tirados en aquel discreto sofá.

La idea era, obviamente, olvidarse un rato de todos sus males pero Álex no consiguió dejar de lado la jodida situación en que se encontraba con la mujer que, por primera vez, había puesto su sencillo mundo patas arriba.

Gracias a su torpeza, ella estaba pasándoselo de lo lindo con el tío de mirada perversa que le había pillado infraganti en su casa y que ahora le tenía por los huevos. Se sentía atrapado.

14
SIN PALABRAS

Repasaba mentalmente mis canciones y me sorprendía a mí mismo pensando en ella entre estrofa y estrofa. La concentración me fallaba constantemente y puedo asegurar que nunca me había puesto tan nervioso por un concierto hasta aquel día. Mi pulso estaba acelerado, sentía cierto peso en el pecho y mi estómago no paraba de rugir, obligándome a ir regularmente al baño para no ensuciarme los pantalones.

Mi malestar tenía nombre de mujer, se llamaba Esther. Me costaba creer que la incertidumbre que sentía tuviese que ver con aquello que hice la tarde anterior y que, al fin, me atreví a enviarle aquella misma mañana. ¿Dónde estaba el yo que había sido siempre, irreverente y seguro de mí mismo?

—¡Estoy acojonadísimo! —musité.

¿Lo habrá visto ya? ¿Le habrá gustado? ¿Estará iracunda y me armará una bronca nada más verme? Su reacción me preocupaba. Mucho. Estaba hecho un flan y me preguntaba por qué cojones había sido tan impulsivo y había sido capaz de haber seguido adelante con aquella descabellada idea.

No podía engañarme a mí mismo. Por una vez en la vida quería compartirlo todo con alguien y no iba a quedarme de brazos cruzados viendo cómo se decidía por el tipo guapo y elegante. En mi cabeza no cabía que "*Mr.Bond*" me hubiese sacado del juego todavía con aquel toque de efecto, aunque estuviera en una situación ventajosa y tuviese en su haber un montón de armas contra mí. Aún no me sentía vencido y tenía la seguridad de que ganaría terreno muy pronto. Era muy posible que aquel “perro viejo” no me diese tregua, pero yo tenía de mi lado todas esas cosas que habían atraído a Esther hasta mí, aunque no supiese todavía cuales eran.

Fran, como era su costumbre, apareció sin avisar y consiguió sacarme de mis positivos pensamientos. Caminaba medio zombi y estaba zampándose la mitad de mi regio desayuno. Traía cara de pocos amigos, así que no le contrarié, pero como siempre que estaba preocupado me resultó difícil sacarle la información que quería obtener.

—¿Te la has tirado, no? —pregunté sin rodeos.

—¡Cotilla!

—Admítelo. Nadie se levanta así salvo que se haya pasado toda la noche follando. Créeme, sé de lo que hablo.

—Sé que sabes de sobra lo que dices, pero no voy a contarte nada. Soy un caballero.

—¡Ostia! Eso solo puede significar una cosa...

—¿El qué?

—Qué no mojaste, ¡pringao! —bromeaba mientras me ponía lo suficientemente lejos como para no recibir un fuerte derechazo.

—Provoca todo lo que quieras... ¡No te contaré nada! —sentenció el amiguísimo.

—Cuándo me vengas a pedir consejo, te diré lo mismo, ¿eh? El que avisa no es traidor —dije mientras le miraba con aire de suficiencia, esperanzado en que confesara.

—¿Y cuándo he necesitado yo de tus consejos? —refunfuñó, a sabiendas de que tenía razón.

—Como quieras, pero sabes que los necesitarás antes o después. Laura es mucha mujer y no es como tú, que acabas de caer del árbol.

—No hay más que verte para darse cuenta de que, ni siquiera tú, lo sabes todo sobre las mujeres.

—Ni sobre mi mejor amigo, que hace unas semanas no se habría acercado a una chica "así" ni borracho.

—Ironías de la vida, supongo...

—Lo que más me preocupa es que no te veo ilusionado, ni feliz. Parece que las cosas no salieron como esperabas —afirmé finalmente, mirándole a los ojos y comprobando sorprendido que mi amigo se había sonrojado—. ¡Ay, mamón!

—Tu tampoco pareces estar muy entero, eh... Ni siquiera te quedaste anoche, y eso que el tipo te insistió bastante.

—Me da mala espina que sea precisamente él quien tenga tanto interés.

—Colega... yo creo que lo peor es que ella pareciese tener tan poco.

—¡Cabrón! ¿No deberías intentar animarme?

—Es que lo veo muy negro... No pareces haberle tocado las fibras ni un poquito.

—La verdad es que cuando tuve ocasión de hacerme un hueco, la cagué. Pero nunca está todo perdido.

—Quizás el tipo no esté hoy invitado a la fiesta y puedas hacer tu magia para sacarle algo de ventaja.

—La cosa no es tan sencilla como imaginas, es más, estará y volverá a invitarme a que me quede a saber con qué intenciones.

—¿Y qué vas a hacer?

—Solo accederé si la veo interesada a ella.

Mi móvil sonó y corrí a por él. No podía esperar para saber en qué situación me dejaba mi acción con mi adorada Esther.

Necesitaba deshacerme de este nudo que me apretaba y no me dejaba respirar con normalidad, pero las cosas no resultaron como esperaba. El mensaje que me llegó me sumergió en el más profundo de los desalientos.

Insistía, pero no obtuvo respuesta. Pensó que quizás Fran estaba muy ocupado… El programa aseguraba que su terminal había recibido todo lo que había escrito pero que no contestase, la hacía sospechar que quizás no tenía ninguna intención de hacerlo. ¿Por qué se empeñaba aquel tipo en hacerlo todo tan complicado? ¿Quién a sus treinta y pocos salía corriendo cuando una chica le daba un beso?

Laura no le conocía tanto como para saber si debía sentir ternura o debía empezar a preocuparse... ¿Habría confundido todas aquellas señales?

Repasaba uno tras otro los temas de los que habían hablado aquella noche en la que, por fin, habían tenido un momento para relajarse juntos. La ocasión les dio mucho juego y habían llegado a intimar y dejar las cosas claras entre ellos. Tal vez se había precipitado diciéndole, de muchas formas distintas, que no estaba preparada para tener una relación seria y que no quería comprometerse con nadie, pero era la verdad. Aunque seguía llorando por los rincones, se había dado cuenta de que volvía a tener ganas de comerse el mundo y que se había liberado. Quería reponerse de aquel batacazo con el moreno de sus amores lo antes posible. Estaba dispuesta a divertirse y disfrutar de la vida a su lado, sin complicaciones. ¿Cuál era el problema?

Si las expectativas de Fran eran otras, había metido la pata hasta el fondo. No había tenido ningún tacto y le habría espantado de la peor manera. No podía mentirle. Sabía mejor que nadie lo doloroso que era hacerse ilusiones con algo que no ocurriría nunca.

Lo mejor era ser coherente pero tal vez eso había supuesto perderle...

— Capulla… —susurró.

Su teléfono no paraba de vibrar y Laurent se moría por descubrir quién era el incauto que insistía tanto en captar la atención de su dama a aquellas horas de la mañana. La tentación era tan grande que decidió jugársela, conservar a Esther era lo único que le importaba.

La verdad es que, aunque le fastidiasen sus admiradores, agradecía que le hubiesen despertado a tiempo de pillar a su

adorada maldición con la guardia baja para poder anticiparse a sus deseos, colándose entre sus piernas. Siempre le había resultado imposible llevársela a su terreno, de modo que aquella victoria le supo deliciosa jugando entre las sábanas y deleitándose, con su tranquila y versada lengua, en su inalcanzable y caliente coño.

Dormía boca abajo así que fue muy cuidadoso. No quería despertarla. Por fin tenía la ocasión de cumplir con la fantasía de tenerla a su merced, al menos por unos minutos, y estaba decidido a estirarlos todo lo posible para robarle uno de sus preciados orgasmos.

Paseó su lengua con maestría, apartando delicadamente sus braguitas y accediendo a duras penas entre sus piernas con ella. Después, recorrió sabiamente sus labios y sus pliegues para acabar con toda su vulva metida en la boca, gozando de la sensación que le provocaba sentir como ésta se hinchaba y palpitaba. Esther se agitaba levemente, gimiendo de forma casi inaudible y dejándole, de forma inesperada, libre acceso hasta su abultado clítoris.

Feliz de su suerte, se afanó en la agradable tarea de estimularlo y lo chupó intensamente, aumentando la fuerza de succión a medida que crecía su inevitable excitación.

No tardó mucho en sentir como todo su cuerpo se contraía y su voz se alzaba en el silencio de aquella casa vacía. Lo había conseguido. Se había corrido en su boca y aquel flujo caliente le tenía extasiado.

Satisfecho con su hazaña, dejó que se derramase ante sus vidriosos ojos. No podía correr el riesgo de seguir lamiéndola sin que se espabilara y se le acabase la diversión así que, creyendo tener la fortuna de su lado, se atrevió a quitarle de encima la sábana y colocarse sutilmente sobre ella. La sujetó por las muñecas y se atrevió a hacerla suya, como había deseado desde el primer momento. Brutalmente excitado pero completamente lúcido, se preparó para emprender aquella nueva empresa con calma. No iba a ser fácil sobreponerse a la voluntad de una dominante como ella.

Sacó entonces su impaciente polla del slip y la colocó en aquella mojada apertura, que parecía recibirle con muchas ganas. Después, sujetándose a ambos lados y sosteniendo el peso de su cuerpo como un atleta olímpico, fue introduciéndosela despacio y sintiéndose al límite del éxtasis a cada milímetro que se adentraba en aquel santuario. Cuando estuvo totalmente clavado, y sin fuerzas ya en los brazos, se dejó caer suavemente y comenzó a moverse en su interior. En este punto, ya no podía reprimir más su voraz apetito y empezó a dejarse llevar, embistiéndola cada vez con más fuerza y alcanzando mayor profundidad.

Su diosa volvía poco a poco al mundo consciente, disfrutando de

aquella embriagadora sensación que la llenaba y la vaciaba una y otra vez, dando rienda suelta a sus más bajos instintos. Aquel hombre que la tenía inmovilizada saltaba ahora sobre ella de forma implacable, con una brutalidad que no le habría atribuido nunca. Transformado por la lujuria se convertía en alguien muy distinto.

Decidió mirarle a los ojos mientras se dejaba follar duro y le mostraba una perversa sonrisa, una de esas que helaba la sangre y que él entendió rápidamente, haciéndole sentir un gran escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Su osadía tendría graves consecuencias.

Lejos de asustarle la idea de ser castigado, haber logrado de ella aún más dedicación le excitó de tal manera que ya no pudo contenerse más y se corrió en sus entrañas, de nuevo sobrepasando las importantes líneas de su particular acuerdo.

Aquello enfureció doblemente a Esther, que había estado dejándose hacer, por el mero placer de tener motivos para desquitarse con él y pagarle con intereses aquella afrenta en el momento más inesperado.

Laurent, que no estaba en su mejor momento, le pidió enardecido que le dejase ver como su semen resbalaba por aquellas bonitas piernas. En principio a ella parecía hacerle gracia la idea y respondió de la forma más incitadora que habría podido imaginar, poniéndose en la posición de perrita deseosa de más y moviendo el culo en señal de burda provocación.

Sus ojos, entonces, se abrieron como platos y su miembro volvió a erigirse dispuesto a volver a entrar en acción. Volvió a intentar penetrarla. La fiebre le había nublado el juicio y, esta vez, se llevó una enorme patada en los huevos que le hizo ver las estrellas. Inmediatamente volvió en sí, dándose cuenta de su enorme error. No dijo nada más, simplemente adoptó una posición sumisa encantadora que mostraba un gran arrepentimiento.

Aquello la hizo sonreír satisfecha. Levantándose muy digna le dejó allí solo, se dirigió al baño y sin decirle una palabra, se encerró allí. Poco después, abrió el grifo de la ducha.

Con la frente pegada al suelo sentía ahora palpitar todo su cuerpo. No era capaz de abrir los ojos aún, el intenso dolor lo tenía paralizado. Pese a lo duro del momento, su pene seguía erecto y su deseo no había desaparecido. Todo lo contrario. La seguía deseando. Quería más de ella y no le importaba lo más mínimo si eran azotes o sexo desenfrenado. Lo que no podría soportar, en ningún caso, era su indiferencia, ni la perspectiva de que volviese a desaparecer de su vida como años atrás cuando se casó con su mejor amigo.

Era consciente de que se había pasado de la raya y de que corría

el riesgo de que su preciosa fiera, que no se merecía tal abuso por su parte, le invitase a marcharse para no volver. Se lo había ganado con creces. Con aquel pesar, recordó que tener adversarios tampoco era nada ventajoso así que cogió el móvil de su deseada diosa y leyó los mensajes de aquel tipo, al que ella había apodado el "cachorrito". No podía evitar reírse de él a mandíbula batiente.

Pobre infeliz, no tiene ni idea de con quién habla.

El cachorrito se disculpaba. El cachorrito le decía que estaba enamorado. El cachorrito pedía que le diese una oportunidad. El cachorrito envió un vídeo. ¡Cómo le tocaba los huevos el tal cachorrito!

Intrigado y divertido con el hallazgo dio al botón de descargar. Con suerte, tendría tiempo de verlo todo antes de que la "*femme fatale*" saliese del baño y se las hiciera pasar putas. Dando al *play* su expresión cambió totalmente. El cachorrito pisaba fuerte. No iba a permitir que su adorada Esther recibiese aquella grabación.

Sin ningún remordimiento o asomo de moralidad se envió el contacto a su terminal y borró todos aquellos inoportunos mensajes.

Después dejó el teléfono tal y como lo había encontrado, no sin antes escribir veloz una respuesta acorde a las circunstancias.

— Tu mensaje ha sido interceptado, pelele.

15
NO HAY DOS SIN TRES

—¡Maldito bastardo! —pensé para mí.

Ahí estaba, con su carisma y sus aires de superioridad, Don Perfecto, agarrado como una garrapata a mi preciosa Esther. Sin duda era ese mamón quién me impedía a toda costa que volviese a atrapar su atención. La quería para él. ¡Cómo me habría gustado poder partirle la cara, allí mismo!

Me ponía enfermo verle sonreír a todo el mundo mientras hacía el papel de perfecto anfitrión, tan repeinado, tan pijo y tan encantador, que cualquiera se lo habría llevado puesto a su casa sin pestañear. Solo yo parecía saber lo cabrón que era en realidad.

—¿Pero qué se habrá creído ese mamón? —mascullé.

Tan cabreado estaba, que no hacía más que darle vueltas al asunto del vídeo. No podía dejarle salirse con la suya. Podía entender que el experimentado estratega en tema de mujeres, aprovechara al máximo sus puntos fuertes para truncar mis planes, pero no le iba a permitir ganarme aquella mano. Mi grabación le llegaría a Esther de una forma u otra. Me jugaba demasiado.

—Álex... —interrumpió aquella joven voz, devolviéndome a la realidad.

—¡Pero si es la cumpleañera! ¡Felicidades, bombón! —le dije efusivamente, abrazándola y plantándole dos sonoros y castos besos.

—Uy gracias... —dijo Steff sonrojándose—. Venía a presentarte a mis amigas.

—¡Genial! Encantado de conoceros, chicas —respondí acercándome y saludándolas como era costumbre en alguien como yo—. ¿Me preguntaba si os gustaría que os dedicase alguna canción del “set”?

—¿En serio? ¡Nunca me han dedicado una canción!

—La estrella de la noche, por supuesto, tendrá más de una dedicatoria —afirmé poniéndole ojitos a Steff y divirtiéndome a costa de los gestos de envidia y sorpresa de sus amigas —pero eso no quiere decir, que no podamos hacer feliz con una canción a nadie más, ¿no? —inquirí.

—¿Podemos echarle un vistazo y darte la lista después? —preguntó Steff poniéndome en apuros con aquella mirada traviesa e

inocente.

—Por supuesto. Elegid una para la jefa también, no podemos hacerle ese feo... —balbuceé, intentando no perder la compostura, mientras me daba cuenta de que la fiera de su madre se aproximaba a mí, con cara de muy pocos amigos.

—Ahí la tienes, puedes preguntarle tú mismo —contestó alejándose de la mano de sus amigas entre risas y sin disimular cierto aire de fastidio.

—¡Steff! —la llamó mientras la veía alejarse.

—Déjala disfrutar de su fiesta —le pedí sujetándola suavemente por la muñeca.

—Es muy joven, Álex. No te atrevas a... —rugió mientras se zafaba.

—Tengo un objetivo mucho más ambicioso entre manos, preciosa —le susurré acercándome más a ella hasta rozarla con los labios mientras le hablaba de la forma más seductora que conocía.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es, si se puede saber? —contestó creciéndose ella y apartándose de mi efectiva intrusión.

—Él —contesté levantando la vista y dirigiéndola hacia su maravilloso *partenaire*.

—¿Laurent? ¿En serio? —respondió con gesto de no entender de qué iba la cosa.

—Hablando del rey de Roma... ¡Un placer volver a verte, Laurent! —afirmé saludándole efusivamente.

—Ya tenía ganas yo de oír música de verdad, Álex. Aquí solo tienen ópera y mariconadas de esas que nadie entiende.

La cercanía que me mostraba y su jerga, poco apropiada para un *snob* al que yo ya había catalogado de los de gran calibre, me sorprendió tanto que no sabía si me estaba vacilando descaradamente o de verdad quería hacerse el simpático también conmigo.

—Parece que hacéis buenas migas...

—¿Sí? —me manifesté evidenciando mi incredulidad.

—Claro, Álex tiene ese aire de chico malo que tanto os gusta a las mujeres. Me recuerda a mis años mozos, cuando aún no sabía de tu existencia, Esther.

—¡Cabrón! —pensé. Hasta en aquel fortuito momento iba a aprovechar para seducirla en mi cara... —La historia no deja de repetirse, por lo que veo —acerté a decir mientras miraba de reojo a la perpleja Esther y corroboraba que él torcía el gesto y apretaba las mandíbulas.

Inesperadamente ella comenzó a reír a carcajadas, se dio la vuelta y se alejó de nosotros sin decir ni una palabra. Era un placer verla caminar, aunque fuese para marcharse de aquella manera tan

repentina. Sus pasos eran firmes, decididos, altivos, poderosos... todo en aquella mujer despertaba en mí una gran admiración. Se unía ahora a las chicas, que jugaban en la piscina.

Atónitos nos miramos el uno al otro preguntándonos qué coño habíamos hecho, tan divertido, pero en realidad sabíamos que solo alguien como ella podía verle la gracia a aquel esperpéntico espectáculo.

—Por cierto, bonito vídeo. Impresionante, a decir verdad. Comprenderás que lo tuviese que borrar. ¡Una lástima porque a ella le habría encantado!

—Menudo cabrón estás hecho...

—¿Qué se le va a hacer? Mi cuerpo ya no es el que era y mi voz... no tiene que ver nada con esa maravilla que sale de tu preciosa boca.

El comentario me dejó aún más descolocado que la vez anterior.

—Independientemente de que me parece una canallada que invadas así su espacio personal y le tengas tan poco respeto... ¿De verdad crees que es tan superficial?

Tú no la conoces. Además, lo he hecho por una buena causa. ¡La mía! —rio—. Ya sabes...en el amor y en la guerra, ¡todo vale! —y me echó el brazo por el hombro. Eres demasiado joven aún para entenderlo y yo demasiado viejo para perseguir veinteañeras.

—Se merece que la valores más, eso seguro y... esto no es una guerra. Esther debe...

—¡Cállate ya, abogado del diablo! Por este tipo de cosas no le gusta andar con jovenzuelos. Hazte un favor a ti mismo, canta, cobra, liga y vuelve por donde viniste o te arrepentirás de no haber hecho caso de lo que te digo.

—¿Es una amenaza o de verdad pretendes que te agradezca que me jodas de esta manera?

—Estás avisado. Ni le interesas, ni tienes nada que ofrecerle a una mujer como ella. Lárgate elegantemente, aún estás a tiempo.

—No serás tú quién me diga, a estas alturas de mi vida, lo que he de hacer.

—Soy más maduro que tú, y además, la tengo más grande —se burló—. Y hablo, obviamente, de la polla.

Le miraba alejarse, incrédulo. Era muy chocante verle hablar así cuando parecía el galán de todas las pelis de *Hollywood*. ¿Qué mosca le había picado? ¿Estaba tan colado por ella que de verdad haría cualquier cosa por conservarla? ¿Se tomaba tantas molestias porque me había visto como una amenaza real?

La idea me hacía sonreír para mis adentros. Laurent quería hacerme creer que tenía la sartén por el mango, pero en el fondo, lo que le ocurría es que no estaba dispuesto a resignarse.

Así se me fue la tarde, sumido en mis propios pensamientos y jugando con el móvil. Salvo las chicas, que venían de vez en cuando a darme la "matraca", nadie más reparó en mi ausencia.

Dos horas después, mis colegas empezaron a subir al escenario y a calentar motores para empezar. Dándome cuenta de que la hora había llegado me encontré con la franca mirada de mi amigo Fran, que parecía buscarme entre la gente, cual fiel escudero. Asintiendo salté a escena, coordinándome con ellos para hacer una entrada espectacular y cantarle a Steff, que había subido de la mano conmigo, un cumpleaños feliz muy *rockero*.

—Pídele a tu madre que nos haga una foto con su móvil, de recuerdo… —le pedí, aprovechando que aquella entusiasmada y recién estrenada mayor de edad estaba más que receptiva a mis sugerencias —Y si puede, que me la envíe, que después de unas cervezas se nos olvidará.

Aproveché que la tenía a la vista y llevaba su móvil en la mano para reenviar aquella intensa grabación. Para mi desgracia Laurent, que seguía al acecho, le pidió a Esther que posase con su otra hija y les sacó varias fotos con nosotros de fondo, en el escenario. Levantando el teléfono y sonriendo triunfal, me enseñaba en la pantalla como volvía a borrar mi mensaje. ¡Les hacía creer que me estaba enviando aquellas fotos!

Laura se pintó los labios y buscó entre sus mensajes la ubicación de aquella casa. No sabía muy bien dónde iba, pero tenía claro que no se perdería ese concierto por nada del mundo. Su encuentro con Fran la tarde anterior era la causa. Estaba convencida de que su timidez era fruto de aquellas convicciones que le hacían tan especial, y estaba deseando volver a verle. Le intrigaba, tenía que reconocerlo. Conocerle mejor se había convertido para ella en una prioridad.

Sentía la necesidad y el deseo de tenerle cerca para observar, en su entorno próximo al hombre noble que parecía, al fiel amigo que sabía que era, al defensor incansable de sus principios y a esa parte de sí mismo que solo compartiría con quien lo mereciese. Quería ser esa mujer, aunque eso no resultara fácil.

Llenó su bolso sin olvidar las llaves, como era ya casi costumbre en alguien tan descuidada como ella, y se aseguró de que su móvil iba a tope de batería. Estaba tan decidida que ni el alto riesgo de avería y de encontrarse sola en mitad de la carretera a media noche, la disuadieron de conducir. Echando un rápido vistazo al callejón, en el que la iluminación era escasa, salió a la calle en dirección a su nuevo coche. Caminaba sonriendo, rápido y dejando tras de sí un rastro sonoro muy característico con sus incómodos zapatos de tacón.

Con las manos temblorosas por la emoción de los pensamientos que la acompañaban, metió la llave en la cerradura de aquella antigualla que le había regalado su padre, comprobando irritada que se resistía a abrirse. Forcejeando con la llave en la cerradura, la encontró el tipo que la aprisionó contra la chapa y le tapó la boca.

Se quedó paralizada pero, contra todo pronóstico, no sintió miedo. En lo más profundo de su ser, aquella sensación se le antojaba conocida.

—No te asustes. Soy yo. No digas nada. Necesito que me escuches. Después de eso me largaré. Pero no me iré hasta que lo hagas.

Laura asintió más tranquila en cuanto reconoció su voz y comprendió que era él quien provocaba aquel repentino calor al contacto con su cuerpo. No dijo nada. Se quedó quieta y espero a oír todo lo que él aseguraba que tenía que contarle.

—Desde que has vuelto me he sentido renacer, en todos los sentidos. No te voy a mentir. Vivo un matrimonio feliz, tengo dos hijos maravillosos, el trabajo me va genial... pero me falta esta chispa que solo tengo contigo —paró haciendo una pausa—. Me he planteado muchas veces hablar de ello con mi mujer, de lo que siento cuando estamos juntos, pero las posibilidades de que me entienda son nulas. Eso me lleva a la segunda parte... si actúo en conciencia y me libro de esta culpa que me está matando, destruiré a mi familia. No solo a ellos, también a mí mismo, porque si ya es doloroso quererte y no poder tenerte, perderlos a ellos no va a ser mucho más llevadero. Por otro lado, callarme este tropiezo me está consumiendo y no quiero traicionar a nadie... —tomó aire y continuó —pero tampoco quiero renunciar a ti—. Volvió a coger aire y le dio la vuelta—. No llores, por favor... ¡escúchame! Aún podemos vivir algo juntos.

—¿Estás queriendo decir que quieres que seamos amantes? —le respondió molesta, sin salir de su asombro —¿Que sigamos engañando a tu mujer? ¿Que siga imaginándome una vida contigo que nunca tendré? —levantaba aún más la voz—. No. Yo ya lo tengo muy claro. Está todo dicho —titubeó—. ¡Suéltame y vete! —le gritó de nuevo.

Él, en plena calle y fuera de sí, seguía sujetándola, besándola y manoseándola imparable. No daba muestra alguna de haber escuchado ni una sola de sus palabras y Laura se sentía ahora sola e incapaz de defenderse o apartarse, pues la enorme atracción que despertaba en ella aquel hombre no dejaba de confundirla. Era el poderoso contacto con aquel increíble cuerpo lo que la hacía debatirse de nuevo entre dejarse llevar o actuar conforme a la decisión que tomó semanas atrás. Tenía que sacrificar sus

sentimientos por el bien de todos. Aquella era la única solución posible para su particular encrucijada moral.

—¡Vete! —repitió, haciendo un esfuerzo por sonar convincente pero él, poseído por aquel apetito imparable, hizo caso omiso a su petición tirando de ella hacia arriba y colándose entre sus piernas. Después le subió la falda hasta la cintura y se desabrochó el pantalón.

—Esto no es buena idea. No quiero follar contigo ahora, hablo en serio —gimió, viendo cómo la situación se precipitaba y no tenía la fuerza suficiente para detenerla.

—No me mientas, los dos sabemos que lo deseas tanto o más que yo. Déjate llevar, amor.

— ¡Esto no es amor! —insistió en tono firme y serio.

Él no la escuchó.

16
LA CANCIÓN

Lloraba desconsolada. No lo podía evitar. Cuando Jorge volvió a besarla, le empujó todo lo fuerte que pudo y se giró para vomitar. Nunca imaginó que alguien a quien quería tanto, podría hacerla sentirse así de alienada, como un pedazo de carne sin voluntad.

—Amor...

—¡Ya tienes lo que querías! ¡Ahora vete y no vuelvas nunca! —le gritó, fuera de sí, a la figura que aún se adivinaba en la oscuridad y que se desvanecía poco a poco mientras se alejaba por aquella calle tan mal iluminada.

Caminaba incrédulo. Lo había sacado a patadas de la eufórica espiral de deseo que le había invadido y se preguntaba el porqué de su reacción. La química que compartían seguía intacta, la había sentido igual que tantas veces antes... ¿Qué había pasado entonces?

La había perdido para siempre.

Se había negado y él, brutalmente excitado, había hecho oídos sordos. En lugar de detenerse, abusó del cuerpo de su amada Laura, forzándola y sucumbiendo a aquella excitante pasividad que en lugar de frenarle, le había encendido aún más. Ahora se sentía un monstruo.

Cegado por la euforia había ignorado que ella, encerrada en su propio cuerpo, en realidad intentaba protegerse a toda costa del bárbaro en el que él se había convertido. Aquellos interminables minutos ahora le pesaban y le dolían como si estuviese ardiendo en el mismísimo infierno. Era escoria. Nunca se lo perdonaría.

Con la esperanza de reparar el daño causado y calmarla intentó volver a acercarse a ella. Quería abrazarla, besarla, disculparse, decirle cuánto la quería, pero no había marcha atrás. Su amor de toda la vida se había armado con su teléfono y le amenazaba con llamar a la policía.

Avergonzado echó a correr, también llorando. Todo se había acabado. Como en una de sus peores pesadillas corría con el corazón tan acelerado que podía sentir el sabor de su propia sangre en la boca. Quería gritar pero sentía que su voz se había roto y se negaba a salir por su garganta. Iba sin rumbo, perdido, como si estuviese viviendo la peor de las muertes a cámara lenta.

Aquello no podía ser verdad.

Esther buscaba su pulsera favorita en el piso de arriba. No hacía mucho que la había llevado puesta y no recordaba dónde se la quitó. Se había desnudado tantas veces en las últimas horas, que no pudo evitar sonreír mientras en su mente, revivía aquellos intensos momentos con Laurent. Un sencillo anillo colgado graciosamente en su figura favorita de Lladró, la sacó de sus excitantes pensamientos.

¿Qué hacía allí aquella alianza de plata?

Su curiosidad crecía al mismo ritmo que sus preguntas. Estaba segura de que no tendría nada que ver con su recién estrenado amante así que, sin pensárselo mucho cogió cuidadosamente aquel brillante objeto y se lo probó. ¡Le quedaba perfecto! ¡Parecía hecho a medida!

Con tanto misterio casi se había olvidado de lo que había subido a buscar y, pese a ser un accesorio bastante simple, le apetecía dejárselo puesto. Se lo pensó mejor… ¿Y si era el regalo de algún admirador de sus hijas? ¡Provocaría una catástrofe de dimensiones inimaginables!

Muy a su pesar se lo quitó. No podía quedárselo pero echó un último vistazo antes de devolverlo a su lugar. La inscripción que encontró en su interior le aceleró el corazón hasta el punto de llegar a creer que estaba dirigida a ella. ¿Era aquello posible? "With or without you, I ❦ you".

—"Contigo o sin ti, te quiero" —repitió en voz baja, sorprendida por el efecto que causaban en ella aquellas preciosas palabras. Sonrió para sí. ¿Por qué la atrapaban así?

Volvió a ponérselo y respiró profundamente. Tenía que averiguar de dónde había salido y llevarlo puesto le facilitaría mucho las cosas. Si resultaba ser de alguna de las mocosas, tendría que defenderse de todas aquellas imprevisibles hormonas con uñas y dientes. Cruzó los dedos.

Saliendo de nuevo al pasillo se topó, de repente, con la sonrisa de su cautivo. Encontrárselo de forma tan imprevista en su propia casa, empezaba a molestarle. ¿Se habría acostumbrado demasiado pronto a su nuevo estado de independencia?

—¡Qué guapa te has puesto! —decía alabándola y agarrándola por la cintura para volver a sentirla contra su cuerpo.

—Muchas gracias. Tú también estás muy elegante —respondía apartándose.

—¿No quieres que te ayude con esa sonrisa? —insistió.

—¿No es lo suficientemente grande? —bromeó.

—Nunca es tan grande como cuando fo...

— ¡Shhh! Ahora están aquí mis niñas —rugió, apartándole

bruscamente y asegurándose de que veía su nuevo hallazgo luciendo en su dedo.

—¿Ahora también usas baratijas? —se burló Laurent haciéndose el ofendido, mientras ella le alejaba. Vista su reacción, decidió en segundos avivar la llama—. Nunca te he visto un anillo puesto que costara menos de mil euros, su alteza... —insistió bromeando y haciéndole una reverencia que sabía de antemano, que no iba a hacerle ninguna gracia.

—Será de alguna de las mocosas, lo encontré en el suelo —respondió actuando despóticamente—. ¡Vamos! Los invitados empiezan a llegar.

Estaba rabiosa. Se había reído de ella y de su anillo. Respiró profundo. No era para tanto pero tenía que reconocer que le habría dado un buen puñetazo en otras circunstancias.

—*A veces nuestro juego es bastante cruel* —se dijo a sí misma.

La conocía bien. Había visto enturbiarse su mirada y supo que estaba cerca de conseguir de ella lo que se proponía. A veces le gustaba así, fiera, irracional y violenta.

—Quítate esa mierda, anda. Yo mismo compraré algo digno de "su excelencia" mañana mismo y te lo haré llegar —insistió sonriendo para sus adentros.

La ira empezaba a cambiar el rostro de su adorada Esther, que se le acercaba ya, haciendo esa sutil mueca de superioridad. Se avecinaba la tormenta perfecta.

—He dicho que ahora no —le susurraba mientras le agarraba disimuladamente por los huevos y los apretaba sin misericordia.

—Es un anillo repugnante, Miss —articulaba entre quejidos y suspiros, llevando la provocación al límite.

—Zorrita, ¡eres un imbécil! —decía, alejándose y tratando de volver a la calma—. Es mi última palabra.

Sabiéndose en una delicada tesitura, resolvió que era un buen momento para batirse en retirada. Ya tenía lo que quería. Había hecho salir por fin a la fiera que tanto deseaba ver.

—Lo siento, Ama —respondió colocándose exactamente en su rol de falso sumiso arrepentido, con la esperanza de tener un castigo a la altura de sus osadas acciones.

—Todo tiene un precio. Te saldrá muy cara la osadía —sentenció.

—Espero estar a la altura de sus más oscuros deseos, mi Señora —susurraba con una sonrisa triunfal pintada en la cara.

—Aún no cantes victoria, me estoy pensando seriamente pedirte que te vayas. No tengo tiempo para tus salidas de tono, Lau.

—Cualquier cosa menos eso, Miss.

—Recibirás instrucciones al móvil. Hasta entonces, espera en la

habitación de la parte norte, no quiero verte ni por la ventana.

—Así será, Miss —respondió afligido.

—Ahora tengo que ocuparme de otro asunto, el guaperas está jugando con quien no debe —gruñó mientras se dirigía al grupito de jovencitas que se había reunido en torno al cantante con la intención de dispersarlo inmediatamente.

Laurent la obedeció. Tan enfurecida no era recomendable para nadie.

Arturo les seguía de cerca. No quería perderse detalle de lo que ocurría en la distinguida pareja que tanto llamaba su atención. Encontrarlos en situaciones comprometidas, ya empezaba a resultarle más divertido de lo recomendable.

La primera vez, se quedó pasmado con la brutal patada que ella le dio a él en la entrepierna, pero había experimentado tal excitación que entendió que tenía un lado muy sádico. Le resultaba muy placentero mirarla y cuanto más cruel y agresiva era, más se encendía. Se moría por sentir, "en carnes propias", cosas como las que estaba presenciando en aquel preciso momento.

—Es de locos —pensó, pero cuando la vio agarrarle tan salvajemente por los huevos, se llevó la mano a su sexo, apretándolo con fuerza mientras fantaseaba con estar viviendo aquella delicada situación.

Llegó a hacerse tanto daño, que hasta se le saltaron las lágrimas. Después, escondido entre los setos, se dejó llevar y se masturbó brutalmente, hasta correrse en el pantalón. Fue tan intenso su orgasmo que se mareó y cayó sobre el césped. Volvió en sí a los pocos segundos. Acabada la conversación, Laurent se dirigió hacia la casa y le siguió discretamente. ¡La diversión estaba asegurada!

El muchacho se coló en la habitación de invitados y se ocultó tras la cortina, aprovechando que el galán entraba al lavabo. Se había raspado un poco las manos y las limpió debidamente con saliva. Poco después, el espectáculo dio comienzo, dejándolo totalmente atónito.

El increíble ejecutivo se miraba fijamente al espejo mientras se desnudaba. Lo hacía despacio y con gracia, de forma elegante y sensual... Sus movimientos parecían estar preparados para cumplir un único objetivo, cautivar a la lente que grababa su reflejo desde lo alto de la cómoda. Se dio cuenta de que evitaba mirar directamente a la cámara para no mostrar aquella sonrisa triunfal y la expresión de victoria que lo delataban. Estaba impaciente por sentirse atrapado y a merced de tan poderosa mujer.

Laurent se preparaba. Había dejado su chaqueta cuidadosamente colocada en una silla y se desabotonaba lentamente la camisa, mostrando a intervalos su torneado torso y su inmaculada piel.

Después se quitó los zapatos y el pantalón, dejándolos perfectamente dispuestos en aquella misma silla. Entusiasmado, dio un fuerte tirón del cinturón, agitándolo con tanta fuerza que cortaba el aire.

Arturo supo enseguida lo que pasaría después y cerró los ojos.

Le alegraba oír que no se había equivocado pero no se atrevía a mirar. Aquellos chasquidos en el aire le erizaban la piel.

La cadencia de sonidos que le siguió, confirmaban la terrible fuerza de aquel brazo. Intrigado, y confiando en que Laurent no marcaría severamente su propia piel, comprobó sorprendido como se propinaba una ráfaga de latigazos que caían sin clemencia sobre él. Aquello dolía y quemaba también al empático voyeur, que experimentaba una repentina y desconcertante erección.

Contra todo pronóstico, el señor elegante aguantó estoicamente aquella lluvia de despiadados golpes que él mismo se propinaba. Apretaba las mandíbulas, tensaba los músculos y se retorcía de dolor, con una eterna y placentera sucesión de quejidos ahogados. Bañado en sudor y con la cara cubierta de lágrimas echaba después un vistazo a las marcas, sin perder ni un ápice de su gracia y encanto natural. Sonreía satisfecho.

El polizón le observaba al caminar, visiblemente excitado y en calzoncillos, hasta una pequeña maleta que abrió combinando un montón de dígitos. Atónito, contó un sinfín de objetos de tortura que colocaba con mucho esmero sobre la cama. Con todo preparado, Laurent se volvió hacia el móvil y envió el vídeo.

En la cama, perfectamente dispuestos, esperaban su turno todos aquellos chismes. El sigiloso espectador se impacientaba pero aquellos pasos en la escalera, lo tranquilizaron. Pronto sabría para qué servía todo aquello.

— ¡Chicas, por favor! Dejad que Álex cene tranquilo. Tiene que actuar en un rato y le conviene hacer una buena digestión... — anunció Esther interrumpiendo nuestra inocua conversación.

—Tranquila. No me molestan. Aún tengo tiempo suficiente para ... —intenté decir antes de que me lanzase una mirada asesina que gritaba, sin ningún filtro, que ni se me pasase por la cabeza follarme a sus hijas. Pero... ¿cómo podía creerme tan ruin?

—Necesito que vengan todas —me interrumpió—. La noche está cargada de sorpresas y quiero que vean lo que he preparado en el sótano para que lo pasen bien con sus amigos después —se justificó.

—Ni mil palabras más —dije entendiendo su postura de madre preocupada. Me incomodaba enormemente lo que había dado a entender, por segunda vez en un día, pero asentí inclinando

levemente la cabeza. Asombrado descubrí que al menos mi anillo había llegado a su destino. Nuestras miradas llegaron a cruzarse y volvió a rehuirme, pero difícilmente podría borrarme aquella estúpida sonrisa de mi cara.

—¡Qué aproveche! —dijo alejándose.

Esto ponía de nuevo mis fichas en una posición ventajosa del tablero. Ahora sí tenía sentido hacer algún otro intento.

—¡Qué alegría qué estés ya por aquí, Tab! Esto empieza a ser un infierno... —dijo Esther a su amiga, y se dirigió a ella para darle un afectuoso abrazo.

—Saca el látigo y los pones a todos en su sitio enseguida... —susurró ella a su oído, buscando su complicidad.

—No lo digas ni en broma. Que eso es lo que parecen estar buscando.

—Mmmmm. ¿Es ese el jovenzuelo por el que suspiras, amiga?

—¿Guapo, eh?

—Ya te entiendo mucho mejor, "pillina". Pero sigo en mis trece. Cuanto más folloneros más divertida es la doma.

—Shhh. No hables así aquí. Cualquiera puede oírte.

—Éstos saben de sobra de qué va el tema, empezando por el jardinero y acabando por Mr.Bond, el invitado inesperado —bromeó Tab.

—Jajajá. ¡Qué malísima eres!

—Es la verdad. Lo dejaste entrar y vaya que si ha entrado. ¡Hasta el fondo! —rio. —¿Por cierto, dónde está esa lagartija?

—Está castigado.

—¡Me encanta! Sin duda se lo merece...

—No te imaginas cuánto.

17
ÁLEX

Volvía aquella sensación de angustia a mi garganta. Ninguno de mis intentos por captar su atención había surtido el efecto deseado y encima me miraba como si todo aquello le molestase. No había tenido ocasión de demostrarle lo que estaba dispuesto a hacer para estar con ella y, para colmo, el maldito Don Perfecto me la había vuelto a jugar. El concierto se acababa… ¿qué más podía hacer?

Volví a coger aire y tuve una idea. Tenía que aprovechar que no había vuelto a ver a mi antagonista desde que frustró mi último intento de hacerle llegar el vídeo a Esther. Menudo cabrón… ¡Lo había borrado en mi puta cara!

El cuerpo me temblaba pero no iba a echarme atrás. Me acerqué a los chicos y les propuse hacer un leve cambio en el set. Solían responder con gran entusiasmo a cosas como aquella, pero en esta ocasión, se mostraron reacios. Era cierto que el clímax del concierto estaba rozándonos los dedos y que teníamos al público un estado de euforia difícil de recuperar más tarde, pero yo necesitaba romperlo. Era ahora o nunca.

—Siempre funciona —me apoyó Fran, desde su discreto puesto en el escenario.

—Sí tío, pero estamos acabando ya y se nos va a venir todo abajo.

—Venga, va. Tampoco perdemos nada... ¡esto es solo la *BBC*!

Cuando las guitarras empezaron a sonar, el artista de las luces empezó a hacer su magia de colores, envolviéndonos con las primeras notas del *Please forgive me*. En aquella atmósfera tan especial, bajé del escenario y la busqué entre la gente. Quería disculparme sinceramente por haber sido un capullo integral con ella, pero mientras la buscaba, me topé con la mirada de otras muchas mujeres que me recordaron que las usaba y nunca fueron más allá de mis sábanas, que no las dejé colarse bajo mi piel ni tuvieron ocasión de acariciarme el alma… La emoción teñía mi voz. Volvía a sentir.

—Por favor, perdonadme —decía para mis adentros.

Me movía sin rumbo, en un lugar lleno de obstáculos pero al fin, tenía un objetivo. Por ella me embarcaba de nuevo en una misión suicida, tan consciente como la primera vez y con todas las heridas

del pasado abiertas.

¿Me había vuelto loco? ¿Estaba realmente enamorado?

Al fin me encontré con aquellas manos que buscaba desesperadamente y me aferré a ellas con la fuerza del niño que aún no sabe andar y se acaba de lanzar a por todas, sin poder predecir lo duro que puede llegar a ser el golpe. Su sonrisa disipó todas mis dudas haciendo que me sintiera totalmente seguro y feliz. Entonces comenzó a sonar ese otro tema, ese que le grabé y gracias a Laurent, nunca llegó a escuchar.

Como la primera vez que bailamos en mi casa, besé la mano en la que llevaba mi anillo y la apoyé delicadamente en mi hombro. Su agradable contacto me hizo sentir un inesperado escalofrío que recorrió todo mi cuerpo y me erizó la piel. De nuevo me acerqué a ella sin tener miedo a chocar contra su imponente cuerpo, ni a que me rechazase delante de todas las personas que nos miraban. Por suerte para mí, ella también se había entregado al momento y parecía importarle muy poco todo lo demás. Conseguí sin palabras, volver a sentirla conmigo para siempre, en aquel instante único, que se estiraba infinitamente.

—With or without you, with or without you...

Apoyaba su cabeza sobre mí, escuchándome atentamente cantarle al oído aquella frase que se repetía incansable, "Contigo o sin ti", y que pareció comprender enseguida echándole una rápida mirada a su mano.

Permanecimos casi tres minutos en aquel delicioso y particular trance, compartiendo nuestra canción con todos los asistentes gracias a mi nuevo micro sin cable. Con un “gracias”, se despidió de mí mientras nos aplaudían aquel paréntesis como si les fuese la vida en ello y yo, entregado a aquel sentimiento de comunión creado entre todos nosotros, la perdí de vista.

Tuve que volver al escenario abrazando y besando a la mitad de las mujeres que me paraban en el camino, mientras mis compañeros entonaban la divertida entradilla del *Show de Benny Hill*. El más difícil todavía fue sacarla de mis pensamientos para volver a convertirme en la bestia interpretativa a la que me instaban a volver. Había que dar la talla.

Observándole desde la puerta sonreía para sí. Parecía que el Señor Bond, aún no se había dado cuenta de su presencia y aquello, la llenaba de satisfacción.

Sus felinos y sigilosos movimientos eran un orgullo para Tab, que encontraba tan sumamente divertido provocar esa sensación de desconcierto y sorpresa cuando llegaba, que empezaba a excitarse. La diversión se multiplicaba si se trataba de someter a hombres

como aquel, tan pagado de sí mismo, que se creía la envidia de todo el que lo miraba.

Era cierto que era guapo, atractivo, inteligente, sensual... y despertaba en ella un gran deseo, pero eso no la distraía de su objetivo. Estaba ansiosa por darle su merecido y hacer que dejara de fingir esa falsa modestia que le repateaba las tripas.

— *Tendrás un castigo a tu medida* —pensaba.

El sonido de su móvil puso a la dominatriz "novata" en guardia. Era la hora. Por desgracia no habían tenido tiempo suficiente para planificar con ella esa sesión tan especial, pero aun así, esperaba estar a la altura de sus exigencias. Cumpliría, satisfactoriamente, con su perverso cometido. Admiraba a Esther profundamente y que la hubiese elegido para aleccionar a Laurent la hacía sentirse muy valorada, satisfecha y realizada. Iba a divertirse muchísimo con el juguete nuevo de Mut, que no era conocida precisamente por dejar que otros se ocupasen de sus asuntos. ¡Era una mujer con suerte!

—Y encima la música es buena…

El señor oportuno, hierático, esperaba su anhelado momento. Parecía disfrutar de la música en un estado de relajación extrema que hacía pensar que algún ente extraño lo había poseído.

Totalmente desnudo y sin mover un músculo reposaba tumbado sobre sus rodillas en una posición, a ojos de cualquiera, bastante incómoda. Sus brazos estaban estirados y sus manos descansaban con las palmas abiertas y hacia abajo en el suelo, como si le rezase a alguna divinidad de una desconocida religión. Relativamente cerca de él, se encontraba su iPhone, también esperando instrucciones.

—Es la hora. ¿Estás seguro de que quieres continuar con esto? —decía aquel deseado mensaje de Esther.

—Totalmente seguro, Miss —tecleó veloz.

—¿Confirmas que harás lo que se te pida para pagar por tus travesuras? — insistía ella.

—Lo estoy deseando, Miss —confirmó Laurent.

—Está bien. Lo supervisaré todo. Ve a tu cuarto en cuanto te deje solo. ¿Entendido?

—Entendido.

Laurent respiró profundo. Había alguien más allí.

La excitación de ser suyo de una forma dolorosa y cruel le hicieron sentir un escalofrío muy intenso. ¡Cuánto había soñado con tener toda la fiereza de su diosa clavándosele en la piel!

Estábamos recogiendo todos nuestros bártulos cuando Esther volvió a entrar en escena. La vi acercarse al musculitos pelirrojo que nos había estado ayudando el día anterior, y susurrarle algo al oído. Después él se despidió de ella asintiendo y haciéndole un guiño

muy cómplice. No pude evitar apretar los puños. El tipo empezó a pedir a todo el mundo que bajase al sótano para el *after*, pero a mí me pareció que se tomaba demasiadas confianzas con ella y no pude evitar una mueca de fastidio. Después se dirigió a nosotros con varios sobres en la mano. Parecía cansada, pero sonreía contagiando muy buen rollo.

—Me alegra que estéis todos aquí. Me duelen tanto los pies que me he pensado mucho venir a pagaros. ¡Es broma! Quería agradeceros personalmente que os lo hayáis "currado" tanto. El concierto ha sido espectacular y, qué decir del post concierto… ¡Las chicas están encantadas con sus *selfies!* Muchas gracias, de verdad.

—Ha sido un placer. Lo hemos pasado francamente bien aquí —dijo adelantándose Fran, en tono solemne al mismo tiempo que el resto de la banda se acercaba a saludar debidamente a la dama.

—No te has hecho una foto conmigo, ¡artista! Cuando seas famoso seré la única que no tenga una —se quejó a mí espalda, haciéndome sonreír como un bobo, feliz de volver a tenerla cerca.

—Vaya, menuda sorpresa. Creí que te habías ido precisamente por eso, para ser la única mujer de la fiesta a la que no pudiese besar para despedirme —respondí con sorna.

—¿Despedirte? Tu trabajo aquí aún no ha terminado —contestó lanzándole una pícara sonrisa y acercándose a mí más de lo que esperaba.

—¿A no? ¿Y qué más tengo que hacer? —dije haciendo lo mismo y enseñándole la lengua sin ningún pudor. La conversación comenzaba a ponerse interesante, tanto que mis compañeros habían parado de recoger y nos miraban a ambos, intrigados.

—Venir a cobrar, ¿no? —respondió hábilmente, provocando las risas de todos.

—Tienes razón. Olvidaba que eres la única mujer atractiva, que no sucumbe a mis encantos.

—No llores más guaperas y acompáñame al despacho. Se me hace tarde —bromeó haciendo que dejase de enrollar cables y la siguiera. —Divertíos mucho. Hay "priva" y música hasta las 6.

—Gracias jefa, pero algunos trabajamos mañana…

—Casi que mejor. Así no tengo que amenazar a nadie con arrancarle los huevos si toca a alguna de mis hijas… —rio llevándome de la mano hasta su despacho.

—Bueno. Aquí tienes lo que acordamos. Esto son tus honorarios y esto otro, a repartir. Os tomáis unas cervecitas a mi salud cuando queráis —me explicaba mientras ponía en mi mano varios sobres—. Ahora fírmame el contrato y el recibí.

—Vaya. Muchas gracias —dije obedeciendo e intentando volver a tocarla.

—Un placer hacer negocios contigo —bromeó con un formal apretón de manos.

—Negocios, sí.

—Por cierto... ¿No tienes nada que contarme?

—Nada.

—Vale. Quédate una copia de esto y acéptame un consejo de señora mayor. En lo sucesivo lee con más atención todo lo que firmas, artista. ¡Buena suerte y muchas gracias! —y haciéndome un nuevo guiño se dio la vuelta y desapareció escaleras arriba.

No recordaba haberme sentido más decepcionado en la vida. Sinceramente, esperaba que hubiese sentido lo mismo que yo cuando canté para ella. Para colmo, me sale con aquello... ¿Qué pretendía que le contase? ¿Cómo su amiguito me había boicoteado? ¿Qué el anillo que llevaba puesto era mío? ¿Qué me moría por volver a pasar, aunque fuesen cinco minutos a solas con ella?

Entendí que todo aquello ya no tenía ningún sentido. No parecía estar mínimamente interesada en mí y eso me pesaba más de lo que me habría gustado.

Volví con los chicos, que ya me esperaban subidos a la *furgo*, intentando ocultar mi cara larga. Ajenos a mi mal rollo, me felicitaban por haber conseguido aquel extra, gritando y aplaudiéndome.

Haciendo un vano intento por ocultarles mi desazón, me puse a leer aquellos dichosos papeles, descubriendo en ellos un curioso mensaje escondido en "la letra pequeña".

—Mierda —Grité. Y salí del coche casi en marcha, con una sonrisa que me llegaba de oreja a oreja.

—¡Pero tío! ¿Te has vuelto loco? —decía desesperado Fran—. ¡Te vas a matar!

—Puede ser. Pero merecerá la pena. ¡Nos vemos mañana!

—¿Mañana? ¿Pero cómo piensas volver, alma de cántaro?

—¡Vámonos! Está claro que se queda...

—¡Siempre triunfa el muy mamón!

— Se te ha hecho muy tarde. Ya pensaba que no nos veríamos…

—Te lo había prometido y además, lo estaba deseando.

—Si te soy sincera, yo también. Anda, pasa —apremió Laura, dándole a Fran un sonoro beso en la mejilla.

—¿Estás sola?

—Sí. Mi padre duerme fuera algunas noches.

—¿Se ha echado novia?

—Creo que si fuera novia, algo me habría dicho —dijo haciendo una mueca tristona que dejaba patente que no le gustaba que su

padre no le confiase sus asuntos personales. Adivinando su malestar, Fran la abrazó y la besó castamente en la cara.

—Seguramente le de vergüenza contarle a su hija que de cuando en cuando necesita hacer ciertas cosas. ¿No crees?

—Sí, seguramente tengas razón... —dijo devolviéndole el beso —. ¿Te apetece una copa? ¿O prefieres ver una peli?

—Si te soy sincero, estoy hecho polvo. Me quedaré dormido como me ponga muy cómodo —afirmó mientras seguía dándole besos y ratificaba las ganas que tenía de estar con ella.

Ella se dejaba arrastrar con las mismas ganas de sentirle, y los besos y caricias se sucedieron sin prisa, pero sin pausa. Poco a poco iban dejando de ser cautos y sus bocas descendían por sus cuello al tiempo que sus manos se recorrían el uno al otro acariciándose, con la respiración acelerada. Laura fluía con él y con aquel deseo que crecía entre ellos, hasta que Fran la puso contra la pared. En aquel momento todo pareció cambiar y la notó tensa y nerviosa.

No quería parar pero aquella pasividad le incomodaba. No lo podía entender.

¿No le gustaría a Laura que él llevase la iniciativa? ¿Era pronto aún para aquello?

—Quizás sea mejor idea lo de la peli, ¿no? —se atrevió a preguntar.

—Si no te apetece seguir, vale.

De repente parecía molesta. ¿Habría confundido aquellas señales? No era ningún experto pero si no lo tenía claro, no hacía ciertas cosas.

—Me ha parecido que no estabas muy entusiasmada con la idea. Quizás aún le echas de menos...

Laura se echó a llorar. Fran la abrazó aunque no podía entender nada. Parecía haber llegado una de esas debacles emocionales que ya había vivido con sus hermanas en más de una ocasión. Sabía por experiencia que no debía dejarla sola. Si había algo que atravesar, lo harían juntos.

—Perdóname. Siento si he hecho algo que...

—No es culpa tuya.

—Algo ha pasado que te has enfriado de repente...

—Mereces que sea sincera contigo, pero temo tu reacción así que, si quieres que te cuente que me ha pasado, tienes que prometerme...

—Lo que quieras.

—Prométeme que te cuente lo que te cuente, no harás nada al respecto.

—¿Cómo?

Laura le abrazó y le llevó de la mano a su habitación. Encendió

una lámpara que apenas daba luz y le tumbó en su cama. Después se acurrucó a su lado. Lloraba y temblaba mientras él se apretaba contra ella y trataba de calmarla, comprobando enseguida que no parecía estar muy cómoda.

—Sea lo que sea estoy aquí. No me voy a alejar de ti. —le susurró al oído, mientras volvía a besarla en la mejilla.

—¿Sabes? Me habría gustado conocerte en mejores circunstancias. ¡Lo que te estoy haciendo pasar...!

—¿Por qué dices eso?

—Porque estaríamos follando como campeones ahora mismo, y no con estas movidas.

—No voy a decirte que no me gustaría más lo primero, pero parece que tenemos que vivir juntos otras cosas primero.

—Sí. Por eso, y aún a riesgo de que te vayas, voy a contártelo todo.

Laura se levantó un poco la camiseta y le dejó ver las marcas y moratones que se había hecho en legítima defensa. Fran, que no esperaba tal cosa, no pudo decir ni una palabra más.

18
CUMPLEAÑOS ¿FELIZ?

Unos poderosos zapatos de tacón sonaban a su espalda acercándose con una cadencia rítmica tan lenta, que el elegante impostor no podía soportar. Le costaba permanecer quieto y sin decir una palabra. Estaba muy impaciente.

Los pasos que parecían dirigirse hacia él se detuvieron de repente y la cerradura de la habitación hizo su particular sonido de bloqueo. Ambos se quedaron totalmente aislados del mundo y de repente, la sensación de ser la presa y no tener escapatoria, le puso el vello de punta.

Nunca un cautivo había deseado tanto un castigo, ni se había sentido tan satisfecho de serlo, como él en aquel preciso momento. Los sutiles movimientos de aquella diosa que imaginaba a su espalda, le hacían excitarse de una forma ininteligible.

Cuánto la había deseado desde que se conocieron y cuánto lamentó no haberle dicho lo que sentía, antes que su mejor amigo. Ese miserable que la acababa de dejar.

— *Ahora no* —se dijo a sí mismo.

Por fin tenía la ocasión de conocer esa otra parte salvaje que se escondía tras aquella mujer exitosa, inteligente, atractiva, sensual y dulce. Ahora conocería a la bestia, esa que también era capaz de dejarle marcas y surcos en la piel, además de instalarse en su memoria y apropiarse de su corazón. Nada deseaba más que estar totalmente a merced de Esther.

Sin mediar palabra la diosa que llevaba horas esperando colocó ante él, en el suelo, una larga alfombrilla que desplegó mostrando algunos de los enseres de los que disfrutaría en su sesión. Al lado puso un trípode y una cámara, para documentarlo todo.

Dilatadores de varias formas y tamaños anticipaban como iba a transcurrir la velada, pero no eran las únicas herramientas de placer que se adivinaban por allí. Sobre su espalda, seguía colocando objetos que debía adivinar por su peso, tamaño, sonido y temperatura. No era difícil acertar, distintos tipos de látigo, palas, fustas, pinzas, velas, grilletes y enseres de todo tipo completaban el kit de perversión post-concierto.

Sin permitirle el más mínimo movimiento y sin decirle una palabra, su captora le puso un horrible collar mientras le hacía

mirarse al espejo. Después de engancharle la cadena, lo ató a la pata de la cama dándole el largo justo para que pudiese erguirse sobre sus rodillas, haciéndole sentirse como un animal.

Él estaba feliz. La fiera que andaba sobre aquellos tacones infinitos se había esmerado tanto en humillarle que se moría de ganas de ser sometido por ella, de todas las formas posibles.

—Palabra de seguridad.

—Amarillo —dijo mientras notaba como se le quebraba la voz.

—¿Amordazado?

— Palmadas en el suelo —respondió en un susurro.

El corazón le latía en la garganta y sintió una fuerte punzada en la boca del estómago. Aquella no era la voz que esperaba oír.

Despertó con la mujer de sus sueños enredada en sus brazos y se esforzó por memorizar la maravillosa sensación que le producía eso. Su cálida y suave piel estaba contra la suya. El relajado sonido de su respiración flotaba en su cerebro. El olor de su pelo inundaba el espacio que ocupaba… Quería despertar con esa sensación todos los días de su vida.

Pensó seriamente que aquello debía ser la felicidad, pero aún no entendía cómo habían acabado así de desnudos después de aquella movida monumental, y miraba a Laura con deleite. Aún conservaba aquella preciosa sonrisa dibujada en la cara. ¡Qué bien le hacía sentir eso!

Eran el tópico típico de las pelis románticas. Tanto que tenía que asegurarse de que todas esas imágenes de la noche anterior no se iban a borrar fácilmente de su cabeza y se aventuró entre las sábanas para volver a deleitarse con su bonito cuerpo. Fran se dispuso a explorar de nuevo cada uno de sus montes y surcos, sus curvas, sus lunares... Era perfecta incluso con aquellos hematomas y marcas que le hacían morirse de rabia, sus enormes tatuajes y todas las vivencias que la hacían ser quien era. Le gustaba todo de ella.

Quién iba a decirlo tras la revelación que tuvo que digerir a todo trapo, para poder estar a la altura de las circunstancias…

Aquello le dolía hasta el punto de hacerle enloquecer, en el más absoluto de los silencios. El desgraciado de Jorge había vuelto a aparecer en sus vidas para no dejar títere con cabeza y nada le habría gustado más que buscarle y partirle la cara otra vez, para sacarle definitivamente de su bonita ecuación. Por desgracia, se tuvo que conformar con aquella enorme frustración. No debía intervenir, lo había prometido.

La cosa no fue a mejor y sintió un deseo irrefrenable de echar a correr y no parar hasta que el corazón le reventase en el pecho. Pero… no podía dejarse llevar, no iba a dejarla sola pasando aquel

mal trago. Sus sentimientos importaban poco ahora que ella, que era la que estaba sufriendo con aquel enorme golpe, había decidido sabia y valientemente que iba a seguir adelante con su vida. Lo que pasó después fue del todo imprevisto.

Abrazos, besos y muestras de cariño los llevaron a entenderse, a conectar, a quererse, desearse y más tarde, a enredarse sin pensar en nada más que tenerse el uno al otro. Tiernamente primero y salvajemente después, hasta saciar sus instintos más primarios y quedar exhaustos. Ahora, perdido entre sus piernas jugaba a rozarla con la nariz, a erizarle la piel, a despertarla con ganas de comerse el mundo, a hacerla estremecerse en cada nuevo contacto.

—Laurita, cariño. ¡El desayuno está en la mesa!

—*Jooooder* —dijo Fran para sí, tapándose la cara con ambas manos.

Pudo llegar sin problemas al balcón de aquella estancia desde la ventana de la habitación contigua. Lo había hecho cientos de veces cuando era pequeño y también de adolescente. No podía evitarlo, la nueva mujer de negro le intrigaba.

La había seguido hasta allí creyendo que sería la señora y que habría algo interesante que ver, hasta que descubrió su melena rubia y se dio cuenta de que las había confundido. Se parecían muchísimo vestidas así, incluso al caminar.

¿Qué habría ido a hacer ella a la habitación del señor Laurent? ¿Estaría intentando robarle el novio a la señora?

Enseguida descartó la idea. Parecían muy amigas. Las había visto reírse y tomar el sol juntas, le pareció que tenían una amistad fuera de lo común. Tanto, como para compartir a un hombre tan guapo y musculado como el señor elegante y protagonizar, ante sus propios ojos, un interesante trío en directo aquella misma noche.

Se olía que aquella visita iba a resultarle muy interesante. Estaba seguro que aquella ropa no era solo para disfrutar del concierto. Los juguetes que iba teniendo a la vista confirmaban todas sus sospechas. Sacudió la cabeza. Se le estaba poniendo dura.

Su imaginación solía llevarle lejos. Había pasado la tarde masturbándose en su habitación, con el recuerdo de ambas poniéndose crema y haciendo *topless* en la zona de la piscina, como si estuviesen solas. En su imagen mental, ellas se acariciaban la una a la otra con aquel producto blanco que quedaba esparcido por sus pechos, tornándolos brillantes y resbaladizos. Después se frotaban la una con la otra mirándole, mientras él pasaba a la acción. Aún le escocía.

Una nueva pregunta le asaltó. ¿Dónde estaba entonces la señora? Y lo más interesante de todo... ¿Con quién? ¿Por qué

necesitaba que su amiga se ocupase de su hombre? Quizás se había cansado ya de que Don Guapo la ensartara por todas partes o tal vez, quería dormir un rato sin sobresaltos...

Fuera como fuese, allí tenía divertimento de sobra así que, como siempre, buscó un sitio cómodo donde ver sin ser visto que le permitiera ciertos movimientos, aunque fuesen reducidos, por si sentía la imperiosa necesidad de sentir placer en primera persona o si tenía que escapar al ser descubierto. No le resultaría difícil, en este segundo caso, largarse por donde había llegado.

La mujer se puso en cuclillas y dijo algo al oído del hombre. Él asentía, aunque en su cara no había ni rastro del carisma y aplomo que solía mostrar cuando estaba vestido y de pie. Eso sí, se había excitado y podía ver su enorme miembro dar contra el suelo. Tenía cierta gracia que las mujeres que parecían besar el suelo por el que pisaba, acabasen bajándole los humos de aquella manera.

¿Cómo podía ser que estuviese así de animado? El joven jardinero no llegaba a comprender la estrecha relación que parecía haber entre la humillación y la excitación aún, al igual que le pasaba con el dolor, pero no cerraba la puerta a experimentarlo y comprenderlo por sí mismo.

Corría escaleras arriba como si me persiguiese el mismísimo diablo, repitiéndome mentalmente que era un imbécil de manual, maldiciéndome por no haber leído ni una palabra de aquel trozo de papel que había suscrito de forma tan irresponsable.

¿Cómo podía haber pasado por alto algo así? ¿Por qué no dejaba de meter la pata con ella?

"Tú y yo tenemos una conversación pendiente. Te espero diez minutos. Pasado ese tiempo no te esperaré más. Firma de conformidad".

—Llegas tarde.

—Lo sé y lo siento. Es que...

—No quiero excusas. Nunca más.

—Tienes razón. Ni sirven de nada, ni las mereces.

—Vaya, esto ya me va gustando más pero, necesito que me compenses por el retraso.

—Claro que sí. Lo que quieras —dije temiéndome las consecuencias de semejante afirmación.

—Sácame otra vez la lengua, como antes.

—¿Cómo?

—No pude morderla como me habría gustado, con tus amigos mirándome —dijo Esther, mientras la miraba totalmente pasmado y la obedecía como un corderillo al que hacen sonreír para la foto de camino al matadero.

Después se acercó a mí despacio, haciendo que mi pulso se

acelerase y mi respiración fuese a su propio ritmo. Pronto pude sentir el roce de sus labios recorrer los míos a la vez que una fuerza tiraba de las presillas de mi pantalón hasta que su sexo estuvo contra el mío, que la empujaba sutilmente a medida que crecía contra ella.

Agarrado a su cintura me sentía flotar. Su lengua acariciaba la mía, recorriéndola mientras ésta se paseaba seductora por mi labio superior y la incitaba a hacerse con ella, voraz. Pronto ambas se enredaron y perdí, totalmente, la noción del tiempo y del espacio. Nunca sabré si fueron solo unos segundos o varios minutos los que nuestras bocas, ansiosas e incansables, jugaron juntas. Parecían llevar deseándose toda la vida.

Invadido por una fuerza invisible la subí a horcajadas y caminé con sus piernas abrazadas a mi cintura hasta su dormitorio. Sus brazos se agarraban a mi cuello y sus besos me volvían loco. Aún no era consciente de lo que estaba pasando pero seguía sintiendo sus besos descender por mi cuerpo, sus manos buscándome bajo la ropa y su respiración confesarme que me deseaba urgentemente.

—Mamá —nos sorprendió una vocecita al otro lado de la puerta entreabierta.

—¿Todo bien, cariño?

—Steff está muy borracha. Se está quitando la ropa delante de todos. Da vergüenza ajena...

—Voy enseguida. Gracias por avisarme, Auri.

Esther salió corriendo detrás de su hija, dándome un tierno beso y pidiéndome sin palabras que le perdonase aquel pequeño contratiempo. Di por hecho que Aura no me había visto, así que decidí no acompañarlas para evitarle a su madre tener que dar más explicaciones de las necesarias. Apoyado en el marco de la puerta, confirmando que las chicas salían finalmente, vi encendida la luz de la habitación de invitados.

Con la intención de pasar el rato, me acerqué en el silencio hasta que aquellos extraños sonidos hicieron que me detuviese de inmediato. Había, al menos, dos personas dentro, y varios objetos silbaban en el aire antes de impactar contra uno de los litigantes, que gemía, lloraba, suspiraba y pedía más y más fuerza en cada golpe.

No quise saber qué más estaría pasando allí, pero irremediablemente pensé que tal vez yo sería el próximo. Esther me gustaba demasiado, eso era innegable. Lo que no tenía tan claro es si yo podría pasar por ese tipo de cosas para estar con ella. ¿Por qué era tan particular en lo que se refería a lo sexual?

Bajé a la cocina a por una cerveza para despejarme y las esperé sentado en los escalones de la puerta. El fresco en la cara y el

silencio de la noche me invitaban a pensar. Parecía que eso de ser madre y estar sola no era tarea fácil. ¿Serían sus hijas un inconveniente para estar juntos?

Aún con todo eso, no podía quejarme. Nunca habían sido un inconveniente para mí y tampoco fui objeto de sus perversiones. Nunca estuve obligado a hacer nada que no me apeteciese. La cuestión es que no me gustaba ser para ella solo alguien con quien divertirse. ¡Qué ironía!

Me estaba volviendo loco y me decidí a echar un vistazo al sótano. No quería darle más vueltas al asunto.

—¡Y ahí lo tenéis! ¡Y no es el único! —decía Steff a gritos al verme llegar, subida a una mesa y totalmente desnuda. Su madre no estaba allí.

—¡La cornuda de mi madre se lo folla, igual que al mejor amigo de mi padre! ¡Es un putón! ¿Con qué moral me regañas, mamá? ¿Dónde te has metido?

Sin dejarla decir nada más la cogí por las piernas y me la eché a la espalda, mientras pataleaba y me daba fuerte con sus pequeños puños.

—¡Eres un gilipollas! ¡Te tirará cuando se canse, igual que ha hecho con mi padre y con el tío Laurent!

Empezaba a imaginarme la movida. Cuando el alcohol se mezcla con problemas familiares la cosa suele estallar de mala manera. Tiré de un mantel y se lo eché por encima hasta que salimos y llegué al piso superior de la casa. Una vez allí la metí en la bañera y abrí el grifo del agua fría.

—Deja de decir tonterías, niñata.

—Álex... yo te quiero... y lo has estropeado todo —gritaba llorando—. ¡Está fría! ¡Maldito cabrón!

La cosa iba de mal en peor pero al menos parecía que el baño iba enfriando los ánimos y todas sus gilipolleces iban remitiendo.

—Te has pasado con las copas, me temo.

—¿Qué sabrás tú? ¡No tienes ni idea de qué va esto!

—Dúchate y vístete. No quiero saber nada más de ti hasta que vengas con una disculpa —le increpé cerrando de un portazo. Después, busqué a Esther por todas partes.

19
SOMBRAS

Observándole en el espejo le iba señalando con la fusta uno a uno los dilatadores que estaban frente a él, ordenados según tamaño y material. Como en un juego, casi tan macabro como la ruleta rusa, Cero, que así había decidido llamarle finalmente, debía señalar el juguete perfecto para aquella ocasión, pero dudaba.

La paciencia nunca había sido la mayor virtud de la Señorita Tab así que, para evitar perder los nervios, puso en marcha un divertimento alternativo en el que él permanecía atado y a cuatro patas, con las piernas bien abiertas, y ella, cada dos o tres segundos y sin ningún tipo de delicadeza, le daba un certero e imprevisto golpe con aquel artilugio en la cara interna de los muslos.

Cero emitía confusos sonidos, atrapado por la mezcla de sensaciones que le iba proporcionando su cita inesperada, que le llevaban desde la más sincera sorpresa al dolor y a medida que éste desaparecía, a una extraña forma de sentir placer que no había experimentado nunca.

Para ella, la situación resultaba de lo más estimulante y no podía evitar golpearle de forma repentina, ascendiendo por sus atléticas piernas y rozando levemente su escroto. Su pene se erigía tan imponente que se maravillaba de aquella increíble resistencia. Le estaba dando con todas sus fuerzas y al fin sentía aquella conexión única que la hacía sentir tan poderosa. Todo iba a pedir de boca y pudo empezar a relajarse.

De la sensual y sofisticada voz de aquel presuntuoso, no quedaba ni rastro y se felicitaba a sí misma por ello, ya que había conseguido que pese a sus ataduras y aquella humillante situación, se fuese sintiendo cada vez más libre y encantado de perderse de vista a sí mismo.

Cero. Aquel nombre le venía como anillo al dedo.

Laurent se sentía desaparecer poco a poco a manos de aquella mujer que le hacía abandonar lentamente a la persona que solía ser, el súper hombre al que todo el mundo admiraba, el *gentleman* que siempre respondía de la manera esperada, el tipo que siempre lo hacía todo bien, el empleado al que se exigía un rendimiento del doscientos por cien y siempre tan sonriente, tan elegante, tan gentil, tan cortés, tan perfecto en la intimidad... siempre sujeto a las

férreas normas y convencionalismos sociales, morales y laborales que mutilaban esa otra parte de su ser que también deseaba salir, esa tan olvidada en la que no necesitaba esforzarse, ese ser que era sin ningún artificio.

De hecho, eso era lo que más le gustaba de Esther. Con ella no tenía que impostar, ni fingirse otro, solo existir. Y sí, le había costado caro, pero era justo lo que había estado buscando. Quería encontrarse de frente con la peor de sus versiones, ese genio femenino en su estado más puro, esa cruel estratega que se le había adelantado y le castigaba con la más absoluta indiferencia, poniéndole en manos de una hábil "institutriz" en un momento de entrega muy intenso.

Era consciente de que tenía que pagar el precio de retarla. Había sido un imbécil al creer que forzando la situación iba a salir victorioso.

El golpe ahora fue contundente y sintió como su cuerpo se balanceaba hacia adelante con aquel nuevo estallido. Ese sonido no era el de una fusta. La piel le picaba y escocía al mismo tiempo y sentía un calor repentino en la parte trasera de los muslos.

—¡Señala uno de una vez!

Lamentándose y resoplando salió de sus pensamientos bruscamente, y aún con los ojos cerrados, se atrevió a señalar un dilatador de los que aún esperaban su veredicto. Por suerte para él era metálico y de tamaño pequeño, pero adorablemente ridículo.

—Mira al pajarito —le dijo Lady Tab sacándole la bola de la boca y obligándole a chupar aquel otro artilugio del que colgaba un ridículo rabito retorcido de color rosa. Tras una inocente foto dio al botón de enviar.

Laurent se miraba al espejo y se sentía ridículo. Aunque se catalogara a sí mismo como un *switch* convencido, ya que su mente abierta no le hubiese dejado privarse de conocer todas las variantes del placer por nada del mundo, había sido un envidiado dominante en su círculo y ejercido como tal, en la mayoría de sus relaciones.

Tan acostumbrado estaba a planificar al detalle situaciones como aquella, disfrutando del inmenso placer que supone sacar el lado oscuro de sus conquistas, le costaba dejarse llevar.

—Sujétame esto un momento. Procura que no se te caiga —le dijo ahora el alter ego de su amada diosa vengativa. Después le puso otra vez la mordaza y colocó, delicadamente, aquel pequeño tapón anal en su espalda.

Empezaron a temblarle las piernas. No temía el momento en que le insertaran aquella ridícula cosa en su precioso culo, era pura excitación y deseo lo que le recorría todo el cuerpo. Detrás, unos guantes de látex cubrían delicadamente las manos de Lady Tab y un

frío y untuoso gel comenzó a pasearse entre sus glúteos, manchándole las pelotas levemente.

Disfrutaba de aquel masaje, que se alargó lo suficiente como para que volviese a notar su polla a punto de explotar. Repentinamente, el accesorio se le clavó bruscamente, haciéndole contraerse y provocándole un punzante dolor a pesar del lubricante.

—Vamos. No es para tanto —le susurraba al oído ella, mientras amasaba sus fuertes glúteos uno contra otro, haciéndole sentirse deliciosamente profanado por aquel objeto.

El placer le hacía evadirse poco a poco y concentrarse en las gratas sensaciones de que disfrutaba.

— *No todo en el monte es orégano* —pensó él.

Las rodillas le dolían, el collar le rozaba, esa maldita bola de plástico no le dejaba articular palabra... y ese puto espejo, no dejaba de recordarle que era también esa otra persona. Una capaz de disfrutar de sus más bajos instintos sin prejuicios.

Lady Tab dejó frente a él un voluminoso pene, sujeto a una especie de arnés. Llevaba un cable unido a un pequeño mando y una pequeña perilla de plástico, para darle aire.

—Quiero que te corras para mí ahí. No tardes, vengo enseguida —dijo mientras le ponía un antifaz, corregía el encuadre y daba al botón de grabar.

El ruido de sus tacones dirigiéndose a la puerta ratificaba que se disponía a dejarle solo, o a que al menos, pensara que lo estaba. Sabía muy bien de qué iban estas cosas, la sugestión juega un papel crucial. Aquella mujer era única creando suspense.

—Vamos a verlo juntos en cuanto vuelva. ¡Déjame muy satisfecha! —gritó mientras bajaba las escaleras.

Absolutamente alucinado seguía la escena el polizón, que se había instalado tras la cortina del balcón para no perderse ni el más mínimo detalle. Había vuelto a empalmarse mientras les observaba desde el ángulo opuesto al que cubría la cámara.

Desde su cómodo hueco se detuvo a mirarlos a ambos, al cautivo y a su reflejo. Se habían quedado quietos, aguantando el tipo frente al espejo y sin poder hacer más movimientos que los que permitían aquel grueso collar fijado a su cuello y la cadenita de perro que le sujetaba a la cama.

La privación de la visión era otra forma de tortura, al igual que esa mordaza que apenas le dejaba respirar y le hacía soltar antiestéticos chorros de baba sin poder hacer nada para evitarlo. La postura también era pura provocación. Estar de rodillas en el suelo y con las piernas tan abiertas le dejaba totalmente expuesto y a

merced de cualquiera que se sintiese atraído por aquel imponente miembro y el rabito rizado que le asomaba por el culo.

Por si fuera poca humillación la dama rubia había dejado ante él, colocado estratégicamente, un enorme *strap-on* inflable y con vibrador para que se corriese encima. Seguramente con la intención de usarlo después para abrirle en canal, lubricándolo con su propio semen...

Era brillante. ¡Cuánto daría por estar en el pellejo de aquel tipo!

La fiesta empezaba y el anónimo visitante, muy excitado, se decidió a disfrutarla hasta el límite de sus posibilidades. Sin cortarse un pelo y creyéndose totalmente a salvo, copiaba con rigor cada detalle. Después, repetía uno a uno todos sus movimientos.

En la misma posición, abrió la cremallera de su pantalón y sacó el armamento. A un ritmo que se le antojaba cruelmente lento, masajeaba su polla arriba y abajo, sujetándose con la otra mano los huevos y apretándolos, casi a la misma vez que Cero. Intentaba meterse en su piel, haciendo ese particular derroche de inventiva que lo transformaba por completo. Sus fantasías parecían reales en pocos segundos y no tardó en recrear la sensación de ser penetrado por aquel gran artefacto, empujado con furia por una criatura oscura como La mujer rubia. Sus gemidos ahogados no tardaron en acompañar a los del hombre del espejo.

Escuchándose el uno al otro, y aumentando el ritmo de aquella paja a dúo, su excitación crecía escandalosamente. Sudaban como cerdos y sus ganas de correrse crecían en cada caricia, pero Laurent se detuvo repentinamente.

Pese a haber vivido situaciones parecidas alguna vez, como invitado o como artífice de las mismas, estaba seriamente extrañado con lo que le parecía oír. Los gemidos que sonaban junto a los suyos no le parecían proceder de ninguna mujer y comenzaba a sentirse excesivamente vulnerable. Nunca había tenido que lidiar con la sensación de impotencia que le producían no poder moverse, ver o decir nada. No le quedaba más remedio que confiar en la mano derecha de su dama de hierro y obligarse a pensar que aquello era otro ingrediente pensado para enriquecer aquella fantástica velada.

Sintiéndose descubierto, el no invitado volvió a ocultarse tras la cortina y a observarlo todo desde el balcón. No estaba tan cerca, pero no tendría que dejar de masturbarse. En su particular película, estaba aprovechándose vilmente de la fragilidad de Cero.

Imaginaba que acariciaba su impresionante y torneado torso, haciendo surcos con los dedos y recorriéndole a placer, deteniéndose a escasos milímetros de su sexo. Le besaba profundamente aprovechando aquella postura y hacía bailar juntas

sus lenguas hasta volverle loco de placer. Mordía y chupaba sus erizados y duros pezones hasta sentir como les invadía el deseo y perdían juntos la noción del tiempo y el espacio. Era entonces cuando desaparecían sus tabúes hasta el punto de sobrepasar sus límites y querer experimentar cosas tan aberrantes como tenerle unos instantes metido en la boca.

Mirando hacia la calle y haciendo un esfuerzo por escuchar si la rubia fantástica andaba cerca, se planteó hacer realidad aquella perversión. Sin duda, sería una experiencia única acercarse y chuparle aquella preciosa polla mojada haciéndole creer que todo estaba previamente planeado. Que subidón poder tener al señor elegante corriéndose en su boca.

Los gemidos se precipitaron en oleadas. Uno y otro, protagonizaban una erótica sinfonía de *uys* y *ahás* irrepetible. Junto a los sonidos una cascada de fluidos brotaba de ambos, evidenciando el caos y la depravación por todas partes.

Fue entonces cuando reparó en aquella cámara. Tenía que salir rápidamente de allí.

— Bien hecho campeón. Ha sido precioso —dijo ella fingiendo que no se había perdido todo aquel espectáculo.

—Gracias, Miss —balbuceó agotado Cero.

—Gracias a ti. Estoy disfrutando de lo lindo esta noche. Voy a tener que solicitar este tipo de misiones más a menudo —susurraba mientras le quitaba la mordaza y le daba, sutilmente, permiso para hablar.

—Gracias, Miss. Lo más difícil que he tenido que aprender esta noche es a estar callado —bromeó.

—¿Qué te parece eso que acabas de poner perdido?

—Me tienta y me asusta a partes iguales.

—La sinceridad es importante. También la confianza. ¿Crees que puedes confiar en mí?

—Los deseos de Esther son los míos. Si ella me ha puesto en tus manos, soy tuyo de la misma forma que suyo.

20
INFRAGANTI

—¡Sal de ahí enseguida! —gritó el abuelo en un ataque de ira que le estaba enrojeciendo extrañamente la cara —¡sal de ahí pedazo de mierda! —insistió cogiendo un paraguas de la percha y amenazando al bulto que se ocultaba bajo las sábanas de su adorada hija.

—¡Papá! ¡Ni se te ocurra! —salió ella en su defensa, intentando evitar que aquel ataque de ira acabase con alguien malherido sin necesidad—. ¡No te muevas de ahí! ¡Te lo advierto!

—¡Cómo tengas ahí al cabrón de Jorge te juro que hemos acabado! ¡Hazle salir si no quieres que lo haga yo! Te prometo que no me voy a andar con chiquitas esta vez —amenazó de nuevo con el paraguas.

—¿Te das cuenta del atropello que es esto? ¡Te estás pasando tres pueblos! ¿A caso te digo yo con quién debes acostarte? —se defendía ella, intentando que Fran no tuviese que salir de entre sus piernas como dios le trajo al mundo y evitarles a todos el mal trago.

—Laurita, puedo ser comprensivo, pero hasta cierto punto. ¡No quiero a ese tipo cerca de ti nunca más! ¡Qué salgas, he dicho! —decía mientras se acercaba a la cama, con la certeza de que su hija protegía a aquel canalla.

—Creo que estoy mayorcita para elegir yo misma con quien me acuesto. Entiendo que quieras protegerme pero te estás equivocando... No sigas con esta gilipollez, papá.

—Estoy en mi casa y eres mi hija... ¡Sal de ahí cobarde! ¡No me obligues a sacarte yo!

—¡Ni se te ocurra!

La situación era bochornosa, pero Fran entendía perfectamente la actitud de aquel hombre al que quería tanto. Él mismo se había sentido así de ultrajado en circunstancias parecidas. Estaba totalmente de acuerdo con él en que Laura no se merecía a semejante farsante.

Por otro lado, salir de ahí como su madre lo trajo al mundo, no solo no iba a darle una imagen respetable a aquel hombre que le trataba como a un hijo, sino que además les supondría a ambos pasar un bochornoso ridículo. Las cosas se ponían muy feas. Salir

cuanto antes era la opción más sensata pero Laura, totalmente a la defensiva, sujetaba fuertemente las sábanas y peleaba con uñas y dientes por su derecho a la intimidad. Se enfrentaba a su padre a voz en grito y agravaba una situación que, en sí, ya era suficientemente complicada.

—No va a hacer falta —gritó Fran, saliendo con cuidado de su escondite evitando en lo posible mostrar las partes pudendas de ambos.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí tú? —preguntó contrariado el dueño del *Rocking*.

—Papá, ya hemos tenido suficiente... ¿no te parece?

Joaquín, visiblemente sorprendido, cambió de actitud de forma repentina. Su expresión de furia se fue tornando vergüenza a medida que pasaban aquellos interminables segundos y se daba la vuelta para marcharse. Ahora no podía sostenerle la mirada a su amada hija.

—Haré otro café —acertó a decir mientras cerraba la puerta suavemente tras de sí y se reía a carcajadas. Sin duda la historia no era la que él se esperaba. Parecía que su Laurita había elegido al fin con cabeza a quién se metía entre las piernas—. ¿Quién lo habría imaginado? —susurraba mientras movía alegremente la cabeza.

En la cocina se oían silbidos acompañando al ruido de platos, tazas, cubiertos y el olor a tostadas cambiaba del todo la situación. El jefe había desactivado el modo sigilo.

—¿Por qué le has hecho caso?

—Era un poco más digno dar la cara…

—No se puede meter en mi vida hasta este punto. ¿No lo entiendes?

—Eso lo arregláis vosotros. Yo le tengo un gran respeto a tu padre. Me ha parecido lo más sensato que podía hacer.

—Tú y tus principios.

—¿Te vas a enfadar conmigo también?

—Solo si luego jugamos a reconciliarnos...

—Luego… pero si tu padre no está en casa…

— ¿Vas a unirte a nosotros o eres solo un salido fisgón? —preguntó Lady Tab a la sombra de la ventana, dejando de lado al cautivo y caminando decidida hacia el inesperado espectador—. Sé que llevas rato observándonos. ¿Te lo estás pasando bien? —inquirió acercándose a él—. Te aseguro que es mucho mejor vivirlo en primera persona...

Arturo no dijo ni una palabra. Sentía como se le erizaba la piel y le recorría un escalofrío tan placentero como aterrador. Había sido descubierto y era incapaz de moverse. Sabía que estaba en

problemas y que no podría escapar sin ser visto así que, se limitó a mirarla fijamente mientras ella se acercaba imponente, segura y alerta.

Sus zapatos de tacón sonaban tan poderosos que parecían estar clavándose en la tarima y el cuero de su pantalón silbaba con la fricción que hacían sus muslos al caminar. Sujetaba firmemente la fusta, y su cara, de labios rojos y carnosos reflejaba una enorme satisfacción.

Sostener aquella mirada tan inquietante le hacía temblar como una hoja a merced de un tornado, aunque aquella mujer aparentara tanta serenidad. Lady Tab respiró profundo, intentando volver a la calma. Su mente iba a toda velocidad. La idea de poder jugar con ambos se le pasaba por la cabeza y le suponía un gran esfuerzo desecharla. Aquellas cosas nunca se improvisaban así.

—¿Y bien? ¿Te lo estás pensando? —insistió mientras dibujaba, rozando con la fusta, la cara de aquel que se ocultaba tras el visillo de la cortina.

El juego le estaba gustando así que siguió descendiendo lentamente por su torso, variando la intensidad de aquel paseo, a su capricho. Al llegar a su entrepierna, y notarla alborotada, no se resistió a la tentación de darle un sonoro y certero golpe en la ingle. El azote fue para el polizón totalmente indoloro y placentero. Tab supo entonces que le tenía en sus manos, pero optó por devolverle al lugar que le correspondía.

—Como quieras —resolvió ignorándole y volviendo a dirigir toda su atención hacia el hombre que se deshacía impaciente, mientras la esperaba.

—¿Por dónde íbamos tú y yo? —preguntó retóricamente al pobre Cero, que no podía más que emitir sonidos ininteligibles con aquello puesto de nuevo en la boca.

—Ah, sí. Creo que íbamos a seguir dilatando ese culito —dijo de forma pícara, acercando su sugerente boca a su cara.

Cero, totalmente entregado a la experiencia, movía su cabeza haciendo un exagerado gesto afirmativo. Era consciente de que se había colocado en una situación delicada al sobrepasar los límites que había puesto Esther, tras los enardecidos encuentros de los que habían disfrutado recientemente.

Cero pensaba. Sus ansias por conocer la furia implacable de Esther le habían llevado a ignorar del todo su voluntad. Ahora que sufría las consecuencias de sus actos, entendía por qué había delegado en aquella Miss, su indiferencia era un justo castigo.

Se sentía desterrado al rincón de los juguetes rotos sabiendo, además, que debía sentirse afortunado. Lo que había hecho habría sido suficiente para que cualquier otra persona le hubiese mandado

a casa de una patada en el culo. ¡Suerte que no sabía nada de su intromisión en su privacidad!

—Tenemos que prepararte. Esther puede resultar difícil de complacer a veces, pero las dos sabemos de lo que eres capaz —le dijo Tab haciéndole mirara a cámara y diciéndole al oído lo que su mentora le había pedido—. "Por deseo expreso de Esther, que no quería ocuparse personalmente de ti porque la has defraudado profundamente, voy a dilatar tu culo hasta que pueda penetrarte la polla más grande que te puedas imaginar. No quiere que te corras. Dice que gracias a algo que hiciste no quiere volver a ver tu semen".

Aquello desencajó su cara. Recordaba exactamente aquella licencia voluntaria que sabía que acabaría pagando caro.

—Bien. Pues ahora si estás de acuerdo voy a sustituir el rabito por algo más serio. Si no estás de acuerdo, solo tienes que hacer la señal.

— ¡Vaya nochecita! —susurraba Esther, mientras observaba al pelirrojo pasar desde el balcón hacia la ventana contigua por los salientes de la fachada.

Tenía que hacer algo, pero prefirió madurar una idea con la que resolver de la mejor manera aquella historia. Ahora todos sus pensamientos estaban con Steff.

No era la primera vez que la oía hablar así de su padre, pero el alcohol había dado rienda suelta a su lengua viperina y habían aflorado otros sentimientos bastante negativos hacia su persona. ¿Cómo podía resultarle tan dañina su propia hija? ¿De verdad era su separación algo tan traumático para su pequeña?

Revivía segundo a segundo cómo se acercó a la mesa donde bailaba en sujetador, la llamó y trató de impedir que siguiese haciendo el ridículo delante de todos sus amigos. Viendo que no causaba el menor efecto en ella, la sujetó por las piernas y trató de llevársela por la fuerza.

Ella, crecida por aquello que consideraba un gran agravio, se despachó a gusto con su madre, haciéndola sentir vergüenza de sí misma con aquella burda descripción de su persona y su situación personal.

—¡Cornuda al rescate! —gritaba—. ¡Miradla tan fina y elegante! ¡Pues no es más puta porque está vieja! —reía diabólicamente. Y volvía a atacarla de la forma más cruel que conocía—. Por eso mi padre la dejó, porque no quiso ponerse Botox ni operarse las tetas... ¡Se buscó una más joven! Un tipo listo, mi padre. Ah, pero eso no es todo... —decía tambaleándose—. Ahora, en venganza, se folla a su mejor amigo. ¿Qué os parece? Y no contenta con eso, también ¡al tío que me gusta! ¿Es puta o no? —gritaba.

Pese a que la música estaba muy alta y que nadie parecía oír las tonterías de aquella borracha desagradecida, Esther se sintió tan humillada que a punto estuvo de arreglarlo a bofetones. Sabía que tenía razones de sobra para acabar así con aquella barbaridad pero, al contrario que su hija, ella si estaba en condiciones de medir las consecuencias de sus actos.

21
ESTO NO ES LO QUE PARECE

Despertó de un reparador y pesado sueño en una cama que no era la suya. Estaba en una habitación que no reconocía y descubría agotado que no podía mover ni un solo músculo sin ayuda. Aun así, se sentía inmensamente feliz. Liberado ya de todos esos divinos artefactos, descansaba bajo unas perfumadas y blancas sábanas que aún olían a ella. No había sido un sueño. Su adorada Esther había estado allí.

La había oído nombrarle a lo lejos, como el susurro de una pequeña fuente en un enorme jardín. La había sentido acariciarle, una a una, las marcas que aquel juego había dejado en su piel y besar hasta el más recóndito rincón de su cuerpo. Le reconfortaba, le aliviaba y le premiaba por su entrega.

Se sentía plenamente feliz. Si restablecer el equilibrio requería ser despojado de toda aquella soberbia, lo aceptaba de buen grado. Adoraba a aquella criatura maravillosa y por nada del mundo volvería a alejarse, si podía evitarlo.

Nada había sucedido como le habría gustado, era cierto, pero dejarse llevar de aquel modo le había resultado muy gratificante. Nunca habría imaginado que podría despojarse de tanta piel ante nadie y que después se sentiría una versión mejorada de sí mismo. Había pasado demasiado tiempo creciendo hacia afuera, en lo visible a los demás, y se había olvidado del resto. ¿Quién iba a decir que ser relevado y desposeído de voluntad le iba a sentar tan bien?

El cambio de perspectiva había sido revelador. Cuando consiguió fluir sin ir más allá y cumplir con todas sus exigencias, supo que había vuelto a nacer y se entregó con todos sus sentidos. Era cierto que no había conseguido su atención, pero, extrañamente, se había desecho de todo aquello que tanto le pesaba y no era capaz de sacarse solo. Por enfermizo que le pareciese, su necesidad de sentir dolor era tan real como el hambre y le llevaba a imponerse a su amado contrario, de forma sistemática.

Mirando aquel tenue rayo de sol que se colaba por la ventana se sintió de nuevo digno de su tiempo y atención, de sus cuidados, de su protección... Volvía a estar deseoso de ser su juguete adorado, su saco de boxeo, su caballero de brillante armadura y cualquier cosa que ella desease de él, siempre y cuando aquello le permitiese

quedarse a su lado.

La quería, siempre la quiso y ya no quería ser de nadie más, ni nada más que su complemento perfecto, su opuesto, su mitad, su contario... cualquier cosa que ella pudiera necesitar de él.

—Ha sido fabuloso. Gracias, Laurent —insistió Tab antes de desaparecer de su vista.

Sus sentidos seguían siendo torpes y lentos, aún incapaces de transmitirle fielmente la información del exterior. Pese a todo lo vivido, creer que Esther estaba sentada a su lado, le reafirmaba en su idea del trabajo bien hecho. Volvía a sentirse importante para ella.

— *El esfuerzo ha valido la pena.*

Y así fue como, finalmente, seguro y en paz consigo mismo, Laurent se sumió en un profundo y dulce sueño. Tab, que agradecía aquel detalle después de aquella intensa sesión, le miraba incrédula. Hacía tiempo que no había tenido una sesión tan intensa con un sumiso, y menos aún, con uno como él, que había sido un dominante tan envidiado como deseado la mayor parte de su vida.

Contra todo pronóstico, el atractivo Cero, había seguido sus juegos con deliciosa predisposición y resistencia sobrehumana, colmando del todo sus expectativas y convirtiendo el favor personal que hacía a su mentora, en un momento inolvidable. Tanto había disfrutado sometiendo al gran Laurent, que empezaba a lamentar que aquel encuentro tuviese que ser el único.

— *Lo bueno si breve, dos veces bueno.*

¿Quién le iba a decir que aquel tipo creído y tan pagado de sí mismo, iba a ganarse su admiración y respeto de aquella manera?

Así tenía que ser y así sería. Ante todo era una mujer de palabra y su férrea voluntad la habían convertido en quien era. Una mujer íntegra a la que se le podía confiar todo.

— ¿Qué haces todavía aquí? Pensé que ya te habrías cansado de esperarme.

—Pues ya ves. Me tomaba la tercera con la esperanza de que una estrella fugaz me concediese un deseo —respondí entre adormilado y enormemente feliz de comprobar que todavía no se había olvidado de mí.

—¿Tan difícil de conseguir es eso que quieres que tienes que pedírselo al cielo? —inquirió con una sonrisa irónica.

—Pues parece que no era tan complicado. Aquí estás al fin —respondí incorporándome con una sincera sonrisa dibujada en la cara—. Espero que ahora, podamos estar tranquilos un rato y abrazarnos hasta que amanezca —afirmó.

—No suena nada mal. ¡Concedido, *plín*! —dijo burlándose de mí,

al tiempo que se tumbaba conmigo. Tras un largo trago de mi cerveza suspiró satisfecha y se acurrucó contra mí, haciéndome sentirme muy afortunado.

—¿Todo solucionado? —pregunté al fin.

—Ya me gustaría, pero mi vida ahora mismo es un auténtico desastre. Estaba convencida de que las chicas llevarían bien esto de la separación y me dispuse a empezar una nueva vida, pero llegaste a complicarme más las cosas —susurraba mientras besaba mi cuello y hacía que se me erizase la piel.

—Eso te pasa por usar a las personas como si fuesen piezas de ajedrez, preciosa. Yo lo único que pretendía, desde el primer momento, era ser la solución perfecta a todos tus problemas.

—¿Y cómo ibas a hacer eso? ¡Cuéntame!

—Pues muy fácil. Dejándote ser y siendo contigo.

—Créeme, eso es muy fácil de decir pero muy difícil de hacer.

—¿No me digas? —respondí irónicamente y ella rio, contagiándome su risa.

—¡Es verdad! Lo sabes por experiencia… —dijo recordándome lo escaldado que salí la primera vez que ella intentó mostrarse como era, en aquella fiesta a la que asistimos juntos—. Para colmo, mi hija se ha enchochado contigo… ¿Qué madre se sentiría a gusto con ésta situación?

—Sí, es cierto que si montas un circo te crecen los enanos pero, no creo que Steff se haya enamorado de mí. Es todo consecuencia del alcohol y de su necesidad imperiosa de llamar tu atención.

—Espero que tengas razón —contestó tirando de mi camiseta hasta sacarla del pantalón, colando sus manos debajo para acariciarme suavemente, hasta erizarme la piel y endurecer mis pezones.

—Me pones nervioso cuando eres tan cariñosa conmigo, Esther.

—¿Quieres que pare?

—No. Pero me gustaría saber que esto no será esporádico o insustancial. He tenido demasiado de eso y tú me gustas de verdad.

—¿Es ahora cuando me cuentas que te colaste en mi casa y dejaste tu anillo allí para mí? —preguntó mostrándomelo y besándome como solo ella sabía hacerlo, enredándonos y haciéndome perder así la noción del tiempo y del espacio—. Me encantan todas tus cosas, Álex, pero nuestras vidas están en etapas distintas, debes ser consciente de eso —repitió besándome y dejándome pensar en todo lo que acababa de decir—. Además de mis circunstancias, en las que tenemos que incluir a Laurent, tengo unos extraños gustos con los que no comulgas, unas hijas a las que no dejaré en un segundo plano por ningún hombre y una forma de ver las relaciones... un poco atípica.

—Lo sé. En cuanto a Laurent, ahora que lo mencionas... —comencé a decirle mientras le ofrecía como prueba mi teléfono móvil enseñándole, ante su incrédula mirada, todos mis intentos frustrados de ponerme en contacto con ella —Ahora entenderás algunas cosas… —recalqué, con la esperanza de que aquello justificase mi supuesta falta de interés.

—¡Ya lo creo! Menudo bastardo... —respondió ella para mi total sorpresa.

—¿Lo habéis dejado?

—Uff, no sé cómo podría explicarte tantas cosas.

—Si quieres hacerlo, te escucho atentamente.

—Este fin de semana planeaba pasarlo contigo pero, ironías del destino, mi amor platónico llegó hasta mi propia puerta y no pude evitarle, aunque lo intenté. Laurent y yo hemos vivido muchos años viéndonos a diario, pero sin poder tenernos... y sentí que por fin era nuestro momento.

—Y yo no había dado señales de vida en todo este tiempo.

—Por si eso fuera poco, Don Polvodeunanoche ha resultado ser un adorable romántico empedernido que me encanta – me dice mientras vuelve a besarme, excitándome sin remedio y confundiéndome, porque no entiendo dónde está mi lugar en todo esto—. Para nosotros, que hemos vivido tantas cosas, esta relación nuestra es liberadora. Nos movemos en el mismo plano y hemos establecido una serie de acuerdos.

—¿Eso deja algo de espacio para mí?

—Por supuesto, pero temo que no sea suficiente. Creo, sinceramente, que mereces algo más que...

—Deja que yo decida si es suficiente o no —afirmé rotundamente, mientras ella me desabrochaba el pantalón y se me subía encima.

—Creo que será mejor que dejemos la charla para después —susurró mordiéndome el lóbulo de la oreja y deshaciéndose en besos y mordiscos que me volvían loco de placer.

Acariciar su cuerpo sobre aquella fría y resbaladiza segunda piel me hacía experimentar la brutal sensación que era tenerla contra mí y sentirla inalcanzable al mismo tiempo. Supongo que aquello era fruto de lo que anticipaba que sería nuestro *affaire* de ahora en adelante, tan alienante e insuficiente como el amor imposible.

Incluso así, no podía evitar fluir con ella y embarcarme en aquel viaje en plena tormenta, con su trágico final escrito desde el principio. Feliz e inconsciente, me dejaba arrastrar por la locura que me daba tantas ganas de vivir, con la esperanza de arribar a puerto sano y salvo.

Aquellas manos, pronto borraron de nuestro mapa mi camiseta y

no pude resistirme a acariciar su firme delantera, comprimida bajo un rígido corsé con una tentadora cremallera dorada.

— *El camino de baldosas amarillas…*

Sin preocuparme quién nos pudiese estar viendo en aquella comprometida situación, sobre el mobiliario próximo a la piscina, tiré de aquel artefacto siguiéndolo con la vista hasta tener a mano aquellos tesoros ocultos y poder meterlos en mi boca, con ansia. Esther se dejaba hacer, cosa que agradecía, pues me había encendido hasta tal punto que no podía parar.

Luché al mismo tiempo contra aquellos *leggins,* bajándolos desesperadamente hasta dar con sus espectaculares sandalias. La miré a los ojos con una graciosa expresión que parecía decir ¿y ahora qué? a la que ella respondió pícaramente, alejándose de mí y clavando su afilado tacón en mi pecho.

La sensación lejos de ser dolorosa me pareció poderosamente excitante, y su pose, además de espectacular, era lo más erótico que había visto hasta la fecha. Nunca una mujer a medio vestir me había parecido tan deseable.

22
¡TE TENGO!

Las risas que parecían perderse en aquel enorme jardín, desierto ya a aquellas horas de la madrugada, atraparon poderosamente su atención. Era capaz de reconocer su voz en la lejanía y su enorme curiosidad le llevó a acercarse cautelosamente a la acción.

Oculto tras un seto, su escondite nocturno favorito, se mantenía a una distancia prudencial de ellos. No le gustaba ser el esclavo de aquel impulso primitivo que le hacía sentirse un enfermo que va a hurtadillas a robar su dosis y, a veces, la idea le castigaba tan duramente, que se veía a sí mismo como un pequeño monstruo.

Por suerte, su sentido común salía pronto en su defensa, ayudándolo a racionalizar la situación y a ser menos cruel consigo mismo. Al fin y al cabo, esa dolencia suya no hacía daño a nadie.

No había notado aquel creciente deseo y esa extraña revolución hormonal hasta que "la señora" hubo vuelto. Para un hombre de su edad, quizás habría sido más normal estar interesado en lo preciosas que se habían puesto las "mocosas" con las que jugaba en el jardín años atrás, pero aquella imponente mujer le tenía fascinado y su sola presencia atrapaba sus sentidos.

No era la primera vez que se sorprendía buscándola de un vistazo rápido por los alrededores y cada día que pasaba le costaba más reprimir ese impulso de tenerla cerca. Le bastaba con una sonrisa, un saludo o una orden. ¡Cómo le gustaba esto último!

Se había vuelto un experto en provocar ese tipo de situaciones sin apenas recursos. Su mente trabajaba a toda velocidad hasta que conseguía, de una forma u otra, cruzarse en su camino y provocar en ella cualquier reacción. Disfrutaba provocándola y en más de una ocasión, había conseguido atrapar su atención con aquel magnífico y trabajado físico.

Arturo era muy consciente de que jugaba con fuego. Toda su familia trabajaba allí y, aunque en principio, aquello era un inocente divertimento, un error de cálculo podría costarles a todos muy caro. Por nada del mundo podía ser sorprendido.

— ¿Te gusta? —me preguntaba Esther mientras apoyaba uno de sus zapatos en mi pecho, clavándome con delicadeza su afilado tacón.

—Mmmmm. La visión que tengo desde aquí compensa cualquier

molestia, adorada criatura —respondí acariciando suavemente sus piernas, hasta que llegar más lejos suponía un doloroso esfuerzo para mí.

—¿Y si empujo un poquito más? ¿Te sigue gustando la sensación? —se burlaba ella desde su clara situación de ventaja, sentada sobre mí y las piernas peligrosamente abiertas.

—Creo que eso de empujar es parte de mi trabajo aquí, preciosa —respondí bromeando, mientras seguía pasmado con aquel juego en el que el control, lejos de causarme grandes molestias, me iba encendiendo de una forma que no podía entender.

Esther sabía de sobra lo que hacía. Sus manos ahora llevaban mi atención hacia la cara interna de mis muslos, donde sus uñas iban ascendiendo y variando la presión de camino a mi sexo. Disfrutaba mucho de aquellas terribles caricias y poco a poco, el placer me disuadía de iniciar un contraataque. Estaba más que dispuesto a cederle mi voluntad para que me mostrase las consecuencias de mi elección.

—¿Quieres desnudarte para mí, Álex? —preguntó mientras me indicaba sutilmente que le quitase el zapato con el que me castigaba.

Su pie descalzo me pisaba la polla, que estaba ya tan dura que creía que iba a reventarme el pantalón. No me planteé en aquel momento si me daba órdenes o no, si me estaba sometiendo, si actuaba de forma dominante, si aquello era extraño, si me sentía inferior... Lo único que deseaba con todas mis fuerzas, era provocarle el mismo placer que ella me hacía sentir a mí.

—Sabes que haría por ti lo que fuera, Esther —dije en voz alta.

—No me llames Esther ahora, dime eso que solo me dices tú —susurró ella, acercándose a mi oído y dejándome ver el efecto que mi voz era capaz de causarle a su tranquila respiración.

—Está bien, Preciosa. Sabes que haría por ti lo que fuera —repetí arrastrando las palabras hacia su privilegiado cerebro.

Supe pronto que había hecho estragos pues contuvo la respiración, derramó suavemente su cálido aliento sobre la base de mi cuello y me mordió hasta hacerme gemir.

—Has conseguido que me humedezca, “yogurín” —musitó en un tono de voz tan sugerente que la deseé con aún más urgencia. Después se levantó de forma repentina, se quitó el otro zapato y me lanzó una mirada tan sucia que me recorrió un escalofrío.

—¿Ibas a desnudarte para mí? —insistió, y caí en la cuenta de que casi lo había olvidado.

Fui torpe, rápido, y casi me caigo tirando de mis propios pantalones. Aun así me observaba con un brillo especial en los ojos, haciéndome sentir el centro de su universo. Supe entonces que haría

de mí lo que quisiera.

Instintivamente, me puse de pie y me fui dando la vuelta con los brazos extendidos, pero pronto, me sujeté las manos a la espalda para evitar aquella pose tan chulesca.

Su expresión me intimidaba. Su semblante se tornó serio y me examinaba concienzudamente, como un experto que está intentando verificar una obra de arte. Acto seguido me acariciaron sus suaves y cálidas manos, dibujando meticulosamente toda mi anatomía.

—Eres una maravilla, Álex.

—Todo para mí... —empecé a decir, hasta que uno de sus dedos se posó en mis labios pidiéndome silencio. Sus ojos se habían clavado en los míos y en su boca se dibujaba una deliciosa sonrisa. No pude saber cuánto tiempo pasamos así, como el gran Miguel Ángel y su famoso David, pero percibir tanta admiración me derretía.

Cuando decidió que había sido suficiente, se quitó el pantalón y me pidió que me sentase de nuevo en la hamaca. Imaginando hacia dónde nos llevaba aquello me puse el salvavidas y se subió sobre mí, haciendo que aquella primera penetración fuese tan deliciosamente lenta y placentera que estuve a punto de correrme. Después, hizo que me sujetase a la estructura con ambas manos, mientras ella hacía el resto.

Me dejé llevar por ella al jardín de las delicias, disfrutando del choque de su cuerpo contra el mío, de nuestros gemidos a dúo, de la visión de su cuerpo poderoso cubierto de sudor, de la tensión de todos sus músculos, de su espalda arqueándose para sentirme aún más profundo, de sus preciosos pechos moviéndose al ritmo de sus embestidas y de todo lo que nos llevó a ese violento orgasmo, que me hizo gritar su nombre como nunca antes había dicho uno.

Parecían volver a sus juegos cuando, de repente, algo llamó su atención. Con un leve gesto, Esther pidió silencio y de un vistazo, trató de localizar su procedencia. Su expresión era de terror y preocupación. ¿Alguna de sus hijas habría ido en su busca?

El observador, con la polla mojada aún en la mano, dio un convincente graznido para tranquilizarla. Después volvió a hacerse el silencio y esperó pacientemente. La tensión que resultó de los minutos posteriores casi le obliga a marcharse, pero por fortuna, ese sonido pareció convencerles y el atractivo moreno de espalda torneada volvió a sentarse para que ella se le subiese encima. No pudo ver bien que estaba pasando, pero la sucesión de gemidos volvió a inspirarle lo suficiente como para acabar lo que había empezado. No podía parar de tocarse.

La visión de sus preciosos cuerpos chocando, los sonidos que emitían, el olor que comenzaban a desprender y sentirse robándoles la intimidad, le volvían loco hasta el punto de bajar la guardia y terminar de perder la sensatez.

—Al fin te encuentro… Shhhh… Será mejor que te muevas despacio. Vamos a tener una seria conversación tú y yo —le sobresaltó una voz que reconoció rápidamente, a la vez que algo se le clavaba en el costado—. Dime que no harás ninguna tontería o te delataré y la tendremos, ¿me he explicado bien? —continuó diciendo aquella mujer mientras le empujaba en dirección a la casa.

El fornido muchacho caminaba sin hacer el más mínimo movimiento que la contrariase. Quizás pensara que le apuntaba con un arma como hace la gente "chunga" de las pelis, pero Tab disfrutaba de lo lindo con aquel juego.

Caminaba muy cerca de él y le empujaba e insultaba de vez en cuando. Se lo merecía. Aborrecía a los mirones que se pajean como monos a la menor ocasión.

—Por favor, no se lo diga a mis padres —imploraba en voz baja, suplicando de forma casi inaudible, mientras se aproximaban a aquella puerta trasera que daba con el cuarto de las lavadoras.

—¡Cállate! ¡Deja de lloriquear! —ordenó—. Estás metido en un buen lío… —añadía—. De momento, pasarás la noche lavando y tendiendo manteles y servilletas. Mañana hablaremos con Esther. ¡Vamos! ¡Frota las manchas primero!

El susodicho, intentando buscar atenuantes, se quitó la camiseta y le mostró su torneado torso cubierto de sudor. Estaba dispuesto a afrontar el castigo requerido. Lo que fuera necesario con tal de evitarse aquella vergüenza ante su familia y que acabasen despidiéndolos a todos.

Solía sobresaltarme cuando me despertaba desnudo en una habitación que no era la mía. Era tan frecuente que no recordase con quién me había ido a la cama la noche anterior, que tener que encontrármela de repente y sin nada de alcohol en sangre era algo muy traumático. Sin embargo, recordaba con exactitud por qué me dolían los huevos de aquella manera y me levantaba tan excitado. Había roto con Esther todas las reglas del decoro.

A pesar de que el delicioso olor a café me había hecho salivar como los perros de *Pavlov*, intenté volver a dormirme. Por triste que pareciese, no tenía un trabajo al que llegar tarde.

Mi diosa me regaló un tierno beso antes de escabullirse escaleras abajo y me sentí tan pleno que no tuve fuerzas para abandonar aquel sueño. Pasados unos minutos y viendo que no volvía, me puse en lo peor. Laurent la estaba esperando en la cocina.

Sabía que no debía meter las narices en sus asuntos, pero la curiosidad y la incertidumbre pudieron conmigo y utilicé mi agudo sentido del oído para enterarme de que estaba pasando allí.

—Quiero que te vayas —le dijo en tono serio y autoritario.

—Adorada perdición... ¿Cómo me pides eso? ¿A caso no te he complacido? ¿No he satisfecho tus deseos? ¿No he sido un buen sumiso?

—Déjate de tonterías y explícate cuanto antes —exigía mientras reproducía el vídeo que no pudo recibir en su momento.

—No hay excusa. Lo sé. Pero tenía mis motivos.

—Tus motivos... ¿de verdad hay algo que justifique esta violación de mi intimidad?

—El camino hasta ti nunca existió, ahora que al fin he conseguido alcanzarte no quería perderte. Me vi en la necesidad de hacer algo.

—Ni siquiera ha sido por mi bienestar. ¡Eres un egoísta! —Esther se llevó las manos a la cabeza. ¿Cómo había podido pensar que podría barajar todo aquello a la vez?

—¿Mamá?

—Aurora, cariño. ¿Estás bien?

—No —lloriqueó—. Me duele mucho la cabeza —murmuraba mientras daba un casto beso a su madre y saludaba, con la mirada, a su queridísimo tío Laurent.

—Tómate esto y vuelve a acostarte. Se te pasará enseguida —le aconsejó Esther, sin apartar su dura mirada de él.

La resacosa muchacha tragó rápido el mejunje y se despidió levantando la mano. Instantes después desapareció escaleras arriba.

—Vete. Necesito pensar.

—¿Pensar o tener vía libre para follarte al morenito?

—¡Laurent! Te recuerdo que me has fallado, en varias ocasiones y en tiempo récord. No sé si quiero tener algo con alguien en quien no puedo confiar.

—Lo siento, amor —acertó a decir mientras la miraba con ojos vidriosos que parecían enternecerla. Después la abrazó y seguidamente se fue por donde había venido. Sin más.

—Yo también —afirmó ella mientras le veía alejarse de nuevo, no sabía si para siempre.

Después sonó la voz de Álex, cantando para ella en bucle mientras el café volvía a humear y la taza de Esther, iba y venía de la mesa a su boca.

23
TYPES WRONG

—Buenos días, Esther. Tu abogada ha llamado y el correo está que arde. Me temo que tendrás que ir a la ciudad y solucionar algunos asuntos hoy.

—¡No! ¿En serio? Para una vez que me tomo unos días... —decía levantando la voz en señal de protesta.

—Insiste en que es urgente. No he podido hacer nada más que programarlas todas juntas para que tengas el resto de la semana libre, si nada se complica.

—¡Hasta que la muerte os separe! ¡Y una mierda! —gruñía Esther, mientras paseaba nerviosa delante de ambos, leyendo las copias que su asistente y amiga le había traído hasta a la cocina—. Gracias Tab. Tienes razón, lo mejor es que lo resuelva cuanto antes y acabe con esta pesadilla. ¡Menos mal que te tengo conmigo! —le dijo acercándose, para darle un sonoro beso y dejar en su mano una enorme taza de café.

Ella, dándole un fuerte abrazo, se acababa el café y se sentaba frente a mí, devorando una enorme magdalena.

—No olvides revisar tu correo personal. Buenos días Álex… —le advirtió haciéndole una señal y lanzándome una mirada enigmática justo después.

Como si hubiese captado al vuelo lo que su buena amiga quería darle a entender, ella volvió a dirigirse a mí como si no tuviese nada que ver conmigo.

—Puedes quedarte si te apetece —me dijo mientras suspiraba, dejando bien claro que aquel contratiempo le suponía un gran fastidio.

Aunque no fueran a tener lugar, que tuviese planes para nosotros me hizo inmensamente feliz.

—Volveré contigo. Yo también tengo cosas que solucionar en mi vida —dramaticé, al tiempo que recordaba que pese a mi tesón y mi arte elaborando currículums, no había encontrado nada aún.

Subí a arreglarme con desgana y me quedé un rato perdido en mis pensamientos. Nada me salía bien últimamente y no podía evitar sentirme cada día más desanimado. Cuando bajé de nuevo las escaleras, apenas repararon en mi presencia. Seguían enfrascadas en temas de trabajo.

—Hace días que no entran mis correos al móvil. ¿Será la cobertura? —se preguntaban mirando el aparatejo—. No creo que sea eso, ¿no?

—¿Dejáis que eche un vistazo? —intervine yo, mientras comprobaba cada cuánto tiempo se actualizaba su programa—. Mira, ya lo tienes.

—Mmm. ¡Gracias! —dijo besándome tiernamente en los labios —. Los jóvenes habéis nacido con un don innato para la tecnología.

—Los jóvenes y los informáticos —reí sarcásticamente para hacerme notar, pero ella ya no me miraba. Su atención estaba centrada en otra cosa.

Guardé silencio hasta el coche, confiando en que pasaríamos las dos próximas horas disfrutando juntos de una buena conversación y que sus otros asuntos no nos estropearían el viaje de vuelta a casa.

Señorita Ferranz:

Motivos laborales me llevan de nuevo a España. Espero que podamos coincidir. He de agradecerle que hiciese tanto por mí tiempo atrás.

Pd: ¿Conserva aún mi número?

Reciba un cordial saludo.

Mr. Green.

— Recuerda que estás de vacaciones y no te alteres demasiado —le repetía Tab, que caminaba a su lado portando el maletín de su portátil y su porta documentos—. No permitas que el cuervo de tu ex se aproveche de las circunstancias ahora que estás vulne...

—Pronto no nos molestará ni su sombra. Me ocuparé personalmente de ello —la cortó con una limpia sonrisa hablándole en tono jovial—. Se abren ante nosotras nuevos horizontes, ¡limpios de cuervos! —rio agarrándola por el hombro y señalando al cielo.

—¿Laurent va a ayudarnos? —quiso saber Tab.

—Sí —contestó muy convencida, a pesar de que yo, que había presenciado su seria discusión hacía un rato, no podría estar tan seguro.

—¿Nos vamos? —me preguntó y asentí, despidiéndome de Tab cariñosamente.

Esther tenía la habilidad de hacerme sentir la persona más importante de su universo cuando estábamos juntos. Era tan cariñosa y cercana conmigo que sus atenciones me hacían además de su amante y cómplice, un buen amigo.

Los graciosos guiños y besos al aire que me mandaba mientras conducía, me hacían pensar que por momentos, conseguía olvidar sus problemas y disfrutar del instante pero, ¿era yo tan especial para ella como ella lo era para mí?

La conocía lo suficiente para saber que no se colocaría voluntariamente en una situación que la hiciese parecer débil.

Como todos, había aprendido a fuerza de golpes que amar duele y, muy a mí pesar, no la creía dispuesta a arriesgarse conmigo en sus circunstancias actuales.

Así estaban las cosas. Si lo que habíamos vivido la noche anterior era un comienzo de algo, me sabía muy amargo. Esther encarnaba el concepto de libertad en el sentido más amplio de la palabra y sabría mantenerse siempre, a esa distancia prudencial que a mí me resultaba tan molesta.

—¿Hablamos luego? —pregunté cuando me dejó en la puerta de mi casa.

—Claro —respondió inmediatamente besándome antes de bajarme del coche.

—¿Podremos vernos mañana? —me apresuré a decir cruzando los dedos, para obtener otro sí tan repentino y grato como el anterior, esta vez sin tanta suerte.

—Siento decir que depende de lo que ocurra hoy con mis asuntos, Álex. No voy a mentirte, mi divorcio y mi ex van a darme aún algunos quebraderos de cabeza más, y necesito resolver todo esto para seguir adelante —dijo cogiendo aire y dudando un momento si me contaba o no, lo que rondaba por su cabeza—. Al muy cabrón no le ha bastado con echarme de mi casa, también quiere la custodia de las niñas y mi empresa... —decía suspirando —. Así que me esperan más abogados, más mierda que tragar mientras negociamos y con mucha suerte, si vamos a juicio, un veredicto que no me hunda en la miseria.

—Entiendo, no te preocupes... —respondí temiéndome que pasaría bastante tiempo antes de volver a verla—. Tienes muchas cosas de qué ocuparte y no es conveniente que te distraigas conmigo, preciosa.

—¿Cómo puedes decir eso? Mi única alegría son estos ratitos que pasamos juntos en los que, por más que le pese, no puede entrometerse. Aunque sospecho que la visita de Laurent no fue tan casual...

—Mí querido amigo Laurent...

— ¡Aló! ¡Esther! ¡Cuánto tiempo! Estoy a punto de subir con los chicos al avión. No puedo explicarte con detalle ahora, pero vamos a estar unos días en Barcelona para hacer promoción. Me encantaría verte. La agenda, como siempre, está bastante apretada, pero he conseguido unos días para que los muchachos visiten la ciudad y se relajen un poco antes de empezar la gira.

—¡Mr. Green, qué sorpresa! ¡No te hacía un valiente *road manager*! —rio ella—. Haré todo lo que esté en mi mano para ir a verte, pero no te voy a mentir, no me pillas en un buen momento.

—Tú haz lo que puedas ¿de acuerdo? ¡Ésta vez no pienso irme sin agradecerte todo lo que hiciste por mí! —afirmó.

—Créeme, haberle restregado por la cara a nuestro amigo común que valías mucho más de lo que él pensaba ya es bastante recompensa —bromeó—. Él mismo me ha ido contando tus pasos todos estos años.

—¡Laurent! ¿Qué ha sido de ese bribón? ¿Todavía va tras tus faldas? —quiso saber.

—¡Pues claro! —rio—. Y tú, ¿ya has salido del armario?

—Ahora no soy un niñato estúpido, Esther. Aún confío en poder conquistarte —bromeó.

—¿Y dices en serio que ya no eres un niñato estúpido? —siguió la broma ella.

—Por cierto, pregúntales a tus chicas por los *Types Wrong*. Quizás quieran venir contigo.

—¿*Types Wrong*? ¿En serio? ¿Esa es tu nueva *boyband*? Mis hijas están como locas por...

—Esther, por favor discúlpame, la azafata me pide muy amablemente y por segunda vez, que apague mi celular. Te llamaré en cuanto pueda usarlo de nuevo.

El pitido en el auricular sucedió a aquella última palabra y Esther, respirando profundo volvió a arrancar el coche, para dirigirse a su despacho. Descubría que no había dejado de pensar en Lucas desde que había leído su correo electrónico y se sorprendía, de las muchas ganas que tenía de volver a verle. Hacía casi diez años desde la última vez.

Ocurrió en su casa. Se hacía tarde y se disponía a acostar a las niñas para no perderse ni un detalle de la reunión de negocios que estaba teniendo lugar allí. Tras la abundante cena y el buen vino, su marido y Laurent, abandonaron el comedor hábilmente y se llevaron a los peces gordos al sótano. Allí dieron buena cuenta de la bodega y los habanos, con la excusa de jugar un buen billar, pues pretendían sacar tajada y firmar más de un contrato. El muy inepto de Lucas se ofreció a ayudarla a recoger. El gesto, que fue tildado de poco masculino por el anfitrión, la pilló tan desprevenida que no pudo negarse.

Por entonces era un muchacho joven, atractivo e idealista y no parecía estar cómodo entre tanto tiburón. Había pasado parte de la noche ayudándola con las pequeñas e incluso, habían cabeceado juntos en el sofá, mientras ellas veían los dibujos.

—No estés nerviosa Esther. El negocio está hecho. ¿Por qué te crees que están aquí? De no estar interesados no habrían perdido el tiempo en venir —dijo mientras sujetaba una bandeja que ella cargaba de platos con el resto de la cena—. Estos tipos son así de

interesados. Aprovecharán el alcohol y la camaradería para que les salga más barata la transacción y luego, si te he visto no me acuerdo —dijo mientras se arremangaba la camisa para fregar—. Por poco que consigan, os va a cambiar la vida.

—¡Eres un invitado! ¡Eso sí que no! —interrumpía ella, aproximándose más de lo aconsejable al muchacho.

—No te preocupes, en mi casa esto es cosa de todos, además, ya has tenido trabajo de sobra preparándolo todo —sonreía mientras la apartaba cogiéndola por la cintura para poder seguir sin que le entorpeciera más.

En algún momento se miraron y él decidió que prefería que se quedase cerca, atrayéndola hacia él y sintiendo como la respiración de ambos se aceleraba por momentos.

—Eres una mujer increíble. ¿Lo sabes, verdad? —le susurraba al oído mientras se la acercaba aún más con las manos mojadas.

—¡Esto no puede estar pasando! Lucas, por favor —respondía ella, sintiendo esa poderosa fuerza de atracción por él que la hacía incapaz de separarles.

—¿Por favor qué? ¿Qué siga? ¿O qué me detenga? —seguía provocándola él, mientras notaba como la excitación de ambos iba en aumento.

—Soy una mujer casada, ¡por dios! ¡Tengo dos hijas! —argumentaba sin hacer ningún movimiento.

—Eres una mujer inteligente, preciosa y sexy que debería estar con su marido en esa reunión y no esperándole fuera como si esto no tuviese nada que ver contigo —contestó enfadado.

Despechada y agradecida por aquellas palabras, Esther le estrechó entre sus brazos y se besaron durante largos minutos hasta que, temiendo que aquello llegase demasiado lejos le dio las gracias y le pidió que se marchara.

Se sintió culpable mucho tiempo y a punto estuvo de confesárselo todo a su marido por miedo a que él la delatara, pero el muchacho no habló. Demostró así que era aún más valioso de lo que parecía en principio y sintió la necesidad de hacer también algo por él.

Valiéndose de su gran amistad con Laurent y de la debilidad que sabía que él sentía por ella, le propuso que en lugar de despedirlo, como tenía previsto, le diese un puesto en el que pudiese mostrar todo su potencial.

Como buen hombre de negocios, él sucumbió a la tentación de conseguir de Esther aquello con lo que soñaba desde que se conocieron y ella, que sabía que no conseguiría nada de Laurent sin ofrecer algo a cambio, aceptó. Por suerte, no tuvo que arrepentirse de haber tomado aquella decisión. Lucas había cumplido sus

expectativas con creces y ahora que había vuelto, pretendía mostrarle su gratitud. De lo que le ofreció a Laurent, nadie supo nada nunca.

24
LUCAS

—¿Te pillo en mal momento? —dijo asomándose a la salita común, donde se refugiaba de los flashes uno de los grandes talentos de que disponía *SMusic*.

—¡Esther! ¡Cuánto tiempo! ¡Ven que te salude como es debido! —dijo estrechándola en sus brazos, hasta hacerla sentir que los cuerpos estorbaban.

—Casi había olvidado lo efusivo que eres, Lucas —le susurró ella, sin hacer el mínimo intento de apartarse de él.

—Te confieso que he soñado tantas veces con éste momento, que simplemente me he dejado llevar —contestó sonriendo y dándole un casto beso en la mejilla. Después la soltó poco a poco hasta quedarse atrapado de nuevo en su mirada.

—Veo que sigue sin gustarte el protagonismo —comentaba Esther apartándola deprisa y comprobando que ese lugar quedaba lo suficientemente lejos del barullo que se formaba siempre en torno a los *Types Wrong*—. No sabía qué esperar después de tu mensaje y todos estos años —prosiguió.

—No voy a decirte que siento lo que hice, porque no me arrepiento ni un poquito de haber intentado conquistarte aquella noche —rio—. Lástima que aquello significase no volver a verte.

—Fue muy tierno y valiente que lo hicieras pero, en mis circunstancias, solo podía apartarte y ocuparme de que tu futuro no se fuese al traste por aquella chiquillada —le reprendió—. Créeme si te digo que me alegra muchísimo ver que no la fastidiaste persiguiendo a las mujeres de tus jefes posteriores —dijo ya un una actitud más distendida—. ¡Mírate! ¡Eres una estrella! —exageró.

—Ya sabía yo que mi nuevo corte de pelo te iba a impresionar —se burló.

—¡Estás guapísimo! Como siempre… —contestó mientras cerraba las cortinas y se dejaba abrazar de nuevo por aquel hombre, que se había convertido en un “Midas” del mundo de la música.

—Gracias. Significa mucho para mí saber que le parezco atractivo a la fabulosa mujer que, aún después de tantos años, sigue poniéndome nervioso.

—Adulador.

—No es un cumplido, Esther. Es muy importante para mí volver

a verte. De verdad llevo media vida queriendo agradecerte todo lo que has hecho por mí estos años y, sinceramente, no me esperaba esta gran ocasión.

—Si te sirve de consuelo, estoy segura de que habrías llegado muy lejos sin mi ayuda. Tienes dotes de sobra para conseguir lo que te propongas.

—Y algunas, infalibles diez años después —sonrió maliciosamente, mientras recibía de ella un sincero gesto de sorpresa.

— ¿Cómo te ha tratado la vida? ¡Cuéntame! —preguntó ella para evitar que aquello se le fuese de las manos nada más empezar, apartándose para ver si el vestíbulo había quedado despejado.

—De mi vida laboral estás bien enterada, por lo que sé. Y de mi vida social no tengo mucho que contar. Mi círculo de amigos es reducido y, como podrás imaginarte, con tantos viajes no tengo ocasión de echar raíces en ninguna parte.

—No parece afectarte mucho eso. ¿O sí?

—Tengo relaciones esporádicas y efímeras, no es fácil encontrar pareja y que comparta nuestro punto de vista —dijo haciéndole un guiño—. Además —prosiguió —tengo suficientes cosas de que preocuparme con estos chicos, en plena revolución hormonal. En cuanto a ti no sé qué decir, acabo de enterarme— hizo una pausa—. Lo siento…

—¡Mentiroso! —respondió ella.

—Entiéndeme. Me afecta que puedas estar pasándolo mal con tu divorcio, pero me hace feliz saber que al fin te has librado de ese indeseable. El caprichoso destino nos pone a tiro de nuevo, esta vez en circunstancias mucho más favorables.

—Tengo una cita con Laurent. Tengo algo importante que hablar con él. ¿Nos vemos después?

—Seguro. He hecho una reserva en un sitio que me han recomendado. Han tenido que gestionarla algunas personas influyentes. Parece muy exclusivo.

—¡Qué bien! ¿Vas a sorprenderme?

—Voy a intentarlo, al menos. No será fácil meterte un gol en tu propia casa.

—Cierto. Lo tienes muy complicado —respondió como si no hubiese una segunda lectura a aquel comentario.

—¿Quieres que nos acompañe alguien? Me cuesta creer que no haya ningún satélite en tu órbita, Esther.

—Ahora es todo muy complicado para mí. Ni siquiera me he librado de mi ex aún...

—¿Y seguirás sin darte un capricho hasta que sea un hecho? ¡Vamos! ¡Es hora de vivir!

Lucas no había cambiado, seguía teniendo esa seguridad en sí mismo que tanto le gustaba. No se andaba por las ramas, era sensible, amable y tenía la capacidad de seducirla sin hacer un gran esfuerzo. ¡Cómo le gustaban las cosas así de sencillas!

—Álex —susurró traicionada por su subconsciente para sorpresa de su viejo amigo.

—No había contemplado la idea de un *menage a trois* —dijo entre risas—. ¿Nunca dejarás de sorprenderme?

Esther miró su reloj. Todo aquello estaba yendo demasiado deprisa. Había ido a reencontrarse con un viejo amigo, con la idea de salir a cenar juntos y ponerse al día, pero se encontraba con un hombre que parecía desearla aún más que antaño. Apostaba fuerte.

—Te llamo luego —concluyó.

—¡Invítale a venir! ¡Será divertido! —añadió él.

Aquella llamada me pilló totalmente desprevenido. A penas me había dejado en mi casa y ya quería que fuésemos juntos a comer con su amigo *nosequién*. Mi corazón daba saltitos. ¿Por fin me incluía en su vida? ¡Hacía planes conmigo!

Empezaba a ponerme nervioso, tanto que mi estómago empezaba a hacer de las suyas. De camino al baño tropecé con Fran, que como siempre, andaba por mi piso más cómodo que si fuese el suyo.

—¡Dios! ¿Pero qué me pongo? —exclamé desesperado en voz alta.

—¡Pareces una tía! ¿Qué coño te pasa?

—¡Cállate, gilip...!

—¿Pero tú te oyes? ¡Te pones insoportable cuando te enchochas!

Hice oídos sordos y tiré de la cisterna para no tener que seguir discutiendo con él. A veces parecíamos un matrimonio y bastante tenía con la oportuna diarrea.

Con el móvil aún en la mano corrí a mi armario. No hacía tanto que había asistido a la última boda en el pueblo de mis padres y tenía un traje bastante molón. Por entonces aún era un tipo con pasta, si hubiese visto esto venir quizás habría sido un poco menos *snob*.

Consciente de que no era el mejor momento para recrearme en tiempos mejores, revisé una a una las fundas de ropa que no cabían en mi actual armario. Había sido una pieza clave en mi empresa y mi vestuario era impresionante. ¡Qué tiempos!

No me acostaba nunca solo y yo diría que la clave de eso, era ir bien vestido. Por eso llegó Judith, la súper mujer inalcanzable que se fijó en mí y me hizo la envidia de toda la plantilla.

En aquel entonces yo ya era incapaz de recordar cuántas mujeres habían visitado el ático *de verdad* que tenía en el centro pero, aun así, fui inmensamente feliz con la monogamia. Por desgracia, me duró poco. Una mala gestión y todo se me fue a la mierda. ¡Puta vida!

Intenté mantener mi ritmo de vida y encontrar un trabajo digno del tipo en quién me había convertido, pero acabé con todo lo que tenía. Por suerte, en las buenas y las malas, siempre estuvo Fran.

—¡Prinseso! ¿Quieres mi camiseta de *Iron Maiden*?

—¿No tienes ninguna de Yves Saint Laurent?

—Ahí me has pillao. ¿Quiénes son esos?

Me dio un ataque de risa y tuve que volver al baño. El estrés y mis jugos gástricos no eran una buena combinación.

—¡Voy a ir a comer con Esther! —le grité sentado en la taza.

—Ahora entiendo por qué estás rebuscando en tu pasado. Ordenarás esto antes de irte, ¿no? —suplicó.

—¿Desde cuándo te importa tanto el orden a ti?

—Si no vas a estar...

—¿Estás hablando en serio? ¡Usas mi casa de picadero! —bromeaba yo mientras le oía pasar grandes apuros dándome explicaciones.

—Laura vive con su padre. ¡Eso es un marrón que te cagas! A mí no se me levanta si sé que en cualquier momento puede aparecer el *Boss* por allí.

—¿Y qué hay de mi independ...

—¡Por favor! ¡Pagaré la mitad de los gastos!

—Esto es muy pequeño para tener compañero de piso... ¡con novia!

—¡Tú ganas! En cuánto quede libre el piso de cuatro nos vamos los dos allí.

—Bueno, ya lo pensaremos. No tengo la cabeza yo ahora para eso...

—Sí, tienes la neurona muy ocupada limpiándote el culo —se burló.

—¡Qué mamón!

—Qué sepas que hay que quererte mucho para soportar tus crisis...

—¡Ya veremos! —suspiró—. ¡No os bebáis mi vino! ¡Ni uséis mis juguetes!

—¿Juguetes? ¡Mi chica tiene de sobra conmigo!

—¡Mira que eres *retro*!

Lucas era un tipo encantador. Supe enseguida que, a pesar de parecer extremadamente rico y estar interesado en mi chica, me

caía peligrosamente bien. Y es que la música une. Me contó muchas cosas de mis artistas favoritos, pese a no dedicarse precisamente al rock, y se ofreció a escuchar una de nuestras maquetas empolvadas en cuánto se la hiciese llegar. ¡Con eso me ganó!

—¡Nos hacemos viejos Álex! El mercado musical va muy deprisa —me confirmó—. Espero que os guste el sitio que he elegido para esta ocasión. Me propuse sorprender a la dama, pero ella no es muy impresionable que digamos.

—Si vosotros estáis viejos, no hablemos de mí —bromeó ella con amargura—. Y no exageres con lo de mis gustos, no soy tan complicada.

—¡Cierto! —me atreví a decir—. Lo hemos llegado a pasar muy bien en el jardín de su casa con tan solo una cerveza.

Esther me sonrió. La sentía cómplice. Mía.

Lucas parecía algo incómodo con nuestras confesiones y se adelantó. Caminó casi cien metros y se detuvo en el número 10e. A ojos vista, aquel era un lugar residencial, de chalets de no más de dos plantas y de apariencia sencilla y elegante. Nadie habría dicho allí que había un negocio.

Las casas eran todas iguales, casi diez adosados idénticos. Sus fachadas eran nuevas, de estilo neoclásico y color blanco impoluto, las puertas de maderas nobles. Se hallaban flanqueadas por columnas de orden corintio. En lo alto, un sencillo tímpano daba mayor protagonismo a aquel único ornamento, las hojas de acanto del capitel.

Segundos después, un hombre ágil y entrado en años le pidió el número de reserva a nuestro acompañante. Tras escanear el código *QR* en la pantalla de su móvil, confirmó que seríamos tres personas y que teníamos el horario ilimitado. Después nos hizo pasar a una sala decorada con mucho más gusto, donde nos pidió que nos sentásemos.

Sin duda alguna, ese no era el tipo de restaurantes a los que yo estaba acostumbrado. Incluso en mis buenos tiempos hacía mis conquistas en la oficina y, normalmente, nos saltábamos la hora de comer. Por el contrario, podría rezarte de cabo a rabo las cadenas de comida rápida en muchas manzanas a la redonda.

En la planta baja había dos habitaciones más y un baño. Las salitas de espera se veían de un estilo similar, aunque de distinto color.

Demasiada pompa para mi gusto. Cortinas de terciopelo, sofás estilo Luis XVI, chimenea, mini bar...

—¿Un aperitivo mientras hacemos los preparativos?

—Sí, por favor. ¡Estoy hambriento! —se apresuró a responder Lucas.

—No tardó en aparecer una camarera con dos botellas de agua mineral, copas para los tres y un surtido, para todos los gustos, de canapés capaces de complacer al más exquisito paladar.

—Es un fastidio que nunca sirvan alcohol —se quejó nuestro anfitrión.

—Como debe de ser —dijo Esther, sin explicarse.

Yo estaba muy sorprendido. ¿Íbamos a comer allí mismo? ¿Eso era todo? No me pareció para nada impresionante sino una total estafa. No mucho más tranquilo, volví a sentir la necesidad de ir al baño. Lo que vi allí sí que me dejó con la boca abierta.

Sonrientes me recibieron, como si fuese el día más feliz de sus vidas, un hombre y una mujer jóvenes vestidos con unas prendas muy sugerentes. No pude más que echarles una rápida mirada. La necesidad apremiaba.

¿Qué hacen aquí estos dos? ¿De qué va esto?

—¿Necesita ayuda, señor? —me preguntó ella.

—No, gracias.

—¿Su primera vez en el *NoLimits*? —quiso saber él.

—Sí —dije cerrando la puerta del váter detrás de mí. Estar tan suelto me ponía más nervioso aún y no quería perfumar de aquel modo la feliz estancia de la pareja en los aseos. Al salir de allí me ofrecieron toallitas húmedas, lubricante y preservativos. Un gesto excesivamente amable, pero que no rechazaría de ningún modo.

—Quizás debiera tomarse esto. Le hará sentir mejor —insistió ella.

Temiendo que el olor que desprendía fuese más de lo que cualquiera estaría dispuesto a soportar, acepté el vial y el vaso de agua, tomándomelo sin rechistar. Después me senté allí un rato, con la esperanza de notar un alivio casi instantáneo.

—¿Le has advertido? —preguntó él.

—¿De qué? —contestó alarmada Esther.

—De que este sitio es... especial… —bromeó.

—¿Hacía falta? —preguntó temiéndose lo peor.

—No lo sé. También es mi primera vez.

25
BON APETIT

—Señor Green. ¿Encargó ambiente japonés, cierto?

—Así es.

—Fabuloso. Su mesa está servida en *The Asian Room 2*. Pasen cuando gusten por el vestuario y nuestros asistentes les conducirán hasta allí cuando hayan acabado.

—¿El vestuario? —pregunté sorprendido.

El simpático hombrecillo me sonrió paciente y nos condujo a través de un pasillo contiguo a los aseos, hasta una especie de spa japonés. En él, había además de algunas taquillas y perchas, una sauna, un jacuzzi y varias duchas.

Lucas se paró en el espejo contiguo al mío y Esther se situó a nuestra espalda. Ambos fueron desnudándose despacio y colocaron su ropa cuidadosamente en los estantes habilitados para ello. Se miraban de tanto en tanto y sonreían. Me daba la sensación de que podían entenderse sin hacer uso de las palabras.

—¿Va a querer alguno de ustedes llevar *kimono* o prefieren el batín de seda? —preguntó en un tono muy amable, la chica que nos atendía allí dentro. La broma me supo a gloria, hasta que vi que llevaba un collar de piel al cuello que decía ≪*Tómame*≫.

—Siempre me ha hecho ilusión verme con un *kimono* —contestó Esther, sin que pareciera que aquello la perturbase lo más mínimo.

—En ese caso, la ayudaré a ponérselo. Estará lista en cinco minutos. Ustedes, si quieren, pueden tomar el batín o ir al natural. Mi compañero les conducirá hasta su estancia —dijo en tono cordial, mientras yo aún me preguntaba la razón por la que llevaba aquella inscripción atada al cuello.

—Muchas gracias —dijimos al unísono, entre risas.

Imité a Lucas y me puse un batín, dando gracias al cielo de no tener que ir desnudo al lado de su impresionante cuerpo. ¡Las comparaciones son odiosas!

A pesar de estar orgulloso de mi físico y no tener ningún problema en mostrarlo, Lucas me intimidaba. Parecía una escultura en mármol de época clásica, esculpida por el mismísimo *Bernini*.

Caminaba sumido en mis pensamientos mientras mi estómago seguía retorciéndose. El hecho de no saber qué me depararía aquel momento, me tenía muy inquieto. Por fin tenía una cita con la

mujer que me volvía loco, y con su viejo amigo Lucas…

A todas estas emociones había que sumarle la presión de causar una buena impresión a ambos, en un lugar tan exótico como extraño, donde todo el mundo va desnudo y usa collares con mensajes inquietantes. ¿Todo aquello era posible? ¿Era yo el más perverso de todos imaginando aquellas cosas? ¿De verdad ese collar ponía "Sodomita"?

Le seguimos hasta una habitación muy sobria, con el suelo de tarima y unas alfombras hechas con cáñamo. La luz era tenue y venía de todas partes, como si los paneles estuviesen situados delante de enormes ventanales. A los costados, había dos estancias con acceso restringido. En la puerta, nuestro *Cicerone* nos instó a quitarnos aquellos zapatos de madera que me hacían sentirme tan ridículo. Entonces comencé a sentir en mi entrepierna un calor fuera de lo común que me hizo sospechar que lo que había tomado no era, precisamente, un antidiarreico.

Ya en el interior, todo mi cuerpo se tensó. ¡Todo! ¡El banquete estaba servido! Íbamos a comer a escasos centímetros de la "mesa", sobre unos cojines de apariencia muy confortable.

Nuestro hombre de pocas palabras nos acercó "la carta" y al fin nos arrodillamos frente a nuestros platos. *Sushi, sashimi*, frutos exóticos y zumos de frutas variados se distribuían sobre el cuerpo de una preciosa mujer desnuda cuyas partes íntimas se hallaban cubiertas con unas exóticas hojas de intensos verdes, haciendo a su vez de bandeja para toda aquella comida. Llevaba puesta una máscara que la privaba totalmente de visión y una mordaza que le impedía comunicarse con nosotros. Su erótica imagen y la rápida lectura visual que hice de aquel tríptico me excitaron hasta el punto de avergonzarme a mí mismo. ¡Aquella mujer estaba incluida en nuestro festín!

—Veo que leéis las normas de la casa —comentó Esther en cuanto entró con su séquito, como la diosa que era.

—Estás espléndida, preciosa —le dije yo, tomándola de la mano y ayudándola a sentarse a ras de suelo, a mi lado.

—Creo que ustedes deberían situarse uno frente a otro. Estarán más cómodos —sugirió nuestra asistente—. Gracias… — siguió diciendo, mientras nos colocábamos convenientemente—. Es mi deber informarles de que su única preocupación debe ser disfrutar de la experiencia y comentarles, para su tranquilidad, que todo se hace en las mejores condiciones de seguridad que existen. Nuestros trabajadores son profesionales y están preparados para satisfacerles en cualquier cosa que deseen. Bajo la mesilla tienen un timbre, llamen y pidan lo que necesiten. Sepan que su confort y privacidad son nuestra máxima.

—Muchas gracias —respondimos mientras se sentaba con nosotros sobre sus rodillas, en un gesto muy propio de la cultura japonesa, y nos ofrecía unos palillos dorados.

—Espero que disfruten de su almuerzo —dijo, llenando nuestro vaso con un líquido cuyo olor no pude identificar.

—¡*Kanpai*! —brindó, mirándonos a los ojos mientras bebía.

—¡*Kanpai*! —respondimos copiándole el gesto y bebiendo hasta la última gota de aquella extraña bebida. Acto seguido se despidió de nosotros, con una leve inclinación de cabeza, y nos dejó solos. Mi cara se convirtió en un poema tras beber aquel brebaje tan amargo.

—Me dejas sin palabras, Lucas. ¡Esto es chulísimo!

—Espero que me estés haciendo un cumplido, Esther. Ya había oído hablar del *Nyotamori*, pero nunca lo había visto tan bien hecho. Los japoneses son tan creativos que se les ocurrió que así el *sushi* y el *sashimi* estarían a temperatura corporal.

—¿La mordaza y el antifaz eran necesarios? —reí.

—Supongo que es una incitación a acabárselo todo —bromeó él.

—Es curioso lo de darle la temperatura ideal a la comida. Increíble el nivel de detalle de los japoneses —dijo ella impresionada.

—¿Y ahora qué? —pregunté yo sin tanta ceremonia.

—¡A comer! —dijo mi adorada Esther acercándome a la boca, con sus dedos, un rollo de salmón.

No hace falta decir que mi habilidad con aquellos endiablados palos era nula y para colmo, la tenía tan dura que me dolía. ¿Por qué parecían tan tranquilos? ¿Estarían igual de excitados? ¿Tenía que ver con lo que había bebido o con lo que estaba viviendo?

Era la tercera vez que habían compartido un orgasmo y estaban francamente sumidos en ese momento mágico, tras el coito. Con su olor impregnado en el cerebro y su sabor aún latente en la boca, Fran recorría suavemente el antebrazo de Laura, siguiendo con las yemas de sus dedos los delicados trazos de tinta.

—Parece que ya no te dan tanta grima —dijo ella entre adormilada y chistosa.

—La verdad es que me impresionan mucho estos ataques a la naturaleza de las cosas, bonita.

—Mis ataques hacia mí misma fueron peores.

—¿Qué quieres decir?

—Mis tatuajes no son simple decoración. Tapan un millón de marcas que me hice siendo adolescente.

—¿Y eso? ¿Te autolesionabas?

—No fui capaz de vivir con la enfermedad de mi madre. Ellos se empeñaban en ocultárnosla y yo, que tampoco los quería hacer sufrir intenté vivir con aquello. Pero llega un punto en que no puedes, se mezclan en ti tantísimas cosas negativas que sucumbes.

—Pero lo solucionaste...

—Gracias al innombrable.

—¿Jorge?

—Sí. Nos conocimos en el instituto. Él usaba la sala de estudio mientras nosotros asistíamos a clase. Solíamos coincidir en la cantina. Por aquel entonces yo estaba bastante más loca que ahora y eran constantes mis llamadas de atención.

—Imaginaba un romance de esos de libro.

—Pues no. Fue algo bastante casual. Nos vimos más de una vez y nos saludamos de forma educada. Cuando encontrábamos la sala llena nos sentábamos juntos —explicaba mirándole a los ojos.

—Después todo fue rodado. Las hormonas y nuestras ganas de descubrirnos nos llevaban cuesta abajo y sin frenos. Nos comíamos a besos a la menor oportunidad, hasta que le dije que estaba lista. Visitó entonces mi pequeño infierno —concluyó Laura.

—¿Qué te dijo?

—Se empeñó en sacarme de ahí y lo consiguió. Estudiaba medicina y tenía muchos conocidos en la facultad de psicología. Era un estudiante brillante y se interesó por el tema, lo que hizo que llegásemos a tener la ayuda de varios profesores. Con el tiempo, fui a terapia y se puede decir que estoy curada.

—Ahora entiendo vuestro fuerte vínculo.

—Lo tuvimos. Cuando ella murió yo ya estaba fuera. Mi familia se desmoronó. Elsa nos odiaba por no haberle dicho nada y hasta la fecha, se de ella en contadas ocasiones —susurró haciendo una mueca triste.

—Y el viejo está solo desde entonces...

—Sí. Suerte que os tuvo por aquí a vosotros.

Se fijó en todos aquellos detalles cubriendo sus marcas mientras la miraba con ternura. Acto seguido las besó dulcemente mientras la miraba a los ojos.

—Me dieron una nueva oportunidad en el mundo de los cuerdos —bromeó ella.

—Siento mucho lo que dije. No sabía...

—No te disculpes, no podías saberlo.

Aprovechando que se había espabilado, Laura besó largamente a Fran y se despidió. Tenía que ir a abrir el local, su padre debía estar por bajar.

Él se ofreció a echarles una mano más tarde y se metió en la ducha. Le habría gustado estar en la cama con su chica tatuada toda

la vida, pero ésta les marcaba un ritmo distinto. El "ático" estaba hecho unos zorros pero se sentía feliz de haber generado tanto caos.

—¡*Kanpai*! —volvió a decir Esther, entre risas, mientras Lucas jugaba entre las piernas de nuestra bandeja humana. La chica se estremecía de placer con los restos de nuestro festín aún encima, emitiendo gemidos ahogados con aquella antiestética mordaza y convirtiéndose en una visión tremendamente excitante para quienes los mirábamos. Yo no daba crédito a lo que estaba pasando, pero lo aceptaba con tanta naturalidad como ellos.

—Tu turno —dijo él, señalándome tras conseguir de aquella sensual mujer, algo que parecía un intenso orgasmo que casi la hace tirarlo todo al suelo.

Su petición me resultó muy inquietante y miré a Esther, como si necesitase urgentemente su permiso, pues estaba tan caliente que no era capaz de decidir por mí mismo. Durante unos segundos nuestras miradas se clavaron la una en la otra y esperé pacientemente su veredicto. Mi corazón bombeaba a un ritmo frenético y sentía mi respiración golpearme furiosamente el pecho.

Temiéndome haber cometido un gran error bajé la cabeza, y en esa huidiza mirada recibí su leve y frío gesto de asentimiento. Acto seguido me lancé a devorar aquel exquisito manjar con la intención de deleitar a mi diosa.

Por unos momentos desconecté del mundo y recorrí aquellos pliegues y recovecos a la deriva, sintiendo su mirada sobre mí y creyéndome el hombre más afortunado de la tierra por tenerla ahí, dirigiéndome, transmitiéndome calma, exigiéndome darle lo mejor de mí mismo y dejando mi exquisito rastro para su orgullo y satisfacción. En aquel momento, mi propio placer y el de la belleza cuyos muslos sujetaba, no nos pertenecían a ninguno de los dos. Todo era para ella, mi Diosa adorada.

Lucas se quitó el batín con calma y exhibiéndose, para nuestro deleite, dejó constancia de su magnífica anatomía ante nuestros vidriosos ojos. Me chocó mucho que se arrodillase ante mi Esther, asumiendo de forma elegante, su rol de sumisión. Nunca habría imaginado que alguien como él fuese capaz de entregar su increíble status con aquella facilidad, aunque acababa de experimentar lo liberador que resulta ceder el control.

Cuando por fin la chica que tenía en la boca acabó por claudicar, Esther quiso besarme y le di a probar sus mieles de mi lengua. Mi corazón saltaba de alegría mientras me besaba enloquecida frente al Adonis que rivalizaba conmigo por sus atenciones. Sin duda, una justa recompensa a mi excepcional hazaña.

—¿Os parece bien que nos retiren los platos? ¿O deseáis terminarlos? —preguntó con todo el doble sentido del mundo "Ella", que había asumido la dirección de ambos en aquella vorágine de sensaciones excitantes.

—Solo si vos lo permitís, Señora —dijo Lucas en un tono que dejaba patente su oscuro anhelo.

—¿Álex? —inquirió mirándome mientras se humedecía los labios.

—Solo deseo cumplir con tus deseos —respondí poéticamente, evitando que notase que yo también lo estaba deseando.

—De acuerdo —respondió con una malévola sonrisa levantando con el dedo índice la barbilla de Lucas y rasgando el plástico de un preservativo con los dientes para sorpresa de ambos—. Esto es para ti, diablillo. Pero él es mío —sentenció mirándome.

La sensación que me recorrió de arriba a abajo era indescriptible. Sus sencillas palabras me hicieron estremecerme de la cabeza a los pies. Era suyo. Lucas no debía tocarme.

¿Pero… qué pretendía hacerme? Me sentí halagado y aterrorizado al mismo tiempo. Pertenecer a Esther me causaba un efecto inexplicablemente placentero.

Observamos a Lucas ponerse aquel preservativo. Su miembro era imponente, me moría por verlo en acción. Imaginaba que después sería mi turno, pero Ella, me pidió que me sentase sobre las rodillas, frente a ella.

Seguí con aquel extraño juego que despertaba en mí tantas emociones deliciosamente confusas, diligentemente. Poniéndose de pie me quitó el batín y me observó durante unos segundos que se me hicieron eternos. Me rodeaba sin decir nada, haciéndome sentir pequeño, vulnerable, solo, pero a la vez, deseado y admirado.

Oyendo los gemidos, que ahora se escuchaban a todo volumen y con la calidad deseable, mi cuerpo temblaba. La chica ya no llevaba la mordaza y yacía totalmente vencida tras las instrucciones que Esther había dado a Lucas al oído. Mi momento había llegado.

Con su pie descalzo, aquella improvisada Geisha separó mis muslos, regalándome una mirada tan lasciva, que se me erizó la piel. Después hizo que inclinase la cabeza, hasta que mi mirada quedó alineada con mi sexo.

—Ven a ver esto, Lucas —pidió. Y él, visiblemente azorado, se situó discretamente a mi espalda.

—Ahora dame eso que guardas para mí —me dijo, excitándome tanto que no dudé ni un segundo en machacármela ante su perversa mirada, derramándome de una forma brutal.

Sudoroso y agitado volví a plantearme si aquel estado de "embriaguez" había sido fruto de la magia, del ritmo al que nos

bebimos aquellos elixires o de la increíble tensión sexual que despertaba en mí la morbosa situación que estaba viviendo.

26
ELLAS

Abrí la puerta con dificultad y entré arrastrando los pies. El último tramo de escaleras me dejó jadeando y añoré de verdad los días que podía llegar al rellano, subido al ascensor.

Mi casa estaba silenciosa y desierta. Eran apenas las nueve, pero no había por allí ni rastro de la parejita feliz, ni de sus juegos y perversiones. Caminé con esfuerzo hasta la bañera y la llené con agua bien fría. Pretendía espabilarme, pero no podía dejar de revivir en mi memoria cada momento de aquella intensa tarde en la que, a pesar de ser tres, me había sentido único y valioso. ¿Cómo podía ser? ¡Lucas era un semidiós!

Ese era el tipo de cosas que solo podía hacer Ella, mi adorada y maravillosa Esther. Sonreí.

Suspirando y sumergiéndome me vino a la cabeza mi único y tormentoso amor, Judith. La vida con ella había sido tan distinta... No podía decir que la echase de menos, pero aún me dolía. Fuimos un todo que funcionaba a la perfección, siempre y cuando estuviésemos juntos. Si el plan era otro, empezaban los problemas. Entonces usaba conmigo sus más sucias habilidades y trucos de manipulación, hasta que acababa decidiendo por propia voluntad, que prefería quedarme con ella.

Los celos de mi enamorada me hacían cierta gracia al principio, pero con el tiempo, aquello se convirtió en algo agobiante y enfermizo. Atender llamadas, revisar el correo, enviar mensajes, mirar en otra dirección… se convertía, sin necesidad, en un conflicto de magnitudes astronómicas.

Pese a todo, aprendí a evitar ciertas cosas y fui muy feliz con ella. Ahora Esther había puesto patas arriba lo que yo entendía por una relación y sin tocarme siquiera, me arrastraba a este nuevo mundo lleno a rebosar de estímulos, tan sugerente y morboso. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía estar con otra mujer mientras me miraba? ¿Por qué había dejado que fuese la responsable de todos mis actos perversos? Me había dejado llevar hasta límites insospechados y lo peor del caso, es que me había gustado demasiado la experiencia.

El timbre me sacó repentinamente de mis ensoñaciones y secándome torpemente fui hasta la puerta. Deseaba con todas mis fuerzas que fuese Ella, pero en su lugar, la hermanísima tocaba el

timbre como si el mundo estuviese a punto de acabar

—¿Está aquí mi hermano?

—A menos que se me haya escondido entre los huevos, creo que no —respondí poniendo de manifiesto que me había jodido el momento.

—¿Me tomas el pelo? ¡Le necesito!

—¿Qué es tan urgente, "grano en el culo"?

—Ella.

—¿Ella? —respondí extrañado.

—Acaba de bajar a mi casa a decirme que hay desperfectos en su piso que debemos arreglar cuanto antes.

—Bueno, pues mándale a mirar y arregladlo. ¿Qué tiene eso de preocupante?

—¡Qué me ha cogido de la mano y se me llevaba a su casa!

—¿No te habrás imaginado otras cosas con la inquilina, guapetona?

—Noooo. ¡Y lo peor, es que no sé qué hacer! ¿Ven conmigo, porfi?

—Corres un serio riesgo de que se prende de mí y acabes odiándome más de lo que me odias ahora —dije regodeándome en el momento.

—¡Machirulo!

—¡Cardo! ¡Échale ovarios de una vez! ¿No ves que hasta la tipa se ha dado cuenta ya de que le vas detrás?

—¿Tú crees?

—¡Pues claro! Si lo sabemos todos desde hace…

—Pero... ¿qué le digo?

—Mejor excusa no vas a tener de colarte en su casa así que, o la aprovechas, o la perderás. Será ella quien crea que se lo estaba imaginando todo.

—Gracias, melón. ¡Eres un gran tío! —dijo abrazándome escandalosamente fuerte en la puerta de mi casa—. ¡Ya puedes vestirte! —bromeó.

—¿Interrumpo algo? —sonó una melodiosa voz a nuestra espalda tras un sutil carraspeo.

—¡No! —se apresuró a decir Inma—. Solo vine a por algunas herramientas —concluyó, nerviosa.

Al ver la reacción de mi amiga Inma, me di cuenta de que la imagen que Esther proyectaba no me resultaba imponente solo a mí.

—¿Las tienes ya? —preguntó entonces en tono amable, mientras Inma se ponía de todos los colores.

—Sí, gracias —dijo antes de salir corriendo, torpemente.

—Déjame que te explique... —balbuceé nervioso.

—No hay nada que explicar —sentenció—. Siento venir sin avisar pero se ha encendido en mi coche una luz de avería y lo he tenido que dejar en el taller. Por suerte me han dicho que lo pueden solucionar en un par de horas así que, había pensado hacer un poco de tiempo y recoger a las chicas después de cenar.

—¡Qué fatalidad! —bromeé—. Me alegra muchísimo que hayas pensado hacer tiempo conmigo, preciosa —dije cogiéndola de las manos e invitándola a pasar.

—¿Llevas mucho tiempo desnudo? —preguntó al ver, en aquella traidora parte de mi anatomía, lo mucho que me alegraba de verla.

—Solo desde que llegué e intenté darme un baño —confesé.

—¿Quieres acabar el baño interruptus? —dijo caminando delante de mí, contoneándose y subiéndose las mangas hasta el codo.

Una guapa pelirroja se mordía las uñas tras la puerta. Hacía ya más de diez minutos que la esperaba y empezaba a impacientarse. ¿Se habría equivocado con ella? ¿Estaría lista? No sería la primera vez que se precipitaba con una chica. En esta ocasión tenía un plan B y la idea le pareció tan buena, que no encontraba motivos para preocuparse. Si la cosa se torcía, siempre podía pedir que le diesen una mano de pintura a las paredes del pasillo o que tapasen aquella grieta que apareció en el pilar de su dormitorio.

Aquellos pasos decididos la pusieron alerta y se asomó a la mirilla. Allí estaba su presa. Se había arreglado el pelo y cambiado la camiseta para ir a verla, señal inequívoca de que aquello iba en buena dirección.

—¡Mierda! ¿Pero dónde vas? —susurró con la cara pegada a la puerta. ¿Se lo ha pensado mejor? —pensó—. ¡Noooooo! —gritó después. Tenía que pensar en algo y rápido.

Risas y nuevos pasos la pusieron al corriente de la nueva situación. Había alguien más allí fuera.

—¡Si monto un circo me crecen los enanos!

En mitad del pasillo, aquella bonita mujer de uno setenta, pechos generosos y curvas deliciosas, y los adorables vecinos del tercero, torcían sus planes.

—¡Qué guapa eres! ¿Cuántos añitos tienes? —preguntaba Inma a la niña, que se escondía detrás del sonrojado Mario. Parecía nerviosa. El chico lleno de espinillas al que había cambiado los pañales cuando era bebé, miraba a todos lados intentando librarse de aquella conversación.

Lourdes sintió que tenía que intervenir. ¡Lástima! Le resultaba bastante divertido ver como Mario, en plena edad del pavo, luchaba

contra su timidez delante de aquel bellezón. ¡Aquello no tenía precio!

—¿Cómo te llamas? ¿Vas al cole? —insistía ella con la esperanza de serenarse y tener una conversación de pasillo, normal con la pequeña—. Tú no tenías hermanos, ¿no? —dijo dirigiéndose a él.

—Ehhmm. No. Es Nadia. Vivirá con nosotros un tiempo. Esto... la hemos acogido hasta que...

—¡Hola! Veo que vienes a devolverme mis tebeos —dijo Lou al chico saliendo decidida a resolver cuanto antes aquel imprevisto—. ¡Pasad! ¡Llévate otro!

—Si no te importa... —respondió dirigiéndose al despacho de ella.

—Ah Inma, pasa a mi habitación. Ha salido una grieta enorme, mira — explicó poniéndole la mano en el hombro y empujándola hacia el final del pasillo.

—Si. ¡Voy! —dijo muy cortada Inma mientras dejaba pasar a Mario, que la miraba de soslayo con sus oscuros y dulces ojos.

La pequeña caminaba tras él, tirando de su siniestra camiseta, que a pesar de ser ancha y larga de por sí, dejaba de manifiesto su extremada delgadez.

—¡Coged una chocolatina, Mario! ¡Y ponle los “dibus” para mirar tranquilo! ¿Ella puede comer chocolate?

—Sí, claro.

—Vamos a ver si podemos arreglar esto. Si necesitáis algo, llámame —le dijo al chico del cabello oscuro mientras subía la montura cuadrada de sus gafas—. ¡Se te van a caer! —bromeó. Una vez en la habitación, cerró la puerta a su espalda.

—Ahí está —señaló mirándola y arrugando la nariz, haciendo que ella se aproximase. Después se colocó detrás, empujándola suavemente con su cuerpo hasta tenerla atrapada contra el muro. Sin darle tiempo a reaccionar apartó su sedoso pelo castaño de su cuello, y sopló en su nuca de forma traviesa—. ¿La ves ya? —preguntó jugando con sus labios en su hombro y apretándose contra ella.

—No, lo cierto es que no —acertó a decir Inma, que sentía como la pelirroja la mordía con fuerza mientras sus manos se agarraban a su cintura y comenzaban a ascender por sus costados.

—¿Estás segura? —insistió y la besó larga y profundamente mientras ella se giró para mirarla.

—¡Nosotros nos vamos ya! —gritó Mario.

Lourdes se alejó despacio, tirando de su labio inferior y fue a despedirles. Inma, en cambio, permaneció allí acomodándose el pelo y tratando de recuperarse de la impresión.

—Yo voy a por algo para arreglar eso. Gracias por avisarnos —

afirmó intentando que su voz no sonase entrecortada—. Lo arreglaremos lo antes posible —anunció antes de salir corriendo tras los muchachos.

Lourdes, que no había contado con que Inma fuese a escurrírsele de aquel modo, se quedó sola antes de lo que había previsto. Enfadada dio un portazo y se tiró a la cama. No le gustaban aquellos arrebatos.

De nuevo sumergido, disfruté de sus precisas manos masajeando firmemente mi cabeza con el aromático champú que me había traído del *NoLimits*. No me avergonzaba de aquel pequeño hurto y me abandoné totalmente a las sensaciones que empezaban a invadirme. Me resultaba francamente imposible resistirme a las caricias de Esther.

—Me has sorprendido gratamente hoy, Álex. Estoy muy orgullosa de ti —me susurró al oído, mientras permanecía sentada en un precario taburete que amenazaba con tirarla de culo a la menor ocasión. Con la música de su voz, el calor de sus besos y sus sensuales atenciones yo me sentía flotar en un reparador y consciente sueño—. Tras nuestro primer fracaso, no me habría atrevido a ponerte de nuevo en una situación parecida... —confesó.

—Aquello otro me descolocó bastante, la verdad. Siento mucho no haber estado a la altura. Realmente no era consciente de lo importante que era aquel momento para ambos. Siento mucho haber salido corriendo —contesté.

—Parecías ir a por todas en la fiesta —bromeó—. Te desnudaste delante de todos y te arrodillaste ante mí sin ningún pudor. ¿Cómo no intentarlo?

—Es cierto. Actué así porque lo sentía... En cuanto a nuestra aventura de hoy, tengo que agradecerle a Lucas que me haya sacado de ésta forma de mi micro-mundo. ¡Ha sido increíble!

—Cierto. Una experiencia única.

—Me he sentido muy importante para ti y eso ha sido lo mejor de todo. Por cierto, se os veía muy compenetrados. ¿Tuvisteis algo en el pasado?

—Es una larga historia, Álex. Una que puso en serio riesgo su prometedor futuro y mi delicada vida matrimonial.

— ¿Me la contarás algún día?

— Es muy posible —sonrió besándome larga y tiernamente en la boca.

—Aún no sé cómo he...

—No le des más vueltas, Álex. Te has dejado llevar por el deseo y tu instinto en un ambiente donde sentías la confianza suficiente para hacerlo.

—Puede ser, pero te he sentido tan cálida y cercana que solo deseaba seguir tu luz en todos y cada uno de mis pasos… ¿Por cierto? ¿Dónde está Lucas?

— Prefirió quedarse. Aún le quedaban algunas horas antes de regresar a los mundos de *Yuppie*.

27
LA PROPOSICIÓN

Dejó las llaves en el recibidor y tiró las mochilas de las chicas tras la puerta. No podía creer que las cargase por ellas como cuando eran unas niñas, pero llegaban dormidas y se metieron en la cama sin siquiera ir a hacer pis. Habían tenido una tarde muy intensa con los chicos de su grupo favorito.

Esther sonreía recordando los tiempos en que se había dejado las uñas y la garganta de garito en garito. Había sido su sueño desde que tenía uso de razón, pero si algo había aprendido de esa experiencia era que no ganaría lo suficiente como para vivir de ello.

—Haz una buena carrera y no dependas de nadie —le habían dicho por activa y por pasiva sus padres.

Ahora, a sus cuarenta, se enrollaba con un músico ambicioso y con mucho potencial que no tenía nada que llevarse a la boca. ¿La perseguía aquel sueño frustrado? ¿Le atraía el hombre o verse reflejada en ese soñador que aún luchaba? ¿Le gustaba ver como su inteligencia y arrolladora personalidad sucumbían a su capricho?

Suspiró. Ironías de la vida.

Se dejó arrastrar por el dulce y delicado momento que acababa de vivir con él. Le había sumergido totalmente en la bañera, sin que él hiciese ningún esfuerzo por volver a tomar aire. Estaba totalmente abandonado a sus manos, mostrándole una entrega total y una confianza ciega que la inquietaba. ¿De verdad quería seguir interfiriendo así en su vida? Aún no era tarde para dar marcha atrás.

—¿No tienes sueño aún?

—La verdad es que me da vueltas la cabeza.

—¿Otra vez intentando poner orden?

—¡Cómo me conoces! —respondió con una sonrisa a su amiga del alma, mientras esta se acercaba a darle un sonoro beso—. Gracias, ¡rubia!

—Por nada te dejaría sola en una posición tan delicada, Esther —susurró abrazándola como si pudiese con ello, transferirle toda su energía—. Haré una infusión para dos, y me cuentas.

—¿Por dónde empezar? Tenías razón. Son demasiadas piezas que encajar…

—Tu "ex" hace mucho tiempo que no tiene nada que hacer contigo, además, en lo que respecta a los negocios Laurent es una garantía de éxito. ¿No te da suficiente tranquilidad eso?

—Confío plenamente en él, Tab, lo que me preocupa es Álex.

—¿Lo dices en serio? —dijo abriendo mucho los ojos, como si de verdad se sorprendiera—. Creía que solo era un capricho en plena crisis de los cuarenta, amiga —rio por lo bajo, tapándose la boca para no despertar a las chicas.

—Y lo era, pero se está convirtiendo en un hombre bastante interesante para mí —replicó, sin poder evitar que sus ojos la delatasen.

—No entiendo nada. ¿Qué tiene de interesante un tipo así? ¿Tú eres consciente de lo que dices? Es muy joven aún, a la larga querrá una vida que no es posible contigo.

—Por eso me caliento la cabeza. Podría dejar que las cosas simplemente ocurriesen, pero, eso no acabará bien…

—Será mejor que me cuentes qué me he perdido.

—Hoy estuve en el *NoLimits*. Lucas nos invitó a comer allí. El caso es que, tú ya sabes de qué va el tema, llegamos al postre y la cosa acabó sorprendentemente bien.

La cara de Tab se convirtió en un poema. No parecía capaz de creer ni una palabra de lo que estaba oyendo pero evitaba, con todas sus fuerzas, decir lo que pensaba de todo aquello.

—Uff. Eso suena... ¿bien? —concluyó después de escuchar todos los detalles de aquella exquisita experiencia.

—¿Solo bien?

—¡Qué “jodío” el Lucas! —bromeó, intentando pasar por alto la intensidad y complicidad que había intuido en el ambiente que acababa de describirle.

—¿Eso es todo lo que me vas a decir?

—Sí, porque basta que te diga que no debes, para que te empeñes. Es tu vida al fin y al cabo, las consecuencias también serán para ti.

—Las chicas se hacen mayores. Steff quiere irse fuera a estudiar y Aurora no tardará en seguir sus pasos. Pedro...

—¡Ni le menciones! Menudo hijo de...

—Tranquila. No me acostumbro a decir mi "ex". ¡Suena tan ridículo! —suspiró—. El caso es que, me ilusiona la idea de poder ser feliz con alguien y no me importa que sea algo temporal. Acabo de comprobar que antes o después, todo lo es.

—Reconozco que es un buen alegato. Yo, de todas formas, estaré a tu lado siempre que me necesites así que...

—Eres la mejor y cuento contigo, siempre.

Volvieron a abrazarse dejando patente el gran y desinteresado

cariño que sentía la una por la otra.

—Y hablando de jóvenes… ¿qué harás con Arturo?

—Creo que lo dejaré estar, ya debe haber aprendido la lección…

—Quizás una recomendación y una ayudita, al margen de lo que ha pasado, no le irían mal.

—Explícate.

—Le he estado dando vueltas a lo que dijiste y visto lo visto, necesitamos personal leal.

—¿Crees que es una buena idea?

—Tu misma dijiste que el tipo lo vale, además, siempre tenemos de dónde tirar si nos la juega... ¡Igual conseguimos hacer de él otro Lucas! —rio—. El mundo está muy escaso de hombres como ellos, ¿no crees?

—¿Qué propones?

—Habla con él y plantéaselo como una inversión a largo plazo. Le prestamos el dinero para que estudie y le ofrecemos un tiempo de prácticas con nosotras para que acabe pagando su deuda. Sinceramente creo que es una buena oportunidad de tener un futuro brillante y que le gustará la idea.

—Soy muy partidaria de aprovechar el talento que nos rodea pero, no me veo con ganas de implicarme mucho en todo esto. ¿Quieres...?

—¡Por supuesto! Tú ya tienes bastantes asuntos que atender y... ¡yo también estoy en los cuarenta! —siguió bromeando, sin intentar disimular que estaba entusiasmada con la idea. Esther no podía dejar de reír.

Martes, ni te cases ni te embarques.

Salí sin vestirme del dormitorio, como me pidió la noche anterior, y con la firme intención de seguir así hasta que me dijese lo contrario. Disfrutaba tanto con aquellos juegos que difuminaban mis límites que me sentía con la necesidad de entender qué coño me estaba pasando.

¿Cómo me había convertido en un pelele? ¿En su marioneta? ¿Hasta dónde iba a llegar aquello?

"Esta nueva sensación de desnudez me tiene sorprendido. Es como si cada poro de mi piel fuese mucho más receptivo después de todas aquellas caricias. No sé qué has hecho conmigo pero me siento ligero, más en contacto con la vida".

—¡Ahora también escribo mariconadas! ¿Cómo voy a compartir con Esther lo que siento, si lo único de lo que estoy seguro es que me ahogan las dudas? —grité.

Lo peor de todo es que me hacían feliz aquellas inmorales y

extrañas cosas que me estaban volviendo loco.

—¡Tío! ¿Puedo ayudarte hoy? Necesito ir a trabajar o se me irá la olla —dije a un perplejo Fran que, taza en mano, casi tropieza conmigo en el pasillo.

—¿Pero qué te pasa? ¿Por qué sigues en bolas? ¡Dañas mi sensibilidad! —exageraba, girando la cabeza y tapándose dramáticamente los ojos.

—¡Esa mujer va a acabar conmigo!

—¿Qué te ha hecho ahora? —quiso saber mi amigo.

—No sé, tío, pero es todo muy extraño. Me estoy convirtiendo en un su juguete sexual y no sé hasta qué punto me gusta.

—Jajajá. ¡Cómo me gustaría poder decir lo mismo! ¿Tú sabes la suerte que tienes?

—¿Lo dices en serio?

—¡Pues claro! ¡Cómo se nota que no te preocupas por dejar satisfechas a las tías! No quiero imaginarme como se puede complacer a una mujer como ella.

—¿Por qué dices eso?

—Salta a la vista que no es de gustos corrientes, tú ya me has contado alguna movida. Sinceramente no sabría cómo darle placer y eso, ¡eso sí que me volvería loco!

Como siempre que hablábamos, su particular punto de vista me dio en que pensar. Al fin y al cabo, lo importante era que me sentía a gusto en momentos como aquellos, y estar con ella era lo único que deseaba con fervor a cualquier hora del día.

Volví a mirar a mi amigo, esta vez suplicante.

—Por favor… ¡dame algo en qué ocuparme!

—¡Tengo una idea! Aunque de momento no puedo pagarte en metálico. ¿Qué te parece si te lo descuento del alquiler? Inma me ha dicho que hay que arreglar algo en el piso de abajo. Yo no puedo, tengo que ir a enseñar algunas casas esta mañana así que, te agradecería que echases un vistazo y lo solucionases por mí.

—Creo que me comentó algo, sí —dije yo divertido con la situación. Aquella pelirroja era más que bonita y seguro que así, podría ayudar a Inma a conseguir el acercamiento con ella que llevaba tanto tiempo deseando.

El sonido del teléfono hizo que abandonase mis planes de Celestina novel para correr con todo al aire hasta la cocina. Que gustazo sentía moviéndome por la casa como mi madre me trajo al mundo, aunque lo hacía como un corderito volviendo al redil. Cuando por fin llegué a cogerlo un desagradable pitido me indicó que mi interlocutor ya había perdido las esperanzas. La idea fugaz de que Esther se había despertado pensando en mí me había puesto instintivamente "alerta" así que sin pensar, marqué su número.

—Eh... ¿Esther? ¡Buenos días!

—Un segundo —oí decir a Tab, mientras la llamaba en susurros y parecía zarandearla.

La idea de que habían pasado la noche juntas, me trastornó por completo. Si dormían juntas, tal vez tuvieran algo más que una buena amistad… Una terrible sensación de vértigo me lo estaba revolviendo todo. ¿De verdad se habrían enrollado? ¿Justo después de estar conmigo?

Me recorrió un doloroso escalofrío. Con esta mujer era todo tan posible que sentía el miedo taladrarme la sien. Que no era tan importante para ella como yo creía, me parecía ahora una verdad irrefutable.

—¿Si? —contestó, haciendo un enorme esfuerzo por sonar algo más espabilada de lo que estaba.

—Siento interrumpir pero... me acordé de ti y bueno... ¿tienes planes hoy? —dije en un intento desesperado de parecerme a ese hombre encantador que solía enamorar a las mujeres, dejando a un lado todas esas cuestiones que se cebaban con mi vulnerable cerebro.

—¿Interrumpir? ¡No! Nos entretuvimos hablando anoche y nos acostamos tarde —respondió inocentemente, sin saber que me hacía hervir la sangre, bastante alterada ya por mi sucia imaginación—. Como imaginarás, no me ha dado tiempo a planificarme el día pero, estoy de vacaciones así que... ¿Alguna sugerencia?

—Tengo que echarle una mano a mi amigo Fran. Cuando termine te llamo —solté sin más, incapaz de digerir todo aquello que se enredaba en mi cabeza y que me hacía sentir el más tonto de la peli.

—Vale —contestó molesta con mi cambio de actitud—. No tengo previsto salir hoy. Un beso —dijo antes de colgar.

¡Mierda!

Me tiré al sofá con una sensación de mareo muy difícil de describir. ¡La había llamado para quedar y le había dicho que estaba ocupado! Sin duda, me estaba volviendo gilipollas. Yo solito me lo había inventado todo y estaba sufriendo las consecuencias de todas aquellas locas, o no tan locas, conjeturas.

Por desgracia, eso no fue lo peor que los celos sacaron de mí aquel desastroso martes. Con la urgencia de ocuparme un poco, me vestí unos pantalones muy viejos y la camiseta de *Scorpions* que no consiguió tirar ni la mismísima Judith y salí con la intención de cumplir con el encargo de Fran. Tenía que apartar todo aquello de mí y recuperar lo que me hacía ser yo.

—Estás hecho un asco.

—Yo también te quiero, Inma.

—¿Has venido solo a decirme lindezas?

—Sinceramente, vendría a follar contigo a menudo si no fueses tan bollera, pero no es el caso.

—Gilipollas.

—Vamos. Fran me ha dicho que tengo que arreglarle "nosequé" a tu pelirroja. Imaginé que querrías estar presente.

—¡Ya no es mi pelirroja! ¡Toda tuya, si la quieres! ¡No volveré a esa casa ni muerta!

—¿Pero qué me estás contando?

—Lo que oyes. ¡Ya no me interesa!

Inma me cerró la puerta en las narices, dejándome más jodido de lo que estaba.

¿Se puede saber por qué sale todo mal hoy?

Me dirigí por las escaleras a la vivienda en cuestión, intentando recuperarme de la impresión de aquel momento. El trabajo había que hacerlo de todos modos, siempre cumplía mi palabra, así que me dirigí al bendito piso donde las cosas se pusieron aún peor.

28
EL CONTRATO

Tratando de desperezarse se estiró, preguntándose si lo habría soñado todo o de verdad la había despertado para decirle que tenía ganas de verla. Miraba a su alrededor con el teléfono aún en la mano, sin llegar a comprender por qué su emocionante conversación, había acabado con ese desagradable pitido de fondo al otro lado. ¿Por qué se habría despedido de repente? ¿Por qué dijo que estaba ocupado, si quería quedar?

A Esther todo aquello le resultaba demasiado confuso para ser verdad, así que, dejó en la mesilla su móvil y se dio media vuelta. Con un fuerte tirón destapó cruelmente a Tab que, refunfuñando, agarró con fuerza el otro extremo y forcejeó hasta dejarla a merced de aquella fresca mañana.

Incapaz de volver a dormir y sintiéndose desterrada de su propia cama, optó por comprobar la maldita hora y levantarse. Para ello, tanteó a oscuras la mesilla de noche, tirando al suelo todo lo que encontró a su paso.

Joder. ¿De verdad tengo que buscar, totalmente a ciegas, los putos pendientes?

Haciéndose el ánimo de que en la cama ya no haría nada más útil que darle vueltas a algo que no podía cambiar, optó por recuperarlos. *¡Premio!*

Nada más poner el pie descalzo en el suelo, uno de ellos se le clavó en el talón haciendo que viese las estrellas, literalmente, de tanto que apretó los párpados.

—¡Mierda! —gruñó en voz baja.

Esta vez puso un mayor cuidado en el aterrizaje de su otro pie, aunque deseara fervientemente que el otro estuviese cerca. Como no podía ser de otra forma, se hizo de rogar y Esther, arrodillada y tanteando furiosa, acabó dándose un contundente golpe en la frente con el canto de la cómoda.

Esto sí que es levantarse con el pie izquierdo…

—Hielo, por favor... —susurró al llegar a la cocina, aliviada al encontrar allí a su querida asistenta.

—¿No le parece un poco temprano para tomar, "mija"? —respondió al ruego, sin apartar la vista de lo que estaba haciendo—. Mejor tómese un jugo de naranja recién hecho —sugería mientras le

llenaba un vaso enorme—. Debería saber ya que los excesos se pagan caro, "mija".

Sin muchas ganas de discutir y sin perder de vista su objetivo, alcanzó un paquete de guisantes del congelador y se lo colocó sobre la ceja. Después se tomó rápidamente la medicación pues, sabía por experiencia, que tras una mañana tan atípica y repleta de estímulos como aquella, le resultaría fácil olvidarse de la minúscula pastilla que le hacía de motor.

—¡Menudo golpe!

—Eso intentaba decir, Lupe. Tengo el día tonto y para colmo, Pedro viene a por las niñas en breve. Imagínate las ganas que tengo de verlo con lo que me está haciendo pasar —dijo intentando no venirse abajo.

—No se preocupe que yo le despacho pronto y le llevo las niñas al portón. Hágame caso y haga por vivir, que la vida es corta y ese trabajo suyo, acaba con la alegría de cualquiera.

—Si lo intento, pero parece que llevo el viento en contra, Lupe.

—Si no fueses detrás de jovenzuelos muertos de hambre… —añadió Tab, uniéndose a la conversación.

—¡Qué fuerte se levantó la *gringa*! —dijo la criada dándole exageradas muestras de afecto.

—¡Quién se acuesta con niños, se levanta meado! —continuó la broma la recién llegada.

—Ay, ¡eso sí que no! ¡Qué el único interés de esa gente es la cartera!

—Aprovechan las debilidades de las mujeres maduras, que quieren volver a sentirse jóvenes y bellas —siguió la rubia en un tono de sorna que la señora asistenta no captó.

—¡Sois imposibles! —gruñía Esther, cogiendo en ambas manos su desayuno y huyendo hacia el jardín.

—¿Qué me he perdido? —saludó un elegante y sonriente Laurent, al ver salir al huracán Esther sin percatarse de su presencia y con un sonoro portazo. Las allí presentes, reían a carcajadas quitándole importancia.

—Está muy sensible hoy. Las chicas pasarán la semana con su padre —la justificó Tab.

—No me extraña. Desde que la conozco, no ha pasado ni un solo día sin ellas —respondió él, mientras Lupe cogía el plumero y desaparecía de escena disimuladamente.

—Intentábamos animarla, pero no tuvimos éxito —mintió la amiguísima—. Espero que tú tengas más suerte...

—No cuentes con ello. No traigo buenas noticias.

—¿No habrá acuerdo?

—Me temo que no. El cabrito de Pedro se ha “enrocado” y no da

su brazo a torcer. ¡Quiere quedarse con todo!

—El muy mamón…

—Con la ley en la mano, todo son bienes gananciales, pero ha buscado la forma de justificarlo todo y está seguro de que cualquier juez le dará la razón.

—¿Y eso es posible?

—Para nada, pero lo ideal sería que, racionalmente, distribuyeran todo a su conveniencia, no que un juez lo parta todo por la mitad.

—Ya veo por donde vas. Pedro no quiere nada más que dinero. La obligará a venderlo todo y la dejará sin eso por lo que ha luchado tantos años...

—Eso me temo.

—¿Por qué se comporta así?

La miraban desde la ventana con la expresión de quien no sabe cómo evitar una enorme injusticia.

—Pues no nos deja otra opción —prosiguió ella.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si tuviese algo que ayudase a Pedro a volver al camino de las negociaciones y que además, nos diera una posición ventajosa? —preguntó, envolviéndose en un halo de misterio.

—¿Hablas en serio?

—¡Totalmente! Avísame, discretamente, antes de irte y te lo tendré preparado. ¡Él se lo ha buscado!

—Me tienes en ascuas...

—Solo una cosa —dijo mirándole a los ojos fijamente, haciendo una pausa casi teatral—. Esther no debe saber nada de esto. Me hizo jurar por nuestra amistad que nunca seríamos tan rastreras como la gente con la que tratamos…

—Cuenta conmigo. Nunca permitiré que nadie la perjudique.

Aquello iba en serio. Esther no les perdonaría una traición así, pero no iban a quedarse de brazos cruzados. Con un apretón de manos y una mirada cómplice, crearon un vínculo de por vida.

Después Laurent respiró profundo y abrió la puerta del jardín. Había llegado la hora de enfrentarse a la ira de la mujer que lo había vuelto tan loco, como para mediar entre ella y su mejor amigo.

—¡Buenos días! —me dijo aquella sonriente pelirroja abriéndome la puerta en ropa interior, sin inmutarse con mi presencia—. No esperaba a nadie tan temprano. ¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó al ver que de mi boca no salía ni una sola palabra.

—Fran me ha pedido que venga a arreglar algunos desperfectos —contesté segundos después, en cuanto fui capaz de mirarla a los

ojos y obviar que su naturalidad me había hecho perder el norte—. Soy amigo de Inma.

—¡Ah! ¡Pasa entonces! ¡Haré café! ¿Te gusta solo, con leche, descafeinado...? —parloteaba mientras caminaba delante de mí por aquel estrecho pasillo que llevaba la cocina.

—Con leche, gracias —respondí echando un vistazo a la pintura del pasillo y a la grieta de la pared del fondo.

— Deberíais haberme avisado. ¡Tengo la casa hecha una leonera!

—Solo necesitaré que despejes un poco. Con una mano de pintura todo quedará impecable. Esas grietas son muy comunes... por la dilatación y contracción de los materiales… pero no es preocupante, es muy pequeña.

—Bueno, si te soy sincera, solo eran una excusa para acercarme un poco a Inma —confesó mientras la miraba, ahora vestida con una enorme camiseta que dejaba al descubierto sus bonitos hombros —Ella… bueno... hace tiempo que la conozco y me gusta bastante. Pensé que era mutuo hasta ayer... bueno, quizás fui muy deprisa o no sé…

Hablaba sin parar, nerviosa, mientras yo removía irritantemente despacio mi café. Quizás estaba buscando respuestas o algún tipo de apoyo moral de mi parte, pero yo era incapaz de hacer tal cosa. La miraba y soplaba a mi café con la intención de enfriarlo un poco y llevarme la taza a la boca.

A ratos mis propios pensamientos lo invadían todo y en mi cabeza todo hacía presión. Además, aquella bonita mujer, apenada y deseosa se me acercaba confiada para pedirme consejo… ¡La combinación no podía ser más explosiva!

—No te voy a mentir. He ido a buscarla para que me acompañase y no ha querido venir —expliqué, adoptando una expresión de tristeza que no sentía en realidad—. Me ha dicho incluso que tenía vía libre —dije despechado. Al fin y al cabo Esther no contaba conmigo nada más que cuando no tenía nada mejor que hacer.

—¿Lo dices en serio? ¿Ese es el interés que tiene por mí? ¿Pues sabes qué te digo? ¡Qué os podéis ir a la mierda los dos! —gritó levantándose repentinamente de la silla, tirándome por accidente, el café aún caliente encima.

Lamentándome y maldiciendo entre dientes me levanté de allí y la maldije de por vida. Ni siquiera era capaz de pensarme el seducir a otra mujer sin sentirme un hombre despreciable por hacerlo.

—¡Joder! ¡Lo siento de veras! Menuda torpeza... ¡y sin culpa de nada!

—No te preocupes. Ya no quema... —mentí de nuevo para

hacerla sentir un poco mejor.

—Debe parecerte ridícula la situación. A penas te conozco y estoy contándote mi mal de amores con una vecina con la que solo he hablado un par de veces.

—No lo es. Esas cosas pasan. De hecho, yo también me he enamorado de la persona equivocada —admití al fin, delante de aquella pelirroja de ojos claros que me limpiaba los pantalones bruscamente, con un trapo ya mojado. No pude evitar una erección mientras sentía aquel roce tan próximo y veía asomar su precioso culo bajo la camiseta.

—¡Vaya desastre! ¡Te los lavaré!

—No será necesario —repliqué sujetándola por las muñecas y perdiéndome en aquellos ojos cristalinos—. Mejor subo a cambiarme de pantalón y me pongo manos a la obra. Cuando vuelvas de trabajar, estará listo. Lo único es...

—¿Qué? —quiso saber ella, mientras yo me debatía entre arrancarle la ropa a mordiscos para olvidarme de mi reciente fracaso y comportarme como un caballero para no levantarle la chica a mi mejor amiga.

—Subiré a cambiarme de pantalón —resolví—. Tendrás que ventilarlo todo bien si no quieres intoxicarte con el olor de la pintura —insistí.

La mañana se me hizo interminable. La pelirroja era bastante divertida y encontraba siempre la forma de llamar mi atención. Hablaba por los codos y se mostraba muy ocurrente y simpática. ¡Lo que nos estábamos riendo! Yo intentaba que no me distrajeran sus provocaciones de todas las formas que conocía, pero ella me tentaba intencionadamente todo el tiempo. Su ropa, más que sugerente, se unía al gran talento que tenía para incitarme.

—¿Quieres una cerveza? ¡Hace mucho calor hoy! —ofreció amablemente, sin saber que las veía venir a la legua y que no tenía intención de dejar que me utilizase así.

—¡Solo si no me la tiras por encima! —acepté entre risas, bajándome de la escalera y quitándome la camiseta para ver si de verdad me estaba buscando, o todo era fruto de mi traicionera imaginación.

—¿Puedo? —preguntó haciéndose la inocente mientras se aproximaba para tocarme—. No pareces tan fuerte vestido — decía mientras sus manos recorrían mi torso como si estuviesen jugando a moldear arcilla.

—Nadie es nunca lo que parece, ¿verdad? —respondí yo, acercándome un poco más e intentando que se descubriera.

—Nunca —respondió abrazándose a mi cintura y apretándose contra mi cuerpo, mientras clavaba sus tentadores pechos sobre mí

—. Sin duda, eres mucho más sensible de lo que pareces —afirmó acariciándome suavemente el mentón, levantando mi barbilla para observar detenidamente mi boca—. ¿Te parezco lo suficientemente atractiva como para gustarle a Inma? —preguntó acto seguido, dejándome muy sorprendido con aquel giro tan repentino.

—Cualquier mujer perdería los papeles si te acercases así…

Nunca me pregunté por sus motivos. Tenía la certeza de que aquella preciosa sirena pelirroja me deseaba y se moría por sentirme así que dejé de resistirme. Sucumbí a la imperiosa necesidad de sentirme importante para alguien.

29
SALIR CORRIENDO

Subíamos las escaleras de la mano y a toda prisa. El olor a pintura no nos había molestado en todo el día, pero deseaba llevarla a mi cama y disfrutar de ella hasta el límite de mis fuerzas. Sabía que tarde o temprano acabaría arrepintiéndome de aquello, por muchas razones y de mil maneras, pero eso no me detuvo.

Cerré la puerta de un portazo y bruscamente, la aprisioné contra mi sudoroso cuerpo. Al contacto, un leve suspiro de impresión brotó de sus labios que, entreabiertos me invitaban a entrar. Sujetándola por las muñecas y levantándole los brazos, la besé como si no existiese un mañana. Mi lengua, se colaba ávida en su boca y ella, me atrapaba en aquel baile húmedo y demencial. Su pelo olía a frutas, su cuello sabía dulce, la piel se le erizaba y sus pezones clavados en mi pecho, despertaban mis más bajos instintos. Nuestra respiración se aceleraba. Entrábamos en una espiral en la que el deseo cogía el timón. De un tirón, saque sus tetas de la camiseta que llevaba. Descubrir que no llevaba sujetador me hizo sonreír, me excitaba ser la causa de aquella iniciativa tan perversa.

No tardé en llevármelos a la boca provocando una estimulante sinfonía de gemidos y suspiros que me encendían. Mi sexo se erigía imponente, deseoso de rememorar los intensos orgasmos que aquella fiera pelirroja, a fuerza de largas series de embestidas, llevaba todo el día arrancándome. Sin liberarla aún llegué bajo su pantalón, topándome directamente con un sexo ávido y caliente. No llevaba puestas las bragas y lo entendía. Nuestra ropa no había tenido razón de ser desde que el destino nos había hecho cruzarnos por la mañana.

Atravesé enseguida la frontera de lo invisible y alcancé su botón mágico, impregnado del delicioso flujo que se derramaba por y para mí. Sus ojos entornados y su boca entreabierta me pedían en susurros que le diese más. Era inevitable querer experimentarlo todo sobre aquel nuevo cuerpo y descubrir en cada sonido todos sus registros, con el poder de mis movimientos.

El ruido del ascensor la sobresaltó y me pidió que parase. Unos pasos se detuvieron al otro lado de la puerta y contuvimos la respiración unos segundos. Separándonos despacio, sentimos la llave deslizarse en la cerradura. Crucé los dedos. Aquello no podía

estar pasando. *¡Mierda!*

Sonó un móvil y la visita inesperada detuvo el giro de muñeca unos instantes. Reconocí de inmediato la voz al otro lado. Fran, siempre atento al teléfono en horario de trabajo, dio media vuelta y se marchó.

Felices con aquella prórroga volvimos a devorarnos como poseídos por una bestia del averno. La empujé contra el sofá y le bajé el pantalón. Rápidamente la enfundé y se la clavé sin ningún miramiento atacándola por la espalda. Su cuerpo se adaptó inmediatamente al mío, moviéndose contra mí, facilitando que la penetrase cada vez más profundo. Sus movimientos añadían a los míos una nueva dimensión de camino al placer más absoluto, y chocábamos con una furia fuera de nuestro control.

Pronto perdimos el contacto con la realidad y sus gritos rozaban el escándalo. Decía mi nombre junto a un sinfín de obscenidades encadenadas que me volvían loco. Preocupado por las quejas de los vecinos, tuve que taparle la boca. Mordió mis dedos sin controlar su fuerza e instintivamente la azoté con ganas. Por un momento se cruzaron en mi cerebro la sensación de dolor-placer que me estaba proporcionando y sus gemidos en alta fidelidad.

Mi orgasmo llegó de inmediato haciéndome gritar como una bestia. Me di cuenta, segundos después, de que le había ocurrido lo mismo a la princesita pecosa. Salí de su templo con cuidado y agradeciendo que el salvavidas hubiese contenido tal cantidad de esperma. Después volví al sofá y me acurruqué a su lado, besándola por todas partes.

—Esto es de locos. Cuanto más follamos más ganas te tengo. ¿Esto es así siempre? —me preguntó al tiempo que me besaba, sin reparar en mi cara de estupefacción.

—¿Qué quieres decir, exactamente? —contesté, sin poder evitar sentirme orgulloso de mí mismo, ante aquel comentario.

—Por si no lo sabes, no ando con tíos normalmente. Quería saber qué se sentía, aprovechando que estás tan bueno y que eres amigo de Inma.

—Espera un momento... ¿qué tiene que ver esto con Inma? —pregunté con la esperanza de que tuviese una explicación menos disparatada que las que se me ocurrían a mí solito y ya me apuñalaban a toda velocidad.

—A ver, no soy virgen, no te asustes. Hice mis primeros pinitos tan joven que no llegué a disfrutar del sexo con ningún tío… probablemente porque ninguno de mis novios sabía lo que hacía… Sorprendentemente me ha resultado muy placentero contigo, Álex.

—Gracias, pero sigo sin entender qué tiene que ver eso con que sea amigo de Inma —dije aguantando el tipo, comprendiendo de

repente, que había sido burdamente utilizado para darle celos a mi amiga del alma.

—Estaba muy despechada y enfadada. ¡Te ha mandado a mi casa a arreglar cosas que no necesitan arreglo y para colmo, tienes su permiso para seducirme! ¿Cómo crees que me ha sentado eso?

—Puedo entender que te haya sentado mal y lo siento, pero me cuesta creer que lleves todo el día follando conmigo solo para darnos una lección. ¿Estás hablando totalmente en serio?

—Bueno, no eres mejor que yo así que no te hagas más el ofendido, ¡anda! No has tenido ningún reparo en acostarte conmigo a la primera de cambio y no contento con eso, me has llamado Esther en cada orgasmo. ¿Vas a contármelo todo o en el derecho a roce no está incluido ser sincero?

—¡La hemos cagado pero bien! —concluí, asumiendo mi responsabilidad sobre lo que habíamos hecho—. Inma lleva mucho tiempo enamorada de ti y lo peor del caso, es que los dos lo sabíamos. Esto va a cambiar mucho las cosas porque, aunque ella me dijese que esto podía pasar, no me perdonará en la vida que se lo hayamos hecho sufrir en estéreo.

Recorrimos el salón recogiéndolo todo y acusando, poco a poco, el peso de la culpa. Nunca en la vida le habría causado daño alguno a Inma intencionadamente, pero quedaba de manifiesto que el vaivén de emociones en el que vivía desde que había conocido a Esther, me llevaban a actuar como un gilipollas constantemente.

La abrazaba con tanta ternura que sentía que sus cuerpos les sobraban. Laura acababa su largo turno y Fran, después de echar una cabezadita para descansar de su ajetreada jornada, había bajado a ayudarles a cerrar. Las cosas le iban bastante bien. El buen tiempo estaba atrayendo a muchos turistas y se le iban los días de un lado a otro haciendo contratos a precios de temporada alta. Estaba pletórico y más que dispuesto a dar un paso en firme en su relación, bastante atípica para él a esas alturas. Lo había planificado todo al detalle, tenía que ser suya. La diosa fortuna le sonreía y aquella misma noche le dieron la fabulosa noticia. Al fin iba a dar un giro lógico a su vida.

— ¿Todo bien? —susurró suavemente a su espalda, inclinándose para darle un tierno beso en la mejilla—. Te estoy echando mucho de menos, amor — añadió Laurent, mirándola a los ojos.

—He estado mejor —contestó sonriendo amargamente—. ¿Traes novedades? —preguntó buscando una respuesta sincera que acabase con su gran inquietud.

—Aún no —mintió él, desviando la mirada y alejándose para coger una silla con la que sentarse frente a ella—. Debe estar

estudiando minuciosamente tu propuesta —suspiró.

—¡Estáis siempre juntos! ¡No me creo que no hayáis hablado de esto aún! —dijo levantando la voz, Esther.

—Las cosas han cambiado desde que acepté ayudarte, amor —le explicó con calma mientras tomaba sus manos—. Creí que todo sería más fácil si mediaba entre vosotros pero desde entonces, no contesta a mis llamadas. ¡Ni siquiera me saluda! —exclamó indignado.

—¡Cuánto lo siento Laurent! Si hubiera sabido que se convertiría en un problema entre vosotros…

—No es culpa tuya. Como siempre, has actuado con sensatez, pero él me ha convertido en su rival y eso me duele.

—Todo es un malentendido, Lau. Basta con hablarlo.

—No creas. Se lo expliqué detenidamente y prefiere creer que me he posicionado a tu favor.

—"Eres muy visceral. Debes recordar siempre que los negocios son los negocios"—. Repetían riendo al unísono, imitándole y gesticulando exageradamente.

—La de veces que nos lo ha dicho y mírale, cayendo en su propia red —afirmó Laurent.

—Al fin entenderá que a veces los negocios tocan en lo personal.

—Quizás, pero seguirá en su línea, actuando en beneficio propio y jodiéndonos todo lo que pueda, solo por diversión. Te atacará para hacerme daño —suspiró—. Debe imaginarse que estamos juntos ahora que vosotros lo habéis dejado…

—Que ironía, ¿verdad?

—Sí. Pero así es la vida. Justo ahora que podíamos hacer realidad todas las fantasías con las que hemos soñado tantos años, te nos enamoras de un cutre Don Juan inmaduro que no te llega ni a la suela de los zapatos.

—Álex ya no nada en su pecera. Es normal que no se desenvuelva como tú. Aunque tendrás que admitir que el chico promete y tú también sabes cagarla… —bromeó.

—*Touché* —asintió compungido—. Nunca sabrás cuánto me pesa haber perdido tu confianza —dijo inclinándose y abrazándola con fuerza—. Te quiero muchísimo, lo sabes. Por eso he pensado que lo mejor es que me resigne y que te deje ser, en esta nueva etapa. Me tendrás siempre a tu lado Esther, de la forma que tú decidas.

Respondió a aquel abrazo con un cariño profundamente sincero. Le estrechaba y se acurrucaba en su pecho sintiéndose parte de un todo, uno muy especial. Aun así, no era capaz de decir en voz alta lo que a él le habría gustado oír en aquel preciso momento, pero era muy consciente de que si alguna vez amó de verdad a alguien,

Laurent había sido esa persona.

Tocaba ajustar cuentas. Había vivido demasiado tiempo acomodada en su error, empeñándose en ser mejor para lograr ser amada y deseada por el hombre equivocado.

Y se había perdido a sí misma sin haber alcanzado al final, ese sueño de felicidad que le habían vendido desde que era niña. ¿Era la única responsable de construir y conservar aquel paraíso idealizado que era su vida, esa en la que tenía que dejar de ser egoísta y ser la perfecta esposa y la mejor madre?

Dolía. Estar sola significaba que había pagado un precio demasiado alto y realizado un esfuerzo inútil. Aquel abrazo desinteresado era la prueba. Siempre tuvo cerca lo que tanto deseaba pero nunca se atrevió a dar un paso en aquella dirección. Sobraban los motivos.

Ahora que al fin estaba sola, no se sentía sola. Ahora que no tenía nada se daba cuenta de que no necesitaba nada de lo que había perdido. Ahora que debería sentirse vulnerable, se sentía con más fuerzas que nunca. Ahora que todo había acabado solo tenía ganas de recoger sus pedazos y hacer un proyecto propio con todas esas variables que la tenían a la deriva.

Se le escapó una lágrima. Laurent tampoco había sido amado como merecía serlo.

—Supongo que entenderás que no estoy en el mejor de mis días, Lau —susurró mientras le besaba y volvía a acomodarse en su pecho.

—He esperado toda la vida la ocasión de tenerte, sin ninguna esperanza. Ahora, estoy convencido de que no hay un final escrito para nosotros, amor —confesó.

30
SIN RAZÓN NI CORAZÓN

Pese a discutir hasta bien tarde, la chica de las pecas pasó la noche en mi casa. La tensión entre nosotros aumentaba por momentos y muy a nuestro pesar, pronto dejó de tener que ver con lo sexual. Saltaba a la vista que odiaba a los tipos como yo, esos capaces de actuar de la forma más baja para conseguir echar un polvo.

Es cierto que podía haber intentado recuperar su simpatía pero, a aquellas alturas, me pareció del todo inútil hacerle creer otra cosa. Había demostrado de sobra que era un fiel molde de aquel patético perfil. Por fortuna, estábamos de acuerdo en algo importante, Inma no tenía que pagar por nuestro gran error. No se merecía aquello, eso lo teníamos claro, al fin y al cabo era la única que se estaba jugaba el corazón en aquella apuesta tan arriesgada.

Hablamos entonces largo y tendido sobre cómo actuaríamos a partir de entonces para evitarle un mal mayor. Pese a ser muy remota, aún cabía la posibilidad de que no supiese que habíamos tenido un ardoroso *affair*, y eso nos permitía hacer un enorme paréntesis y actuar como si nada hubiese ocurrido. Lo mejor de todo, es que ninguno teníamos que renunciar a ella de ninguna forma, todo seguiría como estaba.

— *Un plan perfecto.*

Pero, por supuesto, también cabía la otra opción. Que la hubiésemos destruido actuando de esa forma tan irracional e impulsiva y la hubiésemos perdido para siempre. Entonces no habría más remedio que enfrentarla e intentar que comprendiese nuestros motivos.

La verdad os hará libres.

Aunque entre nosotros difícilmente volvería a haber un trato más que cordial, insistí en que se quedase a dormir y usase mi cama. Me consideraba un caballero a pesar de esforzarme lo indecible en no quedar atrapado en una relación como la que tuve. No estaba preparado para afrontar, de nuevo, el dolor que supone una ruptura.

Tras el intenso día creí que caería en el sofá como un tronco y descansaría plácidamente pero mi cabeza centrifugaba sin parar.

Había dado carpetazo a aquel asunto, sin embargo, aún tenía cuentas pendientes conmigo mismo. Asuntos que me habían devuelto a mi vida semanas atrás, al tiempo en que no me preocupaban cosas como ser importante para una mujer o si estaba enamorado de nuevo.

El timbre de la puerta me sacó de aquella maraña de pensamientos y sentimientos encontrados en los que las relaciones abiertas, la dominación, la sumisión y el maldito Laurent no dejaban títere con cabeza. Armándome de valor y sin molestarme en ponerme unos calzoncillos me dirigí a abrir la puerta para hacer frente a las consecuencias de mis actos. Estaba resignado. Asumiría cualquier cosa que el destino me tuviese preparado y lucharía por la amistad de esa amiga insoportable hasta que se esfumase toda esperanza.

—Buenos días, Álex. Perdona que me presente aquí tan temprano. ¡No se estar de vacaciones!- —dijo Esther con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja—. He traído el desayuno —añadió sacando de una bolsa de papel algunos dulces recién horneados.

—¡Hola! —contesté ocultando mi sorpresa y preguntándome cómo saldría de aquel lío.

—¿Te he despertado? —preguntó, dándome una sonora palmada en el culo y besándome hasta hacerme olvidar por qué estaba tan acojonado—. ¡Pruébalos! —exclamó, cortando un pedazo y metiéndomelo en la boca—. Los hace un amigo mío en un pueblo vecino. Aún están calientes —advirtió.

—Esther… no es un buen momento… —balbuceé intentando tragar rápidamente aquel pedazo de cruasán mientras ella deambulaba tranquila por mi casa, abriendo de par en par persianas y ventanas.

—Deberías ventilar más esto —afirmó haciéndose cargo de la situación—. Ya contaba con eso, Álex, pero como casi nunca hacemos nada juntos y las niñas se han ido con su padre, se me ocurrió venir a verte antes de ir al centro a hacer unas compras.

—Y te lo agradezco, no pienses mal pero… es que… —traté de explicar atropelladamente a la vez que Lourdes, desnuda y despeinada, se desperezaba acercándose.

— ¡Buenos días! —saludó besándonos a ambos, como si allí no estuviese ocurriendo nada que pudiese tener a mi corazón, latiendo desbocado en mi garganta.

—Buenos días —contestó ella con un gesto divertido, mientras yo pedía con todas mis fuerzas que me fulminase un rayo o algo peor—. ¿Y tú eres…? —preguntó Esther a la pelirroja pecosa que había salido de la habitación, solo para ver si era capaz de librarme

de ese marrón.

—Soy Lourdes, la vecina —explicó esbozando una malévola sonrisa, mientras yo intentaba conseguir desesperadamente que fuese benévola—. Álex me ha invitado a quedarme a dormir. Ayer pintamos mi casa y aquello ¡olía fatal! —concluyó haciendo un exagerado gesto de fastidio. Yo respiré aliviado hasta que volvió a la carga—. Como ya imaginarás por nuestras pintas, hemos follado hasta quedarnos sin fuerzas. No entiendo por qué este cabrón pretende que actúe como si nada —rio despreocupadamente, dejando de manifiesto que iba a ensañarse conmigo de la peor manera.

—Quizás prefiera que su hermana mayor no sepa, tan gráficamente, qué hace en la intimidad con todas las mujeres con las que me encuentro en su casa —contestó serenamente mi adorada Esther, mientras parecía divertirse con la escena. No podía estarle más agradecido por aquel capote—. Ahora si nos disculpas, tenemos que tratar algunos asuntos familiares que requieren de ese otro tipo de intimidad, ya me entiendes...

—Claro. Perdonad que os robe unos minutos más mientras me visto. Creí que eras esa otra Esther por la que suspira cuando se corre —insistió rabiosa, lanzando un nuevo dardo envenenado para herirme el amor propio. Aprovechando aquel nuevo lance, salí del fuego cruzado y me vestí convenientemente.

—Los hombres como él se tiran todo lo que tenga tetas pero, créeme, respetan a las mujeres de la familia —bromeó Esther.

Lourdes, que parecía haberse quedado sin nada que decir, se largó dando un sonoro portazo. Yo respiré profundo y volví a escena, visiblemente avergonzado. Le debía una gran disculpa a la elegante mujer que había vuelto a maravillarme con sus deliciosas maneras.

—Yo... —empecé a decir mientras me acercaba…

—Desnúdate. No hay nada que tengas que esconder de mí —sentenció y me sentí a salvo.

Sintió unas ganas inexplicables de vomitar nada más levantarse. Tener el estómago vacío no ayudaba. Necesitaba sacar fuera aquello que la había hecho enfermar. Se ayudó con los dedos para acabar cuanto antes con aquella dolorosa sucesión de convulsiones que su organismo repetía insistentemente para purgarse. La tos y las lágrimas acudían a la dantesca escena en la que, de rodillas y agarrada a la taza del váter se decía a sí misma que aquello no era posible. *¡No puede ser!*

Agotada, se sentó en el suelo y cerró la tapa. Empezaba otro día de mierda, la tónica de su vida desde que había vuelto a su hogar.

Turnos de doce horas, miles de borrachos pegajosos todas las noches y por si fuera poco Fran, su único remanso de paz, poniéndola entre la espada y la pared con aquel regalo. No se sentía capaz de salir airosa de aquella situación tan difícil de manejar. Sabía que nada sería igual entre ellos después de rechazar su propuesta, aunque la única respuesta fuese que necesitaba algo más de tiempo. Aquel hombre, con el alma de par en par, no se merecía una respuesta tan cobarde.

Conmovida, miró aquel juego de llaves que había dormido sujetando.

Nunca hago prisioneros…

Siempre había tenido claro que su lucha no acabaría allí, en el mismo sitio donde empezó todo y donde había sufrido tantas pérdidas. Se levantó y fue a por una maleta. En otras circunstancias se habría parado a pensárselo un poco, pero el tiempo apremiaba y no iba a ser de nuevo una víctima de su falta de coraje. No había marcha atrás y el camino que se dibujaba en su horizonte no pasaba por comprometerse con Fran en una relación infinita.

— Pareces contenta —dijo besando a Tab, que la recibía en la puerta con un gran abrazo. Seguía su particular ritual, dejando las llaves en el cenicero de la entrada y colgando su bolso detrás de la puerta, mientras su cómplice y amiga hablaba sin parar, totalmente entusiasmada.

—¡Lo estoy! ¡Las negociaciones van viento en popa! El chico está totalmente comprometido con la causa y sus padres, muy ilusionados con la idea.

—¡Excelente! ¿Está hecho entonces?

—No del todo. En realidad les preocupa bastante que no rinda lo suficiente y si serán capaces de afrontar los gastos.

—¿Les has dicho que Arturo se hará cargo de todo?

—¡Claro! Pero como padres se sienten en la obligación de darle todo lo necesario para que tenga el mejor futuro posible…

—Entiendo. Hablaré con ellos —dijo rindiéndose a la evidencia —. Ahora voy a cambiarme de ropa para hacer unos largos — suspiró.

—¡Espera un segundo, Mut! Hay algo más —interrumpió consternada Tab, poniendo en alerta a Esther, que cuando la nombraban así entendía que los tiros acabarían saliendo en aquella otra dirección.

—¿Cuál es el problema? —preguntó con ese aire de suficiencia y superioridad que su amiga acababa de invocar.

—El chico me ha pedido que le “eduque”— reveló.

—¿Qué le eduques? ¿No tiene bastante con que le mandemos a

la Universidad? —bromeó, a la vez que la miraba, incrédula—. ¿Tiene el chico la más remota idea de lo que está pidiendo?

—He estado hablando con él y parece que sí. Según me ha dicho lleva tiempo documentándose y está dispuesto a que le entrevistes o le pongas a prueba el tiempo que sea necesario.

—¡No, por favor!¡He visto crecer a ese crío! —rio—. Ocúpate tú si es tu deseo queridísima Tab. Tienes mi aprobación para prepararlo —dijo mirándola con detenimiento—. ¿Estás totalmente segura? —quiso saber mientras agarraba sus manos.

—Sí, adorada Mut —contestó—. Llevo mucho tiempo sola, quiero disfrutar de algo tan especial como esto, poner en práctica todo lo que me has enseñado… estoy muy ilusionada con... ¡con este nuevo proyecto! —se corrigió.

—No tienes que darme explicaciones. Yo solo quiero que seas feliz así que, si es tu elección, que así sea—. ¡Avísame cuando quieras que lo comuniquemos formalmente! —dijo subiendo al piso superior para ponerse el traje de baño. Por el camino, dejó que Álex volviese a instalarse en sus pensamientos.

—¿Cómo siguen nuestros otros asuntos? —preguntó extendiendo su toalla al lado de la hamaca de su asistente y ofreciéndole uno de los vasos que traía.

—¡Muy bien! Hemos aumentado la cartera desde que tuvimos aquí la visita de Lucas, por lo visto ha dado muy buenas referencias nuestras en las Américas.

—Eso es fantástico.

—Lo es. En cuanto a lo de tu marido...

—¡Ex! —bufó ella de forma casi instantánea.

—¡Eso! ¡Ex! —se corrigió—. Sobre tu ex-marido corren algunos rumores por ahí. Al parecer, las cosas no le van ni la mitad de bien que esperaba. No descartes que aparezca en tu puerta con el rabo entre las piernas.

—¡Uff! ¡Me lo acabo de imaginar así, literalmente! —exclamó entre risas.

—Hablo en serio, Esther. Mis fuentes son muy de fiar y afirman que se lo han oído decir.

—Pues esto sí que es una sorpresa. Laurent y yo nos preparábamos para lo peor… —pareció pensarse un poco lo que iba a decir y acabó canturreando—. ¡Menuda sorpresa!

—Creía que te alegraría saberlo. En cierto modo, es una preocupación menos.

—O más, nunca se sabe —respondió ella y Tab entendió enseguida que Esther tendría un problema mayor si sus hijas se empeñaban en que volvieran juntos. ¡Qué ironía!

31
CONVERGENCIA

Inesperadamente apareció en mi piso Esther, la mujer por la que estaba dispuesto a volverme a enamorar, tan enigmática y deslumbrante como oportuna. No era la primera vez que metía la pata en mi vida, ni sería la última, pero en esta ocasión no podía negar la evidencia ni recurrir a mis viejos trucos. Había sido sorprendido de la peor manera.

Pese a todo, cerré los ojos y le pedí al cielo, aterrado, que aquello no fuese nuestro final. No estaba preparado para perderla, aunque tuviese la certeza de que nunca la tuve como me habría gustado.

—Quizás prefieres que me vaya... —dijo observándome mientras la miraba, sin hacer el más mínimo movimiento. Su voz aún sonaba dulce y tranquila, pese a lo amargo de sus palabras. La cabeza me daba vueltas y no podía entender absolutamente nada. ¿Era posible lo que acababa de presenciar? ¿Me había defendido de las impertinencias de mi vecina pelirroja? ¿De verdad no le afectaba que me la hubiese tirado y traicionado su confianza? ¿Qué tipo de broma era aquella? ¿Dónde estaba el truco?

—No, nada de eso, Esther —contesté nervioso, intentando alcanzarla en su pausado paseo hasta la puerta.

—Eres un cielo y tengo que admitir que me gustas más de lo recomendable —afirmó haciendo un alto en su camino para dedicarme una última sonrisa—. Tanto que me he dejado llevar por mis impulsos sin pensar que quizás, había que elegir mejor los momentos para vernos— dijo suspirando y dándose media vuelta.

Frente a la mesa, trató de estirar la bolsa en la que había traído ese desayuno para dos, tan especial, que ya no íbamos a disfrutar juntos. Sin duda estaba haciendo tiempo, esperaba una reacción mía que le confirmase que estaba equivocada, pero mi silencio revelaba todo lo contrario.

—*El que calla, otorga.*

—Me temo que ha llegado el momento de asumir que no conectamos como a mí me gustaría —concluyó.

Pese a querer decirle que la adoraba y que pensaba en ella todo el día, lo único que salió de mi boca solo sirvió para empeorar más el panorama, que me tenía bloqueado y no llegaba a entender a

pesar de mis esfuerzos.

—Lo siento, Esther —le dije y la puerta se cerró sin hacer apenas ruido, como si la mujer por la que había vuelto a sentir, no hubiese estado nunca allí. Se había ido. Me había dejado allí solo, con el corazón en un puño y a punto de desmoronarme.

Esther decidió bajar por las escaleras. No le importaba llevar zapatos de tacón ni el bolso lleno de cosas inútiles, necesitaba aligerar el peso que llevaba en la cabeza.

¿Era tan difícil ser fiel a uno mismo? La respuesta no era simple. Al contrario de lo que parecía, Álex no estaba preparado para asumir los deseos de libertad de una mujer que había roto todas sus cadenas para siempre. Sus conquistas fugaces eran la prueba de que se tomaba su independencia muy en serio, pero que no veía con buenos ojos la de los demás.

Caminó deprisa, clavando sus poderosos tacones en los adoquines de la acera, con la intención de aclarar sus ideas. ¿Tendría que haberse planteado la idea del contrato desde el principio?

Una vez más entendió por qué el BDSM le parecía un modo de vida tan inteligente, práctica y elegante. Las cartas estaban boca arriba desde el principio y eso ahorraba muchos problemas y esfuerzo. Cuando se paró en aquel paso de peatones notó un persistente dolor en los pies. Mirando al otro lado de la calle se dio cuenta de que había andado un buen trecho y la oficina de su querido amigo ya no quedaba lejos.

Al llegar, la secretaria la recibió con muchos aspavientos. Era generalmente un *pitbull* rabioso y antipático, pero con ella se comportaba amable en exceso. Parecía tener orden de hacerla pasar de inmediato, llegase cuando llegase.

—¡Menuda sorpresa, amor! ¡Pero qué guapa estás!— exclamaba un elegante y perfumado Laurent, dando enormes muestras de sentir una gran y sincera alegría de volver a verla—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Vine a hacer unas compras y aproveché el viaje para hacerte una visita.

—No hace falta que mientas, se bien que no puedes vivir con la incertidumbre.

—La casa de campo es muy bonita, pero poco práctica. Tengo que hacer todos los días cerca de cuatrocientos kilómetros entre la ida y vuelta. Entiéndeme. Necesito saber qué va a ser de mi futuro económico para hacer algunos cambios de forma urgente.

—Pues el correo de esta mañana traía buenas nuevas, amor —afirmó sonriente Laurent. Después hizo una pausa para crear

tensión pero la dura e impaciente mirada de Esther le hizo retomar su discurso inmediatamente—. Parece que nuestro querido Perro va a volver a la vía diplomática. Su secretaria me ha pedido una nueva entrevista.

—¡Qué fantástica noticia! ¡No todo tenía que empezar mal hoy!

—¿Qué te ha pasado? ¿Otra vez has tenido que ayudar a tu novio a atarse los cordones?

—Me jode admitirlo. Pero teníais razón. Es del todo imposible. Él mismo me lo ha confirmado.

—Vaya...

—Evita decirme que lo sientes —le interrumpió—. Sé de sobra que no es cierto.

—Te equivocas esta vez, amor —protestó, con pesar—. Admito que no me resultó fácil ser racional y gestionar todas aquellas emociones de golpe, cuando supe que estabas liada con él. Ten en cuenta que por unas horas creí que era posible tener un futuro con la mujer a la que llevaba esperando toda mi vida.

—Ya. Tuvo que llegar el inmaduro para jodérnoslo todo, ¿no?

—No seas tan dura conmigo. De verdad hice un gran esfuerzo por entenderte. Estabas jodida y tenías que reaccionar. Pero entiéndeme tú, no podía cometer el mismo error dos veces.

—¿Comportarte como un capullo integral?

—No, resignarme como lo hice y volver a perderte. Esta vez elegí luchar "con unas y dientes" por la persona a la que quiero.

Por primera vez en mucho tiempo Esther se permitió ser débil un momento y le abrazó con fuerza. Los ojos se le llenaron de lágrimas y, pese a estar tan vulnerable, se sentía a salvo en los brazos de aquel abogado tan temible. Ninguno de los dos había tenido una vida fácil, se merecían algo mejor que seguir esperándose el resto de sus vidas.

—Sé que te he decepcionado mucho en un momento muy delicado para nosotros. No sabes cuánto me pesa. Actué de forma egoísta entonces, pero tu felicidad siempre será mi prioridad. Por eso te pido que me dejes permanecer en tu vida, haya quien haya en tu corazón. ¿De acuerdo?

—Prometido.

—Espero no tener que arrepentirme de confiar en tu palabra —dijo y la hizo reír—. Ahora vamos a tomarnos un café a ver si te animas y podemos celebrar que has vuelto al mundo de los adultos.

—¡Idiota! —bromeó. Y aprovechando la proximidad de aquel cálido y reconfortante abrazo buscó su boca despacio, mientras sus ojos se hablaban sin palabras. Sus labios se rozaron levemente y sus manos se acariciaron con urgencia. Un escalofrío la recorrió, despertando en ella el deseo que le guardó siempre y se besaron,

cómplices, hasta que su móvil comenzó a vibrar insistente, en algún lugar de aquel saco sin fondo.

— No te rías, es importante —le decía Tab mientras intentaba dejar de sonreír como si fuese una boba adolescente, en plena revolución hormonal.

—He estudiado, no hace falta que te pongas tan solemne —bromeó él, apartándole con cariño un rubio mechón que le caía en la cara.

—¡Tómatelo en serio, Arturo!, esto es la clave de que todo funcione en el futuro. Tú sabrás a qué atenerte y yo sabré hasta dónde puedo llegar.

—De acuerdo, ¿qué propones?

Los muelles de aquella cama gritaban en cada movimiento, amenazando con delatarles si se comportaban de forma inapropiada. Tenía su gracia, pero la realidad era que en aquella humilde habitación, no había otro sitio más decoroso donde sentarse.

—Me gustaría conocerte mejor, antes de nada —dijo intentando evitar pensar en cuánto deseaba tenerle disponible para satisfacer todas aquellas morbosas fantasías—. Así que propongo vernos los fines de semana, siempre y cuando hayas cumplido con tus obligaciones.

—¿Eso incluye las clases particulares? —bromeó.

—Pareces deseoso de empezar y agradezco tu entusiasmo, pero es necesario tomárselo con la suficiente calma. Empecemos por hablar de lo que esperas de nuestro acuerdo y anotamos todo eso para tenerlo de referencia.

—Como tú digas, Señora.

—Para empezar, no me gusta que me llames señora. Me hablarás de usted solo cuando yo te lo pida. Para ti seré Miss —dijo deteniéndose unos instantes—. Te daré un nombre más adelante, cuando te lo ganes —parándose a tomar aire—. Este tipo de clases son agotadoras así que no serán 7/24 en principio, estableceré unas consignas para que sepas en qué momentos practicaremos, si te parece bien.

—Muy bien.

—En cuanto a la exclusividad. La exijo desde un principio y no pienso ser flexible. Es algo en lo que no pienso negociar. Esto no quiere decir que no puedas irte cuando quieras. Si conoces a alguien y cambias de idea, solo tienes que comunicármelo y será un hecho.

—Es muy lógico pero, soy una persona fiel.

—De todo puede pasar, pero ten presente que podemos hablar

de cualquier cosa que te ocurra y que, además, siempre buscaré tu bienestar. Te convertirás en alguien muy importante para mí y mi felicidad será un reflejo de la tuya.

—Estoy seguro de que será mutuo.

—Fuera de las sesiones nos comportaremos como buenos amigos, iremos al cine, de copas, a ver conciertos... cualquier cosa de ese tipo sin que haya entre nosotros ninguna muestra de cariño públicas. Al menos, en un principio. Me has pedido que te ilustre, y ese será mi rol, enseñarte de qué va esto.

—Entiendo.

—¿Qué esperas tú de todo esto?

—Vivir la sumisión más absoluta a la que seas capaz de someterme.

—Explícate un poco más.

—Aspiro a ser un sumiso total, un esclavo si prefieres llamarlo así. Depender absolutamente de ti para todo. Que controles lo que llevo, lo que gasto y en qué, lo que hago, lo que siento... ¡todo! Que cumplas en mí todas tus perversiones, que me obligues a cumplir con tus deseos, que me humilles, que me utilices, que me perviertas, que me castigues... Quiero fortalecer mi mente y ser capaz de cualquier cosa que me pidas, siempre y cuando no me perjudique de ningún modo.

—Por supuesto, tu seguridad y bienestar serán siempre mi prioridad. Concretarás en un listado las acciones a las que te refieres, con precisión y exactitud. Necesito que seas muy explícito y que hablemos sobre todo ello para descartar lo que no va conmigo, o negociar hasta qué punto puedo llegar si en algún momento estoy dispuesta a hacer cosas con las que no comulgo en principio.

—Claro. Te la haré en cuanto te vayas. Por cierto, ¿lo de jugar a ser amigos es negociable? Me gustaría más que jugásemos a ser pareja...

Tab puso entonces cara de póker. No podía creer lo que estaba oyendo. ¡El tipo iba a por todas!

32
AGRADECIDO

Se sentó en uno de los bancos de la desierta estación de autobuses, sin saber aún hacia dónde se dirigía. Su mirada se perdía en los destinos que lucían, con letras bien visibles, los vehículos que esperaban pacientes su hora de salida. Aún respiraba agitada mientras buscaba en aquel bolso, siempre lleno de cosas inútiles, mil razones para no salir huyendo del modo en que lo había hecho.

—Fran —se maldijo entre dientes—. Papá… —susurró después.

La posibilidad de una nueva vida, llena de amor de verdad la hacía temblar de arriba a abajo. ¿No era eso lo que quiso siempre? ¿Sería como esperaba?

Apretaba con fuerza el reluciente juego de llaves que encontró bajo su servilleta la noche en que él le dijo su primer "Te quiero". Solo recordar aquel momento la hacía estremecerse y temer que su relación fuese demasiado en serio cuando, en realidad, apenas acababa de empezar. ¿Cómo lo podía él tenerlo todo tan claro?

Volvió a sentir náuseas y buscó, desesperadamente, un aseo en el que librarse de aquella desagradable sensación.

Aún tenía encogido el estómago. Mi desastrosa mañana prometía un día plagado de nervios y visitas al escusado. Para colmo, aún tenía que rendir cuentas ante Inma, por ser un cabrón sin remedio y haberme llevado a la cama a su amor platónico a la primera de cambio.

—¡Menuda mierda! —dije para mí mismo.

Había llegado la hora de rendir cuentas y me merecía, al fin, sufrir las consecuencias de mis malas decisiones. ¿Quién sabe? Tal vez aprendiese de una vez que hay cosas por las que merece la pena pararse a pensar y reprimirse un poco.

—¿Está libre esta silla?

—¡Claro! —respondí mientras miraba incrédulo al sujeto que en lugar de llevársela a otra parte, se sentaba frente a mí. Bien pensado... ¿qué otra cosa haría alguien con su talante?

—¡Tráeme una cerveza y unas almendras “Benja”, que ya no son horas de café! —dijo al camarero con un gesto más que cordial—. No te había visto nunca antes por aquí —afirmó dirigiéndose a mí, inmediatamente después—. ¿O me equivoco?

—Es mi primera vez —le respondí—. Salí esta mañana de mi zona de acción con la esperanza de no tropezarme con ningún conocido y... ¡joder! ¡Tenías que ser tú! —refunfuñé.

Laurent sonrió y se encogió de hombros mirándome fijamente.

—Mala suerte, supongo…

—Ahorrémonos los cumplidos, tío. No estoy de buen humor y sobra decir que eres la última persona con la que quiero hablar hoy —admití.

—Relájate un poco, chico —contestó con aire desenfadado y dándome palmadas amistosas en la espalda—. El cariño que me tienes me lo tengo bien merecido, Álex, pero la vida no siempre nos va a dar la oportunidad de redimirnos. Hay que aprovechar las ocasiones como ésta...

—¡Déjate de paridas conmigo, Laurent! Por desgracia ya sé de qué pie cojeas y créeme, no tienes que hacerte el buen tipo conmigo —bufé frunciendo el ceño y mirándole desafiante.

—Como quieras, pero te recuerdo que los dos estamos en la misma situación —dijo cruzándose de brazos y haciendo un gesto enigmático—. ¿No te parece que nos podríamos venir muy bien el uno al otro?

—¿Qué nosotros qué? —respondí perplejo—. Te juro que no entiendo una palabra de lo que estás diciendo.

—Reconozco que no empezamos con buen pie, pero haz un esfuerzo por entenderme. Acababa de reunirme con la mujer a la que amé toda la vida y por fin parecía que podríamos vivir juntos lo que siempre soñamos... Y llegaste tú, haciéndole brillar los ojitos y llevándote mi bien más preciado en mis propias narices.

—Te entiendo más de lo que crees —suspiré. Yo también pasaba por un calvario cada vez que se veían—. Esther se ha convertido en alguien muy importante para mí y la he perdido, por mi gran torpeza.

—Lo único que pasa es que no la entiendes.

—¿Cómo?

—Esther no es una mujer corriente. Por si no lo has notado, ella no exige más de lo que da y no espera de ti que seas quien no eres.

Sus palabras me dejaron pensativo y me sentí ridículo. Ahora todo cobraba sentido. Esther iba y venía haciéndose sitio en mi vida y en mi alma sin forzarlo, sin reproches, sin hacerme sentir su prisionero y yo, lejos de comprenderlo, lo sufría.

—De igual modo, la tendrás cuando ella quiera y como ella quiera. Tampoco esperes que eso cambie por ti.

—¿Por qué me ayudas?

—Me ha costado un poco entenderlo pero, al final, me he dado cuenta de que no tenemos nada que hacer si nos comportamos

como rivales. Esther ve en ti cosas que no encontró nunca en mí, y viceversa, así que estoy seguro de que no conseguiremos nada si seguimos por esta "vía muerta" del todo o nada. No se comprometerá con ninguno de los dos —sonrió con cierta tristeza.

—Pues ya me contarás dónde está la gracia, porque yo no se la veo…

—Tampoco renunciará fácilmente a nosotros, te lo aseguro. La conozco muy bien.

—¿Y qué sugieres que hagamos? Yo lo veo bastante más negro que antes...

—He visto cómo te mira y sé de buena tinta que me quiere, así que solo se me ocurre una cosa... que no la hagamos elegir.

—Entiendo —respondí estrechando agradecido la mano que me ofrecía.

Donde menos te lo esperas nace un buen amigo y para nada esperaba encontrarlo donde lo encontré.

— ¡Mamá! ¿Por qué no me cogiste el teléfono? ¡Te he llamado mil veces!

—Cariño, he estado trabajando toda la mañana y he tenido que ir a ver al abogado. Por lo visto tu padre...

—Ya lo sé. Estoy con él. Hemos hablado largo y tendido. Creo que todo se puede arreglar aún. Él está muy arrepentido y dispuesto, así que ¡solo falta que nos lo confirmes tú!— decía Estefanía muy entusiasmada, hablando atropelladamente desde el otro lado del auricular—. Mamá voy a poner el "manos libres" y así podéis hablar los dos. ¡Estoy tan contenta!

—Amor... —empezó a decir aquel hombre rastrero y mentiroso, mientras los oía su hija mayor—. Lo he pensado mucho. Esto ha sido una estupidez, una chiquillada. Steff tiene razón, tú no has dejado de quererme y yo, me he equivocado pensando que podría amar a otra mujer —suspiró—. Sé que esto no es tan fácil como pulsar un botón, pero las niñas se merecen que nos demos una segunda oportunidad, por todo el tiempo que estuvimos juntos y por supuesto, por todo ese amor que nos tuvimos y aún nos tenemos… De ti depende que sigamos siendo una familia.

Esther contuvo la respiración. Se esperaba cualquier cosa de su ahora ex-marido, pero que se la jugase tan sucio no se le había pasado por la cabeza. ¿No la había castigado bastante? ¿No eran suficiente el abandono, el desprecio y la humillación? ¿También tenía que ser la culpable de su separación a ojos de sus hijas?

—¡Mamá! —oyó decir a Aurora desde otro punto de la habitación.

Sintió como un escalofrío la atravesaba de la cabeza a los pies,

pero aun así apretó las mandíbulas y se preparó para descargar un duro mandoble sobre aquella farsa que la había puesto en jaque.

Actuando como la reina que era, respondió con firmeza, cortando de raíz cualquier intento futuro de manipulación. El problema era que la caída del rey arrepentido, iba a ser muy dolorosa para sus hijas.

—Chicas, os quiero más que a nada en éste mundo... —dijo sin poder evitar que se le escapasen unas cuantas lágrimas. Tomó aire. No iba a permitir que la utilizase de nuevo de aquel modo en que siempre lo hacía. ¡Se acabó! Era libre y ya se había sacrificado bastante.

—Papá nos ha dicho que planeemos un viaje para ir los cuatro juntos, para que te animes y se te olviden estos días tan desagradables que hemos pasado todos. Steff y yo estamos mirando el crucero que siempre quisiste hacer, ¡el de los fiordos noruegos!

—Sabéis cuánto me ha costado aceptar que vuestro padre, después de tanta entrega y amor sin condiciones, me dejara por aquella bonita chica de ojos verdes. No soy capaz de perdonarle y olvidar con tanta facilidad como vosotras. Debéis entenderlo.

—Deberías estar feliz de que papá aún te quiera y te haya pedido perdón —gritó Steff—. ¿Qué te impide aceptarlo? ¡Dime! ¿Es por el tipo ese que canta? ¿O es acaso el tío Laurent? —la acusó sin piedad.

—Mamá tiene derecho a estar con quien quiera. Ahora no tiene que... —intervino Aurora.

—¡Tú te callas! —dijo encarándose con su hermana y armando la marimorena—. ¡Siempre la has querido más a ella! ¡Te odio! ¡Os odio a las dos!

—Si fuiste tú el que llamaste a papá de todo cuando se fue con la otra... ¡Eres una imbécil de cuidado! ¡Te ha comido el tarro Steff! —se gritaban alejándose de la escena.

—¿Ves lo que has conseguido, Esther? ¡Ahora hasta tus hijas discuten por tu culpa!

—No me hagas la responsable de todo esto. No me cansaré de recordarte el tiempo que nos has engañado a las tres con tu entrenadora personal. Si la jugada te ha salido rana, no es culpa mía. Es hora de que apechugues con las consecuencias.

—¡Vamos mujer! ¡No eres ninguna santa! ¿A caso no te equivocas nunca?

—¡Ojalá me hubiese equivocado todas las veces que podría haberlo hecho! ¡Te las tenías muy merecidas! ¡Voy a por mis hijas ahora mismo! Olvídate de verlas más, hasta que se resuelva todo en el juzgado.

—¿Qué hay del acuerdo?

—No hay acuerdo. Has jugado sucio y has utilizado a mis hijas. Eso no lo hace un padre que las quiere, ¡es imperdonable!

—Lo siento, amor. Nada me sale bien desde que...

Esther colgó rabiosa. Esa cerdada no tenía perdón y estaba dispuesta a todo.

De camino al aparador donde solía dejar las llaves respiró profundo. Todo le temblaba y le llevó aún unos minutos más serenarse y reorganizarlo todo en su cabeza. ¡Claro! Si Laurent las recogía en la ciudad estarían allí dos horas antes y podrían hablar de las futuras acciones legales. Hizo inmediatamente esa llamada.

—No he podido evitar oírlo todo, amiga mía. Me he tenido que morder la lengua para no decir lo que pensaba —susurró Tab mientras la abrazaba como solo ella sabía hacerlo—. Te prometí que no me metería en este asunto pese a que puedo ayudarte, y lo sabes.

—Mis hijas, Tab. Ellas son lo que más importa. No voy a permitir...

—Lo sé —dijo intentando calmarla y sintiéndose culpable por haberle confiado al guaperas, tan preciada información.

—Por suerte ya están de camino, el muy sinvergüenza ha aprovechado estos días para lavarles el cerebro y ponerlas en mi contra. ¡Menudo numerito ha montado! ¡A saber qué narices les ha dicho!

—Tranquila. Tus hijas te quieren y te creerán. Tienes que relajarte. No deben encontrarte así a su vuelta. Cálmate, habla con ellas y recuerda que ya no son unas niñas. Nada de decir verdades a medias.

—Me gustaría que me entendieran, pero quieren a su padre y no será fácil hacerles ver que mi vida no era tan perfecta como ellas creen.

—No puedes hacer nada más que apelar a su madurez. Recuerda que tengo pruebas de todo y que son más inteligentes y fuertes de lo que una madre protectora sería capaz de reconocer.

—Ojalá tengas razón, queridísima amiga.

—Pocas veces me equivoco, adorada Mut —presumió ella haciendo una mueca de prepotencia y guiñando el ojo de forma pícara—. ¡Tengo que sacarte de fiesta un rato! Estas perdiendo el color de tanto estar entre hombres —rio.

Seguía encogida en el sofá, comiendo helado y mordiéndose las uñas. Estaba muy nerviosa. Se preguntaba una y otra vez si Álex le traería información valiosa sobre la vecina pelirroja, que le sirviese para intentar algo con ella sin sentir toda aquella vergüenza.

Sin duda le traería una historia increíble. Estaba segura, le

conocía bien y sabía de buena tinta que, aunque presumiese de poder tirarse a cualquier mujer, era un buen tío. No pudo evitar reírse de sí misma. Seguramente, a estas alturas, podría decirle hasta el color de sus bragas o cómo la apodaron en el colegio. Lo que Inma no podía imaginar era hasta qué punto, sabría cosas de su amor platónico.

No podía esperar más y fue a buscarle. Estaba tan intrigada y deseosa que no encontrarle en casa le supuso un verdadero fastidio. Paso la mañana subiendo al ático. El ansia la tenía al punto de usar su propia llave para asegurarse de que no había nadie allí.

Quiso pensar que la necesidad de trabajar le había animado a salir a la calle a seguir repartiendo currículums. Por su cabeza pasaba de vez en cuando la idea de ir a ver cómo había quedado todo en el piso de la pelirroja de sus amores, pero no reunía el valor necesario para encontrarse con ella. Se moría de ganas de volver a verla.

33
¿QUIÉN NO NECESITA UN AMIGO?

No se lo pensó dos veces, dejó su copa de vino en la bandeja y salió de la bañera para secarse a toda prisa. Pese a lo que podía parecer, se alegraba de que acabase por fin aquel inmenso silencio que le rodeaba. A veces le parecía enfermizo tener el teléfono tan cerca y sentir el deseo inconsciente de que alguien llamase para cualquier nimiedad, pero era cierto que agradecía infinitamente que le sacasen bruscamente del perpetuo trance en el que vivía.

Pese a todo, era inmensamente feliz. Se sentía libre y tenía la vida que siempre deseó.

Estaba seguro de que cualquiera de sus conocidos querría estar en su pellejo y conocer aquel estadio de autorrealización personal, aunque le faltase algo de ruido, el ruido que confirma que no estás solo.

—Voy enseguida. Tú no te preocupes.

Tirando su albornoz por el pasillo se apresuró hasta su dormitorio a por ropa limpia, que sacó del armario al azar y sin siquiera encender la luz. Su corazón bombeaba deprisa y sentía la gran urgencia de acabar con aquello cuanto antes y poder abrazarla, para quedarse tranquilo. No le preocupaba lo más mínimo si aquel pantalón y aquella camisa, que sacó a tirones del plástico de la tintorería, combinarían de algún modo estético y coherente. ¡Menuda movida! Nunca había visto a Esther tan nerviosa y preocupada.

Como profesional en la materia, su amigo había cometido una torpeza enorme al actuar de ese modo en pleno proceso de divorcio y lo peor del caso era que los había puesto a todos en una situación emocional difícil de manejar. Como amigo solo podía desear que aquello acabase lo antes posible y de la mejor forma porque, si se alargaba mucho, se convertiría en un infierno.

Por fortuna las chicas lo adoraban. Era sin duda la mejor compañía que podían tener tras un incidente como aquel. Laurent no pudo evitar sonreír mientras las recordaba cuando eran pequeñas.

La fortuna quiso que fuese el primero en verlas al salir del paritorio, pues se adelantaron y pillaron a su padre fuera del país. Gracias a eso, había podido estar al lado de Esther en aquellos

duros y felices momentos, y cuidarlas a ambas en sus primeros días de vida. Desde entonces, nunca faltó a los acontecimientos más importantes de sus vidas; sus primeras sonrisas, los molestos cólicos, las graciosas pedorretas, los dolorosos dientes, las ininteligibles palabras, los inseguros pasitos... ¡y la cosa no había acabado ahí! La cercanía y el cariño con el que las trató siempre le habían convertido en un orgulloso tío Laurent, que se había ganado a pulso el título de cómplice en todas sus trastadas. Suspiró. ¡Cuánto le habría gustado ser padre!

—¿Dónde coño están las llaves? —dijo, corriendo por el pasillo hasta la percha que había tras la puerta de la entrada, donde colgó la chaqueta que llevaba por la mañana—. ¡Aquí estáis!

Una extraña sucesión de pensamientos le llevó a acordarse de Álex y a plantearse si estaría en las mismas circunstancias si no se hubiese entrometido entre ellos. Casi con toda seguridad él habría podido entrar en el círculo cerrado que era la vida de Esther y estaría corriendo a por su coche justo en aquel momento, con el mismo miedo a que Pedro le reventase la cara y a que sus hijas no quisieran irse con él. ¿Llamaría él a un buen amigo? No se lo pensó dos veces y buscó en su móvil el contacto robado. Esta vez haría las cosas bien.

—Soy yo, voy en el coche. Necesito tu ayuda.

—Te mando ubicación —dijo su interlocutor sin preguntar siquiera cuál era el problema.

—Llego en cinco minutos —respondió él, feliz de ver que no quedaba en "el inmaduro" ni una sombra de duda o rencor.

Mirando por el retrovisor para salir del garaje se dio cuenta de que había olvidado por completo la mascarilla de arcilla que se había puesto a la hora del baño. El polvillo blanco comenzaba a desprenderse y a caer sobre su preciosa camisa oscura, recién lavada.

— *¡Mierda!*

Haciendo uso de una toallita de las que usaba para limpiar el retrovisor del coche, frotó con cara de asco hasta hacer desaparecer aquel pringoso y útil complemento para limpiar los poros.

—¡Fantástico! ¡Mi cara se ha acartonado y huelo a limpiacristales!

No era el mejor momento para volver a casa, si alguien a quien quería tanto tenía una urgencia, metía los pies en el barro hasta el mismísimo cuello. Nada le preocupaba ahora más que ellas.

—Perdona el retraso.

—No pasa nada, estaba justo aquí al lado.

—Bien, sube.

Álex se subió con cuidado, intentando no arañar con las hebillas

de su chaqueta, la fina y elegante tapicería del coche de lujo que llevaba Laurent.

—Antes de que me preguntes... ¡Gracias!

—De nada. ¿En qué me acabo de meter?

—Si me llegas a ver hace cinco minutos habrías pensado que quería atracar un banco —rio.

Álex se extrañó con la broma, pero no dijo nada al respecto, sonrió y esperó pacientemente a que su ahora amigo, le diese una explicación.

—He hablado con Esther. Por lo visto la ha llamado Pedro pidiéndole que volviese con él. El muy cabrón ha aprovechado para hacerlo delante de las niñas y te podrás imaginar cómo se han puesto con su madre cuando se ha negado. Me ha pedido que vaya a por ellas y he pensado que, si se nos pone chulo, mejor ser dos.

—Gracias por pensar en mí —contestó irónico—. ¿Y cómo están? Steff no llevaba muy bien lo del divorcio...

—Por lo que me ha contado ella, su padre las ha hecho creer que una reconciliación era posible así que, se han llevado un chasco monumental. Como no podía ser de otro modo, las ha usado para coaccionarla y eso le ha sentado fatal. Por eso me ha pedido que las lleve a casa… Y aquí estamos, ¡juntos en una nueva aventura!

—¿Te ha pedido ella que me llames?

—No, pero he pensado que le gustará tenerte a su lado en un momento como éste. Al fin y al cabo estarías en mi lugar si yo no me hubiese interpuesto.

—Debes quererla mucho, Laurent. ¡No conozco a nadie tan loco! ¡Dios! —dijo Álex echándose las manos a la cabeza y tratando de asimilar lo que acababa de oír—. Te lo agradezco muchísimo, de verdad, pero no te culpes. Si alguien nos ha separado he sido yo, que la he cagado un millón de veces o más.

—Bueno, mejor dejamos de buscar culpables. Todos hemos sido factores importantes en este asunto pero ahora la cuestión no es lo que hicimos o lo que no, sino lo que haremos a partir de ahora —respondió mirándole y regalándole una sonrisa cómplice.

—Me tortura lo que le dije.

—Es una mujer fuerte y práctica. No se queda nada que la impida seguir adelante.

—Tú sí que la conoces bien...

—Lo dices como si eso te pesara.

—Me pesa. Cuando dijo esta mañana que sentía que no conectábamos me quedé pensando justo en eso, en lo poco que se de ella y lo mucho que lo necesito.

—Con Esther es todo muy sencillo, será un fiel reflejo de lo que le des—. Mira, ésta es la casa. ¡Prepárate para lo peor!

Habíamos llegado. El corazón se me aceleraba. Empezaba a oscurecer y las farolas comenzaban a encenderse en uno de los barrios más bonitos de los que había en el extrarradio de la ciudad. Las calles eran todas simétricas y las casas, cada una del estilo de su propietario, configuraban un pintoresco paisaje rodeado de árboles, muros y vallas de seguridad. Laurent puso las luces de emergencia, tocó el claxon y salió del coche. Yo le seguí esperanzado y rezando para que todo aquello saliese bien.

Fran había pasado la tarde en el *Rocking* hablando con el *Boss*. Esperaba, tomando una cerveza, a que Laura bajase a hacer su turno, pero en su fuero interno sabía que no iba a aparecer. Temía la reacción del viejo, desde que su hija había vuelto era otra persona.

—¿Crees que acabarás siendo mi yerno? —preguntó de repente, mientras daba brillo con un trapo impoluto a los últimos vasos de tubo. Aquel hombre no podía estarse quieto.

—Espero que llegue el día —dijo distraído, mientras sentía que lo había echado todo a perder con aquella proposición precipitada.

—Laura ha llamado hace un rato para pedirme la noche libre. Viendo qué esperas a que llegue, me temo que tenemos movida... —suspiró mientras le hacía un gesto cómplice—. ¡No hay quien las entienda! Su madre, que en paz descanse, me tuvo más de un año en un sinvivir... ¡Nunca me olvidaré del beso que me dio cuando ya la había dado por perdida!

—Nosotros estábamos muy bien hasta que...

—¡No me digas que ha vuelto el bastardo ese!

—No, no es eso —dije sonriendo amargamente—. He alquilado un pisito para nosotros. Anoche le di las llaves cuando acabábamos de cenar y desde entonces, no se de ella.

—A veces son así de impulsivas. Su hermana hacía lo mismo cada vez que se nos enfadaba. Se quedaba muda y desaparecía unas horas, pero siempre volvía. La última vez... —su voz se quebró y las lágrimas acudieron a sus cansados ojos. Fran le miraba sin saber si acudir para ofrecerle su hombro o si esperar a que siguiese hablando. Él usó el trapo y se recompuso de inmediato—. La última vez no volvió —sonrió con tristeza—. Supe por Laurita que le iba bien y quise llamarla, pero tuve miedo de que me dijera que no quería volver a saber de mí. Nunca me perdonó lo que hice.

—Nada puede ser tan grave como para eso, además, ya hace muchos años...

—Su madre estuvo muy enferma. No quería que las niñas sufriesen por aquello. Laurita se dio cuenta y enfermó, una cosa de esas de la cabeza, se cortaba en los brazos… Lidié con todo eso

mucho tiempo y entendí que su madre tenía razón.

—Laura me dijo que así conoció a Jorge.

—Eso es. El muchacho era bastante mayor que ella, pero la ayudó mucho y le cogí mucho cariño. Cuando las cosas se iban saliendo del tiesto, empeñamos lo poco que teníamos para alejarlas un poco de todo eso, por su propio bien. Nos veíamos muy poco. No tenía dinero para mucho más y finalmente, ocurrió lo inevitable. Su madre murió y nos fuimos distanciando.

—Lástima.

—Sí. Ellas estaban enfadadas y yo no tenía otra opción. No estaba en condiciones de pelear más. Lo pasé muy mal viendo cómo mi mujer se marchitaba poco a poco y me quedaba sin ellas. Ahora Laura ha vuelto y no quiero volver a perderla —confesó intentando ahogar de nuevo aquel dolor—. Tú eres un buen hombre, Fran. Ella lo sabe. No cometas el error de callarte lo que sientes por miedo a lo que pasará. Hazle caso a este pobre viejo...

Ésta vez sí que se coló en la barra para abrazarle. Había vivido muchas madrugadas con aquel hombre taciturno y serio que, entre cervezas, le había ofrecido siempre buenos consejos. Ahora era él quien necesitaba un amigo.

—No la perderemos. ¡Ahora vuelvo! —le dijo mientras entraban los primeros asiduos.

Fran cogió el móvil y la llamó. Después salió a buscarla.

— Dos meses.

—¿Dos meses?

—Sí. Necesito tiempo para ver si esto puede funcionar. No nos conocemos de nada.

—Puedo hacerte una lista de mis libros y mis pelis favoritas, de las canciones que me hacen llorar, de las revistas que escondo encima del armario...

Tab se echó a reír. Nunca había tenido un aprendiz con aspiraciones de pretendiente, tan entregado. Le gustaban aquella espontaneidad y aquel ímpetu.

—De acuerdo. Aceptaré esa lista. Pero quiero tenerla mañana a primera hora y no leeré más de dos folios.

—¡De acuerdo! ¿Me darás un beso después?

—Creo que has pasado por alto que la que manda aquí soy yo —bromeó.

—Es posible, pero creía que aún estábamos negociando —dijo acercándose a ella peligrosamente y aprovechando que aún sonreía, la besó tiernamente en la comisura de la boca.

—¿Ya tienes hecha esa lista? —preguntó como si nada hubiese pasado.

—Si piensas que esto es un beso, es que no tienes ni idea de lo que te daré mañana cuando acabes de leerla —respondió haciéndose el interesante.

Tab le dejó aproximarse hasta que se le lanzó directamente a la boca. Estuvo rápida y puso ambas manos en su pecho para impedírselo.

—No quiero tener que ponerme dura, pero si tengo que hacerlo ¡lo haré! —sentenció mientras le miraba fríamente y adoptaba una postura que dejaba claro que la cosa se ponía muy seria.

—Será como usted diga, Lady Tab —respondió él inclinando levemente la cabeza.

34
DORMIR CONTIGO

Mi cabeza se había convertido en una olla a presión. Hacía ya varias horas que Esther se había encerrado en la habitación con sus dos hijas y Laurent, tras beberse varias copas de un carísimo brandy diciendo verdades como puños, me mandó sutilmente a la cama. Quizás estaba cansado ya de hacer de perfecto anfitrión o tal vez sentía, como yo, la urgente necesidad de estar un rato a solas con sus pensamientos y ver nuestra historia con perspectiva.

Lo cierto es que yo estaba desconcertado. Nadie lo suficientemente loco hubiese imaginado, tal y como empezaron las cosas entre nosotros, que llegaríamos a ser capaces no solo de coexistir y de aceptar de buen grado los sabios consejos del otro.

Don Perfecto me tenía totalmente fascinado. Tenía que reconocer que era un hombre con una personalidad arrolladora y que, al igual que a los asistentes a la fiesta, me había hecho caer en su red muy fácilmente. ¿Acaso era tan sencillo manipularme? ¿Aprovechaba mi debilidad por ella con algún otro fin? Todo era un sinsentido. ¿Rivales y amigos? ¿Dónde era posible eso?

Desconfiar no era algo natural en mí y aun así, mi instinto parecía querer avisarme de algo que había pasado por alto. Era algo irracional que me recordaba que aquel tipo estaba acostumbrado a nadar entre tiburones y que podía estar defendiendo su territorio.

—¡De veras! ¡Esto es más sencillo de lo que crees! —afirmó, mientras le miraba con cara de bobo—. El amor se suele confundir con posesión y por eso, el ser humano acaba perdiendo los papeles.

—Es posible, soy muy visceral —argumenté.

—Te entiendo perfectamente. A mí me pasa igual. No suelo dejarme llevar emocionalmente por las relaciones que mantengo, pero cuando llego a hacerlo, hago estupideces como la de aquella fiesta.

—Yo tampoco es que te mirara con buenos ojos después de sorprenderos aquel día follando en la cocina —confesé.

—Lo sé, pero si racionalizas, todo eso no es necesario. Se puede amar mucho a muchas personas sin que eso implique tenerlas solo para ti y privarlas de sí mismas. Un amigo, un hermano...

—Es distinto —afirmé categóricamente.

—¿Por qué es distinto, Álex?

Su pregunta me dejó sumido en mis pensamientos. ¿Qué era lo que me convertía en un patético ser que sentía celos constantemente de quién se le acercase? ¿Por qué envidiaba la complicidad que tenían? ¿Por qué no los quería ver juntos? La respuesta era sencilla.

—No quiero perderla.

—¡Eso es! La sinceridad con uno mismo es importante —aplaudió orgulloso al ver que yo llegaba poco a poco a las conclusiones correctas—. La tendrás mientras no se pierda a sí misma… Ahora dime, ¿qué estarías dispuesto a hacer para que eso no ocurra?

—Cualquier cosa que la haga feliz.

—Cuidado con lo que deseas, amigo —respondió en un tono muy tierno—. Eso puede tener graves consecuencias para ti —concluyó sonando seriamente apesadumbrado—. Yo… —se interrumpió. Parecía estar pensando bien lo que iba a decir y después, se quedó en silencio durante unos interminables segundos.

—Yo estuve en esa situación una vez. No me arrepiento, por supuesto, pero eso tuvo un alto coste emocional para mí.

—¿Te refieres a ... —curioseé sin que él dejase que acabara de plantear aquella pregunta.

—Sí —respondió sin perder de vista aquel líquido ambarino, que agitaba en la copa mientras se daba tiempo para ordenar sus ideas —. Me odié durante mucho tiempo… —dijo deteniéndose de nuevo para dar un nuevo trago—. Cuando Esther y yo nos conocimos congeniamos enseguida. No tuvimos gran cosa pero, era apasionada y aquello era siempre tentador. Los días pasaban y empezaba a sucumbir pero éramos demasiado jóvenes para algo serio y yo quería experimentar…

—Y la dejaste ir —interrumpí.

—Algo peor. Le presenté a mi amigo Pedro para seguir con mi plan de comerme el mundo y, muy a mi pesar, encajaron a la perfección. Entonces descubrí que ya no sería para mí y que la amaría toda la vida… Por eso sigo a su lado.

—Ha debido ser muy duro.

—Lo fue, pero ella era feliz y yo encontré el modo de serlo también. Nuestra amistad es tan grande que me siento alguien muy importante en su vida. Cuenta conmigo para todo, siempre. Cuando vi que te colabas entre nosotros en este punto tan determinante para mí, fui a por ti sin pensármelo dos veces.

—Es comprensible...

—Pero ya ves de lo que me ha servido. Ahora desconfía de mí y he estropeado lo que creamos con tanto mimo —guardó silencio y

cerró los ojos—. Espero que no sea tarde para ti y que mi dolorosa experiencia te resulte útil.

De reojo miró el reloj y su vista se posó en las escaleras. Era obvio que su interés en mí ya había mermado y que estaba más preocupado por otros asuntos así que me despedí dándole las gracias y me dirigí al cuarto de invitados. Tumbado en la cama volvían a asaltarme mil preguntas y me reprochaba no haberlas planteado en el momento oportuno. ¿Era realmente tarde para mí? ¿Lo creía de verdad? ¿Qué pretendía poniéndome de nuevo en la diana de Esther? ¿Qué pieza era yo en aquel juego a tres?

— ¿En qué momento estamos? ¿Ya debo llamarte Miss?

—Mientras no tengamos algunas cositas claras, no tendremos sesiones Arturo. ¡Necesitamos tu lista!

—¿Y eso no le quita todo el morbo al asunto? El saber qué puede pasar y qué no, quiero decir…

—La verdad es que te sorprendería lo calentito que te puede poner charlar un rato de estas cosas con tu opuesto —rio.

—Entonces es mejor que no lo hablemos ahora, ¿no? Esto está muy concurrido.

—¿Por qué? ¿No te gusta jugar con el comodín del público?

—Pues no sé, casi que prefiero el de la llamada —bromeó.

—¡Anda ya! ¡No me digas que nunca has fantaseado con hacértelo delante de mucha gente!

—Sí, pero nunca se me había ocurrido la cafetería de la facultad en hora punta como escenario, mujer.

—Es el tipo de cosas que debes pensarte. Verás, a veces el sentirte expuesto es muy excitante. Yo, por ejemplo, lo pasaría más que bien mostrándote desnudo delante de mis amistades.

—¿Cómo exactamente? ¿Follando?

—No tiene que ser así. De haber alguna posibilidad, acordaríamos cómo en función de hasta qué punto te sentirías cómodo. Imagínate que tu problema es ver quién te está mirando. Podríamos encontrar una solución como ponerte una venda en los ojos. Conste que es un ejemplo, lo que me guste a mí o no, no debería condicionarte.

—Interesante. Pero también tengo deseos de complacerte.

—Y lo harás, dentro de tus límites. Hay cosas que deseas, cosas que no te entusiasman pero que no te incomodaría hacer, cosas que no has vivido y te atreverías a experimentar y situaciones que no querrías vivir por nada del mundo. Eso es lo que espero saber con tu lista. Yo también quiero que disfrutes, así que, como conduzco yo tendrás que decirme qué esperas de nuestro viaje.

—Entiendo.

—El juego es que tu pongas los límites y yo las reglas —bromeó.

—He leído algunas cosas que me han llamado la atención. Quisiera sentir tu control de forma absoluta. Someterme a ti en todos los sentidos. Que me digas qué gastar, cuándo y en qué, que elijas mi ropa, llevar el corte de pelo que te guste, que me pongas a limpiar llevando tacones, que me insultes y me ridiculices, que me azotes y me proporciones todo tipo de sensaciones físicas, ser tu esclavo sexual, llevar tacones... ¡Todo lo que quieras!

—¿Heces, orina, sangre, quemaduras?

—Aggg.

—¿Ves? Hay que ser precisos.

—Está bien. Descarta la zoofilia, las marcas a fuego, el dolor extremo...

—Empezamos a entendernos. Yo también tengo mis gustos, pero nuestro contrato estará en función de los tuyos. Te anticipo que la dominación 24/7 es demasiado para mí. Mi vida laboral es intensa y, como podrás imaginarte, eso más que placentero sería agotador.

—Siempre puedes ponerme una serie de normas con las que pueda sentirme controlado sin que ejerzas el control directamente, ¿no?

—Claro. Hay millones de posibilidades.

—Como vivir juntos, por ejemplo.

—Vivir juntos —repitió ella—. ¿Es un deseo?

—¿Es un límite? —respondió él.

La casa quedó a oscuras y durante un rato creí que sería capaz de relajarme y dormir, pero pronto empezaron los pasos en la oscuridad y los ruidos inexplicables. Soy un tipo práctico y suelo buscar la explicación a todos los siniestros ruidos que mi mente asocia rápidamente a maldiciones o ladrones asesinos, más que nada para evitar enloquecer, pero pronto las voces delante de mi puerta confirmaron mis sospechas.

—No debiste invitarle a venir. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Solo pensé en hacer que te sintieses mejor. Hasta donde yo sé, su presencia te hace olvidar las patochadas de tu ex-marido y disfrutar de la vida intensamente.

—Deberías haberte preocupado de las niñas y de que, tal vez, no sea tan buena idea que tengan en casa al que creen que dificulta que vuelva con su padre.

—¿Hablas de Álex o de mí? Creo que Steff anda un poco confundida con todo este asunto.

—Ya no. He seguido vuestro consejo y me he sincerado con

ellas. Es posible que no lo lleguen a entender nunca del todo, pero ahora saben por qué no vuelvo con su padre y que vosotros no tenéis nada que ver con eso.

—Entonces todo ha ido bien.

—A medias. Steff quiere ir a estudiar a Oxford. Su padre ya ha movido hilos y ella lo tiene clarísimo. Temo que lo haga por alejarse de este incómodo presente más que por procurarse un buen futuro, pero no me puedo negar. Auri no lo tiene tan claro, pero me da a mí que va a seguir los pasos de su hermana y va a aprovecharse de la coyuntura. No la culpo, para una vez que su padre las escucha...

—Antes o después iban a salir de debajo de tus faldas, amor.

—Lo sé, pero no me gusta que huyan de mí…

—No huyen de ti, amor. Eres un ejemplo de fortaleza, independencia, autonomía… Quieren ser mujeres como tú y se van para ponerse a prueba. Se medirán con la vida, se conocerán más a sí mismas y correrán hacia su autorrealización. ¿No es ese el sueño de toda madre?

Esther se echó a llorar. Laurent la abrazaba con cariño.

—Estarán bien, tú lo sabes, y nosotros no vamos a permitir que te sientas sola así que no hagas un drama de esto. ¡Londres está a menos de dos horas! Podemos ir a verlas las veces que sea necesario, preciosa.

Esther se separó de él bruscamente mientras yo los miraba de reojo, sorprendido. Al parecer no le había gustado que la llamase como solía hacerlo yo y se lo había hecho saber. Él no llegó a disculparse, en realidad no había motivos para eso, pero a mí me gustó mucho aquel detalle. Volví a sentirme importante en su vida. Lo que ocurrió después lo viví mientras me hacía el dormido.

Esther se quitó la bata y se metió bajo las sábanas, acoplándose de espaldas contra mí. Laurent también se puso cómodo y, para mi sorpresa, también se coló bajo mis sábanas situándose frente a ella.

Se besaban con ternura y sin prisa, mientras se decían palabras muy cariñosas. Yo solo fingía que dormía para poder encajar delicadamente todo aquello que estaba viviendo. Ahora la charla que habíamos tenido hacía un rato cobraba su particular sentido. Lo que más nos convenía a los dos era mantener el singular *status quo* que nos permitía seguir viviendo nuestra particular historia con Esther, sin complicar las cosas con nuestros miedos e inseguridades. Por supuesto, ella tenía la última palabra sobre aquello.

Laurent había madurado. Estaba dispuesto a aceptar que no sería nunca el único para ella si con eso podía recuperar el tiempo perdido en su loca juventud. Yo, que no estaba seguro de que aquel triángulo amoroso fuese a ser totalmente satisfactorio para mí, tenía

la pelota en mi tejado.

A un paso de formar equipo con el formidable, invencible e imparable dúo que me daba la ocasión de jugar en la liga de lo extraordinario, dudaba. El torbellino de miedos y emociones que me invadía, poco a poco me aislaba de lo que estaba ocurriendo conmigo y sin mí a escasos centímetros de mi cuerpo. La vida, para mí, estaba hecha para ser vivida de dos en dos.

35
MOTIVACIÓN Y DISCIPLINA.

Laura paseaba nerviosa de un extremo a otro del salón mirando de vez en cuando por la ventana, preguntándose una y otra vez si había hecho bien en seguir su instinto y correr en dirección a la calle y el número que rezaban en la etiqueta del llavero. Ya eran más de la una y Fran no había aparecido.

Su preocupación la hacía rascarse cada vez con más fuerza y sin control los antebrazos. Casi no sentía aquel dolor. ¿Por qué tendría apagado el móvil? ¿Por qué se retrasaba tanto? Sabía que no tenía una aventura ni se le había ido el santo al cielo de cervezas con sus amigotes… ¿Le habría pasado algo?

No se atrevía a salir a buscarle. Su primera experiencia en aquella casa no fue para nada agradable y ahora, lo único que podía hacer para relajarse era mirar el reloj. Estaba tan asustada que no se paró a pensar que tal vez la habían echado en falta y la estaban buscando por ahí desesperadamente, llamándola sin parar al teléfono que había apagado en su intento de fuga, hasta agotar la batería.

—¿Quién se larga así sin el cargador? —se lamentó.

Le había vuelto a ocurrir, ahora en el banco de la estación. De repente, un gesto tan nimio como buscar los pañuelos en su bolso, la había hecho encontrarse con su nueva realidad. Esa en la que un llavero le recordaba que no fue feliz huyendo, que debía afrontar nuevos retos mirando hacia delante, ser capaz de aventurarse a descubrir qué le esperaba tras esa otra puerta.

Así fue cómo salió de allí corriendo a toda prisa. Aún era de día y, con suerte, nadie habría reparado en su ausencia. Conocía la dirección. No quedaba lejos de donde vivía con su padre. El número correspondía a un edificio de seis plantas que construyeron en el solar donde solía jugar cuando era pequeña. El bloque, relativamente nuevo, de una altura considerable para esa zona ajardinada, estaba repleto de espaciosas terrazas de enormes cristaleras.

— ¿En serio, amor? ¿Ni piso ni número? ¡Menudo rompecabezas!

Empezó por adivinar cuál sería la llave del portal. Se sentía como un ladrón probando suerte con la ganzúa. ¿Levantaría sospechas entre los vecinos?

—¿Puedo ayudarla, señorita?

Laura no pudo evitar sobresaltarse. La voz a su espalda le heló la sangre. Ya conocía a aquel hombre. Le miró de soslayo. Estaba tan guapo y apuesto como siempre pero iba acompañado de una bella mujer, que le ayudaba con la compra.

—Sí, por favor. No consigo abrir con las manos tan ocupadas —respondió intentando no parecer nerviosa.

Jorge dejó las bolsas en el suelo evitando mirarla mientras sujetaba la puerta. Después las invitó a pasar, quedándose el último, como un perfecto caballero. Finalmente llamó al ascensor.

—Tú debes ser la vecina del ático —afirmó rompiendo el incómodo silencio—. Mi mujer lo puso en venta hace unas semanas. No esperábamos ocuparlo tan pronto.

—¿Eran ustedes sus anteriores propietarios? —preguntó confusa —. Un placer —añadió dejando la maleta en el suelo para estrecharles la mano. Sintió escalofríos al sentir de nuevo su tacto.

—Mi padre invirtió en pleno *boom* y construyó la urbanización. Se quedó con el piso en el que vive y dejó el ático para nosotros pero preferimos venir todas las semanas y conservar nuestra independencia, a vivir tan cerca —dijo ella haciendo un guiño, mientras le devolvía el apretón de manos.

—Entiendo. Un gusto conocerles —se despidió.

— El viejo vive justo debajo, si necesita algo pídeselo. Parece un cascarrabias pero es muy amable y servicial.

—Muchas gracias —respondió mientras volvía a cerrarse la puerta automática.

Laura respiró aliviada pero volvió a sentir las desagradables náuseas de la mañana y rezó para llegar con tiempo suficiente al baño. Le flaqueaban las piernas y la sorprendía un sudor frío. Por suerte sabía exactamente donde iba. Entró tirándolo todo al suelo, sin poder disfrutar del olor a nuevo y las fantásticas vistas. Tenerle tan cerca, fingiendo que no se conocían, la asqueó muchísimo.

Vomitó hasta quedarse sin fuerzas. ¡En qué mala hora le había vuelto a ver!

Pasándose el brazo para secarse la boca, se detuvo a contemplar aquel mágico espectáculo de luces y sombras que daban textura y color a su nuevo universo. Se deleitó entonces con aquellos espacios tan amplios, los techos altos y los magníficos ventanales por los que la luz dorada del atardecer lo inundaba todo.

Tab llevaba días planeando aquel nuevo encuentro. Sabía que aún era muy pronto para enfrentarle a sus más oscuros deseos pero aun así, se dejó llevar por sus ganas de divertirse y le llamó. ¡Todo tenía que ser perfecto! Él se ocuparía de todos esos detalles “de vital

importancia".

Un par de horas después, confirmó satisfecha que había dado en el clavo. Arturo bajaba de aquel cochazo oscuro, vistiendo un elegante traje azul oscuro satinado, elegantemente conjuntado. Cualquier mujer se habría derretido con una leve mirada suya en aquel momento.

Se alegró de haber hecho aquella elección. Dïo era un asesor un poco caro y, para según qué cosas, bastante estrafalario, pero siempre conseguía el resultado perfecto si le hacías un encargo específico.

—Hemos pasado una tarde fantástica, querida. ¡Repetimos cuando quieras! —dijo, acercándose y saludándola como si se conociesen de toda la vida—. ¡Menudo ejemplar te has buscado! ¡Es una maravilla en todos los sentidos! ¡Te felicito!

—Muchas gracias, David, pero apenas nos conocemos aún...

—¡Pues ha estado divino! Ha respondido muy bien a las órdenes, no ha hecho preguntas y viene totalmente aleccionado. No abrirá la boca en toda la noche.

—¡Perfecto!

—¡Ah! Me he encargado de hacerle una limpieza a fondo y lleva puesto un dilatador a su medida. ¡Regalo de la casa!

—¡Muchas gracias! —respondió sorprendida. Le venía de perlas que las expectativas del chico le tuviesen expectante y alerta—. ¡Fantástico trabajo!

Tab saludó a su pupilo con un tierno beso en la mejilla y le pidió que volviese a subir al coche. Después se sentó a su lado y le cogió de la mano.

—¡Estás impresionante, Nil! ¿Lo has pasado bien esta tarde?

Arturo, en su rol de sumiso en periodo de doma, asintió sin más y esperó pacientemente a que volviese a darle instrucciones.

—¿Estás nervioso?

Volvió a asentir, esbozando una ligera sonrisa que complació enormemente a su adorada Lady Tab.

—¿Has traído mi lista?

Después de un nuevo gesto afirmativo buscó en el interior del bolsillo de su chaqueta los pliegos de papel en los que había escrito, tan concienzudamente como había podido, todas las posibilidades que tendrían para experimentar juntos a partir de ese momento. Sonriendo feliz, entregó satisfecho y orgulloso la importante lista, sin poder evitar mostrarse deseoso de verse sometido a todas y cada una de esas situaciones.

Ahora que le habían acicalado, se sentía como recién comprado. Estaba listo para complacer y seguir con su aprendizaje.

—Suponía que podrías con algo como lo de hoy. Te felicito. La

depilación siempre es un engorro, pero eres fuerte y Dïo solo trabaja con grandes profesionales —Tab detuvo su discurso cuando se acordó, de repente, de la primera vez que Esther la puso en sus manos.

— Bueno, ahora sí que estás listo para todo lo que te depara la noche.

El conductor se desvió a una zona poco iluminada y aparcó a espaldas de un edificio muy antiguo, recién rehabilitado. Las luces solares del jardín, repartidas por toda la superficie, eran tenues y brillantes como estrellas caídas del mismísimo cielo. Otras, de mayor tamaño, indicaban el camino hasta la entrada de *La Casa* a través de un magnífico jardín de vegetación abundante, que ofrecía intimidad a las estancias tras los muros.

Un diligente esclavo de color, les recibió con una reverencia y les condujo al interior, enunciando a cada paso un listado de lugares de los que podían disfrutar, con compañía o sin ella, y recordándoles las normas de toda buena casa como aquella.

—Bienvenidos a la *Maison des Cordes*. Nima y Gwen estarán felices de saludarles en el salón del trono.

—Muchas gracias, Doc —respondió ella, amablemente, al hombre del trasero firme y sugerente.

Arturo miraba a todas partes entusiasmado y caminaba de la mano de Tab, que le mostraba aquel nuevo mundo, guiándole por las distintas estancias.

Tuvieron que descender varios tramos de escaleras hasta lo que le pareció el inframundo. El lugar, decorado con gran gusto, y como si fuese la antesala del infierno, albergaba todos los instrumentos de tortura que se pudiesen imaginar. Nil, asustado, se aferraba con fuerza a su Ama, que disfrutaba como una enana de aquella imponente teatralidad de escenarios impresionantes, descendiendo junto a él a las entrañas de aquel lugar.

La música instrumental, terriblemente épica, se sumaba al conjunto mezclándose con los olores y sonidos que emanaban tras las puertas que flanqueaban el salón del trono. Allí, dos regias e imponentes sillas de madera oscura sorprendían con la talla del respaldo, representando las imponentes alas plegadas de un ángel negro. En ellas, los regentes del lugar reposaban vestidos como dioses del averno. Tab sonrió. Sin duda Dïo era el responsable de aquellos trajes tan impactantes.

—Buenas noches Lady Tab, nos hace muy felices verla aquí de nuevo —dijo acercándose el hombre de pelo oxigenado y ojos gélidos que la tomó de las manos y la besó en el cuello.

—Mi señor, este es mi nuevo pupilo. Se llamará Nil.

—“Nada”, un nombre muy ingenioso. ¡Me gusta! De nuevo,

bienvenida a tu casa. Me alegra ver que no pierdes las buenas costumbres —siguió diciendo, abrazándola y besándola del mismo modo.

—¿En qué podemos ayudarte, buena amiga?

—¿Desde cuándo estáis juntos vosotros? —bromeó Tab—. Hasta donde yo sé no le podías ni ver, Gwen —dijo ella y ambos rieron aquella ocurrencia. Las bromas duraron un buen rato más, tanto que acabaron siendo una tortura para el recién llegado, que parecía algo más preocupado ahora. No era para menos, los látigos, los quejidos, las cadenas y los gritos que acompañaban a aquella sinfonía de sensaciones, iban haciendo mella en su gran valor.

Desperté sediento, sin recordar en qué momento había caído rendido en aquel sueño profundo, ni cuando me había abrazado de aquel modo al musculoso Laurent. Avergonzado de mi actitud, me aparté despacio, intentando evitar que se despertase y me viese tan abochornado. Prefería pensar que le habría confundido con Esther o que lo había hecho de forma totalmente inconsciente.

—Buenos días, corazón. Apuesto a que no esperabas despertarte así hoy —me saludó con tanta guasa como de costumbre.

—¡Vete a la mierda!

—Vamos. ¡Esto no es ninguna cosa mala, ni rara!

—Déjame, en serio. ¡No sé porque cojones te hice caso ayer! ¿Seguro que no intentabas que Esther nos hiciese de carabina?

—Jajajajá. ¡No seas infantil, hombre!

—¡Deja de reírte! ¡Esto no tiene puta gracia!

—¿Ya se han despertado mis bellos durmientes? —dijo ella apareciendo, de repente, en la que había sido nuestra habitación.

—¡Voy a darme una ducha! ¡Ten cuidado! Álex está que muerde... —la informó él, dándole un casto beso en la mejilla antes de pasearse desnudo ante nosotros como si fuese lo más natural del mundo.

—¡Las niñas, Lau! —advirtió Esther mientras Laurent se enrollaba en la toalla con cierto fastidio—. Perdón...

—¿No has dormido bien? —me preguntó abrazándome y besándome en la mejilla.

—Me fue difícil, la verdad —respondí apartándome.

—Espero que no hayas estado incómodo. Después de la charla me sentí muy necesitada de cariño. Siento haber orquestado esto sin consultarte, no quise despertarte.

—No te preocupes.

—Las cosas no están siendo fáciles. Ahora las chicas adoran a su padre. Se las va a llevar fuera a estudiar. Ya no les parece el mismo que nunca les hizo caso. Y por supuesto, yo soy la madre protectora

y egoísta que no quiere volver con él y que ellas hagan su propia vida. ¿Qué te parece?

Aproveché el momento para atraerla contra mí y abrazarla largamente. Después la recorrí a besos y la tumbé conmigo en la cama. Mirándola a los ojos intenté transmitirle tranquilidad y confianza, no necesitaba más preocupaciones.

—Todo irá bien. Tú dales tiempo.

—¡Cómo si fuese tan fácil! —rio amargamente.

—¿Cómo haces para tenerme así de loco? ¿Eh? —le susurré al oído mientras me acariciaba el pecho y me sonreía—. Solo eso me hace inmensamente feliz, ¿lo sabías? —volví a decirle para ver como su sonrisa se convertía en algo aún más cercano a la alegría.

—Tu llegada a mi vida tampoco ha sido fácil de encajar. ¡Mira en qué lío me has metido! —rio. —¡No sé qué hacer con vosotros dos! —bromeó.

—Lo entiendo. Pero yo no estoy hecho para esto. Sé que creías que estaría dispuesto a amarte esporádicamente pero me gustas demasiado para eso.

—Eso me enamora y me destroza al tiempo, Álex.

—Es como me siento.

—Me encantaría que ninguno tuviésemos que renunciar a lo que queremos. No quiero causar ni sentir dolor.

—Lo sé y lo siento de veras pero, yo no soy capaz de disfrutar de este extraño triángulo amoroso, preciosa.

Laura oyó de repente la puerta. Se había quedado dormida y aquello la asustó. Al encenderse la luz pudo ver a un Fran totalmente destrozado, con los ojos enrojecidos y con cara de no creer lo que estaba viendo.

—¡Gracias a Dios! ¡Estás aquí! —gritó feliz mientras corría a abrazarla. Con mimo la levantó del sofá y la estrechó entre sus brazos—. ¡Menudo susto nos has dado! ¿Dónde has estado?

—Cogí algunas cosas y me vine a casa —mintió. Pero eso nadie podía saberlo. Sus dudas habían quedado atrás y eso era lo único que importaba ahora. Fran lloró como un niño en sus brazos. Aquello suponía que sus vidas, a partir de entonces, transcurrirían juntas. No volvería a acostarse solo y a dormirse pensando en ella, ni tendría que soñar que despertaba a su lado nunca más.

Ahora harían planes juntos, compartirían su propia casa y discutirían por tonterías, como le pasaba con Inma.

¡Qué feliz era! ¡Estaba pletórico!

36
MENAGE A TROIS

No podía creer lo que estaba viendo. Ni corta ni perezosa, estaba aprovechando que las niñas aún dormían y Laurent acababa de dejarnos solos, para colar sus manos bajo las sábanas y hacerme sentir de lo más irresistible.

—Creo que es mejor que sigamos como hasta ahora, Álex. Viéndonos cuando nos venga bien y divirtiéndonos sin más —susurraba acariciándome hasta que me la puso tan dura que fui incapaz de resistirme.

—Ahora mismo no estoy en posición de negarme a nada de lo que me pidas, preciosa.

—Entonces... ¿eres capaz de olvidarte de todo lo demás y concentrarte en nosotros, solo cuando estamos juntos? —preguntaba mientras yo repetía cada una de sus palabras en mi cabeza, a la busca y captura de la trampa que había tras ellas.

Sus manos descendían por mis piernas hasta llegar a agarrarse fuertemente a mis tobillos, poco a poco fue desapareciendo de mi vista y convirtiéndose en una placentera amenaza bajo las sábanas. Su boca fue descendiendo por mi entrepierna, mordiéndome a la altura de las rodillas y en la planta de los pies. Aquella sensación entre placer y dolor hacía que todo mi cuerpo se estremeciera.

—¡Uy! Perdonad. Venía buscando a Laurent. Su móvil no para de sonar.

—¡E...Está en la ducha! —acerté a decir antes de que saliese corriendo a buscarle—. ¿Deberíamos dejar esto para después? —susurré mientras aquella perversa criatura hacía caso omiso a aquella sugerencia y salía de su escondite clavando sus lascivos ojos en los míos. Detenerla era del todo imposible, ya que se hizo con mi boca y provocó que mis manos recorriesen deseosas su cálida piel hasta dejarla totalmente desnuda. Comenzó entonces un baile mortalmente lento en el que mi sexo se mojaba con sus fluidos hasta que, en la posición correcta, fuimos de nuevo uno.

—¿Aún crees que deberíamos dejar esto para después, Álex? —rio. No me dejó contestar y siguió con su planeada cadencia de movimientos, arrancándome gemidos a la vez que me agarraba a sus caderas y la empujaba, pidiendo más.

—Ahora, después y siempre. Lo quiero tener siempre —respondí

con gran esfuerzo.

Laurent apareció por allí como si nada, cerrando la puerta a su espalda y diciéndole a Esther en voz baja que Tab estaba haciendo unos bocatas para llevarse a las niñas de excursión.

Sintiendo como todo se me empezaba a venir abajo fui sorprendido por aquella mirada suya que ya había visto alguna vez y me corrí, me corrí como un colegial mientras ella seguía moviéndose sobre mí, ajena a mis convulsiones y a la turbia mirada de mi desnudo amigo, tan visiblemente complacido con el espectáculo como volvía a estarlo yo.

Lejos de sentirme asqueado con la situación, mi excitación se multiplicaba por tres, si es que eso era todavía posible. Sí, estaba totalmente a su merced y aquello me gustaba más de lo que estaba dispuesto a asumir. No tenía que preocuparme de lo que quería y cómo lo quería, ella me usaba a placer y obtenía de mí todo lo que iba buscando. Me deseaba hasta el punto de olvidar que había más personas en aquella casa o de ignorar que alguna entraba en nuestra habitación. Me poseía en todos los sentidos. Así era de intenso lo que sentía por mí.

Cuando Esther acabó, él se puso de rodillas a su espalda. Empezaba a pasárseme el subidón y la vergüenza comenzaba a aparecer en mi cara.

—Estás increíblemente sexy así, queridísimo Cero —susurró girando la cabeza, sin dejar de danzar sobre mí.

—Muchas gracias Miss. Me complace mucho que te guste —respondió impostando, para sonar más relajado.

—¡Qué educado! ¡Eso está muy bien! Quizás sí me ocupe de ti como mereces —afirmó complacida mientras se daba la vuelta y me daba otro condón—. De momento, Álex y yo nos vamos a dar un buen homenaje aprovechando que las chicas van de excursión. Puedes quedarte a mirar si lo deseas.

—Su disfrute es el mío, Miss. El único sentido de mi existencia es complacerla.

Supuse que para ella, seguir el dictado de sus más bajos instintos, era lo natural, así que hice un esfuerzo por no caer en el absurdo de pararme a pensar más de lo necesario. Me había vuelto a poner a mil y la idea de que *Don Perfecto* fuese un mero espectador, me hacía sentir importante. Clavé entonces mis ojos en él, ofreciéndole una maliciosa sonrisa que él aceptó hierático. Parecía otro tío. Tal vez fuese algo infantil pero me hacía muy feliz ser la causa de tanta depravación.

—Ahora quiero que me complazcas tú —me pidió dándose la vuelta.

La acaricié suavemente, rozándola entre los muslos con las

yemas de los dedos y notando como se estremecía con el leve contacto. Su piel también respondía enseguida a los movimientos de mis manos y se erizaba, confirmando que yo también ejercía cierto control sobre ella. No pude evitar probar de aquel licor con el que premiaba toda aquella dedicación. Apretándole fuerte las nalgas hundí mi boca en su sexo, arrancándole gemido tras gemido un nuevo orgasmo que me nubló el juicio y me transformó en bestia. Yo aún no había terminado así que volví a la carga y armándome de paciencia se lo hice despacio, con maestría, asegurándome de que me sentía abrirla haciéndome sitio, dándole calor.

Esther seguía mirándole, agarrada a las sábanas mientras yo me movía despacio, buscando provocarla y hacerle hervir la sangre. Sus primeros gemidos pedían más, los siguientes se transformaron en órdenes desesperadas que cumplí hasta que nos derroté a los dos.

Se nos fue la mañana así, retozando como animales hasta olvidar que Laurent estaba a los pies de la cama, observándonos sin pestañear. No sé cuánto tiempo dormimos abrazados pero al despertar, Esther hacía lamer del suelo a Cero el resultado de su falta de control.

—No ha sido suficiente. Debemos trabajar más en esto — concluyó.

Pasada la fiebre todo empezó a parecerme muy surrealista. Por mi propio bien preferí mirar al otro lado y hacerme el dormido pero no podía evitar pensar... ¿Serían este tipo de cosas lo que me esperaba si seguía con ella?

Tenía que reconocer que, una vez que estaba metido en faena, la experiencia no había resultado nada desagradable pero, ¿y si con el tiempo acababa siendo yo quien tenía que mirar?

Ella volvió a la cama y se acurrucó a mi lado. Me besaba suavemente, incansable, dándome las gracias con cada beso, por aquella experiencia tan placentera y única. Después se durmió y me quedé pensando un rato más, ¿cómo lo estaría viviendo él?

Su teléfono no dejaba de sonar. Ya hacía un rato que Fran se había ido a trabajar y le costaba creer que estaba en la cama todavía. Desperezándose corrió hasta alcanzar el móvil, esperando que fuese él, deseoso de darle los buenos días pero no, llamaban con número oculto y había llegado tarde para contestar.

Laura miró entonces a su alrededor y respiró profundo. Le gustaba mucho el sitio en el que iba a vivir de ahora en adelante. Se vistió deprisa, para ir a desayunar con su padre y contárselo todo, y de camino compró lo suficiente para dejarle llena la nevera. Tenía planes, muchos, y estaba como loca por ponerlos en marcha.

—Casi me estaba acostumbrando a que trajeses tus citas aquí —

renegó su padre al oírla llegar.

—Debería haberte llamado. Lo siento —admitió sin rechistar.

—Fran y yo estábamos preocupados. Menos mal que el chico tiene mejores costumbres y me avisó en cuanto te encontró.

—Tengo algo que contarte. Aún no lo tengo muy claro pero... ¡creo que viviremos juntos!

—¡Eso es fantástico! —dijo él visiblemente apenado, aunque trataba de sonar feliz.

—Fran ha alquilado un ático en el edificio nuevo del parque. Está muy cerca así que no te vas a librar de mí tan fácilmente —bromeó ella haciéndole reír—. Necesitamos un poco de espacio propio, espero que lo entiendas...

—¡Por supuesto! Olvidas que me tocó vivir con mis suegros hasta que fui capaz de alquilar aquel primer cuchitril, Laurita —protestó.

—Cierto. Lo has contado mil veces...

—Tu madre y yo fuimos muy felices allí. Después compramos este solar y, con ayuda de algunos amigos, levantamos esto. Aquí formamos nuestra preciosa familia hasta que... —se interrumpió con la voz quebrada y por primera vez se permitió el derrumbe emocional que lo desbordó ante su hija.

Laura le abrazó paciente, escuchándole y aguantando estoicamente aquella hecatombe.

—Sé de qué hablas. A cada uno nos ha tocado vivirlo a nuestra manera pero te prometo que esto volverá a ser como fue, aunque mamá ya no esté con nosotros como solía estar.

Pasaron en silencio el resto del desayuno, mirándose cómplices, convencidos de que no estaban solos y de que siempre se tendrían el uno al otro.

—Necesito la furgo, papá. El piso es muy bonito pero está totalmente vacío. Necesitaré mover algunas cosas...

—¿Quieres que vaya contigo? Así puedo elegir el sofá, para estar cómodo cuando me invitéis a tomar café.

—Acabaré poniéndote hasta una cama —rio—. Pero iremos paso a paso, que tú todavía estás muy bien y tienes tus líos —dijo provocando la risa de su padre.

El atento dueño del *Rocking* bajó las escaleras hasta el almacén. Tenía que terminar de recoger y hacer los pedidos. El fin de semana siempre llegaba de forma inoportuna. Ella volvió a casa, con una cinta métrica en la mano y con todas sus ilusiones puestas en convertir su ático minimalista en su hogar.

— Inma... —oyó a sus espaldas mientras evitaba el ascensor para no tener que bajar con ella.

—¿Todo bien? ¿Se ha roto algo más? —acertó a decir mientras fingía que buscaba las llaves en su bolso.

—¡Sí! ¡Todo perfecto, el vecino macizorro es un artista! —ironizó haciendo muecas hasta que logró que ella acabase esbozando una sonrisa—. Quería disculparme por lo del otro día. Malinterpreté, del todo, tus señales. Perdóname, por favor.

—No pasa nada —respondió confundida. Había deseado volver a confundirla de todas las formas posibles desde que la conocía—. Me pillaste en mal momento, solo eso —admitió.

—No entiendo... —contestó ella, aprovechando aquel resquicio para tirarle de la lengua.

—A ver, cómo te lo explico —dijo apretando los labios de forma tan provocativa que su preciosa vecina pelirroja tuvo que hacer un gran esfuerzo para no volver a espantarla.

—Quizás podamos hablarlo después, llego tarde. Olvidé algo importante y una buena amiga me ha traído en su coche. Si me entretengo más tendremos un problema las dos.

Inma se abalanzó sobre ella y la besó, aprisionándola con una de las paredes del ascensor. La puerta se cerró tras ellas y el aparato comenzó a descender. Sin duda, había sido víctima de la vil manipulación de aquella mujer, que sonreía satisfecha al ver que le había salido muy bien la jugada. Con lo que no contaba era con encontrarse frente a frente con Álex, cuando las puertas se volvieran a abrir, pero consiguió lo que quería, Inma había caído por fin en su red.

—Buenas tardes a las dos. ¡Cuánto tiempo sin verte, Lourdes!

—Aún no se me ha roto nada, chico de los recados —exclamó con tanto sarcasmo que provocó el rápido rechazo de su reciente conquista—. Ha sonado muy mal, pero es que no hay más motivos por los que tuviésemos que vernos —rio para suavizar su desafortunado comentario.

—Cierto. No me habrías llamado así, si supieses que mi nombre es Álex —dije saliendo al rescate y estrechándole la mano—. Por cierto, hay una chica abajo pitando como una desesperada...

—¡Claire! —gritó. Acto seguido dio un beso en la mejilla a Inma y le prometió ir a buscarla después del trabajo. Ella no articuló palabra hasta que por fin nos quedamos solos en el portal.

—¡Parece que por fin te has lanzado, amiga!

—Sí —suspiró.

37
OPORTUNIDAD

El teléfono volvió a sonar tan insistente y desagradablemente que, de haberlo alcanzado, lo habría estrellado contra cualquier pared, haciéndolo pedazos. La alegre sinfonía la había pillado recién entrada a la ducha y con jabón por todas partes pero la urgencia con que sonaba, hizo que se sobresaltara y saliese corriendo sin importarle resbalar y matarse en el intento. Cuando por fin llegó a alcanzarlo, toda su preocupación se transformó en rabia. Otra vez un número oculto.

Volvió al baño tras maldecir a aquel cobarde en voz muy alta durante el rato que le duró el cabreo. Por suerte tenía mucho que hacer aquella mañana y muy pocas ganas de perder su valioso tiempo charlando de su ADSL y de la nueva promoción de una nueva compañía de telefonía.

Se vistió a toda prisa. Había planificado rápidamente la mañana y tenía en mente una serie de cosas que convertirían aquel sitio impersonal, en algo suyo. Además, con la ayuda de su padre y un poco de suerte, lograría sorprender a Fran para la hora de la cena. ¡Era perfecto! Además, podría pasar más tiempo con aquel hombre que desde su exilio, se había convertido en un extraño.

Buscando las llaves volvió a sonar el teléfono pero esta vez lo ignoró conscientemente. ¿Por qué no paraba de sonar? ¿Por qué siempre era un número oculto? ¿Había alguna posibilidad de que no fuese una llamada publicitaria? ¡Claro que no! ¿Quién iba a llamarla sin dar la cara?

Pronto se dio cuenta de que se estaba rallando más de lo aconsejable y que no le apetecía tener más cosas en la cabeza que disfrutar de la mañana. Cogió entonces su bolso y fue caminando a por el viejo al *Rocking*, con la extraña sensación de que alguien la observaba. ¿Paranoias?

— No insistas... ¡No quiero hablar de ello! —afirmó—. Por cierto... ¿de dónde llegas tú a estas horas? ¿Es que has vuelto a sucumbir a los encantos de esa mujer? —preguntó con sorna.

—Esther, se llama Esther —gruñí malhumorado —Y sí, vengo de pasar veinticuatro horas locas en su mansión del valle —alardeé—. Con gusto te lo contaría, pero me resulta bastante difícil explicar la relación que tenemos.

—¿Tú? ¿Una relación? ¡Esto es nuevo!

—A todo cerdo le llega su San Martín, me temo. Pero nunca me habría imaginado que ella me lo iba a poner tan difícil.

—¿Cuántas tías no habrán pensado lo mismo de tí? —rio—. Ahora el cazado eres tú…

—La vida es muy irónica, sí... Para una vez que alguien me gusta de verdad...

—¿Qué? ¿Por qué no funciona la cosa?

—Déjalo, ¡no quiero hablar de eso! —exclamé parodiándola—. Mejor cuéntame qué hacías con la *peligrosa* aquí metida —contesté.

—La he besado.

—¿Qué has hecho qué? ¿Tú? —chillé exaltado.

—No te estarás poniendo celoso, Álex —sonrió.

—¡Para nada, mi amolll! —respondí agarrándola mientras fingía que era aquel bocadito de cielo de cabellos cobrizos que se había colado, muy a mi pesar, en nuestras vidas.

—¡Para ya, anda! No es para tanto.

—¡Cuéntamelo todo! ¿De verdad la has besado tú? ¡*Ni muerta* me lo creo! —le dije con un gesto de asombro exagerado.

—Bajaba en el ascensor e intenté evitarla, pero me llamó para disculparse. Decía que la habían confundido mis señales y... le dije que no se preocupara. Cuando vine a darme cuenta, aquella ocasión se me estaba escapando para siempre así que... la besé.

—Entiendo —dije pensativo—. No es por fastidiarte el momento, pero, ¿te has parado a pensar que no sabemos nada de ella? —le pregunté con la intención de hacerla adentrarse en aquel mundo con algo de cautela.

—No mucho, la verdad. Pero tú ya la conoces un poco más. Algo me podrás contar que me pueda ayudar, ¿no? —imploró Inma poniéndome ojitos, mientras yo me preguntaba seriamente si era capaz de contarle lo que había pasado y si se merecía que le partiese el corazón así, antes de perderla para siempre.

—Sé que es una putada que te lo diga ahora pero, tienes que saber que...

—¡Estáis aquí! ¿A que no adiviináis quién se ha alquilado un ático a un par de manzanas? —dijo a voz en grito Fran, que llegaba exultante.

—¿Tú? ¡Mal amigo! ¿En serio? ¿Qué ha sido de lo del picadero para dos, Fran? —gruñí, poniendo los brazos en jarra—. ¿Es que todos vais a darme calabazas hoy?

—¡Uy! ¿Qué le pasa a Don Juan Tenorio? —quiso saber mi gran amigo, mientras agarraba a Inma y hacía el intento de llevársela escaleras arriba.

—Me da que lo suyo con la mujer de rojo no cuaja… —

respondió ella.

—Álex es demasiado clásico para la mujer maravilla —afirmó mi amigo Fran —¡Luego se mete conmigo!

—¡No le cuentes mis miserias! —bromeé interponiéndome entre ambos y dirigiendo mi mirada hacia la hermanísima —¡Anda! ¡Cuéntale que te has enrollado con la vecina! —bromeé.

— ¿Ya estás *celosona* otra vez? ¡Tío! ¡Madura! —imploró mi amiga.

—Vamos a mi casa, anda. ¡Esto hay que celebrarlo! —suspiré rendido a la evidencia.

El karma me las tenía todas guardadas y se había propuesto devolvérmelas una a una.

Tab siguió a Nima hasta su despacho y dejó a Nil paseando por *La Casa* con Gwen, con quien parecía haber conectado muy bien. Guiándole por las distintas dependencias, le explicaba lo complicado que resulta entender todo aquello sin haberlo vivido.

—Esto ha cambiado mucho desde que llegué —decía Gwen—. Éramos muy pocos entonces, pero trabajamos en este proyecto con tanta ilusión que es un orgullo para todos nosotros haber contribuido. Ahora organizamos muchas actividades lúdicas y formativas para conocer gente nueva y mostrarles esta maravillosa forma de hacer realidad sus fantasías sexuales.

Nil lo miraba todo con curiosidad y cierta sorpresa. Parecía nervioso y ansioso por encontrar su sitio en aquel mundo tan fascinante.

—Aquí podrás ser quien quieras y nadie te juzgará por ello. A cambio, solo pedimos el mismo respeto para los demás. Todos necesitamos liberarnos de las presiones sociales y las cadenas de lo "normalizado" —sonrió.

Un tipo enorme irrumpió en aquella relajada escena agarrando a un muchacho que dormitaba en el suelo para arrastrarlo, cruelmente hasta un sofá próximo. Allí lo colmó de insultos y azotes hasta que, dominado por la ira, le arrancó un tapón anal metálico y lo penetró inclemente.

El recién llegado se quedó inmóvil y la pareja, percatándose de que el desconocido les miraba sin entender lo que estaba pasando, salió rápidamente de escena. El esclavo se hizo el dormido, y el fornido adonis se lo llevó cargándolo en sus hombros.

—A este tipo de cosas me refería —dijo inmediatamente Gwen —. Ese es su particular juego. Evan se le escapa constantemente a Ethan y él, le castigua y le humilla cuando le encuentra. Ambos se divierten “roleando”. Si les vieses en otro contexto, no serías capaz de reconocerlos —rio—. El travieso Evan es un serio y rico

empresario del mundo de la construcción y Ethan, que parece tan bruto, es cantante de ópera y bastante amanerado.

Asegurándose de que entendía lo que le acababa de decir, le observaba. Parecía más relajado ahora que le había aclarado lo que acababan de ver.

—Nima y yo nos ocupamos de que todo el mundo tenga en qué entretenerse. Planeamos desde charlas y clases magistrales hasta partidas de rol o sesiones de fotos. Hay millones de posibilidades. Por eso vamos así vestidos —explicó mostrándole su extraño atuendo.

—¡Pero que mono este chico! ¿*Dom* o *sub*? —preguntó el esclavo de ojos verdes que paseaba desnudo de un lado a otro.

—No puede contestarte ahora mismo, su... Lady Tab le ha pedido que observe en silencio.

—Mmmm, ¿Lady Tab ha vuelto por aquí? — quiso saber.

—Sí. Tenía que hablar con Su Majestad —rio.

—¡Me encantan los roles de este mes, su alteza! ¡Fue una grandísima idea esto de los ángeles y los demonios!

Con un ligero movimiento de barbilla aquella diosa del averno acabó con aquella conversación y condujo a Nil escaleras arriba, donde pudo observar en riguroso directo entre aterrado y sorprendido, muchas de las cosas con las que fantaseaba.

—¿Te gustan las cuerdas, eh? Tienes mucha suerte, la señora Grimm estaría encantada de mostrarte las bondades del *shibari*.

—Querida... —susurró Nima haciendo notable su presencia allí —. Te necesito en el salón del trono. Creo que debemos juzgar a algún angelito descarriado por sus malas obras —rio a carcajadas—. Evan y Ethan solicitan audiencia.

—Son como niños —dijo con cierto fastidio—. ¡Queridísimo esposo, después de vos! —se burló después.

—De eso nada, mi reina, ¡cógete de mi brazo y camina a mi verga! —bromeó él.

Tab se reía a carcajadas de aquella divertida escena mientras pensaba en lo bien que habían caído juntos aquellos dos. Acto seguido se acercó al estupefacto Arturo, descubriendo el gran impacto que todo aquello estaba teniendo en él. Juntos, siguieron a sus graciosas majestades hasta un cuarto pequeño y mal iluminado.

—Nuestra queridísima amiga nos ha pedido que te echemos un vistazo, Nil. Parece que estas impaciente por conocer las bondades de esta cara "b" del mundo.

Él asintió sin decir nada más y, sin saber muy bien de qué iba todo aquello, se prestaba sin rechistar a aquel juego en que era un juguete muy especial.

—Vamos a examinarte. Relájate y disfruta —susurró Gwen,

mientras le acariciaba con ternura la cabeza y los hombros.

Y así fue como empezó el camino de la sumisión, desnudo y deliciosamente torturado por todas esas manos que le recorrían, mostrándole lo valioso y vulnerable que era. Para su sorpresa, se sintió muy poderoso cuando le convirtieron en aquel oscuro objeto de deseo.

— Álex —saludó estrechándome la mano el elegante Laurent, vestido de traje y corbata como era su costumbre.

—Laurent... —le contesté de mala gana. Reunirme con él después de lo que había pasado no me apetecía lo más mínimo.

—Creí que esto estaría más tranquilo a estas horas —gruñó poniendo la chaqueta en el respaldo de la silla.

—¿No eras tú el que solía venir por aquí? —respondí molesto.

—Entierra el hacha de guerra de una vez, muchacho, ¡tengo buenas noticias para ti!

—¿En serio? ¿Te has comprado una isla y te vas a perder?

—¡Graciosillo! —dijo él, riéndose como si la broma del niñato le hubiese hecho alguna gracia—. Antes de que te pongas aún más a la defensiva, te diré que no te he llamado para hablarte de nada relacionado con eso otro que tenemos en común, sino de trabajo.

—¿Vas a darme trabajo? —le miré extrañado.

—No exactamente. Verás, Lucas me ha llamado. Me ha dicho que se llevó tu maqueta y que le gustó tanto que ha removido cielo y tierra para que algún *cazatalentos* la escuchase también...

—¡Me estás vacilando! —interrumpí.

—Para nada. Me ha dicho el nombre del tipo y todo, pero te mentiría si te digo que me acuerdo... ¡Es lo de menos! Tengo que llamarle mañana y darle una respuesta con tiempo suficiente de que lo gestione y podamos reunirnos con él. Correrán con los gastos y todo eso.

Don Perfecto se detuvo para darle un trago a su café, esperando una respuesta. Me miraba con cara de circunstancias. Debí parecerle muy confundido.

—Por supuesto que iré contigo en calidad de abogado y, con tu permiso, de amigo. Conozco el mundillo así que te vendrán bien mis consejos. ¡Te haré un buen descuento! —se mofó.

Yo seguía sin palabras. No sabía qué decir. Me estaba comportando como un imbécil con aquel hombre, que no hacía más que echarme un cable y me atrevía a desconfiar de sus motivos, pese a que se había ofrecido incluso a acompañarme. ¿De verdad me estaba ayudando o lo único que quería era quitarme del medio?

—¿Qué dices entonces? ¿Le llamo y le digo que estás interesado

o no? —me preguntó sin darme tiempo a responder—. Álex, de verdad creo que es una buena oportunidad para ti si te gusta el mundo de la música. No es un contrato para lanzarte al estrellato pero, créeme, estas cosas no ocurren todos los días en sitios como aquel.

Laura empezó a creer que estaba chiflada. Caminaba con la sensación de que alguien la seguía. Era cierto que no había prestado atención a sus pasos mientras charlaba con su padre, pero ahora que empezaba a estar asustada, sus sentidos se iban agudizando y oía otros pasos tan cerca, que la ponían nerviosa. Un conocido olor la hizo dudar. Aquello no era posible. Tenía que estar imaginándoselo todo.

38
DOS HOMBRES Y UN DESTINO

La celebración se nos había alargado más de lo conveniente y mi amiga Inma empezaba a preocuparme. No era la típica que se pone cariñosa cuando bebe, más bien todo lo contrario, pero tras varias cervezas se me rozaba a la menor oportunidad. Ese tipo de cosas nunca me incomodaba y menos si venía de una mujer que volvería loco a cualquiera, que no fuese el mejor amigo de su hermano.

La noche olía a problemas y Fran, que se sentía culpable por no haber llegado aún a su casa, había decidido unilateralmente dejarnos solos. A regañadientes le acompañamos a la puerta escuchando sus lastimeras disculpas, fingiendo que no nos molestaba que el homenajeado nos abandonase por su querida escoba tatuada. Personalmente, empezaban a molestarme ese tipo de ausencias.

—¡Ven moreno! ¡Llevas toda la noche evitándome! —dijo molesta mi amiga del alma, acercándose hasta que consiguió aprisionar mi cuerpo entre el suyo y la puerta.

Aquel impulso me costó un inesperado y doloroso golpe en la cabeza. Con su cuerpo contra el mío y sus duros pezones clavados en el pecho, hice un enorme esfuerzo mental para no perder los papeles.

—¿A caso soy la única tía en el mundo a la que vas a negarle un rato de diversión?

—No te ofendas, Inma, pero creo que estás muy borracha —respondí con rapidez, antes de que la situación se me fuese de las manos.

Tratando de escapar de aquellas caricias que me recorrían y me excitaban con facilidad, intenté sin éxito tomar las riendas de la situación, intentando parecer más sobrio que ella. La situación era tan cómica que me hizo reír a carcajadas. ¡Estaba intentando resistirme a los encantos de una mujer preciosa! Sujetándola por las muñecas, y muy a mi pesar, detuve aquel magreo al que me sometía sin mi permiso.

—Deberías echarte un rato para que se te pase la mona —le dije en tono agrio.

—Déjate de gilipolleces, Álex. Soy muy consciente de lo que hago —contestó molesta.

—¿Estás segura? Porque hace un rato te deshacías con la vecina pelirroja en el ascensor...

—¿Y eso significa que no debo sentirme atraída por ti, guaperas?

—Somos amigos y lo suficientemente adultos como para saber que no son cosas excluyentes, pero... —respondí escabulléndome hacia la cocina, huyendo de aquella enorme tentación.

—No sé qué tienes de especial esta noche, pero me atraes muchísimo. ¡Ven! ¿No quieres ayudarme a quitarme las dudas?

—¡Madre mía! Pero... ¿te estás oyendo? —le dije mientras me alejaba cauteloso cada vez que se aproximaba más de lo aconsejable.

—¿Soy yo o te estás acojonando?

—Mira, Inma, te quiero como a pocas mujeres de las que conozco —confesé—. No dejes que el subidón de la cerveza acabe con nuestra amistad, que nos conocemos...— le imploré totalmente convencido de que por la mañana se levantaría asqueada de sí misma y no se atrevería a volver a dirigirme la palabra en mucho tiempo.

—¿Por qué todos me tratáis como a una cría? —gritó rompiendo a llorar.

—¡No me hagas esto! ¡Ya me siento bastante culpable sin tu ayuda! —exclamé cayendo como un tonto en su juego y abrazándola con la mejor de las intenciones.

—¿Por qué soy la única a la que no miras como a una mujer? —quiso saber mientras colaba sus manos bajo mi camiseta y me acariciaba la espalda agarrándome fuerte por los hombros.

No supe qué contestar. Prácticamente había crecido con ellos y su boca en mi cuello empezaba a hacerme perder la poca cordura que me quedaba.

—Eres lo más parecido a una hermana que tengo, Inma —acerté a decir.

En un último intento por hacerme sucumbir a sus encantos, sus labios se posaron en los míos haciéndome sentir su deseo y contagiándome con él. Nuestras lenguas bailaron la una con la otra en mi boca, hambrientas, persiguiéndose con ansia. Empezaba a olvidar quiénes éramos y por qué estábamos enredados en mi sofá, fundiéndome en aquel torbellino de sensaciones y emociones que me desbordaba.

—Inma, espera —susurré de nuevo, con la esperanza de que se detendría esta vez.

—Llevo esperando demasiado tiempo, Álex.

La idea de que aquello no debía pasar cruzó por mi mente tan claro como un rayo en plena noche de tormenta. No podía hacerle

eso, al igual que no podía seguir mintiéndole. ¡Era ahora o nunca!

—Tengo que contarte algo.

Ella parecía no prestar mucha atención a mis palabras y se sentaba sobre mí, desabrochándose la camisa. Me miraba pero insistía en consumar aquella locura.

—Déjame decirte que eres un bombón y que me estás volviendo loco, pero esto no puede ser —suspiré—. No va a pasar —dije armándome de valor, a sabiendas de que quizás me arrepentiría de aquello toda mi vida. —Te he fallado. Soy lo más ruin que puedes tener como amigo.

Inma se cubrió de inmediato y empezó a distanciar su cuerpo del mío. Una sombra de incredulidad se dibujaba en su cara, mis palabras parecían haberle devuelto la cordura.

—¿De qué hablas? ¡Explícate! —exigió.

—Lou y yo nos acostamos aquel día —dije sin *ambages* —. Lo siento.

—Lou y tú... el día de las reformas... ¿Cómo eres tan sumamente cabrón? —gritó, golpeándome con fuerza—. ¿Y no has tenido la decencia de contármelo hasta ahora? —chillaba, enrojeciendo de ira —¿Hermano? ¿Amigo? ¡Tú no quieres a nadie más que a ti mismo!

El sonido de aquel portazo se repetiría en mi cabeza muchos días después, a la menor oportunidad.

Realmente merecía un castigo que me hiciese darme cuenta de que vivir así tenía serias consecuencias para mí. La triste soledad y la indiferencia de Inma solo eran la punta del iceberg. Era consciente de que el destino me tendría reservadas muchas sorpresas aún y de que tenía que pensar las cosas un poco más antes de hacerlas.

—*¡Madura, joder!*

Así se sucedían mis días, sumido en mis pensamientos y con el ojo cada vez más morado. No podía evitar pensar que quizás las cosas solo podían ir a peor, pero cuando más hundido me sentía, me daba cuenta de que hasta aquel feo golpe acabaría por desaparecer con el tiempo...

Tiempo. Tal vez solo fuese cuestión de tiempo.

Mi partida a las Américas estaba ya muy próxima y no había vuelto a tener noticias de ninguno de los dos. En realidad, me había preocupado muy poco por lo que pudiese ocurrir conmigo allí ya que Lucas me había demostrado, cumpliendo con su palabra, que podía confiar plenamente en él. Lo más triste de todo aquello era, sin duda, que mi nueva perspectiva laboral en el mundo de la música no había tenido la ocasión de ilusionarme.

—*La luz al final del túnel…*

Esther y yo habíamos seguido viéndonos, como de costumbre, para tener sexo brutal y salvaje. A veces estábamos solos, otras, nos acompañaba Don Perfecto y aunque, solía ser muy placentero y divertido, la situación cada vez me tenía más insatisfecho a otros niveles. Quería más y no me sentía capaz de planteárselo siquiera, al fin y al cabo, era mejor ser su juguete sexual que tener que salir para siempre de su vida.

—¿Preparado? —me preguntó un elegante y perfumado Laurent cuando me subí a su coche.

—Sí.

—¿Estás bien? ¿No tienes buena cara? —dijo mientras entraba en la autovía en dirección al aeropuerto.

—La cabeza no para de darme vueltas, Laurent, llevo unos días sin pegar ojo.

—¿Estás nervioso? ¡Si solo les falta ponerte una alfombra roja! ¿Tú eres consciente de que esa puerta es normalmente para darle en la cara a los osados que se atreven a golpearla? ¡A ti te han invitado a cruzarla!

—No es eso.

—¿Entonces?

—Paso por un momento difícil.

—¿Y quién no? Mira a tu alrededor... —bromeó asomándose burlón por la parte alta de sus gafas de sol.

—Ya.

—Anda, sácalo. Te escucho...

—Ufff. Es largo de contar...

—Tenemos tiempo y soy todo oídos.

Su actitud siempre me pillaba con la guardia baja. ¿Cómo era posible que aquel hombre que era tan molesto para mí, como yo para él, fuese siempre tan amigable conmigo? ¿Era en el fondo tan buena persona o eran nuestras excepcionales circunstancias?

Me torturaba mi incapacidad de verlo como algo distinto del estorbo petulante que se interponía siempre en mis planes de futuro con Esther. En realidad era un hombre adorable.

—He vivido con Fran e Inma desde que me emancipé. Son como hermanos para mí. Sus vidas van tomando su propio camino y parece que voy quedándome fuera de sus planes.

—Vaya. Eso me suena —bromeó.

—Sí, tienes razón. Supongo que me miro demasiado el ombligo. Pero soy humano y sufro viendo como mis amigos se van alejando de mí. No quiero perderlos así. Por si fuera poco, me gustaría que mi relación con Esther fuese mucho más estrecha y eso no parece una posibilidad.

—¿Te has parado a pensar que tal vez tu problema sea el ritmo?

—¿El ritmo? ¿Me estás vacilando, Laurent?

—Tranquilo, escúchame. Todas las canciones no tienen el mismo ritmo, ¿cierto?

—Así es.

—Con las personas pasa igual. Tienes que darle tiempo a las cosas porque no todos llevamos el mismo ritmo que tú. Piensa en algo así como hacer una "fusión" en la que te quedas con lo que te gusta y lo vas reacomodando todo para que encaje entre sí...

—Entiendo el símil pero, no lo veo tan sencillo cuando me planteo tener una relación más a largo plazo. Una de esas en las que sales y te cruzas con los amigos, vives con tu pareja y asistes con ella de la mano a fiestas de postín o reuniones familiares...

—Entiendo. Yo tampoco tengo idea de cómo podemos lograr algo así pero, teniendo en cuenta el punto en el que estamos, puede pasar cualquier cosa.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que Esther puede decidir marcharse con sus hijas a Londres o mandarnos a por púas para que no le compliquemos la existencia... ¡yo que sé!

—Cierto. Estoy tan enfrascado en mis cosas que me estoy olvidando de todo lo demás. Mi madre me decía todo el tiempo que era un egoísta y que solo pensaba en mí...

—Pues mal empiezas si lo que pretendes es compartir tu vida con otra persona.

—Es verdad. Estoy empeñado en tener una relación normal con una mujer que no conozco y que parece estar a gusto como está. Perdóname, también estoy olvidándome por completo de ti y de tus sentimientos.

—De mí no tienes que preocuparte. Soy feliz si ella es feliz así que, me amoldaré a lo que sea. Mi mente está abierta a experimentar todo tipo de posibilidades —bromeó poniendo cara de no ser un sumiso de Esther obligado a mirarnos mientras teníamos sexo.

—Pues que bien —dije sin mucho entusiasmo.

—Ya he pasado por muchas cosas en mi vida y he aprendido que, o las tomas como vienen o no tienes más opción que dejarlas ir — suspiró—. Y no estoy dispuesto a hacer esto último, como bien sabes, así que no tengo más remedio que buscar la forma de disfrutarlo todo. No soy de los que se lamentan todo el tiempo.

—Yo en cambio tengo un gran problema. Para mí, tres son multitud.

—Piénsalo bien Álex. No estamos obligados a coincidir siquiera...

—Necesito alguien conmigo con quien poder contar para todo.

Tenerla cerca de mí todo el tiempo posible... ¿Qué pasaría si para mí fuese necesario que viviésemos juntos?

—Si ella lo desease también, podríamos vernos en mi casa. Puedo ser alguien que solo existe para ella, si es más llevadero para ti.

—¿Harías eso?

—Haría cualquier cosa por ella, si la hiciese feliz. Si ella es feliz conmigo, yo no necesito nada más. Si es lo que quieres, no seré un inconveniente para ti pero escúchame bien... No estoy dispuesto a volver a perderla.

— ¿Estarás bien? —preguntó preocupada Aurora.

—¡Claro que sí! El tío Laurent no va a dejar que me aburra ni un solo segundo. ¿Sabes que ya me tiene preparadas un montón de entrevistas para la semana que viene? ¡Voy a tener tanto trabajo que no me va a dar tiempo ni a respirar!

—Tampoco hace falta que te mates, mamá. Sal y diviértete también, que tienes mucho tiempo libre.

—¿A caso crees que es gratis vivir fuera? ¿Qué vuestros estudios se pagan solos?

—Papá ha dicho que se ocupará de todo. Ya ha alquilado un apartamento para los tres en Oxford y dice que irá al trabajo en bici.

—¿En bici? ¿Cuándo se ha ocupado de todo tu padre? —rio nerviosa.

—Algún día tenía que llegarle la hora, ¿no? —bromeó también —. Le tengo aquí al lado mamá, ¿quieres hablar un rato con él?

—¡Claro! —respondió ella, intentando no mostrar su descana.

—Amor...

—¡Cuídalas mucho! En cuanto pueda me escaparé para que hablemos del tema económico. Se han ido contigo por voluntad propia pero quiero seguir haciéndome cargo de...

—Relájate, cielo. Se han venido de forma coyuntural. Ni han dejado de quererte ni se quedarán conmigo para siempre. Es una buena oportunidad para ellas y, bueno, ha coincidido con que yo necesitaba cambiar de aires. Vivirán conmigo, que sin duda, será mucho mejor que vivan en un piso de estudiantes o un colegio mayor... Aprenderán un montón y podrás venir a verlas cuando quieras...

—Nunca me he separado de ellas tanto como ahora. No sé cómo me las voy a arreglar...

—Lo harás bien —afirmó—. Te acostumbrarás, como todas las madres del mundo. Además, tienes la ventaja de que puedes venir cuando quieras. Ahora aprovecha y disfruta de todo aquello de lo

que te privaste mientras cuidabas de ellas... y de mí. Has hecho un gran trabajo y mereces recuperarte a ti misma para crecer en otros aspectos de tu vida.

Esther se echó a llorar. Estaba totalmente abrumada. Aquello dolía demasiado.

—Nos vemos mañana en el aeropuerto. Quiero pasar con ellas un rato antes de que os marchéis.

—No hay problema. Estaremos allí un par de horas antes para facturar.

—Mamá, ¡te quiero! —dijo Aurora gritando en la habitación—. Steff está en la ducha, pero dice que te diga que te quiere *puuuuucho*.

Esther sonreía. Aquello la colmaba de dicha.

39
EL NUEVO MUNDO

La sensación de ser otra persona me invadía en cada uno de los rincones de aquel estudio de grabación. Me habían recibido como a un músico de la talla de D. *Grohl y* aún no tenía idea de qué estaba haciendo allí, pero todo me daba buenas vibraciones. Me ilusionaba pensar que el grupo que estaba ensayando ante mis ojos, era nuestro futuro inmediato. Al fin podríamos grabar en un lugar tan prestigioso como aquel y seríamos empujados al cielo por todos aquellos "ángeles de la creación" que trabajaban allí.

Respiraba satisfecho. Tenía la enorme responsabilidad de manejar aquello con mimo y cuidado. Por suerte, tenía a Laurent conmigo para ayudarme a conseguir las mejores condiciones para nosotros, en caso de dar el pelotazo, y tener una brutal promoción.

De nuevo la idea de estar bajo los focos, esta vez en sentido figurado, me hizo sentir el vértigo de un compromiso de aquella magnitud. Como ya era costumbre, aquel nerviosismo atacó directamente a mi estómago. Además de correr al baño, tenía ganas de llamar a Fran y contarle todo lo que me estaba pasando pero, estaba bastante más dolido con él de lo que estaba dispuesto a admitir.

Los intensos acordes de aquel previo, me transportaron a los tiempos en que disfrutar de lo que hacíamos era lo único que nos preocupaba. Tocábamos en cualquier sitio, incluso sin cobrar, y no valorábamos demasiado nuestro esfuerzo. Solo nos preocupaba divertirnos, la fama y la gloria no entraban en nuestros planes. Sabíamos que no había muchas posibilidades de convertir nuestra pasión en una profesión de la que vivir y por suerte, ser así de realistas nos había mantenido juntos hasta el momento. Con el tiempo habían cambiado muchas cosas pero estaba seguro, de que aquellas ganas de triunfar en el mundo de la música con las que todo artista sueña, seguían intactas.

El tiempo no lo cambia todo.

Había llegado nuestro momento y era ahora o nunca. Estaba convencido de que el sacrificio merecía la pena, ¿o no? ¿Y si eso suponía dejarlo todo atrás? ¿Estaba dispuesto a olvidarme de todo y encerrarme con ese nuevo proyecto?

Componer, ensayar, grabar, girar...

Podía adivinar que todo aquello supondría mucho tiempo de dedicación exclusiva. ¿Estarían ellos dispuestos a abandonarlo todo para entregarse al proceso de creación del grupo de rock que siempre quisimos ser? ¿Qué sería de mí, sí me distanciaba de Esther?

Eso no pasaría. Me encargaría personalmente de estar lo más cerca posible de ella. Hay móviles e internet en todas partes. Además, aquella lejanía sería una gran inspiración para crear. Al fin y al cabo, mis mejores canciones nacieron de mis peores momentos... Pero no era eso lo único que me preocupaba... ¿Y si el chico perfecto conseguía hacerse con su corazón en mi ausencia y me olvidaba para siempre?

El roce hace el cariño.

La idea de que todo aquello podía ser una artimaña de Don Perfecto para alejarme de ella se me atravesó de repente. ¿Habría estado condicionándome sutilmente con sus buenas obras, para después apartarme de su camino lo máximo posible? Por desgracia, eso era una posibilidad y empezaba a temerme que se estuviese aprovechando de la confianza que había depositado en él.

Por otro lado, nunca escondió sus sentimientos y fueron muchas las veces que me dijo que no estaba dispuesto a perderla... ¿Y si le habíamos hecho sentirse fuera de juego? ¿Sería el riesgo a quedarse solo lo que le obligaba a tomar medidas desesperadas? ¡Cuánto echaba de menos a Fran y su sabiduría!

—¡Álex! ¡Muchas gracias por venir! —saludó efusivamente, mi gran amigo Lucas, con su agradable acento argentino—. ¡Hemos disfrutado mucho escuchando tus canciones!

—Me alegra muchísimo que os gusten.

—Reconozco que tienen muchas posibilidades... Creo recordar que me contaste que tuviste una buena formación musical de niño, además de tu impresionante carrera como informático.

—Así es, aunque yo no diría que haya sido impresionante, dadas las circunstancias —bromeé buscando al traidor con la mirada, sin llegar a localizarle. Me preguntaba qué estaría haciendo.

—Pues tengo que decirte que, después de escuchar con calma tu impresionante trabajo, nos hemos planteado seriamente proponerte la creación de la banda sonora de una de nuestras últimas producciones. Nos ha impresionado tu estilo, y tu música le va como anillo al dedo a la historia. Habrá que adaptarla un poco al lenguaje gráfico, por supuesto, pero al director le ha impresionado muchísimo.

—Vaya. Nunca lo habría imaginado.

—¡Uy! Hablas como si no te ilusionase la idea. Quizás sea culpa mía y esperabas ser una nueva estrella del rock de esta casa... Lo

cierto es que, por más que nos pese a muchos, esas cosas ya no dan dinero y los inversores prefieren hacer apuestas... a lo grande —afirmó escogiendo con cuidado las palabras.

La situación cada vez se me antojaba más parecida a una conspiración contra mí, aunque me costaba entender qué papel jugaba Lucas en todo eso. No éramos grandes amigos, pero su carisma y su oferta me habían hecho confiar el él de inmediato. Sus deseos por incorporarme a su equipo me parecían del todo sinceros, pero su relación con el abogado hacía posible aquella disparatada teoría.

—Luc, necesito hablar contigo un momento —dijo una despampanante mujer de ojos azules, irrumpiendo en el despacho como si allí no estuviese ocurriendo nada importante. Mi mirada quedó fija en la suya por unos instantes en que el silencio se adueñó de la sala.

—Ellise, éste es el Álex. El amigo del que tanto te he hablado últimamente —dijo haciéndome un guiño que me hizo sentir muy importante—. La he perseguido durante semanas para conseguir que oyese tu maqueta.

—Un placer, Álex. Me encantó de principio a fin. ¿Puedes salir un momento?

—Claro.

Estaban en el pasillo, pero escuchaba su conversación casi tan claramente como si estuviesen aún dentro.

—Aún no ha aceptado mi propuesta. Es más, creo que se esperaba otra cosa.

—Sería una lástima, o mejor dicho una tragedia, he trabajado mucho con esas pistas y ya no imagino mi película sin sus melodías —afirmó ella, haciéndome sentir un escalofrío que me sorprendió gratamente—. Bueno, si no quiere adaptarlas él mismo, quizás debas intentar que nos las venda... ¿no?

—Acabamos de reunirnos, Ellise, pero supongo que podemos encontrar un punto que nos deje a todos satisfechos. Al fin y al cabo, para eso me pagan —rio.

—¡Quiero esas canciones, Lucas! Así que, ¡haz tu magia! —exclamó con un tono que me gustó más de lo recomendable. Su actitud parecía totalmente sincera.

—Te prometo que las tendrás. Mi amigo Álex es un tipo razonable...

—Entonces me voy tranquila y les dejo hablar. Urge que soluciones este pequeño contratiempo cuanto antes.

—Lo haré.

—¿Me he perdido algo? —me preguntó Laurent nada más llegar al despacho.

—Solamente la propuesta que me han hecho.

—¿Ya te han puesto cifras sobre la mesa? ¿Habéis hablado de los derechos de autor? ¿De los de explotación?

—Calma... Solamente me han propuesto hacerles una banda sonora.

—Bien, entonces he llegado en el mejor momento.

Lucas pidió a alguien que trajese café y se sentó frente a nosotros. Parecía incomodarle aquel entorno tan formal, pues habíamos hecho tropelías juntos, pero se mostraba feliz de nuestro reencuentro y aparentemente confiado en que obtendría de mí lo que quería si me lo planteaba de una forma lo suficientemente atractiva.

—Ellise es la directora de la película de la que te hablaba. Como tú mismo has podido ver, está deseosa de empezar a trabajar contigo. La verdad es que encontrar tu obra ha sido un alivio, ¡no te imaginas lo exigente que es esta mujer!

—He de reconocer que de entrada, esperaba otra cosa pero... La idea me gusta. ¿Me cuentas más?

Nuestra conversación se alargó durante horas. Laurent se ocupaba de aclararme los términos legales, tomando notas y cerciorándose, en teoría, de que no saldría perjudicado en ninguna circunstancia. A mí solo me preocupaba el tiempo que tendría que pasar allí, visitando puntualmente mi país.

—Tomaos el tiempo que necesitéis para estudiarlo, nos haremos cargo de vuestros gastos hasta que tengamos algo en firme. En confianza os digo que necesitamos empezar cuanto antes, así que, si en realidad aprecias mi vida, Álex, no te demores demasiado, por favor —bromeó.

Unos apretones de manos después estábamos de camino al hotel. Estaba muy cansado, pero las miles de posibilidades se turnaban en mi cabeza para torturarme hasta el punto de no dejarme dormir. Rendido a la evidencia, me levanté para mirar por la ventana aquella enorme ciudad llena de luz y de vida.

Aun no entiendo porque la imagen de mis padres, viendo orgullosos los créditos de aquella película, me hacía sentir tan satisfecho. Quizás mi destino era ese, engrandecer con mi música las historias de otros. A lo mejor conseguía hasta una nominación a los Óscar como mejor banda sonora... La vida al fin me sonreía.

— Sabes que no me gusta que te distraigas cuando estás preparando un examen —le reprendió severamente Tab.

—Necesitaba verte. La visita a *La Casa* no para de darme vueltas en la cabeza. Necesito que hablemos de ello.

—Está bien pero, prométeme que después te relajarás y te

centrarás en nuestra próxima meta. Recuerda que es muy importante para nosotras que cumplas con éxito esta misión.

—Lo sé... Estoy haciendo todo lo posible por responder satisfactoriamente a vuestras expectativas pero ahora, necesito un confidente.

—De acuerdo. Cuéntame lo que te preocupa.

—Verás. No puedo decir que me sintiese mínimamente incómodo durante aquella visita, pero sí despertó en mí ciertas inquietudes.

—Te escucho.

—Me he sentido un completo objeto sexual, un ser muy deseado, pero a la vez extremadamente frágil y vulnerable. Los tres, disfrutando de mi cuerpo y haciéndome temblar con todas vuestras caricias y perversiones...me hacíais sentir tan...tan... ¿Cómo decirlo?

Tab se esforzaba por no interrumpirle y le escuchaba atentamente, tensándose contra su voluntad y preparándose para lo peor. Era cierto que había arriesgado mucho con aquella "terapia de choque", pero Arturo debía ver si de verdad sus fantasías eran solo eso, o estaba dispuesto a entregarse por completo a aquella nueva perspectiva del goce.

—¿Poderoso? —preguntó cruzando los dedos para que aquella fuese la palabra que él estaba buscando.

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Poderoso! —confirmó emocionado—. Era como si todo lo que estabais haciendo os lo estuviese pidiendo mi cuerpo y vosotros simplemente, me estuvierais complaciendo. ¿Es un pensamiento normal? ¿Eso es algo que hacen los sumisos?

—No puedo decir que a todos nos ocurra igual pero en mi opinión, sumiso y amo ejercen su poder el uno sobre el otro de distinta manera. Ambas perspectivas se complementan siempre y cuando, ambos consigan la satisfacción de cumplir sus fantasías y perversiones.

—Entiendo. Pero a veces me planteo si me estoy equivocando de bando.

—Es normal y quizás nunca lo sepas, porque tienes capacidad suficiente para estar en los dos. Una cosa si te digo, si no eres capaz de dejar a tu mente descansar y entregarte por completo, quizás si debas replanteártelo seriamente.

—Eso sí que lo tengo muy claro. ¡Me encanta abandonarme a tus deseos!

Aquella revelación hizo sonreír abiertamente a Tab.

—Yo tengo que reconocer que es un placer caminar a tu lado y dirigirte, queridísimo Nil. Ahora, vuelve al estudio y no salgas de aquí hasta que no cumplas con el objetivo que nos marcamos esta mañana. ¿De acuerdo? —concluyó en tono autoritario.

—De acuerdo.

—Después te llevaré a cenar y tal vez, te dé unos azotes para recompensarte por tu maravilloso trabajo de hoy —dijo para motivarle aún más, sellando su compromiso con un tierno beso en la mejilla.

—Es un placer estar a tu servicio, Lady Tab.

Subió las escaleras tan rápido como pudo y después se atrincheró tras la puerta. Una vez hubo bloqueado ambas cerraduras se sintió algo más segura aunque su miedo, tal vez infundado, la había calado ya hasta los huesos. Perdiendo el control de sí misma tiró de sus mangas hacia arriba y comenzó a rascarse los antebrazos de forma totalmente impulsiva y descontrolada.

El teléfono volvía a sonar insistentemente y estaba tan asustada que no sentía el dolor que le causaban sus afiladas uñas pintadas de rojo escarlata, que atacaban vilmente aquellos trazos sensuales y retorcidos que enrojecían tan peligrosamente a su paso.

La sangre no tardó en abrirse paso, haciéndola consciente de lo que estaba haciendo. Trató en vano de serenarse metiendo los brazos bajo el grifo del lavabo. El agua fría la ayudaba a respirar profundo, desviando su atención del temor que la oprimía. El timbre de la puerta no se hizo esperar.

Dispuesta a enfrentarse a ese miedo irracional se enrolló la toalla en el brazo izquierdo y se dirigió a la entrada.

—¿Qui...quién es? —aulló, intentando parecer fuerte y segura de sí misma.

—¡Ya creía que tendría que usar mis propias llaves!

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué me acosas? —inquirió sintiendo que su miedo se transformaba en rabia.

—¿Acosarte? ¡Yo solo quiero hablar contigo!

— ¡Pues yo no tengo nada que hablar contigo!

¡Lárgate de una vez y déjame vivir en paz!

—Creo que estás sacando las cosas de quicio, Laura. Ábreme y déjame decirte lo que debí decirte hace tiempo —dijo haciendo una breve pausa para tratar de tranquilizarla—. Prometo que será la última vez que me veas, si eso es lo que quieres —prometió—. Pero necesito sacarme esta espinita que me está destrozando la vida.

Laura abrió la puerta, sin quitar la cadena de seguridad. Sus palabras no habían desactivado el estado de alerta y estaba decidida a no volver a dejarle entrar en su vida.

—Gracias. Aunque esto signifique que has perdido del todo la confianza en mí —reflexionó en voz alta—. ¡Dios! ¿Has vuelto a hacerlo? ¡Déjame ver eso!

Avergonzada, le mostró aquellos brutales arañazos que surcaban

sus brazos ensangrentados.

—¡Oh Dios! ¿Ha sido por mí? ¿Tanto miedo te doy?

—No sabía que eras tú...

George empezó a llorar tras la puerta.

—Solo venía a disculparme. Aquel día estaba tan entregado como siempre que nos encontrábamos y no percibí tu negativa como lo que era. No pensaba con claridad y la confundí con uno de nuestros juegos. ¿Recuerdas cuánto nos gustaba jugar a que te resistías?

—Sí —admitió después de un rato de silencio. Le partía el corazón verle así y se sentía tentada de abrirle la puerta y abrazarle.

—Lo siento mucho, Laura. No he dejado de quererte y siento que nos hayamos distanciado por aquello. No soy un monstruo. Por favor, deja de verme como tal.

—Si eso te hace sentir mejor, estás perdonado... siempre y cuando no vuelvas a cruzarte en mi vida.

La idea de amenazarle con una denuncia y hablar con su mujer, le rondó por la cabeza. Quería asegurarse de que no volvería pero, su incapacidad para hacerlo hizo que se diese cuenta de que el amor que sentía por él aún no se había desvanecido del todo. Jorge, entendiendo que no conseguiría nada mejor se marchó.

40

UN FINAL… ¿FELIZ?

Cuando por fin bajé del avión, después de aquel largo viaje y varios meses sin pisar España, los dos me estaban esperando. Caminaban de la mano y parecían realmente felices de volver a verme. Yo les miraba contrariado.

—¡Álex! —dijo Esther, abrazándome e intentando fundirse con un "yo", más frío y distante de lo normal—. ¡Qué alegría tenerte de vuelta!

—¡Llevamos meses contando los días que quedan para volver a verte! —bromeó él, tan oportuno y encantador como siempre—. ¿A mí no me das uno de esos? —preguntó, sin esperar mi permiso, y me dio un abrazo de oso que me dejó sin respiración.

—Muchas gracias a los dos —respondí lo más efusivo que pude —. El viaje ha sido agotador. ¡Las turbulencias me han tenido trece horas rezando para que no se cayese ese maldito trasto! —mascullé, intentando que aquello justificase mi extraño estado de ánimo.

—Estás muy pálido y delgado, Álex. ¡Aquí la operación bikini no empieza hasta marzo! —rio Laurent, que se había percatado ya de mi rápida bajada de peso. Esther, más prudente, me miraba preocupada.

—¡Vamos a comer algo! ¡Tenemos mucho que celebrar!

Laurent, como siempre, se ofreció a llevarnos en su Mercedes a un sitio de la zona, bastante conocido. ¡Qué raro me sentía de vuelta en mi mundo!

—Lucas nos ha tenido al día de tus progresos. Por lo visto, están impresionados con tu capacidad de trabajo.

—Era el objetivo. Cumplir con los plazos y volver lo antes posible.

—¿No te ha gustado aquello? —preguntó Laurent.

Torcí el gesto. Su pregunta me sentó como una patada en los cojones. Con su sonrisa de siempre, sus elegantes maneras y su look impecable, parecía estar deseando que volviese a largarme y que esta vez, fuese para siempre.

—No lo sé, todavía no he visto gran cosa. La jefa es muy exigente y cumplir con sus expectativas es tan difícil como que te toque el gordo de Navidad. Seguro que os parece que exagero, pero creedme, ¡me quedo corto! Ellos se miraron y suspiraron al unísono,

haciéndome sentir comprendido. Sin duda habían sufrido, en sus propias carnes, jornadas tan interminables como las mías.

Desde el mismo momento en que firmé aquel contrato, supe que había vendido muy barata mi alma al diablo. El proyecto que aquella arpía de ojos azules dirigía, me absorbía en cuerpo y mente, hasta el punto de robarme el sueño. ¡Nunca era suficiente!

Me esforcé lo indecible en darles buena conversación. De verdad me parecían muy interesados en mis vivencias, pero me aburría a mí mismo hablándoles de secuencias y partituras. No tenía nada más interesante que contar. Así había sido mi toma de contacto con el mundo de las superproducciones de cine.

—¡Delicioso!

—¡Si es la peor hamburguesa del mundo!

—Yo no estoy acostumbrado a comer carne de verdad —le vacilé al pijo.

—Laurent no come nada que no sepa de dónde ha salido, Álex —rio ella.

Las dos cervezas que nos tomamos también hicieron su trabajo. Pronto me sentí tan feliz y relajado, que olvidé por completo las ganas que tenía de llegar a mi casa. Cuando desperté horas después, estaba enredado con Esther y me sentía inmensamente feliz. Me daba cuenta de que nada me apetecía más que estar allí. ¡Hasta eché en falta aquel otro brazo, pesado y peludo, que me sobresaltaba a veces!

—¿Buscas a alguien? —me susurró al oído, de una forma tan sugerente que se me erizó la piel. Sus dedos, exploradores expertos de mi anatomía, bailaban en mi antebrazo suavemente, haciendo en su ascenso que el resto de mis sentidos se rindieran a sus encantos —. ¿A él o a mí? —preguntó divertida en un nuevo intento de descubrir si aquella locura aún era posible y la añoranza había sido mutua—. ¿Quieres que le llame? —insistió, sin darme tiempo a reaccionar del todo.

Mi deseo habló por mí, ayudándome a descubrir que el cariño y el placer no son una cuestión de género. Las horas pasaron rápido en aquella enorme cama en la que las caricias y los besos llegaban por todas partes y se contaban por millares.

—¡Tenemos una sorpresa para ti! —acabó revelando Esther mientras *Don Perfecto* intentaba impedirle que me lo contara, tapándole la boca. Ella manoteaba y yo le sujetaba por las muñecas en un juego infantil, en el que reímos y retozamos hasta quedar sin aliento.

De un salto se nos escapó esa traviesa mujer que nos obligó a seguirla, descalzos y desnudos, escaleras arriba.

—¡Por aquí! —insistió entusiasmada, mientras Laurent,

aprovechándose de su posición en la retaguardia, nos iba dando palmaditas en el culo,

—¡Sube! ¡Sube! ¡Sube! —jaleaba.

Aquello era tan intrigante como cómico. Me tenían tan ilusionado que la seguí hasta aquella otra planta, cuyo acceso no reconocía. Al abrir la puerta, casi me da un infarto.

—¿Qué habéis hecho? ¡Esto es alucinante! ¡Os habéis gastado aquí una fortuna! —dije, superado por el gran impacto que aquella nueva habitación había causado en mí.

En mi ausencia, habían planificado una escalera y un precioso estudio con todo lo necesario para trabajar desde casa. A un lado, grandes ventanales, una enorme mesa de trabajo; un montón de sofás y sillones, de distintos tamaños y colores; muchísimas estanterías... En el otro, una habitación para grabar, rodeada de todos los recursos técnicos que podáis imaginar.

—¿Te gusta? —acabó preguntando él, impaciente.

Por unos segundos no supe qué contestar. Estaba tan sobrepasado por las emociones que no era capaz de articular palabra y pensar con claridad. ¿Qué significaba todo aquello?

—Lau y yo hemos pensado que teniendo un buen espacio de trabajo aquí no tienes que pasar tanto tiempo... solo... ¡O sí!... Eso es decisión tuya pero... bueno... —dijo nerviosa mi adorada musa, perdiendo su aplomo natural.

Tomé un poco de distancia y me puse a ojear y a toquetearlo todo. ¡Menuda terraza! Respiré profundo y me imaginé allí, con mis partituras, mi música, mi propio espacio... ¿Quién podría decir que no era un sueño hecho realidad?

Aquellos rayos de sol del atardecer dándome en la cara, me hacían sonreír. Ellos, que aún me miraban sin perderse detalle, se preguntaban qué demonios me pasaba por la cabeza.

Lo cierto es que sí. Me veía allí, con ellos, mucho tiempo. Era el momento perfecto para coger aire y tomar un nuevo rumbo. Se había acabado mi exilio personal y al fin, encontraba una familia donde encajaba.

No dije nada más. Me limité a abrazarlos y a llorar como un niño. Sentía que me querían de verdad en sus vidas, los hechos hablaban por si solos. Además, me aceptaban tal y como era, me lo daban todo sin pedir nada a cambio y me sentía tan querido y comprendido, que no necesitaba pensarlo más. Comprenderlo por fin, me dejó exhausto.

Fran casi tira todo lo que llevaba en las manos y echa a perder sus planes para aquella noche tan especial. Había hecho un gran esfuerzo para acabar pronto de trabajar y tenía la intención de

sorprender a Laura con una cena romántica. Como entre sus dones no estaba la cocina había encargado comida en su restaurante favorito y cruzó los dedos para que el vino que había comprado, fuese el adecuado. Encontrarse con aquel hombre enorme apostado en la puerta de su nueva casa nada, le puso de muy mal humor y peligrosamente en guardia. Pocas cosas lo hacían perder los nervios fácilmente, pero ese tío era una de ellas.

Apelando a su templanza respiró profundo y se ocultó en la esquina que daba al rellano, al final de las escaleras. Vigilaba de cerca sus movimientos y se liberaba de las bolsas por si tenía que intervenir. Mil preguntas se agolpaban en su cabeza. ¿Qué hacía Jorge allí? ¿Le había llamado ella? ¿Seguían enamorados? ¿Era aquello una traición?

De nuevo tuvo que recetarse calma. No podía oírla muy bien, pero por lo que decía él, aquello parecía una discusión. El corazón se le encogió cuando oyó que ella abría el cerrojo y también la cerradura. Un calor incendiario le subía desde el estómago.

—Me duele que no me dejes pasar, Laura.

Ahora sí que pudo oírla despacharse a gusto con aquel infeliz y toda aquella rabia se fue disipando. Por unos segundos se sintió enormemente orgulloso de su fuerza y valentía.

Emocionado con las firmes palabras de Laura, tuvo que pasarse las mangas por los ojos, sorprendido por unas lagrimillas. Cuando el susodicho se había marchado, entró decidido en casa para hacer feliz a su chica, que parecía haber roto por fin todas sus cadenas. Por desgracia, se encontró de nuevo con aquella mujer deshecha que parecía estar enfrentándose de nuevo a una importante pérdida.

—Amor, estoy aquí.

—Fran, Jorge...acaba de irse... —dijo entre sollozos.

—Le he visto. ¿Cómo te ha encontrado aquí? ¡Has sido muy valiente! ¡Eres una mujer increíble!

—¿Y por qué duele tanto?

—Creo que por maravillosa que me parezcas, sigues siendo humana —bromeó haciendo que ella riese con él.

—¿Quién me iba a decir a mí que me cambiarías tanto la vida?

—Solo era cuestión de tiempo que te dieses cuenta —dijo volviendo a hacerla reír y provocando que le besara apasionadamente—. Vamos a limpiarte esto —afirmó levantándola con cuidado, acompañándola al baño. Allí, entre besos y palabras acarameladas, limpió sus heridas y las cubrió con gasas limpias—. Espero que no se estropeen estos preciosos tatuajes tuyos, Laura.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. He leído que si se retocan no quedan igual de

bonitos.

—¿Qué has leído qué?

Sin duda Fran, que veía claro un "juntos para siempre", se había propuesto hacerla feliz en todos los aspectos de su vida, si aquello era posible.

—¿Quién sabe? Quizás hasta me haga alguno.

—¡No puedes estar hablando en serio!

—¿Por qué no? ¿Cenamos?

—¡Huele muy bien! ¿Lo has preparado tú?

—¡Ahora mismo!

—Por cierto. Quiero cambiar esas cerraduras.

—Mañana mismo. ¿Alguna cosita más?

—Solo una... ¡Quiero comerte a besos!

Inma tocaba insistentemente al timbre mientras esperaba fuera, llorando desconsolada. Había pasado tanto tiempo que entendía que Álex no quisiera abrir, pero sabía que estaba allí. Le oía revolver entre sus cosas. Le echaba muchísimo de menos y, aunque se avergonzaba de cómo había hecho las cosas, estaba dispuesta a disculparse para volver a la normalidad. No era el único que había cometido errores, se había dado cuenta tarde de que Lourdes, que había puesto en jaque su gran amistad, no merecía el tiempo y la confianza que había depositado en ella.

Un Álex mucho más delgado y demacrado se abalanzó sobre ella nada más abrir, susurrando un sentido "lo siento" mientras la abrazaba. Puede que hubiese pasado mucho tiempo, pero el cariño que se tenían seguía intacto.

—Me arrepiento todos los días de lo que hice. No quise hacerte daño. Espero que puedas perdonarme.

—Venía a disculparme yo también. Tenías razón.

Inma ayudó a Álex a empaquetar de nuevo sus cosas y a tirar lo que ella no consideraba acorde con su nuevo estatus, mientras se ponían al día de todo lo demás.

—¡Ya no eres un músico cualquiera! —decía para justificarse mientras se deshacía de aquellas camisetas descoloridas y raídas—. ¿Cuándo sale la peli? ¿Me invitarás a la *premier*? —inquirió—. ¿Ya se lo has contado a mi hermano?

—Dame tregua. Llegué ayer y apenas me ha dado tiempo a reaccionar. De verdad, aún no sé qué voy a hacer.

—¡Lo que te haga feliz! No hace falta pensarlo mucho. ¡Te lo digo por experiencia! Anda que si lo llego a saber, me paso todos estos meses mirándola por la ventana —rio con amargura.

—Sí, eso intento. Dejarme llevar por lo que siento pero, sin dejar de sentir el suelo bajo mis pies. De momento me llevaré algunas

cosas y seguiré manteniendo mi propio espacio por si esto no es tan buena idea como me parece ahora mismo.

—¡Es que es raro de cojones! Pero oye, ¿quién dice que así no se pueda disfrutar de la vida? —bromeó—. ¿Oye y te gusta eso por detrás?

—¡Inma! ¿Acaso nunca jugáis las mujeres en nuestros orificios? —respondí exagerando la pose de hombre cosmopolita.

—Hablando del rey de Roma…

—¡Por la puerta asoma! —respondió triunfal él, pillándonos a los dos apartando mis camisetas más chungas. Por su expresión, habría dicho que iba a cogerme por el cuello y a apretar con sus enormes manos hasta dejarme sin respiración, pero no, me dio un abrazo tan intenso que me recordó a Laurent.

—¡Toca crecer, por lo que veo!

—¿Tú también las has tirado?

—Solo lo he fingido. Las guardo en un sitio secreto —me reveló guiñándome un ojo y haciéndome señas grotescas como si su hermana no nos estuviese oyendo.

Volvimos a estallar en risas y a sentir que nada nos separaría jamás.

—¡Miami me gusta! A ver si avisas cuando vuelvas por allí y nos damos el lujo de viajar a las Américas con alojamiento gratis, que por aquí los sueldos no dan para esas cosas. ¡Enhorabuena tío! ¡De verdad que me alegro un montón!

—Si te interesa, puedes ayudarme más adelante.

—Te lo agradezco mucho tío, de verdad, pero yo prefiero una vida sencilla en la que pueda lidiar con las preocupaciones y las responsabilidades. Admiro muchísimo a las personas como tú, tan entregadas y valientes, pero yo no me veo capaz de llevar una responsabilidad tan inmensamente grande descansando sobre mis hombros.

—Bueno, es trabajo de muchísima gente.

—Entiendes perfectamente lo que quiero decir. No hay éxitos de ese tipo sin sacrificios y ahora mismo, me planteo la vida de una forma mucho más humilde.

—Lo sé.

—De todos modos, la música corre por mis venas así que me tienes para lo que quieras. Llama si me necesitas que yo le pongo ritmo a lo que tú me digas.

Álex no podía estar más feliz. Arropado por los suyos, sorprendentemente querido por los recién llegados y libre, pese a aquel trabajo te titanes, se sentía autorrealizado.

Tab había llevado de nuevo a Nil a *La Maison des Cordes*. Era la

primera vez que asistía a una subasta y tenía curiosidad por saber quién pujaría por sus amigos. Acompañada por su hercúleo Adonis, disfrutaba de las miradas que recibía de conocidos y extraños. Él, que paseaba desnudo a su lado, disfrutaba haciéndola sentir tan orgullosa.

—¿Esto es para mí? —preguntó abriendo aquel extraño paquete.

—Solo si tú quieres, claro.

—¡Dios mío! ¿Estás segura? —exclamó en cuanto averiguó lo que había en su interior, dándose la vuelta para que se lo pusiese enseguida.

—¡De rodillas! —ordenó con dulzura, mientras se lo ponía en medio de aquella multitud que corría, frenéticamente, por todas partes.

Arturo se sentía satisfecho consigo mismo. Había elegido un camino extraño y difícil, pero aquello era para él la confirmación de que llevaba el rumbo correcto. Se estaba convirtiendo en alguien importante para la mujer a la que adoraba y se sentía libre para "ser" y experimentar.

La subasta se llevó a cabo con la participación de todos aquellos cuerpos sudorosos que bailaban, disfrazados o desnudos, al frenético ritmo de Nima en aquel mágico lugar, donde todas las fantasías tenían cabida y la libertad rompía las férreas cadenas de los prejuicios.

FIN